



235

14235

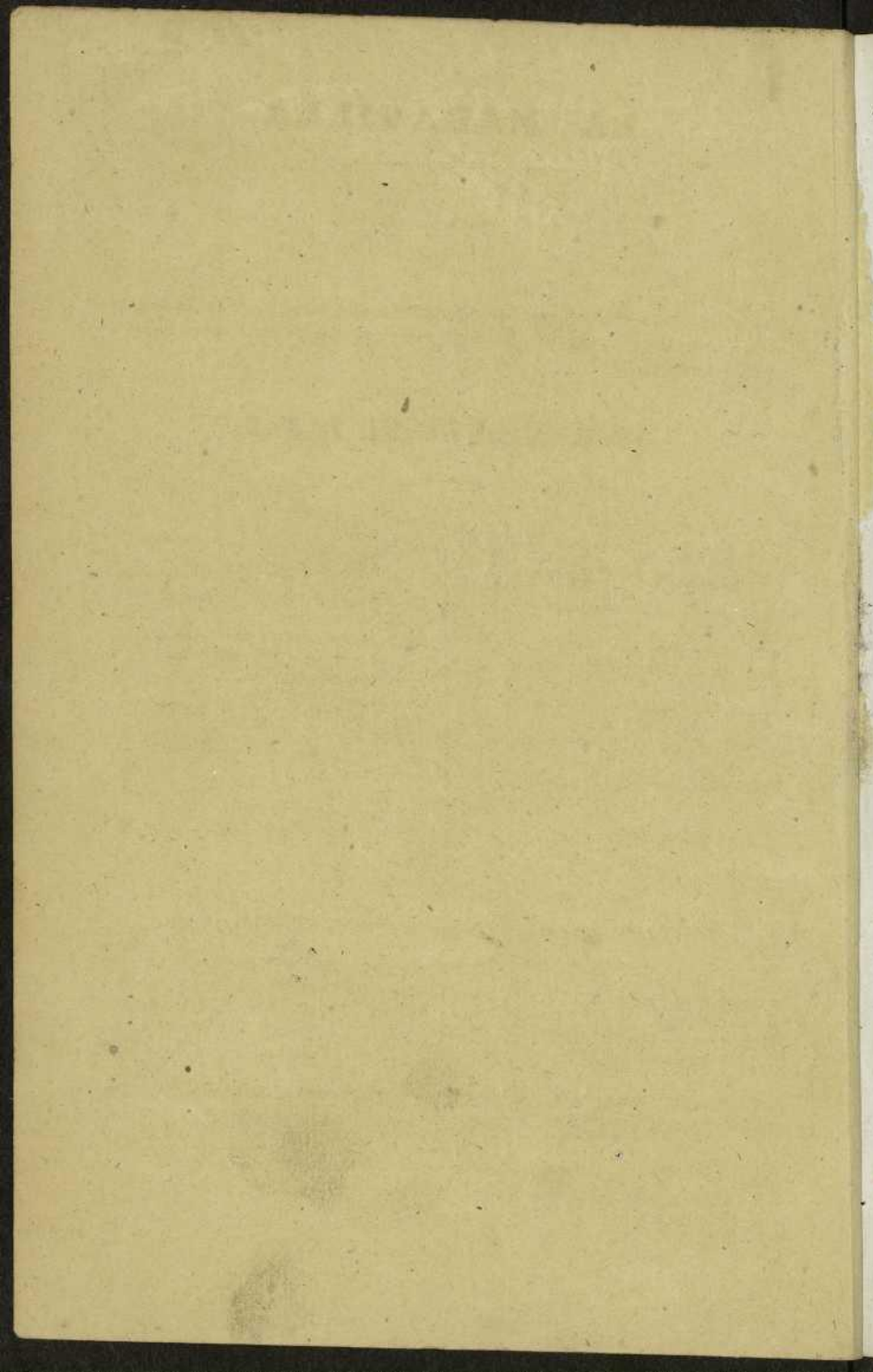
29

172
94

46

107
A

Torrey



LA MARAVILLA.

Gran sociedad editorial.

Publica las mas grandes obras del saber Humano en tomos de 350 á 450 páginas en 4.º, con primorosas láminas y ricamente encuadernados con mosaicos de oro y brillantes colores.

bajo la direccion

DE D. MIGUEL DE RIALP.

OBRAS PUBLICADAS.

Seccion Instructiva.		Seccion Recreativa.	
	Tomos		Tomos
<i>La Geografía Universal</i> , por Malte-Brun, Balbi y, otros.. . . .	2	<i>Historia de Gil Blas de Santillana</i> , por Mr. Le Sage.	2
<i>Atlas Geográfico Universal</i> , compuesto de 18 magníficos mapas iluminados.	4	<i>El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha</i> , por Miguel de Cervantes Saavedra.	2
<i>Historia de Inglaterra, Escocia é Irlanda</i> , por J. A. Fleury.	3	<i>Ivanhoe</i> , por Sir Walter Scott.	4
<i>Historia de Italia</i> , por Julio Zelle.	2	<i>Quintin Durward</i> , por Sir Walter Scott.	4
<i>Moral Social</i> , por Adolfo Garnier.	4	<i>Los Tres Mosqueteros</i> , por Alejandro Dumas.	2
		<i>Rob Roy</i> , por Sir Walter Scott.	4
		<i>Guy Mannering y el Oficial Aventurero</i> , por Sir Walter Scott.	2

EN PRENSA

para ser publicadas por el orden siguiente:

	Tomos		Tomos
<i>Historia Antigua</i> , por J. J. Guillemin.	2	<i>Veinte años despues</i> , 2.ª parte de los tres mosqueteros.	2
<i>Historia Romana</i> , por V. Duruy.	2	<i>Vizconde de Bragelona</i>	3 ó 4
<i>Historia Griega</i> , por Duruy.	2		
<i>Historia de Francia</i>	5		

La sociedad cuenta con un gran número de producciones nuevamente traducidas prontas para ser censuradas.

LA MARAVILLA

Una revista literaria

Publica los más interesantes obras del señor Harnoso en la parte de la literatura y de la historia, con ilustraciones y comentarios de los más distinguidos escritores.

de la dirección

DE D. MIGUEL DE RIALLP.

OBRAS PUBLICADAS

Sección Inactiva		Sección Inactiva	
Tomas	Descripción	Tomas	Descripción
1	Los años de la vida de...	1	Los años de la vida de...
2	...	2	...
3	...	3	...
4	...	4	...
5	...	5	...
6	...	6	...
7	...	7	...
8	...	8	...
9	...	9	...
10	...	10	...

EN PENSAMIENTO

para ser publicadas por el señor Harnoso:

Tomas	Descripción	Tomas	Descripción
1	...	1	...
2	...	2	...
3	...	3	...
4	...	4	...
5	...	5	...
6	...	6	...
7	...	7	...
8	...	8	...
9	...	9	...
10	...	10	...

GUY MANNERING,

$\frac{24}{298}$

ASTROLOGO

DUB

GUY MANNERING,

6

EL ASTROLOGO,

SEGUIDO DE

EL OFICIAL AVENTURERO.

QUINTIN DUWARD
TOMO I.



MADRID
LIBRERIA ESPAÑOLA

BARCELONA
EN EL PUNTO DE VENTA

GUY MANNERING,

EL ASTROLOGO,

SEGUNDA PARTE

EL ORIGINAL AVENTURERO.

TOMO I.

7e

GUY MANNERING,
Ó EL
ASTROLOGO,

SEGUIDO DE
EL OFICIAL AVENTURERO
POR SIR WALTER SCOTT,

Y TRADUCIDA

POR D. PEDRO A. O'CROWLEY.

Los genios, diz, que en planetaria hora
Evocan voz ó signo misterioso;
Dedíquese á este estudio peligroso
Quien guste; porque á mí no me enamora.»

EL CANTO DEL ÚLTIMO TROVADOR.

MADRID
LIBRERIA ESPAÑOLA
calle Relatores, 14.

BARCELONA
EN EL PLUS ULTRA
Rambla Centro, 15.

1858.

GUY MANNERING,

o m

ASTROLOGO.

SEGUNDO DE

EL OFICIAL AVENTURERO

POR SIR WALTER SCOTT.

Imprenta de **LUIS TASSO**, en Barcelona.
calle Guardia, 15.

FOR D. PEDRO A. CROWLEY.

Los señores, que en las ciencias de la
Astrología y de algunas matemáticas
desean á esta obra de Sir Walter Scott
deben dirigirse á mi en las librerías
de esta ciudad para que les sea remitido
el libro que desean.

BARCELONA
EN EL NIJUS UTTRA
Remita Coste, 10

MADRID
LIBRERIA ESPAÑOLA
calle Real, 10. M.

1818

GUY MANNERING

6

EL ASTRÓLOGO.

CAPITULO PRIMERO.

«No pudo negar que cuando paseó la vista por el adusto paisaje que le rodeaba, luego que solo veía en torno de sí campos estériles, árboles desnudos, peñascos cubiertos de espesas nieblas, estensos cenagales, cedió á la melancolía y echó de menos las comodidades de su casa.»

Viaje de Will. Marve. (RAMBLER N. 49.)

Eran los primeros dias del mes de noviembre del año de mil setecientos y pico; un jóven inglés, que acababa de concluir sus estudios en la universidad de Oxford, empleó los primeros instantes de su libertad en recorrer una parte del norte de la Gran Bretaña. La curiosidad hizo que prolongase su viaje hasta las fronteras de la comarca que bien merece se la denomine hermana de la Inglaterra. Por la mañana habia visitado las ruinas de un monasterio en el condado de Dumfries, consagrando la mayor parte del dia á la ocupacion de dibujarlas bajo diferentes puntos de vista, así es que cuando volvió á montar á caballo para continuar su viaje, el sombrío crepúsculo de la estacion mencionada estaba ya encima.

Tenia que atravesar llanuras inmensas y cubiertas de oscuro brezo, las cuales se estendian en todas las direcciones á distancia de algunas millas. Varias eminencias se encumbraban de trecho en trecho sobre su superficie á manera de otros tantos islotes, mientras la vista descubria tambien algunos trigales, cuyas espigas, en aquella avanzada estacion, no habian llegado aun á su madurez; sin contar una que otra choza ó alguna mezuquina alquería sombreada por un par de sauces y ceñida de setos espinosos. Aquellas habitaciones aisladas se comunicaban entre sí por medio de senderos que atravesaban los brezales y que solo eran practicables para los moradores de la comarca. A pesar de eso no era del todo malo el camino público, ni tampoco resultaba riesgo alguno de que la noche sorprendiese en él al caminante; pero el viajar á solas no es cosa muy divertida, y mucho menos en un pais desconocido, durante la oscuridad, y si la imaginacion está á pique muchas veces de tornarse sombría, precisamenta deberá serlo cuando se encuentra en una situacion semejante á aquella en la cual se veia MANNERING.

A medida que el día se apagaba, poníase el pais mas y mas negro. Nuestro viajero no se descuidaba en preguntar á cuantos venian de vuelta si distaba mucho Kippletrigan, aldea en donde contaba pasar la noche. La respuesta ordinaria á estas interrogaciones era una especie de contra-pregunta. — ¿De dónde viene V.? Mientras hubo suficiente luz para conocer que su talante y vestimenta eran las de un *gentlemen*, se le daban estas singulares respuestas en forma de suposicion. — ¿Milord vendrá sin duda de la antigua abadía de Holyeros? Muchos *gentlemen* ingleses van á visitarla; ó bien—Vuestra señoría ha pasado seguramente por el castillo de Poudreloupat? Pero tan luego como su voz era la única cosa distinguible, tomaron otre giro los preguntones. — ¿Qué demonio hace V. por estos caminos tan malditos á la hora que es?—Obien: camarada, se conoce que V. no es de esta tierra. Cuando conseguia algunas respuestas directas le era imposible conciliarlas unas con otras; de suerte que ninguna luz le daban

sobre lo que queria saber : primero , Kippletringan distaba *un buen trozo de longaniza* ; luego algunas *tres millas cortas sobre poco mas ó menos* ; un momento despues , las dichas tres millas cortas quedaban reducidas de repente á *un cuartito de hora de camino* , cuya esperanza se aguaba bien pronto convirtiéndose en *cuatro millas y sus cominos*. Por fin la voz de una mujer , despues de haberle *cantado la nana* á un chiquillo que llevaba al pecho , aseguró á Guy Mannering que habia un buen trecho de allí á la aldea y que el camino no era demasiado bueno para las gentes escoteras ; sin duda que el pobre jamelgó , en el cual nuestro héroe cabalgaba , pensaria que la vereda tampoco seria muy buena para los cuadrúpedos. Comenzó á aflojar el paso sin dar otra contestacion al acicate que un sordo gemido y tropezando con todas las piedras que encontraba. Diremos por paréntesis que esta clase de obstáculos no dejaban de ser frecuentes en aquel camino.

Comenzaba Mannering á perder la paciencia. A veces , al columbrar una luz , concebía la esperanza ilusoria de que se allegaba al cabo de su ruta ; mas tan luego como á ella se acercaba , descubria que era el alumbrado de una de aquellas alquerías situadas en medio de los barrancos. En fin , para colmo de su embarazo , llegó á un punto donde se partía el camino en dos ramales. Si las tinieblas no hubiesen sido tan espesas , hubiera procurado descifrar los restos de una inscripcion encarnada sobre un poste , con el objeto de indicar el camino , pero no por eso hubiera adquirido mayor instruccion , pues que siguiendo la costumbre laudable de Escocia , los letreros de esta clase apenas se pintan cuando se borran..... Vióse obligado en consecuencia nuestro viajero , á imitacion de los antiguos caballeros errantes , á entregar su destino á la sagacidad de su corcel , el cual tomó sin vacilar el camino de la izquierda , y apretando el paso , dió á su amo la esperanza de que su instinto le hacia olfatear la caballeriza apetecida. Sin embargo , esta ilusion no tardó en evaporarse , y Mannering , cuya impaciencia triplicaba la largura de cada

vara de camino, comenzaba á crecer que Kippletringan se iba alejando de él mientras mas avanzaba.

El cielo se hallaba nublado, aunque de cuando en cuando destellaban los astros menores de la noche una dudosa claridad. Nada interrumpia el silencio que reinaba en torno, escepto el ahullido de la abutarda brezalera, especie de garza que á veces muge como el toro, y los suspiros del viento á través de las ciénagas, y con los cuales formaba coro la voz del Océano en lontananza, y del cual pareciale al viajero se iba acortando la distancia mas y mas. Esta última circunstancia no era muy agradable por cierto. Muchos caminos en aquellas partes corren paralelos al borde de la mar, y están espuestos á súbitas inundaciones en las mareas, que suben gran trecho y con rapidez increíble. Otros están cortados por rios salados que solo pueden vadearse cuando decrece la marea. Ahora bien, ¿ cómo era posible que un caminante, montado en un jaco rendido, y absolutamente ignorante del terreno, pudiese evitar este doble peligro? Resolvió pues Mannering hacer parada en la primera casa que descubriese, y albergarse en ella, toda vez que no le fuera posible encontrar un guia que lo llevase á la fatídica aldea de Kippletringan.

Una pobre cabaña le proporcionó á poco los medios de poner en ejecucion su designio. No dejó de costarle trabajo el dar con la puerta. Llamó, y durante algun tiempo la única respuesta que obtuvo fué un duo entre un perro de presa que ladraba, y una mujer que daba chillidos para hacerlo callar. Al cabo consiguió el triunfo la voz humana, y los ladridos del can bajaron pronto de los acentos de la cólera á los de la quejumbre. Suponemos por lo tanto que no debió su ama la victoria aisladamente á sus fuerzas pulmonares.

—Maldito sea tu gañote!—Estas fueron las primeras palabras que pudo entender nuestro viajero—¿ no me dejarás averiguar quien llama, con tus condenados ladridos?

—Buena señora, ¿ quiere V. hacer el favor de decirme si está muy distante de aquí la aldea de Kippletringan?

—Kippletringan!!! repitió una voz mujeril con un tono de asombro que solo podemos espresar valiéndonos de tres notas de admiración. ¿Y quién es capaz de marrar el camino de Kippletringan?... No tiene V. mas que volverse *cassel* á Whaap; de Whaap tirará hácia Ballenloan, y luego....

—Eso es imposible para mí, buena señora; porque mi caballo se está cayendo muerto de fatiga. ¿Podría V. darme posada por esta noche?

—¡Válgame Dios! no por cierto. Soy una mujer sola, porque mi James ha ido á la feria de Drumsbourloch á vender los borregos añales. Aunque me fuera en ello la vida, no abriría yo mis puertas á ningun correnton.

—¿Y entonces que será de mí, buena señora? No es cosa que me esté toda la noche en esos caminos.

—¿Y yo cómo quiere V. que lo remedie? A no ser que V. se llegue á la plaza. Allí le admitirán, sin preguntarle si es noble ó pechero simple (1).

—Sí, bastante *pechero simple* soy para fatigarme las asaduras, cabalgando por esos andurriales á estas deshoras, dijo entre sí Mannering, quien ignoraba el sentido de la frase. Pero ¿cómo he de valerme para dar con esa plaza á que V. alude?

—Tomará V, *wessel* al extremo del *loan*, y tenga mucho cuidado con el hoyo grande.

—Si V. me sigue hablando de *cassel* y de *wessel*, (2) entonces sí que me estravía de veras. ¿No hay quien me lleve á esa plaza? Yo le daré una buena propina.

(1) El pueblo bajo de Escocia llama *simples* á los plebeyos.

(2) Para que el lector se haga cargo del asombro de Guy Mannering preciso es que participe de su embarazo.

Los ingleses mismos se ven precisados á dudar, y este es uno de los pasages que prueba la utilidad de las notas y de un glosario. La mujer de la choza se sirve de las palabras escocesas arriba dichas y las cuales llegaban por primera vez á los oídos de nuestro héroe; los vocablos *Eastern* y *Western* que la buena vieja rompía en *Eassel* y *Weessel* significan el levante y el poniente. La palabra *plaza* entre ellos equivale á hacienda ó castillo; y hasta en muchos condados de la Gran-Bretaña este nombre forma una parte inherente de la denominación de un castillo ó casa de campo y equivale al de *Hall*, *salon*. Así por ejemplo *Ellangowan-place* *Cunnor-hall*, etc. significan hacienda ó castillo de los nombres propios á que están agregados.

La palabra propina hizo el efecto de un talismán.

—Mira, Jack, chilló la voz femenina ¿has criado cama en tu jergon, y no oyes á un caballero que necesita le conduzcas á la plaza? Arriba, perezoso, y llévale por el *loanig* grande... (1) ¿Quieres levantarte con dos mil demonios?... ya le enseñará á V. el camino y respondo de que le recibirán bien. Aquellas puertas están siempre de par en par para todo el mundo; además que llega V. á pelo porque el criado del *Laird* (2), no su ayuda de cámara sino el otro, ha pasado por aquí esta tarde en busca de la comadre de parir. Hágase V. el cargo si iría de prisa cuando solo se detuvo el tiempo necesario para beberse dos cuartillos de tippenny (*cerveza de Escocia*) y decirnos que su señoría sentía los primeros dolores del parto.

—La llegada de una persona estraña en ocasion semejante no deberá serle muy gustosa.

—Oh! no se apure V. por eso; la casa parece un baldío; luego dice el refran que cuando la gallina pone un huevo canta el gallo con mayor alegría.

Entretanto Jack habia hallado medios de ponerse una almilla hecha jirones y un par de calzoncillos aun mas veteranos, y con tal equipaje se presentó fuera de la puerta del chozo. Era un zagalon de algunos doce años de edad con cabellos color de lino y desnudo de piés y piernas, tal á lo menos se presentó á los ojos de Guy Mannering, gracia á la luz de un candil que su madre medio en cueros tenia de modo que alumbrase al viajero sin que el reflejo cayese sobre sí misma. Jack tomó á la izquierda al salir de la casa; tirando el caballo de Mannering por la brida, y conduciéndolo con bastante pericia en el angosto sendero que hacia borde á la respetable hoyanca, cuya solera consistia en estiércol de varias clases y daba aviso de su proximidad en virtud de mas de una indirecta. Arrastró al caballo por un malísimo camino lle-

(1) Se llama *loan* ó *loaning* una especie de manchon cerca de la aldea ó alquería, donde se ordeñan las vacas cuando vuelven del pasto. Tambien significa *loan* un camino que separa dos heredades.

(2) *Laird* equivale á hidalgo.

no de guijarros, luego á través de un barbecho; abrió un *Slap* (pasaje) como lo bautizó, echando á rodar parte de una tapia compuesta de cantos sobrepuestos sin mezcla, coló por el boquete al dócil cuártago, y por fin le hizo entrar por un postigo en un paraje que tenia visos de alameda, aun cuando le faltasen multitud de árboles que adornarle deberian. Desde allí entonces se oia con claridad el ruido de las olas del Océano, las cuales parecian hallarse muy vecinas; y los rayos de la luna, que comenzaba á levantarse del horizonte, vertian su amarillenta luz sobre un estenso edificio flanqueado de torres, pero que casi tenia el aspecto de un monton inmenso de ruinas.

—Amiguito, dijo á su guia el caminante cuya imaginacion no se lisonjeara demasiado con tal vista.—Lo que estamos viendo no es por cierto una casa de campo, parece mas bien un amasijo de escombros.

—Pues mire V., respondió el muchacho, hace siglos que viven aquí los Lairdes de la comarca; esta es la antigua plaza de Ellangowan. Dicen que hay duendes en ella, pero no se asuste V. por eso: en mi vida he visto ninguno. Además casi tocamos á la puerta de la plaza nueva. En efecto, dejando las ruinas á la derecha, el guia de nuestro viajero le condujo en breves instantes á una casita de estructura moderna, y á cuya puerta llamó de modo que diese á conocer la llegada de una visita de gran tono (1). Mannering dijo al portero el motivo de su venida, y el amo de la casa que le entreoyó desde una cuadra vecina, se presentó al momento y le ofreció con toda urbanidad su quinta de Ellangowan. El muchacho muy satisfecho con un medio duro que se le dió, volvióse corriendo á su chozajo; el cansado caballo fué conducido á la caballeriza, y Mannering se vió sentado á una mesa donde humeaba una cena suculentísima y la cual le hizo parecer esquisita el apetito que con el frio y el ejercicio le habia entrado.

(1) El modo de llamar á una puerta en Inglaterra anuncia la categoria del que llega, un criado, un dependiente, un artesano, da un solo aldabonazo. El cartero da dos; tres golpes manifiestan que viene un amigo, un igual, pero si se presenta un personaje de alta suposicion con su coche y demas apéndices de lujo, sus lacayos arman un repiqueteo que atolondra la casa.

CAPITULO II.

«Se vió de raza en raza
 Disminuir los bienes de mi herencia,
 Cual lana que se achica al postrer cuarto.»

SHAKESPEARE. Enrique IV. parte 1.^a

La sociedad reunida en el salon del castillo de Ellangowan solo se componian del Laird mismo, y de un hombre que supuso Mannering podria ser el maestro de escuela de la aldea ó el sacristán de la parroquia; pues que su exterior demasiado mezquino para que se le juzgase el cura en persona que estuviese huésped en casa del hidalgo.

El Laird era uno de aquellos sugetos de segundo rango que se encuentran con bastante frecuencia en las poblaciones rurales. Fielding ha descrito esta clase como *fera consumere enati* (1) pero el amor de la caza dá indicios de que el alma está dotada de una actividad la cual habia abandonado del todo á Mr. Bertram, toda vez que tal hubiesen sido sus dotes. Cierta especie de franqueza desaliñada formaba el carácter distintivo de sus facciones, las cuales eran mas bien agradables que desviadoras y leíase en su fisonomía la prueba de aquella dejadez á la cual habia consagrado toda su vida. Mientras está haciendo á Mannering un largo discurso sobre la ventaja y utilidad de cubrirse las botas con granzones cuando se monta á caballo en tiempo de frío, voy á dar á mi lector una reseña de su familia y de su genialidad.

Godofredo Bertram de Ellengowan, así como muchos Lairdes de aquel tiempo, habia heredado una larga genealogía y unas cortísimas rentas. La lista desu abolengo se remontaba tan alto,

(1) Es decir una clase de hombres destinados especialmente á devorar la caza. El autor alude aquí al personaje tan verídico y chistoso de Western, tipo de los hidalgos ingleses; la montería era una pasión en Western, al cual mientras perseguía á su hija la que creía robada por Tom-Jones, se le olvidó el objeto de su viaje oyendo ladrar una jauría de perros; el instinto del cazador pudo mas en aquel caso que todas las inquietudes del padre.

que se perdía en el siglo bárbaro de la independencia Galwegiana (1). Su árbol genealógico ofrecía, además de los nombres cristianos de los Godofredos, Dionisios y Rolandos, varias denominaciones paganas de un siglo mas remoto, célebres en el tiempo de las cruzadas; las de Arth, Kuarth, Donagild y Haulon. Mucha verdad es que en otras épocas fueron poseedores de un extenso terreno, y gefes de una tribu numerosa apellidada Mac-Duigawaie (2) pero, hilando los años, adoptaron el sobrenombre normando de Bertram. Habian hecho la guerra, escitado revoluciones; ora se vieran conquistadores, ora vencidos, ahorcados ó decapitados un siglo tras de otro, porque no podia menos entonces una familia de importancia. Mas fueron perdiendo insensiblemente su grandeza, y despues de haber sido cabecillas de partidos y facciones los Mac-Duigawaies habian venido á parar en contentarse con ser unos meros cómplices de escalera abajo.

Fué en el transcurso del siglo décimo séptimo cuando hicieron sus pruebas mas funestas en este particular, pues que entonces su genio maléfico les inspiró un espíritu de contradiccion, el cual les puso siempre en oposicion con el partido dominante. Siguiéron una conducta diametralmente contraria á la que observaba el famoso ministro de Bray, adhiriéndose constantemente al partido mas débil, con el mismo entusiasmo que el digno eclesiástico susodicho lo hacia respecto al partido mas fuerte; y por lo tanto cual aquél recibieron el galardón (3)

(1) La provincia de Galloway comprendia los condados de Wighton, Dumfries, y Kirkudbright. Se cree que esta provincia fué poblada en su origen por una colonia irlandesa, procedente del condado de Galway, y que estos emigrados conservaron allí por larga tiempo sus leyes, sus usos, y su independencia.

(2) La agregacion inicial *Mac* es comun á los nobles apellidos de los irlandeses y de los naturales de las tierras altas (High-lands) de Escocia.

(3) La historia del vicario de Bray se ha hecho proverbial en Inglaterra. En nuestro tiempo ese bonazo sacerdote hubiera figurado en el *Diccionario de las vellelas*, con ciertos empleados que desde el año de 1808 han conservado sus destinos á pesar de todas las revoluciones. Bray es una parroquia á orillas del Támesis, y en el condado de Berk. El vicario en cuestion vivió en tiempo de Felipe VIII y durante el reinado de sus tres sucesores, mudó de religion cuatro veces, haciéndose alternativamente papista y protestante. Lo que á él le importaba sobre todo era el no soltar la vicaría de Bray. El amor que profesaba á su destino ha dado asunto para una cancion popular.

Allan Bertram de Ellangowan, que florecía *in tempore Caroli primi*, fué, según dice un autor, Sir Roberto Douglas, en su *Scottish Baronetage* (1) véase la palabra Ellogawan, un realista impertérrito y celoso por la causa de S. M. Juntóse con el célebre marqués de Montrose y otros fieles caballeros, é hizo como ellos proezas esclarecidas y sacrificios inmensos. Tuvo el honor de recibir de S. M. la cruz de una orden militar, y fué condenado á secuestro de bienes por el parlamento en 1642, como *malignant*, y de nuevo en 1648, como *resolutioner* (2). Estos dos falsos epítetos de *malignante* y *resolucionero* costaron al desventurado Allan la mitad de su patrimonio.

Su hijo Dionisio Bertram tomó por esposa á la hija de un fanático dignatario, que ocupaba un asiento en el Consejo de Estado, y el cual salvó por este medio la segunda mitad de los bienes de su familia.

Pero quiso su aciaga estrella que al enamorarse de su bella esposa le cayesen también en gracia los principios políticos que profesara esta. He aquí el retrato que el autor referido hace del tal personaje. Era un hombre dotado de talentos y de valor; en consecuencia fué elegido por la nobleza de los condados del Oeste para ser uno de los caballeros comisionados para presentar sus quejas ante el consejo privado de Carlos II en 1678, respecto á las tropelías del ejército montañés (*highlander*) (3). Este servicio patriótico tuvo por premio la condena á pagar una crecida multa, que solo pudo satisfacer hipotecando la mitad de la herencia paterna. Le hubiera sido fácil resarcir esta pérdida, adoptando una severa economía; pero luego que Argyle alzó el estandarte de la

(1) Catálogo histórico y heráldico de los Baronetes de Escocia.

(2) Mientras más nos enredamos en traducir á Walter Scott, mas precisados nos vemos á *españolizar* aquellas palabras que designan los partidos políticos, y forman expresiones puramente locales; y por tanto intraducibles. *Malignante* (Desafecto) se llamaba al partidario de la monarquía y del anglicanismo. Poco después se fraccionaron los presbiterianos escoceses en *Resolutioners* y *Remonstrators*. Aquellos eran los que hacían causa común con los realistas en contra de Cromwell, y estos los que se negaban á coaligarse con los *Malignantes* ó caballeros. Estas palabras no son traducibles en la historia, así como tampoco las de *Tory* y *Whig*.

(3) En aquel año, había hecho Lauderdale que bajasen seis mil montañeses sobre la Escocia llana.

rebelion, se hizo Dionisio Bertram sospechoso al gobierno; le prendieron, y encerraron en el castillo de Dunnotar, en la costa de Mearns, y se rompió la cabeza ó por mejor decir, se saltó los sesos, al querer escaparse de aquella prision, donde estaba confiando con ochenta compañeros de su partido. Los hipotecarios se apoderaron de la mitad de sus bienes, quedando reducido á la cuarta parte el caudal de su familia.

Con un genial y un nombre algo irlandés, sucedió Donohoe Bertram en la hacienda disminuida de Ellangowan. Comenzó este por echar á la calle al reverendo Aaron Mac-Briar, capellan de su madre, y con el cual, se susurraba, habia tenido una quimera respecto á ciertos favores que ambos recibian de la chica que ordeñaba las vacas. No se pasaba un dia sin que se emborrachase á fuerza de menudear los brindis á salud del rey, del consejo de estado, y de los obispos; en cuyas orgías le acompañaban el Laird de Lagg, Teófilo, Oglethorpe, y sir James Turner; por último se montó en su tordillo, y reunióse con el ejército de Clavers en Kihie-Crankie. En una escaramuza que tuvo lugar cerca de Dunkeld, por los años de 1689, le hizo puntería y mató cierto Cameroniano, quien habia cargado su fusil con un boton de plata, porque era la voz comun que el diablo habia hecho imperforable su cuerpo á los tiros de hierro y de plomo. Todavía se ve su sepulcro, al que se le denomina: *Tumba del mal hidalgo*.

Su hijo Luis tuvo mayor prudencia de la que generalmente se advertia en la familia. Aplicóse á conservar los bienes que le quedaban, porque las calaveradas de Donohoe habian hecho en ellos una rebaja de consideracion, amen de lo que los redujera las multas y confiscaciones. Verdad es que no pudo sustraerse á la fatalidad que parecia impeler á los señores de Ellangowan á mezclarse en asuntos políticos; pero antes de acompañar en 1715 al lord Kenmure *en su salida* (1) tuvo buen cuidado de poner su hacienda en cabeza de otro, con el fin de esquivar los embargos y penas

(1) Salir; *togo onts*. De esta embozada expresion se valian los que dejaban sus casas para alistarse en las banderas del pretendiente.

pecuniarias; dado caso que el conde de Mar no consiguiese echar abajo la dinastía protestante; pero esto equivalía á hacer rumbo entre Scyla y Carybdis. Solo salvó sus bienes, impidiendo un litigio, en el cual consumó otra mitad de su peculio. Y sin embargo era un hombre que sabía donde le apretaba el zapato. Vendió una porción de los bienes que aun le quedaban, abandonó el castillo viejo que estaba desmoronándose y en donde habia vivido su familia (segun decia un anciano rentero) como ratas en un desvan medio hundido. Parté de aquellos reverendos escombros los aprovechó en construir una casita de tres pisos, cada uno de los cuales tenia dos ventanas á cada viento, una puerta en el medio, y mirillas que daban á todas partes. Tal era la nueva plaza de Ellangowan, en donde hemos dejado á nuestro héroe divirtiéndose algo mas que lo habrán hecho entretanto nuestro lectores, y allí precisamente era donde se retirára Luis Bertram, con la cabeza atestada de proyectos á fin de restablecer las dilapidadas fortunas de su familia. Benefició sus tierras por sí mismo, tomó otras á renta de un propietario vecino, hizo compras y ventas de ganado, correteó las ferias y los mercados, emprendió especulaciones, y manejóse de suerte que la escasez respetase su establecimiento; pero lo que ganaba en dinero lo perdía en consideración al mismo tiempo. Sus faenas agrícolas y comerciales eran miradas con desprecio por los otros lairdes de la vecindad, los cuales no tenían otra ocupacion que la caza, las peleas de gallos y las carreras de caballos ó de borricos. Segun ellos, el trato que se daba el señor de Ellangowan era indecoroso á su dignidad é hidalguía; de modo que le obligaron á cortar poco á poco toda relacion con ellos, y á representar un papel misto en el teatro del mundo; es decir, el de un labrador caballero. Sorprendióle la muerte en medio de su designio, y los últimos restos de un caudal tan brillante en otros tiempos devengaron á Godofredo Bertram, su hijo único.

Pronto se hizo patente el riesgo de las especulaciones que habia emprendido su padre. Como no tuviese su actividad ni sus talen-

tos, todas sus empresas daban malísimo resultado, y careciendo de la mas leve chispa de energía para arrostrar la desgracia ó para luchar con ella, puso toda su confianza Godofredo en la ingeniosidad de un extraño. No tenia perros, caballos, ni otra cosa que pudiera denominarse precursora de la ruina; pero, á imitación de muchos compatriotas suyos, tenia un *agente de negocios*, quien deberia conducirle al mismo resultado. Gracias á los talentos de este último, varias pequeñas deudas se hicieron de marca mayor, acumuláronse los intereses con el principal, se convirtieron las obligaciones á término fijo en rentas perpétuas, y en fin las costas de mil procesos judiciales acabaron de clavarle á la pared. Y sin embargo el espíritu pleitista se apoderó hasta tal punto de Godofredo, que en dos ocasiones tuvo que satisfacer las rentas de un litigio que jamás habian llegado á su noticia. Predecian todos sus vecinos la ruina total de aquella casa. Los que pertenecian á las clases altas le miraban como á un hermano degenerado, nunca le veían sin experimentar un maligno gozo, mientras los de las clases inferiores; no hallando en su situación cosa ninguna que envidiar, contemplaban con mayor lástima los apuros que iban á sobrevenirle. Tambien era objeto de su afecto particular. Si se trataba de decidir una disputa acerca de los límites de una heredad, sobre el reparto de un terreno baldío, si iba á ser juzgado un hombre que hubiese quebrantado los privilegios de la pesca ó de la caza, por fin si se consideraban vejados ó oprimidos, acostumbraban los aldeanos á decirse unos á otros:—Ah! si Ellangowan, ese hombre neto, poseyera todavía los bienes de sus antepasados, no permitiría que se tratase de este modo á los pobres! No obstante este buen concepto que de él habian formado, no dejaban de abusar de su indulgencia siempre que la ocasion se ofrecia. Apacentaban sus reses en las praderas del laird, le robaban la leña de sus bosques y le mataban la caza de sus cotos.—El bonachon, decian ellos, jamás lo sabrá. Luego nunca se mete en lo que los pobres hacen.—Los gitanos, los buhoneros, los caldereros ambulantes, en fin los vagamundos de toda especie

poblaban su cocina, mientras que el señor que era demasiado llano, se creia harto recompensado de su hospitalidad con preguntarle noticias de los pueblos de que eran procedentes.

Suspendió una circunstancia la ruina de Ellangowan, que iba ya mas que precipitada. Esta fué un enlace con una noble dama que tenia de caudal sobre cuatro mil libras. Nadie en toda la vecindad podia atinar porque causa, una mujer dotada tan ricamente, se habia casado con un hombre tan perdido, y por lo comun atribuian este capricho á las prendas exteriores del novio, quien era alto, fornido y bien hecho, tenia unas facciones muy agradables, un trato amabilisimo y un carácter apacible. Tambien podemos añadir á esto que la señora rayaba en los veinte y ocho abriles, y no contaba con parientes bastante cercanos para poder contrariar sus acciones, ni su eleccion.

Fué para esta señora, quien estaba próxima á dar á luz su primer hijo, que el activo y diligente propio, del cual habia hecho mencion la muger de la cabaña, fué enviado á Kippletringan la noche misma de la llegada de Guy Mannering á la plaza de Ellangowan.

Aunque hemos ocupado algun tiempo en hablar del laird, es justo que tambien demos á conocer á nuestros lectores el individuo que á la sazón le hacia compañía. Llamábase Abel Sámson, y el cual, en alusion á su ejercicio de pedagogo, se le llamaba mas comunmente el Dómine Sanson. Era de cuna humilde; mas como de su mas tierna infancia hubiese dejado ver un carácter serio y reflexivo, sus padres, aunque muy pobres, creyeron que su *bairn*, (1) como le decian, pudiera algun dia enseñar en el púlpito sus narices. Estrecharon de resultas su economía mas y mas, impusiéronse infinitas privaciones, madrúgaban mucho, velaban hasta muy tarde, comian pan seco, bebian agua pura, y todo para proporcionar á su Abel los medios adecuados de adquirir instruccion.

Pusiéronle en una escuela, y allí su talle largo y alambruno,

(1) Significa niño en Escocés.

su aire toseco, su taciturna gravedad, y algunas mañas grotescas, entre otras la de columpiarse y hacer gestos mientras recitaba sus lecciones, señalaron á Sampson por hasmereir de sus compañeros. Esas mismas cualidades le pusieron igualmente en ridículo á los ojos de sus nuevos camaradas, luego que le trasladaron al colegio. Habia bulla por ver al Dómine Sanson (pues ya le habian conferido este título honroso) salir del aula de griego, con su *lexicon* debajo del brazo, y cuyo cuerpo iba llevado por dos piernas ó zancas muy largas y cenceñas, semejantes á las patas de una grulla; izando alternativamente los anchos hombros y amortajado en un casacon negro, donde cabian tres cuerpos como el suyo y escupía la hilaza por todas partes, siendo la única y constante gala de nuestro filólogo. Cuando hablaba, todos los esfuerzos del profesor no alcanzaban á impedir que toda la clase prorrumpiese en carcajadas, y costábale mucho trabajo á él mismo no hacer otro tanto. La cara pálida y larga de Sámson, sus ojos de vidrio mate, sus enormes quijadas que no parecian abrirse ni cerrarse en virtud de voluntad propia, sino por efecto de un complicado mecanismo interior; su voz áspera y desentonada, la cual subía hasta el falsete cuando le mandaban hablar mas claro: todo esto le daba cada dia nuevos títulos para servir de befa, sin mencionar las rotas coderas del amplio frac, ni las grietas del vetusto zapato, circunstancias que pertenecen al sabio pobre desde el tiempo de Juvenal.

Y sin embargo jamás se vió enfadado á Sámson por causa de las bromas de que era blanco; nunca se le ocurrió vengarse en lo mas mínimo de aquellos que le atormentaban. Salia del colegio con el mayor secreto posible, y se encerraba en una habitacion mas que modesta, en donde por treinta y seis cuartos á la semana tenia el usufruto de un jergon, y permitió para ponerse á estudiar junto á la lumbre de su patrona, cuando estaba esta de buen humor. En fin, á través de todo eso, consiguió instruirse suficientemente en las lenguas griega y latina, adquiriendo tambien algunos conocimientos en otras ciencias humanas.

Abel Sámpton, con el tiempo, ya *Probationer*, (1) fué admitido al privilegio de predicar; pero ay de mí su propia timidez y las ganas de reir que acometieron visiblemente á su auditorio desde que se encaramó en el púlpito, le hicieron incapaz de emitir la primera sílaba de su sermón. Agolpábase la turba para mirar de cerca al Dómine Sámpton, quien abrió una bocaza tamaña, hizo rodar las niñas de sus ojos saltones, de modo que parecían querer rebentársele de sus órbitas, y despues de haber hecho un gesto feísimo, cerró su biblia, se bajó del púlpito mas aprisa de lo que habia subido, echó á rodar en su retirada á una media docena de viejas, que, según costumbre, se habian arrimado á la cátedra para oír mejor, y bautizóle el auditorio con el sobrenombre del «ministro en aprieto.» Volvióse luego á su pais, desplumado de toda esperanza y reducido á participar de la penuria de sus padres. Como no contase con amigo ni confidente alguno, ó por mejor decir con alma viviente en clase de conocido extraño, nadie pudo dar razon de como el Dómine Sámpton habia sobrellevado un acontecimiento, que hizo reir á la villa durante una semana entera. Seria no concluir si me empeñase en citar todos los chistes á que dió lugar el lance, desde el romance titulado la «adivinanza de Sámpton,» obra de cierto estudiante chocarrero de un colegio de humanidades, hasta la pulla del director del mismo, el cual se daba el parabien porque Sámpton, en la prontitud de su fuga no se habia llevado consigo las puertas del seminario, cual antaño lo hiciera su tocayo en Gaza.

Pero nada podía alterar la calma chicha que reinaba en el alma de nuestro Dómine, quien procuró hacerse útil á sus padres regentando una escuela, en la cual tuvo discípulos de sobra y emolumentos de falta. En efecto daba instruccion de balde á los pobres, y tomaba lo que querian darle los hijos de los labradores acomodados; de modo que es preciso decirlo, con mengua de es-

(1) En la iglesia escocesa el «presbiterio» constituye un consistorio formado de todos los curas de un distrito y de los ancianos de la parroquia, y esta junta espí-de licencias de predicar á los candidatos ó novicios eclesiásticos, denominados «Probationers», y á los cuales no es lícito aun administrar los sacramentos.

tos últimos, que los provechos del Dómine Sámpton no equivalían al salario de un buen gañán.

Como que tenía hermosa letra, no dejaba de sacar algun honorario, con hacer estados de cuentas corrientes, y escribir cartas para el laird de Ellangowan. Por sus pasos contados el hidalgo, quien tenía pocas visitas, comenzó á aficionarse á la sociedad del Dómine. De parte de este no era muy brillante la conversacion; pero tenía la habilidad de escuchar; atizaba la lumbre con bastante destreza, y aun se empeñó en aprender la difícil ciencia de despavilar las luces, aunque tuvo que abandonar esta tarea, despues de haber dejado á oscuras el salon una docena de veces. Así es que casi todos sus quehaceres se limitaban á llevarse á los labios el vaso de cerveza cada vez que el laird de Ellangowan hacia otro tanto, y á probarle, en virtud de algunos sonidos articulados á medias, que le prestaba atencion implícita, luego que este, á quien le gustaba charlar tanto como á su pedagogo callar la boca, habia concluido uno de sus larguísimes cuentos.

Fué en una de estas ocasiones, cuando enseñó á Mannering su cara de caballo, su cuerpo de caña de pescar, y sus ademanes grotescos. Vestía un casacon negro y bien raído; rodeaba un pañuelo de color, que habia estado limpio alguna vez, su cuello descarnado y nervudo; en fin lo demás de su equipaje estaba compuesto de calzones cortos y color de ceniza, un par de medias azul oscuro, zapatos de dos suelas con clavos como botones de cabeza de Turco, adornados de pequeñas hebillas de cobre.

Tales son los bosquejos de los dos personajes, sentado entre los cuales se encontraba Mannering de un modo muy satisfactorio, ó *comfortable* como dicen los ingleses.

CAPITULO III.

¿Qué país en el mundo no ha escuchado
 Contar de mil presagios portentosos,
 Que á brujos y adivinos cavilosos
 A leer en lo futuro han enseñado?
 Conocer de los astros la influencia
 Del almanak es toda vía la ciencia.

BUTLER HUDIBRAS.

Ellangowan hizo saber á Mannering la situacion en que se hallaba su esposa, motivo por el cual deberia disculparse el que la señora no se presentara á recibir á su huésped, haciendo disimulable cualquiera cosa que faltase en su acogida, especialmente, aquellas atenciones que solo incumben á las damas. Tambien fué esta una excusa para que apareciese sobre la mesa una botella extraordinaria de vino.

—No puedo dormir esta noche, me precisa velar, dijo el hidalgo con aquel sentimiento de inquietud que desazona á un hombre en vísperas de ser padre y antes de asegurarse que su esposa ha tenido *una hora chiquita*. Si V. quiere hacerme el obsequio, así como el Dómine, de dispensarme compañía, espero que no estarán largo tiempo en pié, pues que la comadre Howatson es mujer que no se duerme en las pajas. Me acuerdo años atrás de una jovenzuela que se encontraba en el mismo trance que mi mujer ahora; vivia muy cerca de aquí... Dómine, ¿á que viene ese meneo de cabeza? creo que se pagaron todas las gabelas de la Iglesia, me consta; ¿qué mas puede hacerse? Hubo la bendicion del señor cura, y el hombre que tomó por esposa á la consabida, no la quiere una pizca menos por aquella friolera. Caballero Mannering, este honrado matrimonio vive junto á la playa en Annau, y si V. anda diez leguas de costa no topará con un par de casados que mejor se lleven, con seis chiquillos, como seis rosas de Mayo. Suponga V. que Godofredo, el muchacho mayor, gana ya su ra-

cion á bordo de una balandra aduanera. Ha de saber V. de paso que un primo hermano mio es el actual comandante del buque espresado. Le dieron ese empleo, cuando la gran disputa que tuvo lugar en el condado. Preciso es que haya oído V. hablar del suceso, porque ha dado mucho que hacer en la cámara de los Comunes. Tambien diré á V. que en ese asunto, mi voto lo hubiera tenido el laird de Balruddery, pero ya se vé, como mi padre era jacobita! se puso de malas con Kenmore, sin que hubiese quien le arrancara un juramento de fidelidad; de modo que por mucho que hablé y por mucho que hice me borraron de las listas electorales aunque mi agente, quien disfruta voto en virtud de administrar mis bienes, dió su sufragio á favor del viejo Sir Tomás Kitlecourt. Pero para volver al asunto que le estaba diciendo, la comadre Howatson despacha en un santi-amen, porque la muchacha á quien me referia...

Interrumpió en este parage la hilada y descosida narracion el ruido que hacia una persona, subiendo por la escalera que conducia de la cocina al salon; y la cual venia cantando con todos sus pulmones. Lo chillon de sus tonos era demasiado agudo para la voz de un hombre; y las notas bajas demasiado llenas para suponer que perteneciesen á una hembra.

La letra de la cancion, en cuanto pudieron cogerla los oidos de Guy Mannering, era sobre poco mas ó menos lo que sigue:

Feliz momento,
Dulce contento,
Va á darte un hijo esta ocasion.
Sea hembra ó macho
Niña ó muchacho
Tiene un agüero mi cancion.

—Esa es la voz de Meg Merrilies la gitana, dijo Mr. Bertram: es tan cierto como soy pecador.

Arrancó el Dómine un hondo suspiro, descruzó las piernas, encogió el pié, que en su primera actitud estaba de vanguardia, colocólo perpendicularmente, y montó la rodilla que habia estado debajo, sin prescindir de chupar su pipa, bufando de segundo en segundo espesas bocanadas.

—¿A qué viene ese sollozo, Dómine? Las canciones de Meg Merrilies no pueden acarrearos ningún daño.

—Ni bien alguno tampoco—respondió el escolar, cuyos acentos destemplados armonizaban con lo estrafalario de su exterior. Era esta la primera vez que desplegaba los labios desde la llegada de Mannering, y como este tuviere, alguna curiosidad por enterarse de si aquel autómatas comiente, bebiente, movedor y fumante, estaba tambien dotado del don de la palabra, dióle sumo placer el oír aquella ronca voz; mas en el mismo instante se abrió la puerta y dió entrada á Meg Merrilies. Su presencia hizo sobresaltar á Guy Mannering. Su estatura pasaba de cinco piés y seis pulgadas; cubria sus demás vestiduras una amplia capa de hombre, y su mano empuñaba un grueso garrote de espino. Todo su equipage, incluso las enaguas, parecia convenir mas bien á un varon que á una hembra. Unos mechones de cabellos negros, semejantes á las serpientes de la Gorgona, se asomaban por todas partes á través de una vieja escofia, de hechura antigua, y denominada *buená gracia*, (*bonny grace*) (1) al paso que realizaban el singular efecto de sus facciones salientes y demagridas de resultados de la continúa esposicion á la intemperie; y sus ojos sangui-nolentos giraban á uno y otro lado de modo que hacian muestra de una locura ficticia ó real.

—Está muy bien, Ellengowan, dijo ella, no es mala partida la de dejar parir á la mujer sin enviarme recado, y yo mientras tanto en la feria de Drumsbourloch! ¿y quien en defecto mio hubiera ahuyentado de su cama á los espíritus malévolos? ¿quien si no yo habria atraido los benéficos genios en torno de la cuna del recién-nacido? ¿qué voz, fuera de la mia, hubiera entonado para él los ensalmos de San Colme?

Y sin esperar respuesta, comenzó á cantar:

«Para que nada salga al revés
Ayuna el día de San Andrés.
Junta el trebol con la verbena
No te darán las brujas pena.»

(1) Corrupcion tal vez de las palabras francesas «bonne grace.»

«Santa Brígida con su rata,
El buen San Colme con su gata,
Y San Miguel con el lanzon
Nos dan aquí su proteccion.»

Entonó la vieja estos disparates con voz chillona y recia, acompañándose de ridículas cabriolas, las cuales daba con tanta agilidad, que casi se ponía en contacto con los ladrillos del suelo.

—Y ahora, laird, añadió ella al concluir su canción, ¿no hareis que me den un vasito de aguardiente?

—Con mucho gusto, Meg, siéntate ahí junto á la puerta, y dinos las noticias que traes de la feria de Drumsbourloch.

—En verdad, laird, solo faltaba vuestra presencia y la de algunos otros sugetos que tienen igual catadura, porque hubo allí algunas buenas chicas, además de yo, y no faltaban diablos que las atormentasen.

—Dinos, Meg; cuantos gitanos han enviado al Tolbooth? (1).

—Solo tres, señor laird; porque únicamente habia ese número en la feria, sin contarme á mí. Pero yo me escurrí por la buena, pues que no soy amiga de disputa. Ahí teneis el hidalgo Dombog que ha pasado orden á Juan Young y á Rotten el rubio para que salgan al instante de sus tierras! Maldito sea él! se conoce que no es caballero. No proviene de noble sangre quien obliga á los pobres á dejar el abrigo de sus chozajos, por el delito de haber arrancado algunas cuantas alcachofas del borde de los setos, ó desgajado las ramas muertas de alguna encina podrida para hacer hervir el pucherol... Pero á bien que existe cierto Alguien encima de todos nosotros, y veremos algun dia antes de salir el sol, al *gallo rojo cantar sobre su tejado* (2).

—Chiton, chiton, Merrilies; no hables con tan poco juicio.

—Qué quiere decir ella con eso? preguntó Mannering al Dómine Sámpson en voz baja.

(1) Nombre propio de la cárcel vieja de Edimburgo, y apelativo de todas las prisiones de la Escocia.

(2) La gente baja en Escocia supone que es malísimo agüero el que un gallo de ese color se ponga á cantar en el tejado de una casa, y juzgan que pronostica una próxima quema.

—Alude á una amenaza de un incendio, respondió el lacónico escolar.

—Pero, en nombre de Dios ¿quién es ella, quien es ella?

—Una gitana, una ladrona, una bruja, dijo el Dómine.

—Verdaderamente, laird, prosiguió Meg, durante este *à parte*, solo delante de hombres como V. se puede hablar con toda franqueza. Dumbog no tiene mas de Caballero que el último criado de su caballeriza. No sois vos por cierto quien echariais de vuestra hacienda á un pobrete cual si fuera un perro rabioso, aunque os hubiera robado mas gallinas que hojas hay en el *trys ting trace* (árbol de la cita). Pero vamos al avío; poned un reloj encima de la mesa para que yo pueda señalar la hora precisa en que tendremos un recién nacido y os diga su buena ventura.

—No haces tu falta para eso ahora Meg; aquí tenemos un estudiante de Oxford, el cual es mucho mas ducho en conocimientos astrolójicos, y podrá mucho mejor predecir lo futuro; pues que sin duda está muy leído en el libro de las estrellas.

Y tanto como lo estoy, contestóle Mannering queriendo seguir la broma de Ellangowan; calcularé su tema de nacimiento en conformidad de la ley de las triplicidades que tanto nos recomiendan Pitágoras, Hipócrates, Diocles y Avicena, ó bien comenzaré mis trabajos *ab hora questionis* segun los principios de Haly, de Messahala, de Ganwebis y de Guido Bonato.

Una de las grandes cualidades que hacian tan apreciable al Dómine á los ojos de su patrono, era que jamás descubria las tentativas mas groseras con que intentaban engañarle, de suerte que el laird, cuyos esfuerzos para ser chistoso se limitaban entónces á lo que en castellano llamamos pullas y bromas pesadas, tuvo el mejor campo para dar suelta á su ingenio á costa del Dómine bôbaliton. Verdad es que cuanto se hacia era inútil para conseguir que Sámpton se riese. Aun no falta quien diga que tan solo una vez se le vió enseñar los dientes en toda su vida y esto fué cuando siendo aun alumno de la universidad, la mujer en cuya casa se hospedaba tuvo un mal parto; accidente que se atribuyó

tanto á la sorpresa que le causára tan extraordinario suceso como al susto que tomó la pobre embarazada al ver los feísimos gestos que acompañaron este acceso inesperado de risa en su taciturno pupilo. Además, que cuando el Dómine llegaba á descubrir que se la habian pegado, contentábase con decir: *prodigioso! ó muy salado en verdad!* sin que el menor músculo de su cara llegase por eso á perder un ápice de su impassibilidad.

En esta ocasion volvióse hácia Mannering con los ojos abiertos de par en par y la boca de hito en hito dando muestras de dudar que hubiese oído bien lo que acababa de decir.

—Mucho temo, señor mio, dijo el huésped, dirigiéndole la palabra, que sea V. uno de muchos hombres infelices cuya endeble vista es incapaz de penetrar en las esferas estrelladas y de leer en los astros los decretos del cielo; en fin recelo que el alma de V. esté cerrada contra la convicción por los obstáculos de las preocupaciones.

—Sí, dijo Sampson; soy del parecer de Sir Isaac Newton, caballero director de la casa de moneda de su Magestad; y el cual opina que la pretendida ciencia de la astrolojía es vana, frívola é irrisoria.

Después de este oráculo volvieron sus labios á tomar la inmovilidad de costumbre.

—Siento en el alma, repuso Mannering, ver que un hombre tan grave, tan instruido como V. se encuentre sumido en ceguera tan deplorable. ¿Se atreverá V. á poner el nombre moderno y comun de Isaac Newton en cotejo con los apellidos sonoros y célebres de Dariot, Bonato, Tolomeo, Estler, Dieterick, Naibob, Halfort, Zael, Taustettor, Agripa, Dureto, Magino, Orígenes, y Argol? Los cristianos y los idólatras, los judíos y los gentiles, los filósofos y los poetas, están acordes en admitir la influencia de los astros.

—*Communis error!* Error general! dijo el imperturbable Dómine.

—No tanto, no tanto, señor mio: repuso el jóven inglés, esta es una creencia universal y bien fundada.

—Sí, el recurso de los estafadores, de los charlatanes y de los trapisondistas, dijo el Dómine.

—*Abusus non tollit usum*, instó Mannering, el abuso que puede hacerse de una cosa á nadie quitan el derecho de servirse de ella. En el interin de esta discusion, hallábase Ellangowan cual si dijéramos, cojido en sus propias redes. Miraba alternativamente á uno y otro colocutor y advirtiendo el tono de formalidad con que Mannering combatia á su oponente y la erudicion que desabrochaba, comenzó á creer que aquello nada tenia de broma.

Respecto á la gitana, tenia los ojos clavados en el astrólogo, cuya jeringonza, aun mas misteriosa que la suya, parecia inspirarle cierta especie de respeto y reducirla á silencio absoluto.

Aprovechose de su ventaja el ladino inglés, y desplegó en guerrilla todos los términos científicos de la astrología judiciaria que una buena memoria pudo suministrarle, y de los cuales mencionaremos ciertas circunstancias despues que le habia puesto al corriente.

Los signos y planetas en sus aspectos sestiles, cuaternarios y ternarios, conjuntos y opuestos; 'Almuten, Almochodem, Anahibazon, Catalhibazon y otros mil términos igualmente sonoros y de la misma importancia, salieron en hilera de su boca pero no hicieron mella alguna en la impertérrita incredulidad del Dómine.

Al cabo puso fin á este coloquio la dichosa noticia de que la señora acababa de dar un heredero á la familia de Ellangowan y para copiar la frase que se dice en Inglaterra, estaba tan buena como lo permitia el mal rato. Acorrió gozoso Mr. Bertram á la cámara de su esposa, bajóse listamente á la cocina Meg Merri-
lies para que le diesen su parte del *groaning malt* y del *ken-no* (1). Mannering, despues de haber consultado su muestra, y ad-

(1) «Groaning-malt,» cerveza de los jemidos; así se nombra en Escocia una bebida fermentada que se dá á los criados luego que sale de su apuro el ama de la casa. El «ken-no, yo no lo sé,» tiene un origen mas antiguo y tal vez se remonte hasta los ritos sacros de la Bona Dea. Es un orondó y rico queso que hacen las

vertido con exactitud la hora y el minuto preciso en que tuvo lugar el parto, suplicó al Dómine, con toda la gravedad correspondiente á la ocasion, le condujera á un paraje desde donde pudiese examinar la posicion de los cuerpos celestes.

Levantóse Sampson, sin desplegar los labios, abrió una puerta cuyo panel superior estaba cubierto de un espejo, y llevó á un terrado que tenia comunicacion con la plataforma sobre la cual yacian las ruinas del castillo antiguo. Habíase levantado viento, y su soplo despejára las nubes que poco antes oscurecieran el horizonte. Hacia luna llena y la estrella mas lejana no podia escaparse de los ojos del observador. El espectáculo que hirió la vista de Mannering era inesperado y sorprendente en grado sumo.

Ya hicimos mención de que nuestro caminante habia advertido que se hallaba á corta distancia de la mar; pero no le fué posible medir el exacto trecho que le separaba de su orilla. Vió entonces que las ruinas del castillo de Ellangowan estaban sitas en un promontorio ó peñasco proyectante, el cual formaba uno de los lados de una pequeña bahía. La nueva quinta se hallaba algo mas distante, y las tierras de su pertenencia bajaban hasta la misma orilla del agua. Compartíalas la naturaleza en diversos terrados los cuales formaban orlas espesas de hileras de antiguos árboles. La otra banda de la bahía, enfrente del castillo viejo, era tambien un promontorio cubierto de monte bajo, cuyas enramadas, en aquella costa favorecida, crecen hasta el mismo borde de la playa. Columbrábase, al través de la arboleda, la cabaña de un pescador. Aunque la noche estuviese muy avanzada, se veian algunas luces pasearse por la arena, y los que las llevaban se entretenian al parecer en descargar un lúgre contrabandista, procedente de la Isla de Man. Se le divisaba, ancla-

mujeres de la familia para regalar á sus comadres en aquel momento. Llámase no lo sé porque no se admiten los hombres á esta fiesta que el mismo amo de la casa acepta ignorar. Despues de comer parte de él las mujeres rociándolo con groaning malt, cada convidada se lleva á su casa un pedacito con el mayor misterio.

do en la bahía. Asi que vieron la luz con que Mannering se alumbraba, el grito de *alerta!* se dejó oír, y la alarma hizo desaparecer todas las luces que se descubrian por aquella parte.

Era la una, y por todos lados solazaba la vista una interesante escena. Las viejas torres, derruidas las unas, y las otras todavía erectas, acá llevando el sello y el mocho de la antigüedad, acullá revestidas de un manto de yedra, cubrian la peña á la derecha de Mannering; delante de él se desarrollaba la pequeña bahía, cuyas olas dormitaban apacibles, ó reflejando los rayos de la luna venian á espirar con murmullo soñoliento sobre las arenas; á la izquierda, sombríos bosques, que hasta la mar se extendian, ya presentaban un boquete por el cual deseaba penetrar la vista, ya espesuras impenetrables á los ojos. Giraban sobre su cabeza los planetas, los cuales en virtud de las lumbres que sus órbitas arrojaban, se distinguian entre las estrellas inferiores ó mas distantes. Es tan vasto el poder de la imaginacion, hasta en aquellos mismos que han procurado hacer sentir á otros su poderío, que Mannering, al contemplar aquellos cuerpos celestes, estuvo casi tentado de concederles la influencia que la supersticion les atribuye aquí abajo. Pero Mannering era jóven, estaba enamorado, y tal vez le animáran los sentimientos que espresa con tanta gracia cierto poeta moderno:

«Siempre el amor nutrióse de mentira,
Creyó en presagio, en talisman, en sueño,
En cuantos Dioses cielo y tierra admira,
Aun cuando de los Dioses es el dueño.
Mas ficcion tan antigua ya ha espirado,
Ficcion á quien el rico colorido
De la poesia la existencia dió:
De Venus solo existe el nombre amado.
Juno murió y su garbo envanecido,
Y Pallas que el valor al juicio uniera.
Ni viven ya las turbas peregrinas
Que el bosque, el mar, el prado embellecieron:
La fria razon determinó sus ruinas;
La una triunfó, y las otras perecieron.

Mas aunque así vuestro prestigio amable
Desvanecerse pudo, el amador
Vive aun de vuestro ensueño fabuloso;
Y en los astros celestes leer es dable,
Y torna á hallar en ellos su calor

Y las deidades que perdió lloroso...
 Dioses de antaño! fértil fantasía
 Vuestro poder es torna, y realentado
 El mortal reconoce que ha empezado
 Un nuevo imperio el cual desconocia:
 Y al tierno niño Marte da fiereza,
 Júpiter majestad, Venus belleza.»

—Ay de mí, pensó el jóven, mi viejo preceptor que se acaloraba tanto en las controversias entre Heydon y Chambers acerca de la astrolojía, hubiera contemplado esta escena con ojos muy distintos! Se hubiera puesto á trabajar formalmente á fin de descubrir por la posicion respectiva de esas antorchas celestes, cual debería ser su influencia sobre el nacimiento del niño de Ellangowan, cual si el curso de los astros pudiera dirigir el de las leyes de la Providencia, ó que tuviesen entre sí la mas leve coordinacion. Por fin, gracias á mi memoria, enseñome él lo suficiente para componer un tema de nacimiento, y quiero divertirme con este trabajo. Habiendo tomado apunte de la posicion que ocupaban las diversas estrellas, volvióse á la quinta, donde el laird que le aguardaba en el salon, tornó á decirle que su esposa habia dado á luz un robusto niño. Era tal el entusiasmo del padre, que parecia dispuesto á sentarse á la mesa otra vez para festejar el nacimiento de su hijo; pero habiendo Mannering alegado fatiga despues de un largo dia de viaje, admitiósele la disculpa, y se le condujo á la habitacion que le estaba preparada.

CAPITULO IV.

«Llega y ten en tus ojos arrogancia,
 ¿Vez la torva señal que arriba luce?
 Pues del astro maléfico deduce,
 Que es mortal enemigo de tu infancia.»

Schiller.

La creencia en la astrología era casi universal hácia mediados del siglo décimoséptimo, y solo á fines del mismo fué cuando comenzó á perder su crédito. Por último, á principios de la cen-

turia actual decayó completamente, y aun comenzó á ponerse en ridículo, sin embargo conservó algunos de sus prosélitos, hasta entre las clases mas instruidas. Muchos hombres graves y científicos no podrian hacer el sacrificio de unos cálculos que habian formado el objeto principal de sus estudios; costábales trabajo descender de la altura en donde creian haberles colocado su pretendido conocimiento del porvenir.

En el número de aquellos que se juzgaban de buena fé poseedores de semejante privilegio, habia un viejo eclesiástico, bajo cuya tuición pusieron á Mannering en los primeros años de la juventud. Fatigaba sus ojos y su espíritu á puro examinar los astros, y calcular sus diferentes combinaciones. Su discípulo, en el fuego de la edad florida, participó naturalmente de su entusiasmo y dedicóse durante algun tiempo á adquirir los conocimientos de la astrología. Antes que la madurez progresiva de los años le hubiese abierto los ojos respecto á lo absurdo de la ciencia en cuestion, el mismo Guillermo Lilly le hubiera dado una patente para que pudiese formar un tema de nacimiento, y un certificado de aptitud para deducir de él las consecuencias adecuadas.

En esta ocasion, dejó su cama nuestro héroe tan de mañana como lo permitia la brevedad de los dias en aquella estacion del año, y se puso á hacer los cálculos necesarios para formar el horóscopo del jóven heredero de Ellangowan. Empezó su tarea con arreglo á precepto, tanto con el objeto de acatar las apariencias, cuanto con el de dar indulgencia á la curiosidad de saber si se le habian olvidado los elementos de aquella ciencia imaginaria, ó si podia ponerla en práctica aun. Trazó la figura de los cielos, los cuales compartió en doce casillas, colocó en ellas los planetas, con arreglo á las efemérides, fijando sus posiciones mismas en el instante de nacer el muchacho. Para no fatigar á nuestros lectores con la série de los pronósticos generales que la astrología pudiera haber deducido de aquel tema, me contentaré con referir una circunstancia que llamó particularmente la atencion del jóven cabalista. Como que Marte se hallaba en el punto

culminante de la duodécima casilla, el signo del reciennacido le amenazaba de cautiverio ó de muerte violenta y súbita. Entonces Mannering, profundizando mas y mas las reglas, segun las cuales pretenden los adivinos asegurarse de la exactitud de sus predicciones, observó que tres épocas habian de ser peligrosas para el niño, es decir, cuando cumpliese cinco años, diez y veintiuno.

Notable es que Mannering, poco tiempo antes, habia hecho los mismos cálculos por broma á petición de Sofia Welliwood, la jóven á quien obsequiaba, y halló que una combinacion semejante la amenazaba tambien de muerte ó de encarcelamiento luego que llegase á la edad de treinta y seis años. Acababa ella de cumplir los diez y ocho, de manera que una época idéntica señalaba igual clase de peligro para ella y para el primogénito de Ellan-gowan. Sorprendido de esta coincidencia, continuó Mannering sus cálculos, y descubrió por último que un mismo mes, y un mismo dia eran para la una y el otro épocas de igual peligro. Repitió todas sus operaciones, las cuales le dieron el mismo resultado.

No es necesario prevenga á mis lectores que al referir esta circunstancia no es mi objeto acreditar las predicciones de la astrología judiciaria. Pero tal es nuestro amor hácia lo maravilloso, que sucede con frecuencia contribuir por nosotros mismos á extravíar nuestra razon. ¿ La coincidencia que acabamos de mencionar seria alguno de aquellos singulares acasos, que se encuentran á cada momento contra toda especie de verosimilitud? ¿ ó seria que Mannering, envuelto en el laberinto de sus cábalas astronómicas, se agarraba dos veces de la misma hebra para desenredarse? ¿ Quién sabe si su imaginacion, seducida por algunas relaciones vagas, le prestaba su ayuda para hacerle encontrar entre los dos cálculos mayor número de similitudes de las que realmente ofrecian? No me atreveré á decidir estas cuestiones; mas lo cierto es que la perfecta correspondencia de ambas operaciones hizo en su espíritu la impresion mas viva.

En la sorpresa que le causaba un resultado tan singular é inesperado,—Que demonios! pensó él, ¿será cosa que Satanás tome cartas en este negocio para vengarse de la ligereza con que trató un arte, el cual, segun dicen, saca su origen de la magia? ¿No podrá ser tambien, como lo aseguran Bacon y Sir Thomas Brown (1) que la astrología, estudiada con juicio y exactitud, puede conducir á la verdad, y que no ha de negarse la influencia de los astros, aunque sea prudente desconfiar de las predicciones de los tunos que fingen consultarlos?—Un instante de reflexion fué suficiente para hacerle abandonar esta opinion como estravagante, y porque hubiese recibido el asentimiento de aquellos dos hombres científicos tan solo como una prueba de que no habian ósado ponerse en abierta pugna con la creencia universal del siglo en que vivieron, ó porque ellos mismos quizás no hubiesen podido sacudir del todo la influencia de las preocupaciones dominantes entonces. Sin embargo, el resultado uniforme de sus cálculos, tanto respecto al niño que acababa de venir al mundo, cuanto con referencia á Sofia Wellwood, hizo sobre él una impresion tan desagradable, que imitando á Próspero (2), hizo en voz baja juramento solemne de abandonar para siempre la astrología judiciaria, y no dedicarse á sus prácticas de veras, ni de broma. Vaciló algun tiempo sobre lo que habia de decir al laird de Ellangowan, respecto al horóscopo de su hijo recién nacido, y resolvió por fin hacerle sabedor del resultado verdadero de sus cálculos, informándole al mismo tiempo del cuaderno de reglas segun las cuales habia trabajado. Habiendo tomado esta resolucion, fué á pasearse en el terradó.

Si la vista que se disfrutaba desde aquel punto era encantado-

(1) El gran genio de Bacon no fué del todo esento de los presagios del tiempo. Mas tarde, Newton comentó el Apocalipsis. Respecto á Sir Thomas Brown, aunque han florecido muchos sabios de este nombre, se alude al médico que existió en 1605. Son bien curiosas sus obras, tituladas; «Religio Médici.» Ensayo «sobre la Hechiceria. Errores populares» etc. Estos escritos tienen gran mérito por su lujosa erudicion, y la originalidad de sus salidas. Aunque en ellos se trasluce que era escéptico el espesado autor, creía á puño cerrado en las brujas, en los espíritus etc.

(2) «El Encantador» en la TEMPESTAD de Shakespearo.

ra á la claridad de la luna, los rayos del sol no la hacian perder el mas leve ápice de su hermosura. Una cuesta bastante rápida, aunque no escabrosa, condujo á Mannering desde el terrado á una eminencia que estaba contigua, y desde allí en frente de la fachada del castillo viejo. Consistia esta en dos torres redondas, cuya enorme y sombría mole proyectaba de una cortina, que le servia de lienzo de union, y protegian á la entrada principal que se abria al patio interior por medio de una elevada avenida. El escudo armorial de la familia se veia aun esculpido en el frontis, y distinguíase tambien el sitio que servia de encaje á las vigas suspendedoras del puente levadizo. Esta entrada, en otros tiempos tan formidable, no tenia otra defensa que la de una puerta formada groseramente de tablones mal ajustados. La esplanada fronteriza al castillo proporcionaba una perspectiva soberbia (1).

Un otero ocultaba aquella parte de las ruinas, cerca de las cuales habia pasado Mannering. Ofrecia el paisaje una agradable alternativa de montañas y de valles, al través de los cuales serpenteaba un riachuelo, cuyas aguas de trecho en trecho se escondian en la espesura de los bosques. El campanario de una iglesia y algunas casas indicaban la existencia de una aldea, sito en el punto donde la ribera entregaba al mar el tributo de sus raudales. La tierra parecia estar cultivada con sumo esmero. Véase dividida en pequeños cercados, que ocupaban los valles y las laderas de las montañas, al paso que los setos vivos subian en algunos parages hasta una altura de bastante consideracion. Cubrian las risueñas praderas numerosas piaras de ganado vacuno, y la vista del sitio, donde se celebraba el mercado, servia al paisaje de mayor adorno.

Mas lejos aparecian objetos de un aspecto mas adusto. A cierta distancia la fertilidad del suelo estaba interrumpida por peñascos, cubiertos en parte de brezales verde-oscuros, los cuales, oponiendo á la vista una impenetrable barrera, parecian constituir una soledad tan grata como tranquila. Por otra parte discurrían

(1) En los mapas se encuentra hoy este castillo con el nombre de «Caerlwyrok.»

los ojos sobre la ribera de la mar, que no cedía en hermosura ni en variedad al paisaje que acabo de describir. En algunos puntos ofrecía enormes peñascos, sobre cuyas crestas se apilaban de trecho en trecho los escombros de arruinados castillos y de macizas murallas, cuyas fortalezas, según tradición, se habían construido á corta distancia unas de otras, con el objeto de que pudiesen, en caso de invasión estrangera ó de guerra civil, protegerse mutuamente. El castillo de Ellangowan parecía haber sido el edificio mas importante y considerable de todos; su situación, la robustez de los dos torreones que estaban erectos todavía, y la extensión de las ruinas, atestiguaban que no sin motivo atribuía la tradición á sus fundadores el primer rango entre los señorios del condado. Por otra parte la mar, formando varias caletas, indicaba haber hecho algunas conquistas en la tierra firme, al paso que diversos promontorios vestidos de matorrales se adelantaban dentro del seno de las aguas, y parecían á su vez intentar usurpaciones en el Occéano.

Un espectáculo tan distinto de aquel que era natural esperábase nuestro héroe de resultas de cuanto se le había presentado á la vista el dia anterior en su jornada, sorprendió á Mannering mas profundamente. Tenía delante el viejo castillo, cuyo arquitecto si bien no merecía los mayores elogios por su construcción, había sabido escoger un punto de vista deliciosísimo.—¡Qué dias tan felices y serenos podría un hombre pasar en semejante retiro! pensó Guy Mannering, á un lado tendria las solemnes reliquias de una grandeza, que no deja de inspirar al alma un secreto orgullo; al otro un hogar bastante cómodo para satisfacer los deseos moderados. ¡Cuán dulce fuera vivir aquí..... y vivir contigo, Sofía!

No seguiremos mas adelante las ilusiones de un hombre enamorado. Mannering, con los brazos cruzados, contempló otro momento aun el cuadro que tenia delante de los ojos, é introdujose en el castillo viejo.

Apenas hubo pasado del umbral, cuando notó que la agreste

magnificencia del primer patio correspondía á la belleza del esterior. Una fachada interna dejaba ver una fila de altas y anchurosas ventanas, cuyo lienzo de separacion consistia en piedras enormes. Aquellas tragaluces habian dado claridad al gran salon del castillo; en la otra se apilaban varias fábricas de diversas alturas, y las cuales parecian construcciones de distintos tiempos, aunque el frente de enmedio presentaba cierta uniformidad. Así las puertas como las ventanas se veian adornadas de antiguas y toscas molduras, una parte de las cuales subsistia aun, y la otra, destruida por el tiempo, se hallaba entapizada de yedra y de otras yerbas rampantes, que engalanaban aquellos escombros con sus lujosas verduras. La fachada posterior se veia tambien obstruida con una aglomeracion de edificios subalternos; mas estos se hallaban en mayor deterioro que los demás, de resultas, segun se decia, de haberlos bombardeado los buques del parlamento, al mando de Deane durante la dilatada guerra civil. Mas allá no se ofrecia á los ojos ningun obstáculo, de modo que Mannering tuvo una plena vista de la mar, y volvió á divisar la pequeña embarcacion, un lugre armado, el cual habia visto la noche anterior, y que permanecia surto en la ensenada.

Mientras examinaba las ruinas, entreoyó en una sala á su izquierda la voz de la gitana, á quien habia visto la noche precedente. No tardó en topar con una grieta por la cual le era dable verla sin ser visto, y no pudo menos de ocurrírsele que su ocupacion y su figura, en un paraje semejante, correspondian perfectamente á lo que los antiguos nos han transmitido acerca de sus sibilas.

Estaba sentada sobre un canto roto, en uno de los rincones de aquel aposento, el cual se mantenía en pié aun; ella habia barrido parte de los escombros que lo atestaban, á fin de procurarse holgura para las evoluciones de su rueca. Los rayos del sol, que se introducian por una angosta ventana, daban precisamente sobre su rostro, iluminando sus facciones, y su vestimenta aun mas estraña. Lo restante de la estancia se hallaba casi en com-

pleta tiniebla. Su traje gitanesco manifestaba algo de oriental, con mezcla de la vestidura nacional del pueblo escocés. Estaba hilando un torzal de tres colores, negro, blanco y gris ó ceniza. Mientras hacia su labor cantaba en voz mediana, y su canción parecía un ensalmo con el cual cooperaba su devanadera y huso, antiguas galas de nuestras abuelas, pero que hoy han desterrado del salón nuestras melindrosas damas. Mannering, después de haber hecho lo posible por retener en la memoria las palabras que la bruja entonaba, halló que no era asunto fácil; mas habiendo comprendido perfectamente su significado, hizo después la traducción de ellas ó mas bien imitólas del modo que sigue:

En torno de mi huso uníos en danza,
Como el mal con el bien lo hace en la vida,
Pena, placer, zozobra y esperanza
Ved por quienes está la trama urdida:

Mas si tejo esta hembra misteriosa
De un nuevo ser que anuncia la existencia,
Penetro el porvenir, la tenebrosa
Noche del tiempo huye ante mi ciencia.

Este mágico espejo mis apuros
Disipará mas ay de mí! ¡qué veo!
Gusto y dolor, desesperacion, deseo.
Angustia, cruel terror y zelos duros.

Hilos, subid, bajad, que fementida
Tal de la suerte es la mezcolanza,
En torno de mi huso uníos en danza,
Como el mal con el bien lo hace en la vida.

Mientras arreglaba mentalmente las estrofas de la gitana, y rebuscaba todavía una rima, concluyó aquella su tarea, después de haber empleado toda su lana. Tomó el huso, cargado de su trabajo, y dividiendo la hebra poco á poco, comenzó á medirla desde el codo hasta el intervalo que separa el dedo pulgar del índice. Luego que todo lo midió, se dijo ella á sí misma.—Aquí tengo un ovillo, pero no está formado de una sola hebra. Años hermosos, setenta bien medidos. Pero el hilo tiene tres añadiduras. ¿Lo renovará tres veces el que ha nacido ayer? Afortunado será si llegáre á conseguirlo!

¡Iba nuestro héroe á dirigir la palabra á la profetiza, cuando

una voz ronca, y muy semejante á la de las olas cuando están enfurecidas, gritó dos veces con tono de impaciencia.

—Meg! Meg Merrilies, gitana, bruja, con mil demonios!

—Ya voy, ya voy, capitán, respondió Meg, y al instante penetró en las ruinas el poco sufrido comandante á quien ella contestaba.

Su aspecto le declaraba marino. Su estatura era mediana, y su tostada tez descubría los rudos asaltos que habia tenido que sufrir de parte del viento nordeste. Sus miembros eran nervudos y fornidos, de modo que parecían no tener miedo á un hombre mas aventajado en talla. Su empaque era repugnante, y en sus facciones no se traslucía el *que se me dá*, la alegría, la franqueza, ni el desprendimiento, caracteres ordinarios del marino cuando está en tierra. Quizás estas cualidades contribuían tanto como las demás á sostener la buena reputacion que disfruta nuestra marina, y le aseguran el aprecio de la sociedad. La generosidad, el valor y la paciencia son virtudes en estos hombres de la mar que les granjean universal respeto, y hacen que les rindan homenaje los habitantes pacíficos de las poblaciones y de los campos, mas aun que ni el respeto ni el sentimiento de inferioridad se concilian muy fácilmente con el afecto y la estima, la petulancia de nuestros marinos, su buen humor, y su familiaridad luego que se desembarcan, y que forman tambien sus rasgos característicos, hacen que generalmente se les aprecie. Nada de esto aparecía en el semblante del mencionado capitán; por lo contrario, un aire duro y salvaje empardecía sus facciones, á las que nada en el mundo hubiera podido dar una espresion agradable.

—¿Dónde estás, madre ó hija de todos los infiernos? gritó él con acento extranjero, aunque era perfecto inglés lo que hablaba. Truenos y maldiciones! Ya hace media hora que te aguardamos. Anda, ven á echar una buena suerte para que tengamos próspera ventura es este viaje, y luego sécate á puras maldiciones como bruja de Satanás que eres.

Al mismo instante descubrió á Mannering, quien en virtud de la posicion que se viera precisado á tomar con el objeto de ver las operaciones de Meg Merrilies, parecia procurar esquivarse de toda mirada, pues le ocultaba á medias un pilastre, detrás del cual se habia puesto. El capitán, pues este era el título que el contrabandista á sí mismo se daba, detúvose súbito, miró de hito en hito á Mannering, y escondiendo la mano derecha entre el leviton y el chaleco, cual si estuviese buscando alguna arma, le dijo:

—Ola, camarada! teneis facha de venir aquí como espía! hem!

Antes que Mannering, sorprendido del tono insolente y chocado del ademan de aquel hombre pudiese darle respuesta alguna, la Sibila habia dejado su cueva, y juntándose con el capitán. Preguntóle este á media voz atento á Mannering.

—¿Es ese algun soplón de la costa?

Contestándole en el mismo tono de voz en la acostumbrada gerigonza de su tribu, díjole la gitana:

—No, no; es mas urbano, es un huésped del Castillo.

Esclarecióse algun tanto el aire sombrío del capitán.

—Buenos dias, dijo á Mannering; veo que V. viene de casa de su amigo Mr. Bertram. Perdóneme V. por haberle juzgado por una cosa muy distinta.

—Supongo, señor mio, replicó Mannering, que V. será el dueño de la embarcacion que está anclada en la bahía.

—Sí, sí; me llamo Dirk Hatteraick, capitán del *Iung frau Hagenstaapeen* bien conocido en estas costas. No tengo por qué avergonzarme de mi nombre, ni de mi navío, ni de mi cargamento.

—Estoy convencido de que no tendrá V. motivo para tenerlos á menos.

—No, mil rayos de Dios! Hago un tráfico bien honroso. Cargué en Douglas, puerto de la isla de Man, buenos barriles de aguardiente coñac y monton de cajas de té, verdadero *hyson y suchong*; soberbias blondas tambien, si á V. le hacen falta algunas. La noche pasada alijamos mas de ciento y pico de toneladas.

—Señor mio, como que estoy viajando, no necesito por ahora ninguna de las mercancías que V. me ofrece.

—Está muy bien; hasta la vista, preciso es cuidar de los negocios, á no ser que V. quiera venir á bordo conmigo á tomar un par de copas de excelente aguardiente. Dirck Hatteraick tiene crianza, gracias á Dios! Truenos y relámpagos!!!

Habia en aquel hombre una mistura de impudencia y de audacia, de miedo y de recelo, que hacia su semblante odioso. Sus maneras eran las de un pillo que no ignora la opinion que debe tenerse de él, y procura desimpresionar á otros afectando una familiaridad desaliñada. Mannering, despues de haberle dado gracias en pocas palabras por su ofrecimiento y urbanidad, se despidió de él, y le vió partir por otro lado en compañía de la gitana. Salieron estos del castillo viejo por donde el capitan habia entrado. Una escalera muy angosta conducia á la playa, y la cual se habria construido sin duda para el uso de la guarnicion en caso de hallarse sitiada. Fué por aquel descenso que se dirijieron hácia la mar aquella bien adecuada pareja. El capitan entró en un pequeño esquife donde le aguardaban dos de sus marineros, y remó en la direccion de su barco, mientras que la gitana, manteniéndose en la orilla, se puso á recitar versos, á cantarlos y á hacer vehementes jesticulaciones.

CAPITULO V.

Mis señorios todos usurpaste,
 Mis escudos de armas quebrantaste,
 Mis selvas abatiste, y despiadado,
 Solo mi honor y sangre me has dejado!

SHAKESPEARE, Ricardo II.

Cuando la barquilla que conducia el digno capitan á su bajel le hubo puesto á bordo, se desplegaron las velas, y el lugre partió despues de haber disparado tres cañonazos por via de saludo

al castillo de Ellangowan. Como el viento era terral, se alejó la embarcacion á todo trapo.

—¡Ah, ah! dijo el laird, quien despues de haber buscado por algun tiempo á Mannering acababa de juntarse con él; ya se fueron esos comerciantes intrusos con su capitán el famoso Dirck Hatteraick, comandante de la buena nao Yung-fraw Hageuslaapeen, medio *manqués*, (1) medio holandés, medio demonio que se lo lleve! cuando iza sus foques, despliega la mayor y saca alas y arastraderas ni aun el viento se atreve á seguirle. ¿Sabe V. que el bribonazo es el terror de los guardas y de los cruceros de las rentas? No pueden con él, y si llegan á arrimársele, llevan tan buena pelfa, que seguro está vuelvan por otra. Pero ya que hablamos de frutos de aduana vengo en busca de V. para que se desayuney beba una taza de té tan rico que...

Mannering, quien habia ya notado con cuanta facilidad rociaba el digno Mr. Bertram su conversacion con ideas inconexas

«Cual de un collar las perlas se desatan.»

apresuróse á interrumpirle para hacerle algunas preguntas respecto á Dirck Hatteraick.

—¡Oh! es.... es.... una buena especie de diablo cuando nadie le contraria; contrabandista cuando sus cañones le sirven de lastre, corsario, y hasta pirata, cuando los lleva montados en sus cureñas. Hace mas daño por sí solo á la gente del resguardo y de la aduana que todos los pillos de Ramsay juntos (2).

—¿Y como acontece que un hombre semejante se atreva á frecuentar estas costas y encuentre en ellas quien le proteja y patrociné?

—Que hemos de hacer! Necesitamos té y aguardiente, cuyos géneros solo llegan acá por ese conducto. Además que no pasa de ser una negociacion; porque si V. vá á comprarlos en casa de Duncan Robb, el especiero de Kippletringan, le pide á V. dinero con-

(1) «Manks» villa en la isla de Man. Me he atrevido á españolizar este vocablo con perdon de nuestros puristas.

(2) Nombres de una villa en la isla de Man, famosa por sus muchos y atrevidos contrabandistas.

tante ó una letra á plazo fijo; en vez de que Dirk Hatteraick alija en la misma puerta de V. uno ó dos barriles de aguardiente ó una docena de libras de té, y toma en trueque leña, cebada, por fin cualquiera cosa que V. le dá. Mire V., á propósito de esto, voy á contarle una historia. Habia una vez un laird. Llamábase por cierto Macfies de Cudgreenford que tenia porción de rentas pagaderas en gallinas, es decir, que sus renteros le satisfacian en señal de feudo. Esta es una especie de gabela muy natural. Y para que no se me escape, diré á V. de paso que las gallinas con que me pagan á mí, son siempre las mas flacas de todo el corral. La tia Finniston envió tres gallinas la semana pasada que parecian otras tantas salamanquesas; y sin embargo tiene á renta doce buenas medidas de tierra que ensemillar, para llenarles bien los buches. Cuando vivia su esposo Duncano Finniston... pero ya se murió, nosotros tambien nos moriremos, Mr. Mannering. Ya! aunque hablemos de esto es preciso entretanto hacer por la vida. Aquí viene el almuerzo, y el Dómine nos aguarda para echarle su bendicion.

Pronunció el Pedagogo un *benedicite* que escedia á los discursos mas largos que Mannering hasta entonces habia oido salir de su boca. Hicieron el elogio del té, cuyo abastecedor, entre paréntesis, habia sido el noble capitan Hatteraick. Mannering no pudo menos de volver á insinuar, aunque con toda la delicadeza posible, que no era demasiado prudente favorecer tráfico semejante aun cuando solo fuese, añadió el jóven, por un espíritu de justicia hácia la hacienda, yo seria de opinion.....

— Ah! interrumpióle Bertram, á quien rara vez se le presentaba una idea en su verdadero punto de vista, y el cual bajo el nombre de Hacienda solo veia las vejaciones del contador, cobrador, inspector; guardas de á pié y de á caballo. — Los empleados del resguardo disfrutan su sueldo para defenderse á si mismos y no necesitan que los socorra nadie. Además que tienen derecho para impetrar el auxilio de la fuerza armada; ahora respecto á la justicia... ¿No se asombra V. Mr. Mannering

al hallar que no estoy en la lista de los jueces de paz (1) en este condado?

Afectó Mannering un aire de sorpresa; aunque no pudo impedirse de pensar que la honorífica junta de jueces de paz no sufría grave pérdida con que se la privase de los talentos de aquel bizarro hidalgo. Pero Mr. Bertram había tocado una cuerda que le lastimaba el corazón, y así prosiguió su discurso con cierta especie de energía.

—Sin embargo, demasiado cierto es! No encontrará V. en la lista de los jueces de este condado el ilustre nombre de Godofredo Bertram de Ellangowan, aunque apenas hay un rústico, el cual tenga con que hacer arrastrar un arado, que no ocupe su asiento en las sesiones y añada á su apellido una J. P. (2) Conozco de donde viene el tiro. Sir Tomas de Kittlecourt no se ha puesto colorado para decirme en mis barbas que él me hubiera hecho incluir en la lista, si yo le hubiese apoyado en las últimas elecciones; pero era mucho mas natural que yo procurase hacer cuanto pudiese á favor de un hombre de mi noble sangre, de un primo tercero mio, el Laird de Balruddery. ¿Y cual fué la venganza? el borrarne de la lista de electores; diéronse por nul las aquellas elecciones y sin embargo tambien me echan fuera para las nuevas, só pretesto de que cuando yo era juez de paz en otra ocasion permitia que los mandamientos de prision los decretase David Mac-Guffog, el condestable (3), quien despachaba

(1) Los jueces de paz, ó conservadores de la paz del rey en los condados, deciden como jueces en los asuntos de «conviccion sumaria» (policía correccional). Pueden sentenciar hasta á un año de prision. Su tribunal es de primera instancia en ciertos casos. Cada tres meses los jueces de paz, ó bien un juez de paz y el jurado, se reunen en sesion de trimestre siéndoles licito conocer en las causas de todo crimen que no lleve consigo la pena capital. El juicio de estos delitos está reservado en Inglaterra á los doce jueces, y en Escocia al tribunal del crimen; llamado «*cour of justiciary*».

(2) Estas iniciales J. P. significan *juez de paz* así como M. P. equivalen á *miembro del parlamento*.

(3) Condestable, es un alguacil, cuyas funciones esplicaremos pues que este destino se menciona con tanta frecuencia en esta obra. La magistratura de los condestables es la inmediata inferior á la de los jueces de paz; instituyóla Alfredo el Magno. Hay grandes y pequeños condestables, encargados igualmente de mantener la tranquilidad pública y de ejecutar los mandatos de los jueces. Los

los negocios á su gusto cual si yo fuese un muñeco de cera; lo que es una insigne calumnia porque en toda mi vida solo he decretado siete mandamientos de prision, por señas que fué el Dómine Sámpton quien los sacó en limpio. Y á no haber sido por aquel desgraciado lance de Sandy Mag Gruthar, á quien los condestables tuvieron encerrado dos ó tres dias en el castillo viejo en vez de enviarle á la cárcel del condado... buen dinero me costó el asunto! pero tambien veo el motivo de tirria que tiene contra mí Sir Thomas; se muere de envidia por el lugar que yo ocupo en la iglesia de Kilma-Girdle. No obstante, á V. dejo la decision. ¿No es mas justo que yo tenga el primer banco frente por frente al señor Cura, mas bien que ese Mac-Crosskie de Creochstone, hijo del diácono Mac-Crosskie, tejedor de Dunfries?

Hizo un gesto Mannering para manifestar cuan justo creia sus motivos de queja.

—Hubo además, Mr. Mannering, una cuestion acerca del camino de herradura y de la tapia del corralon donde se recoge el ganado. Bien me olí yo que Sir Thomas era el que manejaba los boliches en toda la trapisonda, y no me mordí la lengua para decirle al escribano de los jueces árbitros que yo no *envidaba porque le habia visto los piés á la sola*. ¿Cómo era posible que un hombre que estuviese en su juicio se empeñase en atravesar un camino por las tapias de un parque y echar á perder nada menos que media aranzada de ricos pastos, como dijo muy á propósito mi agente?—En fin cuando se trató de elegir el diezmero principal...

—Ciertamente, caballero, que causa asombro el saber la poca representacion que se empeñan haga V. en un pais donde, á juzgar por los magníficos restos de su castillo, debieron los antepasados de V. ocupar el rango mas privilegiado.

—Verdad es todo eso, Mr. Mannering; pero soy un hombre líso y llano y sin ninguna especie de pretensiones, de modo que

grandes condestables son nombrados por los jueces de paz en las sesiones de trimestre, y los pequeños por las parroquias mismas etc.

no me paro en semejante fruslería. ¿Querrá V. creer que ni aun se me ocurre á la memoria? Pero yo daría cualquiera cosa porque V. hubiera oído todas las historias que me refería mi difunto padre acerca de unos combates que los Mac-Dingawales, quienes son los Bertram de hoy, han tenido con los Irlandeses, y los Highlanders, los cuales se empeñaron en establecerse por estas llanuras; como fueron á conquistar la tierra Santa, es decir á Jerusalen y á Jericó, y obligaron á todos sus vasallos á seguirles (cuanto mejor hubieran hecho con pasar á la Jamaica imitando al tío de Sir Thomás Kittlecourt); y como trajeron de allá unas reliquias muy parecidas á las que los católicos conservan en sus camarines, sin contar una bandera, la cual todavía existe en el granero de allá arriba.

Si hubieran sido toneles de vino moscatel ó de ron, sus bienes se hallarian algo mas lucidos el dia presente. Pero no cabe comparacion entre la vieja quinta de Kittlecourt y el castillo de Ellangowan. No creo que la fachada de aquella mida cuarenta piés. Pero V. no almuerza, Mr. Mannering! apenas come V.! Pruebe un poco de este salmon en *sobreusa*; lo cogió Juan Hay, el sábado que viene hará tres semanas, en la laguna contigua á la pradera de Hampseed....

El laird, cuya indignacion se habia encerrado bastante tiempo dentro de un mismo círculo de ideas, se redujo entonces á un género *deshilachado* de conversacion, dejando á Mannering lugar de sobra para reflexionar sobre los sinsabores de una situacion que, pocas horas antes, le habia parecido digna de envidiarse. Tenia en su presencia á un caballero campesino, cuya excelente índole parecia su cualidad mas estimable, descontento de su suerte y murmurando contra los otros por bagatelas que, comparadas con los males legítimos de la vida, no hubieran añadido un grano de arena al desequilibrio de la providencia; aquellos que en su camino dejan de encontrar aflicciones de gran tamaño hallan pequeños vejámenes que bastan para turbar la serenidad de sus dias; y ninguno de mis lectores puede ignorar que ni la apatía

natural, ni una filosofía adquirida por la meditacion y el estudio pueden poner á un caballero campesino al abrigo de las contradicciones en tiempo de elecciones, de juntas de trimestre y de asambleas de canton.

Curioso de conocer los usos del pais, se aprovechó de un *hiato* en los cuentos de Mr. Bertram, á fin de preguntarle la razon porque el capitán Hatteraick parecia necesitar con tanto abinco á Meg Merrilies, antes de hacerse á la vela.

—Seria sin duda para que ella proporcionase un próspero viaje á su embarcacion. Habrá V. de saber, Mr. Mannering, que esos negociantes, á quienes la ley denomina defraudadores, no profesan religion alguna, reemplazando esta con la supersticion recurren á los ensalmos, á los talismanes y á las demás necedades de igual jaez.

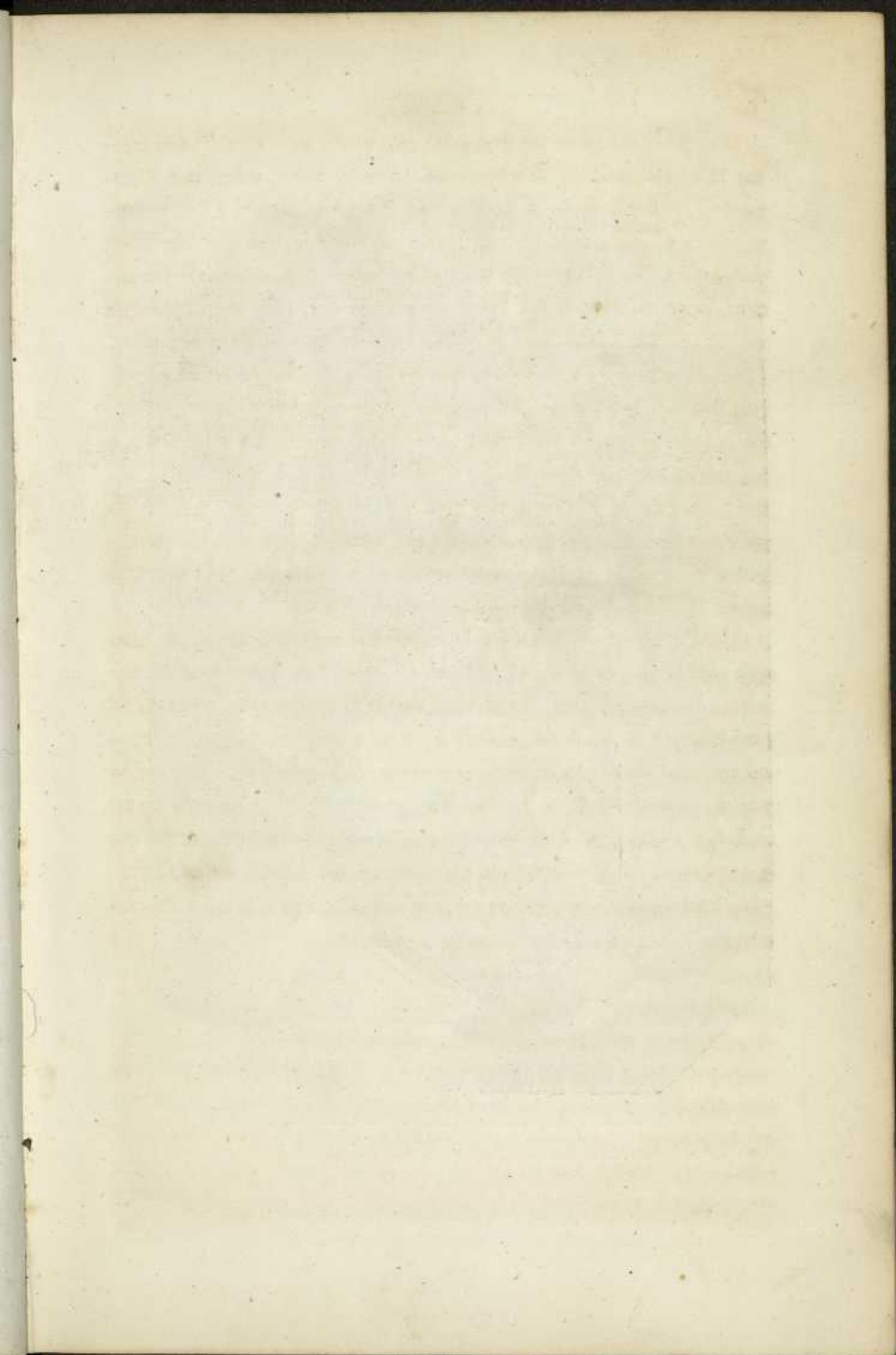
Vanidad! y aun peor todavía! interpuso el Dómine, ese es un comercio con el espíritu maligno. Los hechizos, los amuletos, los sortilegios hacen parte de sus astucias; son otras tantas flechas escogidas en la aljava de Apollyon.

—Calle V. por Dios, Dómine! no se lo hable todo! (nótese que escepto el benedicite y la accion de gracias, el buen hombre no habia desplegado los labios aun) no deja á nuestro huesped lugar para introducir en la conversacion una sola palabra! Y así Mr. Mannering, ya que hablamos de astronomía, de talismanes y de otras cosas semejantes, ¿ha tenido V. á bien examinar aquello de que hablamos anoche?

Empiezo á creer, Mr. Bertram, con nuestro digno amigo el señor Sámson, que tenemos entre manos una espada de dos filos, con la cual no nos es lícito entretenernos. Ni V., ni yo, ni hombre razonable alguno, podemos dar crédito á las predicciones de la astrología; sin embargo, como la curiosidad que nos estimula hasta por mero pasatiempo á penetrar los arcanos del porvenir, produce á veces unos resultados tan serios como desagradables, quisiera se me dispensára de responder á semejante pregunta.

Bien puede suponerse que esta respuesta solo sirvió para irritar la curiosidad de Ellangowan. Insistió pues, mientras Manning, determinado á no esponer el recién-nacido á los inconvenientes que pudieran resultarle de los temores que tuviesen respecto á los peligros de los cuales parecian amenazarle los astros, puso en manos del laird un pliego cerrado, encargándole no le abriese hasta que el niño hubiera cumplido cinco años. Llegada esta época le dejaba leer todo lo contenido en el papel: lisonjeábale la idea de que pasado sin novedad el primer período de las desventuras predichas al infante, concluiría el padre que las venideras habrian de ser igualmente falsas. Prometióle Mr. Bertram que se conformaría con sus instrucciones, y á fin de asegurarse aun mas de su exactitud, añadió Manning, que alguna desgracia pudiera sobrevenir á la criatura, toda vez que antes del tiempo señalado se abriera el escrito.

Cedió el huésped inglés á las instancias de Mr. Bertram para que pasase lo restante del dia en su casa. Las horas que de resultas transcurrieron, nada de notable tuvieron que ofrecer. Al otro dia por la mañana, montó á caballo nuestro viajero, despidióse de su obsequioso patrono y de su fiel secretario, hizo votos por la prosperidad de la familia, y volviendo la cabeza de su cuártago hácia las fronteras de Inglaterra, no tardó mucho en desaparecer de la vista de los moradores de Ellangowan. Tambien va á alejarse de los ojos de mis lectores, quienes no volverán á verle hasta una época bastante apartada.



GUY MANNERING.



CAPITULO VI.

.....La quinta escena
 El cachazudo juez... su enorme panza
 Un buen capon aforra succulento,
 Y con la barba bien pulida y ojos
 De severo rodar, sapiente eructa
 Pandectas mil, y sentenciosa jerga,
 Y su papel así desempeñado,
 Del teatro á su vez desaparece!..

SHAKESPEARE, comedia titulada, *Asyou
 like it.* (Como mejor te guste)

Cuando la señora de Bertram estuvo en estado de saber lo que habia tenido lugar mientras guardaba cama, solo se habló en su aposento del jóven y hermoso estudiante de Oxford, que habia consultado los astros y deducido las consecuencias adecuadas de su investigacion para formar el horóscopo del niño laird. Describiéronla las facciones, el eco de voz, y las maneras del extranjero. Tampoco se olvidaron en el catálogo, su caballo, sus arreos ni aun sus espuelas. Todo esto hizo grande impresion en el ánimo de la señora de Bertram, porque la buena parida no dejaba de ser bastante supersticiosa.

Luego que pudo ocuparse en algo, fué su primer cuidado hacer un saquito de terciopelo para encerrar el horóscopo de su hijo, pues que no habia parado hasta no sacárselo á su esposo. Verdad es que la picaban los dedos por romper el sello del escrito; pero la supersticion pudo mas que la curiosidad, y prestóle bastante fortaleza para guardar el tesoro sin atreverse á tocarlo, depositándolo cuidadosa entre dos láminas de pergamino, precaucion que tomó con el objeto de conservar intacto el lacre. Así dispuestto, metió el saquillo en el seno del muchacho, y afianzólo con una cadenita colgada de su cuello, resuelta á dejarlo allí cual si fuese un amuleto, hasta el instante en que ella creyese que pudiera con toda legitimidad satisfacer su curioso deseco.

El padre, por su lado, determinó llenar sus obligaciones respecto al niño dándole una esmerada educacion; y á fin de poder comenzar su proyecto cuanto antes, y tan luego como en él apareciese el primer destello de razon, le costó poquísimos trabajo convencer al Dómine para que dejase su profesion de maestro de escuela de la aldea, y se quedara á mesa y mantel en el castillo. En consecuencia, comprometióse el Dómine, mediante un honorario que sobre poco mas ó menos equivalia al salario de un mozo de cocina, á comunicar al futuro laird de Ellangowan toda la ciencia y erudicion que verdaderamente poseía, así como tambien las gracias y perfecciones de que careciera, pero las cuales nunca habia soñado remotamente que le hicieran falta ninguna. Tambien el padre hallaba su cuenta en este contrato; se hacia de un oyente tan silencioso como constante á quien espetar sus cuentos cuando estaban á solas los dos, y de un hombre á cuya costa podia hacer alarde de sus talentos y aficion á las pullas cuando se hallaba delante de gentes.

Cuatro años despues de esta época tuvo lugar un gran cambio en el condado, donde estaba sita la hacienda de Ellangowan (1).

Los que observaban con atencion el giro de los asuntos políticos, hacia ya tiempo que eran de opinion ser inevitable una mudanza de ministerio; y en fin, despues de hartas demoras, en pos de un justo balanceo entre temores y esperanzas, á la zaga de rumores bien ó mal fundados, muchos de los cuales no tenian base alguna á retaguardia, por último, de las orgias de infinidad de *clubs*, ó tertulias patrióticas, en donde se habian vaciado numerosas botellas y gritado: ¡ Viva Fulano! ¡ y muera Zutano! y se habian estropeado en correrías infinitos piés, caballos y ruedas de sillas de posta: gracias á sendas peticiones y manifiestos de uno y otro partido, y á las mil veces que entrambos hubieron ofrecido en holocausto sus caudales y vidas, llegó la hora del gran golpe: vino abajo el ministerio, y como es la consecuencia natural, quedaron disueltas las cámaras.

(1) En Dumfleshire. *Shire* significa condado.

Sir Thomas Kittlecourt, así como otros muchos que se hallaban en igual caso, acudió en posta á su condado; mas tuvo un recibimiento muy frio. Había figurado como partidario del caído ministerio, y los amigos del nuevo gabinete habían comenzado ya á hacer un *canvas* (1) muy activo en favor de sir John Featherhead, quien poseía los mejores perros y los caballos mas hermosos en el condado. Entre los que se alzaron contra sir Thomas, contábase un tal Guillermo Glossin, *writer* (procurador) en la villa de***, y agente del laird Ellangowan. Este *santo varon* había tal vez recibido algun feo de sir Thomas Kittlecourt, ó quizás, lo que es igualmente probable, habiendo obtenido de él cuando estaba á su alcance otorgarle, veíase precisado á tender la red hácia otro viento para ponerse en pista de nuevos adelantos. Tenia un voto en el señorío de Ellangowan, como ya hemos referido, y determinó conseguir que su patrono tuviese otro, no cabiéndole la mas leve duda acerca del partido que abrazaría Mr. Bertram en las próximas elecciones. Costóle poquísimo trabajo convencerle que le convenia presentarse á la cabeza de un partido, el mas numeroso posible, y dedicóse sin pérdida de tiempo á reclutar sufragios, segun la costumbre bien sabida de todos los curiales de Escocia, y cuya intriga consiste en fraccionar y subdividir á las *superioridades*. Así lo verificó Glossin en aquella antigua baronía, tan poderosa en otros tiempos. Tambien á fuerza de roer y cercenar acá, y de estirar y engrandecer acullá, creando algunos *over-lords* en la propiedad de que Bertram era poseedor en teneduría de la corona, avanzaron el dia de la lucha á la cabeza de diez *hombres de pergamino* formados tan en regla como cualquiera de aquellos que ya prestaran juramento de propiedad, ó aun que fuese de adhesion (2). Merced á refuerzo tan

(1) Es decir *una intriga electoral*. *Canvas* es el nombre propio que se le dá.

(2) Conozco que la multitud de notas indispensables para la inteligencia de esta obra, interrumpen á cada paso la lectura del texto. Espero sin embargo que el lector me dispense, pues que sin su auxilio no sería comprensible parte de la version. A medida que el sabio Scott vá corriendo el hilo de su historia, se hacen menos frecuentes las alusiones históricas y topográficas, y mas innecesarias por lo tanto las ilustraciones. Aquí sin embargo me parece indispensable la esplicacion del pasaje

considerable, decidióse la jornada á favor de Ellangowan y de su agente. Quedó elegido el ínclito sir John, y en consecuencia nombróse á Glossin escribano del tribunal de paz, mientras en una de las primeras sesiones el nombre de Godofredo Bertram de Ellangowan fué inscrito en la lista de los jueces de paz del condado.

Esta era el *non plus ultra* de la ambicion de Bertram; no porque el laird fuese amigo de los atolladeros anexos á esta dignidad, ni á las responsabilidades que son sus inmediatas consecuencias; pero conocia que le asistian derechos para obstar á esta distincion, y que solo por una evidente injusticia habia sido privado de ella hasta entonces. Dice un antiguo proverbio escocés; que no debe ponerse en manos del loco un *ohapping-Stick* (*baston para apalear*) (1). Apenas se vió Mr. Bertram revestido de su nueva autoridad judiciaria, que habia anhelado tanto tiempo, cuando empezó á ejercerla con mayor rigorismo que clemencia, y desmintió el concepto que el público se habia formado generalmente de la

antecedente, á fin de que los curiosos se pongan al alcance del sistema electoral en Escocia.

Los barones, ó *tenedores libres* de los condados de Escocia, que eligen representantes para el Parlamento, son de dos clases. 1.º Los *verdaderos* propietarios del terreno. 2.º Los propietarios *ficticios* ó *superiores* denominados *over-lords* ó *superiorities* (superioridades.) Acontecía con frecuencia que estos no poseian hacienda alguna en el condado. Si un propietario rico quiere acrecentar su influencia en las elecciones, está facultado para subdividir en trozos su terreno, y crear por este medio cierto número de sufragios subordinados. Con este fin, remite á la corona sus títulos de propiedad, y obtiene de ella nuevas ejecutorias á favor de sus amigos para las diversas particiones en que ha subdividido su señorío, cada porcion productora de 400 libras escocesas de renta (unos 1400 rs. de vu.) En seguida recibe de sus amigos una escritura de propiedad verdadera, mediante una renta ánuua nominal. A los ojos de la ley aquellos amigos son los dueños legítimos de las tierras, que poseen en virtud de título de la Corona, y figuran en los registros de los Barones que disfrutan de voto electoral. Se ha procurado poner coto á este abuso, con exigir cierto juramento de los votantes; pero en Escocia, así como en Inglaterra (donde existe cierta pretensión moral pública que vencer) se encuentran mil recursos para hacer ilusorio un juramento, y una engaño en las elecciones se considera como un pecadillo de poca monta. El voto electoral es una propiedad que puede venderse con hacienda ó sin ella, y se anuncia en los periódicos como otra cualquiera mercancía. La conciencia británica tiene plenas facultades para perjurarse impunemente cada siete años. Los tenedores libres ficticios llevan el apodo de «Paper» ó «Parchment Barons;» esto es, *Barones de papel»* ó *de pergamino*.

(1) También en Castilla conocemos un refran equivalente:

*Al loco y al chiquillo
No le fi-s el cuchillo.*

bondad de su carácter. No sé donde he leído una anécdota, referente á cierto juez de paz, que al dia siguiente de recibir su nombramiento, escribió á un librero para que le enviase el *acta* ó estatuto de su destino, y al efecto, enristrando la pluma, y no siendo muy ducho en las reglas ortográficas, en vez de *acts* escribió *ax* y en lugar de *justice of Peace*, puso en el papel *Augustus pease* de lo que resultó la siguiente curiosa esquila :

«Haga V. el favor de enviarme el *hacha* (ax) referente á *Augusto Chicharos* (Augustos pease).

Sin duda que el sapientísimo juez de quien se trata, tan luego como se viera poseedor de la *hacha* dichosa, serviríase de ella para mutilar las leyes á mansalva. Mr. Bertram no era tan ignorante en la gramática inglesa como su predecesor; pero el mismísimo *Augusto Chicharos*, no hubiera podido emplear con peor discernimiento el arma que con tanta imprevisión le pusieran en las manos.

Consideró de buena fe el nombramiento credencial que acababa de recibir, como una muestra del favor personal que su soberano le dispensaba, olvidando que anteriormente habia creído que el abandono hecho de él era efecto únicamente de las intrigas y del espíritu de partido, que le privaran de un privilegio comun á todos los de su rango.

Mandó á su fiel ayudante de campo, el Dóminè Sampson, que le leyera en voz alta el nombramiento, luego que á su poder llegó. Atajóle á las primeras palabras, que decian : *El rey se ha complacido en nombrar.....* y gritó entusiasmado :— Al rey ha complacido ; guapo hombre ! apuesto á que no le ha complacido tanto á él, como me complace á mí !

No quiso limitar su reconocimiento á unos estériles desahogos, ni á espresiones ampullosas de gratitud. Determinó probar cuan sensible era á los honores que se le conferian, á fuerza de manifestar una actividad sin límites en el desempeño de su encargo.

Dícese vulgarmente en Escocia :

El nuevo escobon
Desollina la habitacion,

y yo mismo puedo dar testimonio de esta verdad porque habiendo tomado cierto dia una nueva criada, las arañas ; vetustas y hereditarias huéspedes de mi biblioteca, las cuales, durante el pacífico reinado de la sirvienta depuesta, habian hilado sus telas hasta en las últimas pirindolas de los estantes, lugar que tengo destinado para los libros de tóología y de jurisprudencia, se vieron precisadas á alzar el campo, sin pérdida de tiempo. El laird de Ellangowan, al comenzar sus funciones de magistrado reformista, se mostró aun mas desapiadado. Desterró á los rateros y ladrones, quienes habian sido vecinos suyos durante la mitad de un largo siglo; metióse á hacer milagros, cual si fuese un segundo duque Humfredo (1), y que la virtud de su vara magistral devolviera á los cojos sus piernas, á los ciegos sus ojos, y todos sus miembros á los paralíticos. Descubrió é hizo huir á los que cazaban en vedado, á los contraventores á las leyes de la pesca, á los saqueadores de la huerta y de palomar, logrando por recompensa los aplausos de sus cofrades y la reputacion de magistrado celoso y activo.

No dejaba, empero, de llevar consigo todo este bien alguna rastro de mal. Cuando son muy añejas las raices de un abuso, se necesita tomar algunas precauciones para arrancarlas de cuajo. El celo de nuestro digno amigo ponía en grave apuro á infinitas personas, de cuya holgazanería y malas mañas tenia la culpa su propia *lâchesse*, (2) (flojedad ó cobardía.) Un uso inveterado im-

(1) Como amante de las antigüedades alude aquí Walter Scott á una tragedia inédita, de Shakespeare se supone, y cuyo nombre, «Duke Humfries, solo ha llegado á nosotros por tradicion. Formaba parte de los manuscritos antiguos, que descubrió Warburton. Pero la cocinera de este, á la cual chocaba la vista de aquellos sucios y carcomidos legajos, encendió la lumbre con ellos durante un año entero. Bien podrá hacerse cargo el lector de cual seria el desespero del anticuario al descubrir la suerte irreparable de su tesoro!!:

(2) Así está escrita esta palabra en el testo original. Walter Scott quiso fraguar un sustantivo de la voz francesa *lâche flojo* «ó cobarde» pero debería haber dicho *lâcheté*, «flojedad ó cobardía y no *lâchesse* :

No sé á qué atribuir este descuido. á no ser, que en alguna obra francesa muy

posibilitaba á los unos de adoptar otro género de conducta, y los otros, verdaderamente inhábiles para el trabajo, eran acreedores como lo decian ellos mismos, á exigir sentimientos y obras de caridad por parte de todo buen cristiano. El mendigo, conocido en la comarca por espacio de veinte años, en que había hecho sus correrías pordioseras, y recibido lo que le daban mas bien como una señal de benevolencia, que como una ofrenda de insultante compasion, era remitido á la casa de trabajo mas próxima. La muger decrepita, que apoyada en su baston, se arrastraba de puerta en puerta, pasando de una en otra como un chelin falso que cada cual se apresura á remitir al vecino; la pobre tullida, que perdido el uso de sus piernas, necesita que alguien la sirva de portador, y le llama en su ayuda con voz mas recia que la del caminante cuando pide el relevo de sus caballos de posta, recibian el mismo trato. Jock, el tonto, que medio pillo, medio idiota, sirviera de juguete á los chicos, de generacion en generacion hacia sesenta años, fué encerrado en el Bridewell (*correcional*) del condado, en donde, prohibídole el aire puro y la vista del sol, únicos bienes que era capaz de gozar, murió al cabo de seis meses, víctima del aburrimiento y de la pesadumbre. El marinero inválido, que por espacio de años sin cuento habia pasado la vida en la taberna, alegrando los zócalos ahumados, con cantarles la copla del «Capitan Ward» ó la mas famosa del «Almirante Berton» fué desterrado por el solo crimen de tener el acento irlandés. Finalmente, el celo que desplegó el nuevo juez de paz en la administracion de la policia rural, llegó hasta el punto de prohibir las visitas anuales que á su territorio hacian los buhoneros.

Todo esto no ocurrió sin que diese márgen á las hablillas y á la crítica mordaz. No estamos hechos de madera ni de cal y canto, al

antigua haya topado con esta dición, ó sea un término forense inglés, muchos de los cuales son corrupciones de palabras francesas.

Digo esto para que los puristas allende del Pirineo ó del paso de Calés no frunzan las cejas contra el bueno de Sir Walter Scott por su original ni tampoco contra mí por haberle seguido fielmente en la traduccion castellana.

paso que los usos y costumbres que han crecido dentro de nuestro corazon no pueden, cual si fueran líquen ó verduras, desarraigarse sin hacernos sangre ó dejar tras sí el surco de una herida. Pesábale á la muger del labriego el no poder ya lucir su inteligencia; y aun tal vez el no gozar de cierta complacencia interior distribuyendo por via de limosna, algunos puñados de harina de avena á los mendigos que la llevaban las novedades que ocurrían en los contornos. Las cabañas padecían la privacion de un sin número de cosillas, á que estaban habituados sus moradores, y las cuales les trian aquellos mismos vagamundos, cuyas correrías se habian vedado tan repentinamente. Carecían los chiquillos de muñecos y de melindres, y las mozuelas de alfileres, cintajos, peñecillos y romances. Las viejas, en fin no podían ya trocar los huevos de sus gallinas por medidas de sal, ó por tabaco de polvo ó de hoja.

Todas estas circunstancias acarrearón al atareado Ellangowan un desconcepto, tanto mas notable por cuanto habia gozado anteriormente de popularidad suma. Hasta de la antigüedad misma de su linage sacaban los descontentos varias razones para condenarle. — Nada tenemos que hacer, decían, con el modo en que se conducen los Greenside, los Burnville, los Viarforth, esos son recién venidos á este condado, al fin familias nuevas; pero, Ellangowan, un apellido que existe desde que el mundo es mundo.. maltratar así á la gente pobre. Cuidado que á su abuelo le llamaban el perverso laird; pero aun cuando no fuese demasiado bueno cuando se estaba demasiado de sobre mesa, como era posible que hubiese hecho cosa semejante? La chimenea grande del castillo viejo tenia siempre lumbre de sobra en aquel tiempo, y la rodeaban tantos pobres como señorones habia en el salon: luego milady, aquella bendita señora, todos los años, la víspera de Navidad, distribuía á los pobres doce monedas de plata en honra y gloria de los doce apóstoles. Decían que ella era papista; pero los papistas de esa clase podrían dar lecciones á los hidalgos de hoy dia. Si bien durante la semana se veían los pobres algo mal-

tratados y escarnecidos, á bien que el domingo llegaba luego y tocaba cada uno su moneda de seis peniques!

Tales eran los propósitos con que se sazónaba cada *pinla*, ó medio cuartillo de cerveza, que tragaban los concurrentes á las tabernas fuera del radio de tres ó cuatro millas de Ellangowan, y término del diámetro de la jurisdicción, ó bien de la esfera, en donde Godofredo Bertram Esq. (1) podia considerarse como juez ó como planeta principal.

Pero las malas lenguas se tomaron mayor libertad todavía, cuando se le antojó al magistrado novel desterrar de Ellangowan una colonia de gitanos, establecida de tiempo inmemorial en aquella comarca, y con un miembro influente de la cual ha hecho ya conocimiento el lector.

CAPITULO VII.

Venid, próceres nobles, andrajoso
Escuadron; ven tu, *Priggs*, monarca agosto
Digno del pueblo que tu imperio acaba!
Y vosotros tambien sus cortesanos,
Sean cual fueren, por fin, vuestros apados,
Patrico, *Jäckman*, *Crank* ó *Clapper Dálgeon*,
Frater ó *Abran-man*, pues sois vosotros
Los héroes de mi tema y mi discurso.

EL SOMBRAJO DEL MENDIGO.

Aunque el carácter de estas hordas de gitanos, que inundaban en otros tiempos una parte de la Europa, y que aun forman una casta distinta, sea bastante conocido, perdonará el lector que trace aquí en pocas palabras el cuadro de su situación en Escocia.

Bien sabido es que uno de los reyes antiguos del pais espresado reconoció á los gitanos como á una poblacion separada é inde-

(a) Abreviatura de *Esquire*, «Escudero», último título de nobleza en la Gran Bretaña, y el cual se pone despues del apellido sin la agregacion inicial del vocablo «Mister, Señor.»

pendiente. (1) Uno de sus sucesores les trató con menos consideracion, y el nombre de gitano llegó á ser en la balanza de la justicia, sinónimo de ladron, y en consecuencia fueron castigados los individuos pertenecientes á esta tribu, á resultas de una disposicion formal de la ley. No obstante esta dureza, prosperó esta raza en medio de las calamidades que azotaron el pais, y hasta se aumentó con un gran número de hombres de armas tomar, á los cuales el hambre y la tiranía privaran de los medios de subsistencia. Esta mezclanza le hizo perder en gran parte el carácter distintivo de su origen egipciaco. Convirtiéronse en una raza mixta, y la cual juntaba en sí la costumbre de la holgazanería y de la vida nómada, herencia de sus antepasados orientales, con la ferocidad propia de los hijos del norte, que con ellos confundido se habian; viajaban en bandas separadas, sugetábanse á reglamentos, conforme á los cuales cada tribu no debiera estender sus correrías mas allá del distrito que le estaba asignado, y la mas leve incursion fuera de los linderos convenidos daba origen á mil quimeras, en las cuales no dejaba de correr sangre algunas veces.

El patriótico Fletcher de Saltoun, hizo, algunos años ha, una pintura de estos vagamundos; mis lectores se admirarán al leer algunos trozos de su descripcion.

—»Existe hoy en Escocia, dice el autor mencionado, gran número de familias pobres, las cuales solo subsisten de limosnas de la iglesia, ó que los malos alimentos precipitan en un sepulcro precoz; algunos doscientos mil pordioseros, cuyo único caudal es lo que recogen mendigando de puerta en puerta. Esta es una carga harto pesada para un pais tan pobre, y al cual no prestan la utilidad mas mínima. Aunque la penuria del tiempo haya acrecentado este número mitad de lo que antes era, puede calcularse que siempre se han contado á lo menos cien mil de estos

(1) Este Rey fué Jacobo V, el cual reconoció á Juan Fan, caudillo de los gitanos de su tiempo como á señor y Conde del Pequeño Egipto. (*Lord and Earl of little Egypt.*)

vagamundos, y los cuales viven sin sujetarse á las leyes civiles, religiosas, ni aun naturales.... No hay magistrado que pueda averiguar los nacimientos ni defunciones que entre ellos ocurren. No solamente son un verdadero azote para los infelices campesinos, los cuales están seguros de ser maltratados por ellos si se niegan á socorrer con pan ó con otras provisiones á una cuadrilla compuesta á veces hasta de cuarenta personas, sino que sucede con frecuencia que saquean las casas de campo estraviadas; y que por esa razon no pueden apelar al socorro de sus vecinos. En tiempo de abundancia se les encuentra á millares por los montes, donde pasan los días enteros en borracheras y comilonas. En los casamientos, entierros, mercados, ferias, y en todos los parques públicos, se les vé, tanto á hombres como á mujeres, beber, jurar, blasfemar y reñir unos con otros.»

Apesar del cuadro deplorable que ofrece el extracto anterior, y aunque Fletcher, amigo tan elocuente y enérgico de la libertad, no alcanzase otros medios para reprimir los desórdenes arriba dichos que el reducir esa tribu á una especie de esclavitud doméstica, los progresos del tiempo, la severidad de las leyes, y los recursos mas fáciles de subsistir, cercenaron poco á poco el cundimiento de este mal, reduciéndole á límites mas estrechos. Las castas gitanas, conocidas tambien bajo otras denominaciones, como las de *Jokeys* y *Cairds*, se hicieron menos numerosas, distinguiéndose del todo algunas; pero sobran siempre demasiadas para causar alarmas algunas veces, y ocasionar vejámenes continuos en las campiñas. Algunos oficios toscos parecian estar encomendados esclusivamente á su industria. Solo ellos fabricaban los platos de madera, las cucharas de asta, y cuanto pertenece al ramo de la calderería; á esto agregaban el tráfico de la losa basta, y tales eran sus recursos ostensibles de subsistencia. Cada tribu tenia por lo comun un centro de reunion, que contenia su establecimiento principal, y en cuyo radio se guardaban muy bien de cometer el exceso mas leve. Tambien no faltaba á algunos varias habilidades, que no dejaban de hacerlos útiles y agradables

en ciertas ocasiones. Muchos cultivaban la música con buen resultado; y con frecuencia en una colonia de gitanos, era donde se hallaba el mejor tocador de violín ó de caramillo.

Eran los mas inteligentes en descubrir los parages mas á propósito para encontrar buena pesca ó caza. En el invierno salian las mujeres á decir la buena ventura, los hombres hacian juegos de mano, y aquellas noches que soplabá muy recio el viento y caía demasiada lluvia, y por lo tanto el labrador permanecía encerrado en su alquería, engañaban las pesadas horas, acurrucándose al rededor del bien alimentado hogar. En una palabra, estos eran los Parias de la Escocia, viviendo á fuer de indios bravos en medio de las habitaciones europeas, y así como á aquellos se les juzgaba mas bien por sus costumbres, usos y opiniones, que segun las reglas establecidas en una sociedad civilizada. En nuestros dias se encuentran aun algunos vestigios de esta raza, con especialidad en las inmediaciones de las comarcas despobladas, en donde les es fácil refugiarse cuando se ven perseguidos. No se han dulcificado los rasgos de su carácter, pero su número se ha reducido de manera, que en vez de los cien mil, que contaba Fletcher, apenas hoy pudieran numerarse quinientos en toda la Escocia.

Desde tiempo inmemorial un residuo de estos vagamundos, de los cuales formaba parte nuestra conocida Meg Merrilies, se hallaba establecido, hasta el punto que lo permitian sus inclinaciones errantes, en una cañada, inclusa en el señorío de Ellangowan. Habian construido algunos chozajos á los cuales daban el nombre de *ciudad de refugio*, y en donde vivian cuando no estaban de escursion, tan seguros y poco molestados como los cuervos que anidaban en las copas de los ancianos fresnos que les prestaban sombra. Su colonia era de tan remota fecha, que se consideraban como propietarios de sus miserables habitaciones. Decíase, que habian adquirido la proteccion de los *lairdes* de Ellangowan, en premio de los servicios que les habian prestado durante las guerras, y especialmente de resultas de haber tala-

do las haciendas de los barones vecinos , con los cuales estaban en continua quimera. En tiempos mas modernos, eran sus servicios de mas pacífica naturaleza. Las mugeres tejian guantes y escofias para Milady, y hacian calcetas de aguja, para el Señor; presentándoles con gran pompa estos regalos el dia de la noche buena. Las viejas sibilas bendecian el lecho nupcial del laird; cuando este se casaba, y la cuna del niño , luego que la señora daba á luz un hijo primogénito. Los hombres lañaban la loza rota de la baronesa, ayudaban al baron en sus cacerías, enseñaban á los sabuesos, y cortaban las orejas y el rabo á algun gozquezuelo favorito del noble laird. Los chiquillos cojian nueces en los bosques, y frambuesas en los arbustos, asi como tambien orondos hongos en las praderas, y así pagaban su tributo.

Esto era en cierto modo de su parte, un acatamiento de fé y adhesion, que no quedaba sin recompensa. Se les protegía en ciertas ocasiones, habia connivencia sobre muchas cosas, y cuando alguna ocasion extraordinaria daba motivo al laird de ostentar su magnificencia, se les destinaba las sobras del banquete, añadiendo una distribucion de aguardiente y cerveza. Este trueque mútuo de buenos oficios duraba mas de dos siglos hacia , resultando que los habitantes de Darneleugh se considerasen como adquiredores del privilegio de vivir en las tierras de Ellangowan. Eran particularmente aficionados al laird actual quien muchas veces habia empeñado su influencia para ponerles á cubierto de los ataques de la justicia. Pero este estado de paz no habia de durar mucho tiempo.

Poco se cuidaban los habitantes de Darneleugh de lo que acontecia á los rodavalles no pertenecientes á su tribu, ni la severidad que contra estos desplegaba el nuevo juez de paz les hacia concebir alarma alguna por su propia cuenta. Estaban convencidos de que era su ánimo no dejar en su señorío otros vagamundos ni holgazanes que aquellos establecidos ya en las tierras de su pertenencia, y se ganaban la vida con el permiso espreso ó tácito de su señor. Tampoco Mr. Bertram se apresuraba á poner

en juego su nueva autoridad en perjuicio de estos antiguos colonos, pero al fin obligáronle á ello las circunstancias.

En una de las sesiones del trimestre, cierto caballero que en las últimas elecciones habia pertenecido á la opinion contraria á aquella abraza da por Ellangowan, le echó en cara públicamente que mientras afectaba gran celo por la policía, procurando adquirir celebridad como hombre justiciero y activo, permitia en su señorío una horda entera de los bribones mas perjudiciales á la comarca, tolerando que residieran á menos de una milla de su casa de campo. Esta reconvenccion no tenia réplica, porque el hecho era de notoriedad pública. Nuestro novel magistrado tragóse en silencio este insulto, y de regreso á su casa, rumió el mejor medio posible, á su modo de ver, para desembarazarse de los espresados vagamundos, cuya existencia en sus heredades era una mancha que deslustraba su reputacion. Resolvió, pues, determinadamente armar querrela á la primera ocasion que se ofreciese con los Parias de Darneleugh.

Luego que Mr. Bertram fué promovido al rango de juez de paz, hizo pintar de nuevo y cerrar de firme la puerta que daba entrada á su quinta por la calle de árboles, y la cual hasta entonces habia estado abierta de par en par y en el modo mas hospitalario.

Tambien dispuso se tapasen con empalizadas bien guarnecidas de abrojos ciertos bosques en la cerca de su parque, por donde se introducía cualquiera al paso que sin hacer la mas leve avería, los chiquillos para buscar nidos de pájaros, los viejos para acortar camino siguiendo una línea recta, y las mozuelas y zagalones para darse sus citas á la caída de la tarde. Pero aquellos días serenos tocaban ya á su fin. Una inscripcion amenazadora y pintada con letras muy grandes en uno de los costados de la puerta, avisaba á cuantos se cojiesen en la parte interior del cercado que se les castigaria con arreglo á las leyes; y por contrapeso, aparecia elevada en la tapia fronteriza una tabla en la cual se veía escrito un anuncio concebido en los términos siguientes:

« En esta heredad hay montados fusiles de resorte, y trampas tan formidables, que segun decia una enfática *Nota: si un hombre cayese en ellas, le troncharian la pala á un caballo* (1). A pesar de estas conminaciones aterradoras, los chiquillos gitanos, ya zangones, y otras tantas mozuelas, estaban un dia subidos á horcajadas sobre la puerta nueva, y haciendo ramilletes de flores, cogidas sin duda dentro del recinto vedado. Mandó Ellangowan que bajasen, pero ellos no le hicieron caso. Trató de echarlos abajo uno á uno, pero estos se agarraban con firmeza, y aquellos apenas desmontados volvian á trepar como anteriormente. Pidió el laird auxilio á un criado, quien sobrevino armado de un buen látigo de postillon, y á los primeros chasquidos se dispersó la turba recalcitrante. Tal fué la primera brecha que en la paz se hizo, y puso fin á la buena armonía que durante tan largo tiempo reinara entre la casa de Ellangowan y el campamento *egipcio* de Darneleugh.

Para convencer á los gitanos que esta era una guerra de veras, fué indispensable hacerles ver que á sus hijos se les recibia á correazos siempre que se les encontraba en el parque; que se les imponia una multa siempre que sus pollinos pastaban en los plantíos nuevos, ó en la orla de un campo, y en fin que que el alguacil ó condestable empezaba á tomar informes secretos acerca de su modo de vivir, admirándose de que espresase su sorpresa al observar que aquellos colonos durmiesen el dia entero, y se ausentasen de sus casuchas todas las noches.

Luego que las cosas llegaron á este punto, no escrupulizaron los gitanos en comenzar hostilidades por su parte tambien. Padeció un saqueo terrible el gallinero de Ellangowan. Desapareció su ropa blanca, tendida en los cordeles para enjugarse, así como tambien los lienzos caseros que se ponian al sol en la pradera con el objeto de blanquearlos. Pescaron en sus estanques todos los peces de mérito, le robaron los perros, arrancaron de cua-

(1) La Inglaterra está sembrada de estas máquinas homicidas para honra de la filantropía británica.

jo ó mutilaron sus estacones vivos y los arbolillos de su plantel; por fin llevaron la venganza hasta el punto de hacer daño tan solo por el placer de hacerlo.

Por la parte adversa espidiéronse órdenes para requerir, allanar y poner en la cárcel á los agresores. A pesar de la destreza de los delinquentes, apoderóse el condestable de algunos de ellos. Entre estos prendieron á un jóven robusto, y le embarcaron de marinero á bordo de un bajel de guerra. Aplicóse una buena mano de azotes á dos chiquillos, y una respetable matrona gitana fué enviada á la casa de correccion.

No obstante toda esta persecucion estaban aun muy distante los gitanos de abandonar sus miserables domicilios, donde por tan largo tiempo disfrutáran de retiró y de seguridad. Hasta al mismo Mr. Bertram se le habia opuesto la idea de lanzarlos de su antigua *ciudad de refugio*; de modo que la pequeña guerra continuó así durante algunos meses, sin que se notase el mas leve abatimiento en las hostilidades por una parte ni otra.

CAPITULO VIII.

«Cuando el Indio cobreño, que orgulloso
 Viste la piel de dómita pantera,
 Desde su humilde choza situada
 Del Ohio caudaloso en las arenas,
 Ve allegarse la tropa de los blancos,
 Con ellos cree la esclavitud se acerca.
 Huye del bosque que nacer le vido,
 Y de Ontario abandona la ribera;
 Corre á buscar un ignorado asilo,
 Dé planta de hombre nunca se abrió senda
 O en selva se guarece, oscura y muda
 Desde que tuvo el orbe su existencia.»
 LEYDEN, Cuadros de la Infancia.

Al trazar el nacimiento y progreso de la guerra de los Cimarrones (1) de Escocia, no debemos perder de vista que el tiempo

(1) Este sobrenombre de *Cimarrones*, que se dá en América á los esclavos fugitivos lo aplica Walter Scott á los Gitanos.

se deslizaba insensiblemente y que el pequeño Enrique Bertram, uno de los muchachos mas saludables y hermosos de cuantos han ceñido espada de palo, y cobijádose con la terrible gorra granadera de papel, se acercaba al dia en que debiera cumplir cinco años de edad. Cierta inflexibilidad de carácter, que se desarrollaba por sí misma, le hacia ya un terquísimo correteador. No habia un cerro, ni una cañada en todo el territorio de Ellangowan que el chico no conociera perfectamente; podia ya decir á medio balbucear en cual pradera crecian las flores mas lindas, y en cual bosquecillo se hallaban las avellanas mas gordas. Daba mil sustos á los que le seguian, por la temeridad con que trepaba á las ruinas del castillo viejo, y mas de una vez habia alargado su romería el niño hasta la aldea que ocupaban los gitanos.

En tales ocasiones, le reconducia Meg Merrilies á la quinta, llevándole caballero sobre sus espaldas. Era sobrino de la mencionada sibila el jóven á quien enviaran de marinero á bordo del bajel, como ya queda dicho. Despues de este acontecimiento, no habia querido la resentida vieja poner los piés en casa de Ellangowan. Pero su enfado no parecia estenderse al chiquillo. Todo lo contrario; hacia por encontrarse con él en sus paseos, le cantaba algunas coplas en gitano, se ponía en cuatro piés para que la criatura se montase sobre su espalda, ó sentábalo á horcajadas en la albarda ó lomo pelado de su borriquillo, y luego le metía en la faltriquera un pedacito de pan gengibre, ó un peño muy colorado. La antigua adhesion de aquella mujer á la familia de Bertram viéndose desairada por el tronco principal, parecia solazarse con fijarla en el retoño, donde aun conservaba la esperanza de reposarse. Profetizó mil veces que el jóven Enrique seria la gloria de su familia; que el viejo árbol no habia brotado una rama tan hermosa desde la muerte de Arturo Mac-Dingwaie, quien feneció en la batalla de Bloody-Bay, y siempre concluía su vaticinio con la insinuacion de que el roble que florecia en su tiempo solo pudiera servir para quemarlo.

En una ocasion que se puso enfermo el niño, pasó la noche en-

tera pegada á la ventana, y cantando palabras, que creia eran un ensalmo poderoso contra la fiebre, y nada pudo determinarla á entrar en la quinta, ni á dejar su puesto, hasta que supo que la criatura estaba fuera de peligro.

El cariño de aquella mujer dió lugar á la sospecha, no en el espíritu del laird, quien jamás hubiera podido resolver á tener recelos del mal, pero sí en el de su esposa, cuya salud era vacilante y cuyas fuerzas intelectuales se desmejoraban á ojos vista. Hallábase la señora de Bertram muy adelantada en una segunda preñez; ya no la era posible salir de la quinta, y como no la inspirase demasiada confianza en la aya de su hijo, por ser una mozueta de cascos muy ligeros, suplicó, pues, al Dómine Sámpton tuviese la bondad de acompañarle en todas sus correrías sin perderle de vista jamás. El Dómine amaba á su tierno alumno; y envaneciase sobre manera con el buen éxito que tenia su educacion, pues habia conseguido hacerle deletrear ya varios vocablos de tres sílabas. La idea de ver á su jóven prodigio robado por los gitanos, cual si fuese un segundo Adán Smith (1), no era tolerable para el buen viejo, quien de buena gana tomó á su cargo una tarea contraria del todo á sus hábitos cotidianas. Se le veia pues pasar con la cabeza repleta de algun problema de matemáticas, y los ojos clavados siempre en un chico de cinco años, cuyas travesuras le esponian siempre á las mas ridiculas situaciones. Persiguióle dos veces en un sendero una vaca parida; otro día se cayó dentro de un arroyo, por habérsele ido los piés al pasarlo sobre unos gujarros; otra vez se hundió hasta la cintura en la ciénaga de Lochend, por empeñarse en coger un nenúfar para el chiquillo. Así es que las matronas de la aldea, quienes en la última ocasion acudieron al amparo del Dómine, dijeron que el *laird* haria mucho mejor en confiar su hijo al cuidado de uno de los Judas de paja que se ponen en los campos por via de es-

(1) El autor alude aqui al célebre Adam Smith el economista. Nació este en el lugar de Nirkaldy en Escocia; su padre era administrador de rentas en la aduana del espresado pueblo. Robáronlo unos gitanos cuando solo tenia tres años, pero no tardó en recuperarle su familia.

pantajo. Pero el honrado pedagogo sobrellevaba todos estos fracasos con una gravedad imperturbable, y la exclamacion, *Pro-di-gi-o-so!* era el único desahogo de su paciencia.

Cansado de la guerra que sostenia contra los Cimarrones de Darneleugh, acababa de resolver Mr. Bertram arrojarles de su heredad. Al oír esta noticia los antiguos criados menearon tristemente la cabeza, y hasta el Dómine se atrevió á insinuar una resistencia indirecta.—*Ne moveas Camarinam* (1), dijo, pero ni la alusion ni el tono oracular de aquella frase eran muy tempestivas para producir efecto alguno en el ánimo del laird, quien procedió á actuar contra los gitanos en todas las formas legales. Cada puerta de su aldeilla fué marcada con una cruz de almagra por uno de los dependientes del tribunal de embargos, á fuer de indirecta ó *papeleta de muda* para desalquilar al próximo trimestre. Los inquilinos, sin embargo, no hicieron la mas leve demostracion que manifestase estar dispuestos á prestar obediencia á la ley. Llegó por último el dia de San Martin, plazo fatal, y fué preciso recurrir á medidas violentas para espulsarles. Un destacamento de condestables, y bastante numeroso para hacer imposible toda resistencia, dió orden á los desalojados de emprender su marcha á las doce de aquel dia; mas como hubiese llegado la hora sin que ellos tratasen de verificarlo, comenzaron los esbirros de la policia á demoler las techumbres de los chozos, y á echar abajo puertas y ventanas; modo muy sumario y eficaz para que se descuide cualquiera, y que está en uso todavía en algunas partes de la Escocia cuando un rentero se manifiesta rebacio. Al principio contemplaron los gitanos con mucho estupor esta escena de ruina. Mas al fin reunieron sus asnos, cargaron en ellos su miserable ajuar, é hicieron sus preparativos de viaje. Poco tardaron

(a) *No remuevas el lago Camarino*: Antiguo proverbio cuyo origen es el que sigue. Este lago está en Sicilia, y como sus aguas fuesen estagnantes incomodaban con los vapores que exalaban á los moradores de sus orillas, los cuales consultaron el oráculo de Apolo. El dios les prohibió tocar las aguas, pero ellos, no haciendo caso, sangraron la laguna. Produjo tan grave pestilencia el cieno removido, que los habitantes de la comarca aprendieron aunque tarde, que el remedio de un mal acarrea á veces otro peor. La circunstancia dió lugar al proverbio.

en concluir esta faena unas gentes que tenian todas las costumbres nómadas de los Tártaros. Partieron pues en busca de un nuevo asilo cuyo señor no fuese miembro del *Quorum* ni *Custos Rotulorum* (1)

Cierta especie de respeto humano habia impedido á Ellangowan presidir personalmente á la espulsion de los antiguos aliados de su familia. Confió esta expedicion á los dependientes de su juzgado, quienes capitaneaba Mr. Frank Kennedy, visitador ó empleado ambulante del resguardo, quien hacia tiempo se hiciera amigo íntimo y comensal de la casa, y del que volveré á hablar en el próximo capítulo. Respecto á Mr. Bertram mismo, señaló aquel día para ir á visitar á un amigo suyo á algunas millas de su casa, con el objeto de alejarse lo mas posible del lugar de la escena. Aconteció, empero, que al volverse á su quinta, y á pesar de todas sus precauciones, le encontraron en el camino sus antiguos ahijados.

Fué en un callejon, al pié de un cerro, y precisamente en los límites de la heredad de Ellangowan, donde el laird se dió frente á frente con la horda Egipcia, marchando en retirada. Cuatro ó cinco hombres formaban una especie de vanguardia; iban embozados en sus capas, las cuales ocultaban sus enflaquecidos y espigados cuerpos, así como sus sombreros de anchas alas, tirados sobre las cejas, oscurecian sus facciones salvages, sus ojos negros y su tez aceitunada. Dos de ellos llevaban escopetas, otro ceñía una espada-sable sin vaina, y todos tenian en el cinto el direk ó puñal de los Highlands, aunque ninguno procurase hacer gala de arma semejante. Detrás de ellos venian los asnos cargados de equipaje, y porcion de carretillas, ó *angarillas con ruedas*, como en el pais se las denomina, y las cuales transportaban á su destierro los niños y la

(1) Las funciones de los jueces de paz son administrativas y judiciares; pero hay ciertos actos á que es preciso presida uno de aquellos que en su nombramiento está privilegiado con facultades mas amplias que los demás. A estos se denomina magistrados del *Quorum*, nombre que proviene de la primera palabra de la frase latina que certifica espresamente la circunstancia: *Quorum aliquem vestrum unum esse volumus*. Hay casi todos son jueces del *Quorum*. El *Custos Rotulorum*, guarda de los archivos del condado, tiene el primer puesto entre los jueces de paz,

gente anciana. Las mujeres, todas, con su enagua encarnada y su sombrero de paja, así como los zagalones, descalzos de pié y pierna, sin sombrero ni otro cobijo alguno, y medio en cueros, constituían esta parte de la caravana, á la que seguía lo restante de la tropa. Como que el camino era muy angosto, y estaba orlado por ambas partes con repechos de arena, apretó su caballo el criado de Mr. Bertram, sonó el látigo con aire de autoridad, é hizo señas á los de la vanguardia gitana para que desembarazasen la parte céntrica de la ruta. No habiendo producido este ademán resultado alguno, dirigió la voz á los hombres de la descubierta quienes continuaban su camino sin hacerle caso.

—Ola! los gritó, apartad esas bestias para que pueda pasar el laird!

—Tome él su parte de la vereda, respondió un gitano, desde la sombra de su sombrero, y sin levantar la cabeza;—no le cedemos sino lo que le corresponde. Este camino se hizo para nuestros burros lo mismo que para sus caballos.

El tono de aquel hombre era enérgico y hasta cierto punto amenazador. Juzgó prudente Mr. Bertram, en aquel lance, deponer su autoridad, dejando que su caballo enfilase tranquilamente aquella porcion de la ruta que tuvieran á bien dejarle. Fingiendo que no había advertido la falta de respeto, dirigió la palabra á uno de los hombres que pasaron por su lado, sin saludarle, ni aun dar el mas leve indicio de que le conocian.

—Gil Baillie, díjole, ¿has sabido que tu hijo Gabriel está contentísimo con su suerte?

Gil era el jóven á quien embarcáran por fuerza en el buque de guerra.

—Si yo hubiera sabido otra cosa, respondió el gitano con aire siniestro y feroz, ya os habria dado las gracias.

Dicho esto prosiguió su camino sin una palabra mas.

Luego que Ellangowan hubo atravesado aquel grupo, cuyas caras tan conocidas le eran, y en las cuales solo advertia el odio y menosprecio cuando otras veces solo le hubieran espresado el

afecto y la adhesion, luego, por fin, que se halló desembarazado de la turba, no pudo menos de hacer que volviese cara su caballo y dirigir una mirada última á la fugitiva colonia, cuya marcha merecia ejercitar los talentos y el pincel de Callot. Ya la vanguardia habia vuelto el pequeño recodo que hacia un bosque bastante espeso; y situado al pié de un cerrillo, detrás del cual fué desapareciendo toda la caravana hasta los mas rezagados de ella.

Las sensaciones que en aquella ocasion experimentaba Mr. Bertram, no estaban libres de amargura. Verdad es que la tribu que acababa de espulsar de su antigua *plaza de refugio* era una raza de zánganos vagamundos; ¿pero habia procurado él hacerla mas industriosa y útil? ¿Eran mas delinquentes entonces que lo fueran en aquellos tiempos cuando les permitia considerarse en cierta manera como los protegidos de su familia? Su elevacion al rango de juez de paz deberia traer consigo una mudanza en su proceder atento á ellos? ¿No era mas humano el procurar introducir una reforma entre ellos antes de privar á siete numerosas familias del único albergue que tenian sobre la tierra, antes de quitarles unos recursos de subsistencia, que, por muy tenues que fuesen, pudieran detenerles en la carrera de los crímenes?

No pudo impedir que la lástima derritese su corazon, ó dejase de plantar en él algunas espinas de remordimiento, al ver alejarse de sus heredades á tan crecido número de personas, que tan conocidas le eran, para correr una suerte miserable y precaria. Godofredo Bertram de Ellangowan era aun mas accesible á este sentimiento, por cuanto su capacidad bastante limitada buscaba su principal diversion en el estrecho círculo hasta donde se extendia. Cuando se aprestaba para continuar su camino, la célebre Meg Merrilies, quien se habia rezagado mucho de sus demás consortes, se presentó repentinamente delante de su caballo.

Encaramándose ligera en una de las alturillas que la ruta encajonaban, de modo que se la veia mucho mas alta que Ellangowan, irguió su alto cuerpo, mientras los contornos de su figura,

diseñados en lo azul del cielo, adquirieron cierto aspecto sobrenatural. Ya hemos dicho que su vestimenta, ó por mejor decir, la moda en que la arreglaba, tenia en sí cierta cosa de extranjera; tal vez la gitana habia adoptado el traje á que aludimos, con el fin de añadir al efecto que sus predicciones hacian en el espíritu de sus oyentes, ó en virtud de alguna tradicion respecto á las vestiduras de sus antepasados. Engalanábala aquel dia una tira de paño rojo, la cual se habia liado á la cabeza en guisa de turbante; adorno que añadia nuevo fuego al que en sus ojos ordinariamente centelleaba. Sus largos, lacios y negros cabellos se le escapaban desgrefñados al través de los dobleces de un tocado tan caprichoso; su actitud era la de una sibila inspirada, su brazo derecho estendido empuñaba una rama de acebo, y la cual parecia haberse arrancado recientemente.

—Maldígame el demonio, exclamó el espolique, si no ha cortado ella esa rama en el parque de Dukit!

Nada le respondió su amo; quien no pudo menos de contemplar aquella figura, erecta sobre la contigua elevacion.

—Proseguid vuestro camino, dijo la gitana, proseguid vuestro camino, laird de Ellangowan. Hoy habeis incendiado siete hogares!..... cuidad que el de vuestro salon arda mas despacio!.. Destruido habeis las techumbres de siete cabañas!.. Cuidad que el arteson de vuestro castillo sea menos frágil!.. Ya podeis posesionar vuestros bueyes de las moradas de Darneleugh!.. pero cuidado! no sea que la liebre mulla su cama en los estrados de Ellangowan!.... Proseguid vuestro camino, Godofredo Bertram. ¿Por qué estais mirando con tanta atencion á nuestra pobre horda?.. Ahí veis á mas de treinta desventurados, que antes hubieran permitido carecer de pan, que dejaros sin el goce del antojo mas liviano! sí, antes hubieran derramado toda la sangre de sus venas que tolerar se os hiciese en un dedo la mas leve cortadura!.. Sí, ved á esas treinta personas, desde la decrepita anciana que cuenta ya un siglo, hasta el niño que nació la semana pasada, todas las cuales arrojaís de su asilo, para que anden vagando por esos cam-

pos, y se acuesten á la luna en los brezos, acompañadas de los zorros y de los zarzales! Proseguid vuestro camino laird de Ellangowan. Nosotros llevamos sobre los hombros á nuestros hijuelos. Ved si el vuestro tendrá mejor cunala... no porque yo desee sobrevenga ningun mal á Enriquito ni á la otra criatura que está para nacer... Dios me libre!.. Oh Señor de cielo y de tierra! hacedles caritativos para con los pobres, y mejores que su padre! Ahora proseguid vuestro camino. Estas son las últimas palabras que oireis jamás salir de los labios de Meg Merrilies, como esta la última varilla que he de cortar en los risueños bosques de Ellangowan.

Así diciendo, tronchó la rama que en la mano tenia, y arrojó al camino los fragmentos. Margarita de Anjou pronunciando su maldicion contra sus enemigos victoriosos no pudo lanzarles una mirada mas desdeñosa y fiera. Abrió la boca el laird para responderle, al paso que se metia la mano en el bolsillo á fin de buscar en él un medio duro, pero la gitana sin esperar su réplica ni su presente, se alejó menudeando el paso con el afan de reunirse pronto á sus compañeros.

Entró en su casa Mr. Bertram, cabizbajo y pensativo, siendo notable que á nadie hablara del encuentro que acababa de tener. No fué tan discreto el espolique: contó la historia de punta á cabo delante de una numerosa concurrencia en la cocina, y concluyó jurando que si el diablo habia hablado alguna vez por la boca de una hembra, se habia despachado á su gusto aquel día por la de Meg Merrilies la gitana.

CAPÍTULO IX.

Ved la Escocia á su cardo reducida.
 Su vaso, ay! vacío cual pito, ved!
 De ratas una tropa maldocia
 Asiendo una grau red;
 Un mohoso alambique pisoteando
 Y cual vil caracot desmenuzando (1)

BURNS,

Mr. Bertram en el ejercicio de su magistratura, no olvidó los intereses de la renta del estado. El contrabando para el cual prestaba muchas proporciones la isla de Man, era la tarea común de toda la costa del sud-oeste de la nación escocesa. Casi todo el pueblo bajo tomaba una parte activa en este tráfico; los pudientes y nobles se hacían los ciegos respecto á esta contravencion á las leyes, y los agentes del gobierno se veían á veces trabados en el cumplimiento de sus funciones por aquellos mismos que deberían protegerles.

Un tal Francisco Kennedy, que mencioné antes, estaba empleado á la sazón en aquella comarca, como oficial ambulante ó inspector de resguardo. Era un hombre forzado, tan activo como intrépido, el cual habia ya hecho multitud de decomisos, y por consiguiente se atrajera el odio de cuantos estaban interesados en este comercio libre (*fairtrade*); denominacion que se daba al tráfico fraudulento. Hijo natural de un hombre de buena familia, gustábale mucho la mesa, bebía vino puro, sabia infinidad de coplas campechanas, y todas estas habilidades le habian proporcionado introduccion en la alta sociedad de [los alrededores,

(1) Esta estrofa de Burns, está sacada del escrito titulado: *Súplicas é instancias del autor, dirigidas á los representantes de Escocia en la cámara de los Comunes*. Este desgraciado poeta, cuya indigencia le obligó á hacer el odioso oficio de Rata ó soplón de la Aduana, se queja en esta representacion de las restricciones impuestas á la destilacion del *Whiskey*, aguardiente que se saca de la cebada, y cuya bebida la considera Burns como el amigo mejor de cuantos tiene la libertad.

así como tambien en las reuniones ó clubs, dedicados á ejercicios gimnásticos, en cuyos juegos no cedia á nadie la victoria.

Frecuentaba Kennedy el castillo ó quinta de Ellangowan, y hallaba siempre la mejor acogida. Su vivacidad economizaba á Mr. Bertram el trabajo de discurrir y la fatiga de desenvolver con órden una idea. La relacion de las hazañas arriesgadas de Kennedy en el ejercicio de sus obligaciones, era un asunto de conversacion harto agradable para entrambos, mientras el placer que tales historias le infundian fué á sus ojos un nuevo motivo para dispensar su proteccion al aduanero y sostenerle en las expediciones arriesgadas á que su deber le comprometia.

Frank Kennedy, decia el laird, es un caballero, aunque por detrás de la Iglesia, como dicen. Su familia tiene parentesco con la de Ellangowan, por el lado de Glenguble. El último laird Glenguble habia instituido herederos suyos á los de la casa de Ellangowan; pero dió la casualidad maldita que, habiendo ido de viaje á Harrigate, trabó relaciones con la señorita Jenny Haddaway.... Y diré de paso, «intercalaba el juez de paz,» que el *Dragon verde* es el mejor meson de cuantos hay en Harrigate.... pero para volver á Frank Kennedy, no hay duda que es un caballero, y me precisa sostenerle contra toda esa canalla de pillescos contrabandistas. »

Estando ya muy estrechada esta amistad entre ellos, aconteció un dia que el capitan Dirck Hatteraick alijase un cargamento de licores espirituosos, y otros artículos de contrabando. Confiado en la connivencia con la cual habia mirado el laird su comercio hasta entonces, no puso mucho empeño en disimular su desembarco, ni tampoco se dió demasiada prisa para deshacerse de sus mercancías. Resultó de esto que Kennedy, armado de una órden especial de apresamiento que le facilitó Ellangowan, sirviéndole de guia uno de sus subalternos muy inteligente en el país, y seguido de un destacamento de soldados bien armados y dispuestos, se presentó repentinamente en el paraje que servia de depósito á los géneros, y despues de unos cuantos tiros de

fusil disparados de una y otra parte y de algunas heridas leves mutuamente recibidas, consiguió poner la *ancha flecha del Rey* (1) sobre los barriles, paquetes, fardos y corachas, llevándose la completa aprehension á los almacenes de la aduana mas próxima. Dirck Hatteraik juró en inglés, en holandés y en alemán que tomara venganza cruda del protector y del protegido, y cualquiera que le conociese no dudaria de su exactitud en ejecutar el juramento.

Pocos dias despues de haberse ausentado la tribu egipcia, Mr. Bertram, almorzando una mañana con su mujer, dijo á esta :

—¿ No es hoy el cumpleaños de Enrique ?

—Cinco cabalmente serán esta noche sus años, respondió ella; y así podremos leer ya el papel que nos dejó aquel caballero inglés.

—No, querida mia, repuso el laird, á quien complacia hacer alarde de su autoridad en cosas de poca suposicion—es preciso que aguardemos hasta mañana por la mañana. La última vez que asistí á los sermones de trimestre, nos dijo el Sheriff que *dies.... que dies inceptus...*, por fin, sea como sea, á bien que tú no sabes latin; pero eso quiere decir que el dia señalado por plazo solo empieza despues de concluido.

—Pero, hijo mio, ese me parece un solemnísimo disparate!

—Nada tiene de particular, pero tal es el verdadero sentido de la ley. Ya que hablamos de plazos, yo quisiera, como dice Frank Kennedy, que la Pascua de Pentecóstes hubiese dado muerte á la fiesta de San Martin, y que la hubieran ahorcado por el exceso. Jenny Cairns me señala de plazo el término último dicho para satisfacerme sus arrendamientos... y.... Pero.... á propósito de

(1) *The King's broad arrow*, la gran flecha del rey. Llámase así el sello que sirve para marcar los objetos pertenecientes al estado ó al rey en los almacenes de la marina y en los depósitos de las aduanas. Esta marca tuvo en su origen la hechura de una flecha. Hoy se denominan *flecha del rey* las tetras iniciales *H. M. His Majesty*, su magestad! En caso de confiscacion, los bienes aprehendidos son propiedad del monarca.

Kennedy, apuesto á que viene por acá hoy, porque ha tenido que ir á Wigton para avisar á un barco aduanero que el lugre de Dirck Hatteraick se ha presentado á la vista de esta costa, y sin duda pretende hacer en ella su alijo. Bueno será que nos prepares una botella de Burdeos para que la bebamos á la salud de Enriquito.

—Yo desearia que Kennedy no se metiese con Dirck Hatteraick. ¿Qué necesidad tiene de manifestarse mas entremetido que los demás? ¿No puede cantar su copla, beber su botella, y cobrar su salario, á imitacion del recaudador Snail, honradísimo sugeto, y quien nunca dá que hacer á alma viviente? Hasta me admiro de verte á tí mezclado en ese negocio! Cuando Dirck Hatteraick traficaba tranquilamente en nuestra bahía, ¿nos hacia falta enviar á la villa por un poco de té y una botija de aguardiente?

—Querida mia, tú no entiendes jota de todo esto. ¿Te parece bien que un magistrado convierta su casa en depósito de géneros de contrabando? Frank Kennedy te enseñará las leyes que prohiben el comercio fraudulento, y conminan á los que lo protejen; luego, bien sabes que el capitan almacenaba su cargamento en el castillo viejo de Ellangowan.

—Perfectamente, Mr. Bertram, ahora sí que ha dado V. golpe! Vaya un delito el que de vez en cuando hubiese algunos fardos y barriles dentro de los sótanos del castillo viejo! ¿y nosotros teníamos obligacion de saber cosa semejante? ¿Se le figura á V. que resulta inmensa pérdida á los intereses del monarca, porque V. beba su vaso de aguardiente y yo mi taza de té á un precio barato? ¡Es injusto el haber sobrecargado de derechos tan exorbitantes esas mercancías! ¿No lucía yo á poquísima costa las blondas que Dirck Hatteraick me enviaba de Ambéres? Tarde ha de ser cuando el rey ó Frank Kennedy nos envian otra cosa que pesadumbres! Esto es lo mismo que la necia quimera de V. con los gitanos. Cada dia que pasa estoy aguardando que hagan alguna de las suyas en la alquería ó en el robledar.

—Otra vez te digo, alma mia, que no entiendes una jota de

todo esto..... Pero, mira cual viene Kennedy galopando por la calle de árboles!

—¡Bueno vá! ¡Bueno vá! Ellangowan, dijo ella, alzando la voz mientras su marido salía de la sala. Quisiera Dios que te comprendieses á tí mismo! mira lo único que tengo que aconsejarte.

Escuriéndose gozoso de este coloquio matrimonial, fué á reunirse el laird con su amigo Frank Kennedy, á quien encontró hecho un pato de sudor.

—Por amor del cielo, Ellangowan, gritóle el agitado ginete, suba V. conmigo al castillo viejo, y verá en alta mar al ladino zorro Direk Hatteraick, perseguido por los perros de S. M. Así hablando, echóse del caballo, tiró las riendas á un sirviente, y corrió hácia las ruinas, seguido del laird y de otras muchas personas de la casa, á las cuales habia atraído el estruendo de un vivo cañoneo en la inmediata mar.

Trepando por la parte del derruido castillo, desde donde se extendia la vista hasta mas lejos, descubrieron á corto trecho de la bahía un lugre á toda vela y perseguido por una balandra de guerra que le hacia un fuego continuo, al cual correspondia el lugre con igual actividad.

—Todavía están muy apartados el uno del otro! gritó Kennedy; pero no tardarán en verse mas de cerca. ¡Bueno! ¡bravo! ya empieza á arrojar el cargamento al agua! Veo á la buena Nancy, saltar por la obra muerta, barril tras de barril (1). Cás-pita en eso me hace Direk una mala partida, y yo se la recordaré el día en que menos piense. ¡Ah! ya le agarraron el viento! Que se escape ahora! que se escape! Vamos, perrillos míos, vamos á él, cerrad, cerrad bien de cerca con el zorrón!

—Creo, dijo el viejo hortelano á una de las criadas, que el

(1) He notado en otras traducciones de esta obra que los comentaristas han supuesto á Nancy, nombre de alguna muger que el contrabandista llevaba á bordo. Mucho me ha dado que reir semejante ignorancia. Explicaré el verdadero sentido. Esta es una mera personificación del aguardiente ó de los licores en general. La ciudad de Nantz ó Nancy en la Lorena ha tenido en todos tiempos mucha nombradía por sus fábricas de licores finos.

hombre del resguardo está fry (1). Con esta voz designa la gente en Escocia aquella especie de frenesí que se considera como presagio infalible de muerte.

Entretanto seguia el corso; maniobraba con mucha maestría el lugre, sin descuidar medio alguno de salvamento. Estaba ya próximo á doblar la punta del promontorio, cuando una bala encadenada le partió el mastelero principal é hizo venir sobre las bordas la vela mayor. Parecian inevitables las consecuencias de este acontecimiento, pero los espectadores no pudieron atestiguarlas; porque el mal parado bajel desapareció al instante detrás de la lengua de tierra. Cargó velas la balandra á fin de arriarse á él; pero hallándose demasiado cerca de la costa, tuvo que revirar con el objeto de describir un semicírculo mas estenso en la alta mar, bojeando el cabo así mas fácilmente.

—Vive Dios! gritó Kennedy, que van á quedarse sin el lugre y sin el cargamento! Me precisa galopar hasta la punta de Warroch (este era el nombre del promontorio ante dicho) y desde allí indicarles con una señal el paraje á donde el barco contrabandista se ha acogido. Vuelvo antes de una hora, Ellangowan; vaya V. preparando el *bol* de ponche, y un buen surtido de limones y azúcar, que yo me encargo de proporcionar la mercancía francesa. Beberemos á la salud de Enriquito una vez y mil, porque es preciso que agotemos un tazon, dentro del cual pudiese nadar la falúa de Rentas!

Así hablando, montó á caballo, y alejóse á escape en la direccion del promontorio. A una milla del castillo, y sobre la orla misma del bosque por el cual, segun ya hemos dicho, estaba cubierta la proyeccion de tierra alta, y á la que terminaba el cabo denominado punta de Warroch, encontró Kennedy al niño Enrique, paseándose bajo la custodia de su preceptor el Dómine Sampson. Hábiale prometido muchas veces el empleado de ren-

(1) *Fry*, *destinado*, es otra palabra que solo puede traducirse por perífrasis. Los etimologistas escoceses la derivan de los vocablos *fatal* ó *fated*, *destinado* ó *consagrado á muerte*.

tas que le subiría en su jaca, y captándose el cariño del inocente chico, enseñándole á bailar, á cantar y á hacer el polichinela.

Apenas le divisó Enrique, cuando le exigió á gritos el cumplimiento de su promesa. Como no viese Kennedy que con darle gusto le esponía á ningun accidente, al mismo tiempo que le complacia hacer rabiar un poco al Dómine, en cuya cara leía ya la oposicion, tomó en brazos al niño y le puso caballero sobre el borren anterior de la silla. Luego, prosiguiendo su viaje, dejó al Dómine con la palabra en la boca y alejóse en medio de un: «Pero, señor Kennedy, ya vé V. que...»

Al principio determinó el pedagogo seguirles de cerca, pero como el caballo se adelantase á medio galope, y á Kennedy le dispensase Ellangowan toda su confianza, sin contar que al Dómine no agradase demasiado la compañía de un hombre que continuamente le asestaba pullas, continuó por volverse paso á paso al castillo.

Los espectadores, que hemos dejado sobre las ruinas del edificio viejo, continuaban mirando las maniobras de la balandra de guerra, la cual, despues de perdido mucho tiempo, consiguiera por fin salirse de nuevo á la alta mar. Entonces doblando la punta de Warroch, se perdió enteramente de vista. Algun tiempo despues se oyó un nuevo cañoneo, al cual no tardó en seguir una explosion, semejante á la que anuncia la voladura de una nave. Al momento se dejó ver una espesa humareda detrás de los árboles, y que ascendia al cielo en forma de nube. Entonces se dispó el grupo de curiosos, formándose cada cual diversas conjeturas acerca de la suerte que habria cabido al bajel defraudador, aunque en lo general se convenia en que su captura habia de ser inevitable, toda vez que ya no se hubiese ido á pique.

—Ya es ora de comer, querido mio, dijo la señora de Bertram á su esposo, luego que volvió este á su casa. ¿Sabes si Mr. Kennedy tardará mucho en venir?

—Por momentos le aguardo, hija mia. Quizás se traiga para acá á algunos de los oficiales de la balandra.

—Válgame Dios, Bertram! ¿por qué no me has avisado antes? Yo hubiera mandado disponer la mesa grande, y para decírtelo todo, un solomillo de vaca es hoy el mejor plato de tu mesa. En fin, me hubiera puesto otro vestido y tú no habrías estado peor con una corbata blanca. Pero te mueres por sorprenderme, y acarrearame apuros. Ya este modo de proceder es insufrible para mí! Solo cuando una está lejos de las personas que la quieren bien es cuando las echa de menos!

—Vamos, vamos! llévese el diablo la vaca y el vestido, la mesa y la corbata! Todo se compoundrá; no te aflijas. Pero.... ¿dónde anda el Dómine? Juan, dijo el laird á un criado que estaba poniendo la mesa ¿dónde están Sampson y Enrique?

—Hace mas de dos horas que el señor preceptor está de vuelta en casa; pero el señorito Enrique no ha entrado con él.

—Que no ha entrado con él! dijo la señora de Bertram; anda vivo y dí á Mr. Sampson que venga acá al momento.

—Señor maestro, díjole ella tan luego como el Dómine se le presentó, es muy extraordinario que V. hallándose en casa bien alojado, comido, cosido, lavado y abrigado, amen de las doce libras esterlinas que tan saneadamente se embolsa cada año, y todo esto solo por la insignificante faena de cuidar de un niño, permita se le pierda de vista nada menos que durante dos ó tres horas enteras!

A cada pausa que hacia, para tragar saliva la encolerizada dama, al enumerar las ventajas que habia hallado el pobre Dómine en tan envidiosa colocacion, reconocia el pedagogo con una humilde inclinacion de su cabeza la verdad de cuanto ella retahilaba. Al fin le respondió en un tono que no me empeñaré en imitar, que, no obstante su oposicion y sus reconvenciones, Mr. Frank Kennedy se habia llevado al señorito en su caballo.

—Si espera el señor Kennedy que yo se lo agradezca, replicó la dama con humor acre, buen chasco se lleva; bueno estaria que dejase caer al niño, y este se rompiera una pierna. O quien sabe si alguna bala perdida de los barcos venga hasta tierra y

mate al ángel de Dios... toma! y le habrá muerto de seguro... ó quien sabe si....

—O quien sabe, interrumpió Ellangowan, y este es el *quien sabe* mas verosímil si habrá pasado Kennedy á bordo de la balandra ó de su presa, y se volverá á tierra luego que la marea lo permita.

—Si se habrán ahogado! chilló la nerviosa baronesa.

—A la verdad, interpuso Sampson, yo hacia de vuelta á Mr. Kennedy; porque se me figuró haber oido las herraduras de un caballo.

—Si, dijo Juan el sirviente, haciendo un gesto para disimular la risa.—El señor preceptor oyó el chapaleteo de los zuccos de Grizzel, cuando esta corria detrás de la vaca mocha para echarla del cercado.

Ruborizóse el Dómine hasta la punta de la frente no por la insolente pulla del criado quien se divertia á costa del pobre pedagogo, lo que este por cierto no hubiera notado, ó cuando menos jamás habria resentido, sino de resultas de una idea que le vino á las mientes—cierto es, dijo entre sí, que yo deberia haber seguido al niño!—Y tomando al mismo tiempo su sombrero y baston, tiró hácia los bosques de Warroch con un paso tan precipitado, que nunca antes, ni jamás despues de aquella época, se le vió caminar tan á la ligera.

Permaneció el laird algun tiempo hablando con su esposa sobre el mismo asunto, y procuró calmar sus alarmas. Al cabo vió reaparecer la balandra; dirigíase esta á todo trapo hácia el occidente, y lejos de arrimarse á las playas no tardó en perderse de vista. Las alarmas é inquietudes de Madama Bertram eran en ella tan comunes que poquísima impresion hicieron en el ánimo de Ellangowan. Pero sobresaltóle una especie de zozobra y agitacion que notó entre los criados. Uno de ellos le suplicó saliese un instante, é informóle reservadamente que el caballo de Mr. Kennedy se habia vuelto solo á la cuadra con la brida rota y la silla debajo del vientre; que un labrador le habia dicho al paso

que habia visto incendiar un lugre contrabandista al otro lado de la punta Warroch, y que á pesar de haber atravesado todo el bosque, no habia podido descubrir en parte ninguna de él á Frank Kennedy ni al jóven Iaird. La única persona á quien encontrara fué al Dómine Sampson corriendo arriba y abajo en busca de ellos, como un hombre que hubiese perdido el juicio.

Púsose en movimiento toda la quinta de Ellangowan. El Iaird y su servidumbre de uno y otro sexo acorrieron á los bosques de Warroch. Juntáronseles por el camino los venteros y demás campesinos de los contornos, los unos por curiosidad, los otros para auxiliarles en su pesquisa. Se tomaron lanchas para registrar el lado opuesto del promontorio, y donde orlaba la costa una fila de escarpados peñascos, desde cuya cima, tenía se sospecha vaga, aunque demasiado horrible, para esperar que fuese verdadero, de haberse despeñado el chiquillo.

Comenzaba el dia á caer cuando entraron en el bosque. Dispersáronse en todas direcciones para buscar al niño y á su compañero. El crepúsculo que iba feneciendo á prisa, el viento de otoño silbando al través de los árboles, desnudos ya de su follaje, el ruido que hacian los requisadores, el de las hojas secas que pisaban, los gritos que de vez en vez daban unos y otros á fin de reunirse, todo contribuía á producir los presentimientos mas aciagos.

En fin, despues de haber practicado en todo el bosque una prolija batida, comenzaron á juntarse por última vez para dar cuenta cada cual de lo que habia notado. El padre no podia ya disimular su desesperacion; pero á penas era igual á la que experimentaba el infeliz Sampson.—Ojalá! ojalá! sollozaba aquel cariñoso y leal dependiente con acentos de angustia inesplicable, ojalá hubiese yo perecido en vez de él! Los que menos se interesaban en el suceso discutian tumultuariamente los acasos y las probabilidades. Cada uno daba su parecer ó prestaba oido á la opinion de los demás. Estos decian que el niño y Kennedy estaban sin la menor duda á bordo de la balandra; aquellos que se hallarian quizás en una aldea distante de allí tres millas; otros por

fin se decían en voz baja que no era imposible se hubiesen encontrado á bordo del lugre, cuyos fragmentos continuaba la mar arrojando á la ribera.

En aquel instante, se oyó subir desde la playa un grito tan penetrante y aterrador, que nadie dudó que fuese el anuncio de alguna desastrosa nueva. Acorrieron todos al paraje de donde provenía el ruido y atravesaron senderos por los cuales, en otra cualquiera ocasion, no se hubiera atrevido á pisar el hombre mas temerario. Bajaron por fin hasta el pié de una peña, á cuyo punto acababa de atracar una lancha.—Aquí, aquí, gritaban todos, aquí está! Atravesó Ellangowan la turba que se habia reunido ya, y vió con horror tendido á ras del agua el magullado cadáver de Kennedy. A la primera vista, pareció que su muerte habia sido ocasionada por una caída desde la cima de la peña, cuya altura medía algo mas de cien piés. Estaba el cuerpo mitad en la mar y mitad sobre la arena. El flujo y reflujo mecían sus brazos y vestidos, dándole desde lejos la apariencia de movimiento propio, y los primeros por quienes fué descubierto el desventurado Kennedy creyeron que estaba vivo aun; pero al acercársele reconocieron que la última chispa de fuego vital se habia estinguido en él mucho tiempo hacia.

—Y mi hijo? y mi hijo? gritaba el padre con ayes de desespero; ¿dónde podrá estar? Una docena de personas respondieron de consuno para darle unas esperanzas que nadie se atrevía á concebir. Al cabo se le ocurrió á uno hacer mencion de los gitanos. Subió sin demora Ellangowan á la cumbre del promontorio, saltó en el primer caballo que á mano hubo, y corrió frenético hácia la aldeilla de Dernelough. Esta ofrecía tan solo la imágen de la desolacion. Bajóse de la cabalgadura con el objeto de practicar una requisa mas minuciosa, y tropezaba acá y acullá con los escombros de las techumbres, y los fragmentos de las puertas y ventanas que en obediencia á sus órdenes habian sido destruidas. Acordóse con amargura en aquel instante de la profecía ó mas bien de la anatema de Meg Merrilies:

«Habeis destrozado las techumbres de siete cabañas; cuidad que el artesón del domicilio vuestro sea menos frágil!»

—Devolvedme mi hijo! gritaba el laird, devolvedme mi hijot y todo se olvidará, todo será perdonado! Al pronunciar estas palabras en una especie de frenesí columbró la débil vislumbre de una luz, que salía por los resquicios de uno de los arruinados chezos. Era aquel donde se albergaba antes la gitana arriba dicha. El destello que parecia provenir del hogar tambien se escapaba por la apertura que habia dejado el destruido techo.

Acorrió allá laird. La desesperacion daba á aquel padre desgraciado la fuerza de una docena de hombres; zamarreó la puerta con violencia tanta, que al momento la echó por tierra. Nadie habia dentro del chezajo; pero no faltaban indicios de que lo hubiesen habitado recientemente. Habia algunas brasas en el hogar, y encima de ellas una caldera colgada de un clavo. Vefanse tambien algunos restos de provisiones. Al dirigir la vista á todos lados con esperanza de descubrir alguna cosa que le asegurase que su hijo existia aun, mas que hubiese caido entre las manos de aquellos vagamundos, entró un hombre en la cabaña: era el viejo hortelano del castillo.

—Ah! señor, díjole el anciano, ¿es posible que viva yo para ver una noche como esta? Véngase V. corriendo á la quinta!

—¿Ha parecido mi hijo? Vive? ¿Dime, Andrés, se ha sabido algo de mi hijo? Han encontrado á Enriquito Bertram?

—No, señor, no...

—Lo han robado, Andrés... tan cierto como pisamos estas ruinas! Ella es quien se lo ha llevado.... No saldré de aquí hasta que me lo devuelvan!

—Es preciso que venga V. señor! indispensable que vuelva á casa sin demora. Hemos enviado á buscar al Sheriff, y dejaremos aquí una guardia to la la noche, por si tornaren los gitanos; pero... venga V... venga por Dios!... La señora está agonizando!

Miró Bertram con aire estupefacto al mensajero que tan horrible nueva le anunciaba, y repitió el vocablo *agonizando!* cual si

no hubiese comprendido su significacion, y dejó que el anciano le condujera. Mientras caminaban, decia solamente el angustiado laird:

—Mujer y niño! hijo y madre! ambos á un mismo tiempo! qué golpe tan duro!

Es inútil hacer prolija la relacion de la escena que aguardaba en su casa á Mr. Bertram. Habian referido á su esposa, sin precaucion alguna, la noticia de la muerte de Kennedy. Hasta habian añadido gratuitamente que el jóven laird se habria despeñado con él aunque no se hubiese encontrado su cadáver y siendo este de tan liviano peso habriase llevado el agua los miembros magullados del pobre niño.

Aquella desgraciada señora se hallaba en meses mayores, y golpe tan horrendo precipitó un parto prematuro. Antes que Ellangowan hubiese recuperado bastante presencia de espíritu para comprender toda la estension de su infortunio, se vió padre de una niña, la cual vino al mundo en el instante mismo que dejó de existir su madre.

CAPITULO X.

Su rostro brota sangre, magullados
Están sus miembros; de las hondas cuencas
Sus ojos parecen rebentarse.
De un funesto dogal su cuello lleva
La cárdena impresion, y los latidos
En su exánime pecho ya cesaron.
Abrumóle la turba, esperó en valde
Secorro ni favor, y su existencia
Disputó con los crueles asesinos.
La cruenta nariz y el herizado
Cabello prestan claro testimonio
De sus últimas bregas en la lucha.

SHAKE-PEARE. Enrique IV.

El vice-Sheriff del condado llegó al dia siguiente á Ellangowan cuando asomaba el alba. Las leyes de Escocia conceden á esta magistratura provincial unos estensos poderes judiciales, la

tarea de informar acerca de todos los crímenes que se cometen en su jurisdicción, y la de estender órdenes de arrestos y mandamientos de prision contra las personas sospechosas, etc.

El que á la sazón estaba revestido de aquel cargo en el condado de**era un hombre de buena cuna y de esmerada educacion. Algo mas que un poco pedante, gozaba de la estimacion general, y era tenido por un magistrado tan activo como inteligente. Fué su primer cuidado el de interrogar á cuantos habian estado presentes al descubrimiento del cadáver de Kennedy, á fin de aclarar algun tanto este misterioso acontecimiento. Escribió la relacion de la diligencia *el proceso verbal* por otro nombre ó acta de *pre-cognicion*, cuyo término técnico sustituye en Escocia á lo que en Inglaterra se denomina *Coroner's inquest* (1). Las investigaciones minuciosas y hábiles del Sheriff ilustraron muchas circunstancias que no convenian con la primera ópinion de que Frank Kennedy se hubiese despeñado por casualidad. Daremos en breves palabras algunos pormenores respecto á este asunto.

El cadáver del desgraciado Kennedy se habia depositado en la choza de un pescador; pero no se habia hecho alteracion alguna al estado en que se le encontró. El cuerpo estaba descoyuntado, y cubierto de magulladuras las cuales parecian evidentemente resulta de una caída tremenda, pero en el cráneo se le descubrió una profunda herida, la cual, á juicio de un diestro cirujano, solo pudo habérsela hecho con un arma tajante. La sagacidad del juez descubrió además otros indicios que anunciaban una muerte violenta. La cara estaba negra, los ojos desencajados de sus órbitas, las venas del cuello terriblemente hinchadas. Una corbata de color, que habia llevado el infeliz Kennedy, no tenia los dobleces ordinarios, sino que parecia muy floja con un nudo en estremo apretado. Indicaba aquella circunstancia el que se hubie-

(1) En Inglaterra el Croner es el magistrado que tiene el cargo de informar acerca de las personas que se hallan muertas, á fin de constar el suicidio ó el asesinato. Sus funciones se estienden mas lejos aun: pueden reemplazar á los Sheriffs, toda vez que á estos se les recuse en su tribunal so pretexto de parentesco etc. etc. Su denominacion de Croner proviene de PLEA OF THE CROWN, *proceso de la corona*.

ran servido de aquel pañuelo para arrastrar el cuerpo muerto quizás hasta el borde del precipicio.

Por otra parte el bolsillo del pobre Kennedy se halló intacto, y lo que aun mas extraordinario parecia, las dos pistolas que por lo comun llevaba consigo, estaban todavía por descargar. Conocianle por un hombre intrépido, que manejaba muy bien las armas, y se servia de ellas en casos de apuro. Era pues, muy extraño que no hubiera tratado de defenderse, habiendo sido atacado. Informóse el Sheriff si Kennedy tuvo costumbre de llevar otra clase de armas. Alguno de los criados de M. Bertram recordaron que muchas veces gastaba un cuchillo de monte, pero ninguno supo asegurar que se le hubiese visto el dia de su muerte.

El cuerpo del difunto no presentaba otras señales que pudiesen descubrir precisamente la causa de su muerte. Sus vestidos estaban en el mayor desorden, ofrecian sus miembros varias fracturas, tenia las manos desgarradas y llenas de tierra; pero todas estas circunstancias eran equívocas.

Transportóse el magistrado enseguida al paraje donde el cuerpo habia sido hallado, y constató la situacion en que estaba. Un enorme fragmento de peña parecia haber acompañado ó seguido la caída y era de una sustancia tan compacta y dura, que desprendiéndose de aquella elevacion, apenas habia saltado algunas astillas. Era fácil conocer el punto en donde se adhiriera el peñasco, porque su color no era el mismo que el de las demás partes espuestas por tan largo tiempo á la accion del sol y del aire. Trepó luego el Sheriff sobre la roca, y reconoció que el peso de un hombre, subido sobre el trozo de piedra descuajada no habria podido ser suficiente para haberlo despeñado, cuya ocurrencia solo la produciria la fuerza de una palanca ó los reunidos esfuerzos de muchos hombres vigorosos. El césped que alfombraba el borde del precipicio habia sido pisoteado recientemente, y las huellas mismas, que siguió con paciencia el juicioso magistrado, le condujeron hasta lo mas espeso de la selva, al través de los matorrales y de los pedruscos que ninguna vereda señalaban y

por donde no se hubiera podido atravesar á no ser que se tuviese la mira de sustraerse de toda investigacion.

Allí se presentaron muchas señales evidentes de una lucha terrible; veíanse desgajadas algunas ramas, cual si se hubiesen agarrado á ellas alguien á quien arrastraran á pesar de su resistencia; la tierra, en los parajes donde estaba húmeda, tenía la huella de muchas pisadas; distinguíanse en fin algunas manchas producidas al parecer por sangre derramada. Cierto era que un grupo de personas se había abierto paso por los brezales y en algunos puntos se conocían ciertas trazas como de haber arrastrado un cadáver ó un saco de trigo. Había un trecho de tierra blanquiza, que presentaba una mezcla de cascajo y greda, y en la espalda de la casaca de Kennedy se advertían manchas del mismo color.

En fin, á un cuarto de milla del precipicio, y á corta distancia del paraje que acabamos de describir, se llegó á un pequeño manchón, cuya yerba estaba completamente pisoteada, aunque hubiesen cuidado de cubrirla con hojas secas.

En aquel paraje se halló en un lado el cuchillo de monte perteneciente al difunto, y en otro el cinturón y la vaina cuyas prendas también habían tapado con ramaje.

Hizo el juez que midieran y comprobasen con exactitud las numerosas huellas que el suelo presentaba. Las unas correspondían exactamente á las que debieran haber sido impresas por los pies de la víctima; otras eran más grandes, y no faltaban algunas más pequeñas. Pareció evidente que cuatro ó cinco hombres habían acometido á Kennedy en aquel paraje. También se descubrieron las pisadas de un niño; mas como no se viesen en ninguna otra parte y el camino que atravesaba el bosque de Warroch distaba cortísimo trecho de aquel sitio, era natural lisonjearse con la idea de que el niño pudo escaparse en aquella dirección durante la trapisonda del combate. Sin embargo, el Sheriff, quien formó un proceso verbal muy exacto de todos los pormenores, de los cuales parecía resultaba que Mr. Kennedy ha-

bia sido asesinado, no pudo menos de consignar en el escrito su dictámen, el cual era; que los homicidas se habian apoderado de la persona del niño Enrique de Bertram.

Hiciéronse las diligencias posibles para descubrir á los delinquentes. Recaian las sospechas sobre los contrabandistas y los [gitanos. Respecto á la suerte que cupiera al lugre de Dirck Hatteraick ninguna incertidumbre existia. Dos hombres que se hallaran al otro lado del promontorio de Warroch, habian visto, aunque bastante lejano, dirigirse el bajel hácia el este, despues de haber doblado el cabo, y juzgaron, por sus maniobras, que estaba muy mal tratado. Advirtieron un instante despues que habia embestido en un bajo; cubrióle en seguida una espesa humareda, y por fin salieron de su bordo vivas llamas. Ya era el buque presa del fuego, cuando divisaron una balandra dirigiéndose á él con todas las velas desplegadas. Continuaron disparándose los cañones del lugre mientras duró el incendio, y concluyó la escena con volarse la embarcacion con espantoso ruido. Mantúvose á distancia la balandra, por su propia seguridad, hasta que hubo pasado la esplosion, y luego hizo rumbo hácia el sud. Preguntados aquellos hombres si el lugre habia botado al agua alguna lancha, respondieron que no podian asegurarlo, no habiendo visto ninguna; aunque el humo, que el viento impelía hácia donde ellos estaban, pudo muy bien haberla ocultado de su vista.

No cabia duda de que el lugre fuese el que mandaba el capitan Hatteraick. Era bien conocido en toda aquella costa, y se sabia que se le estaba aguardando. Una carta del comandante de la balandra, al cual se dirigió el Sheriff, confirmó todo de una manera positiva, incluyendo un extracto de su diario de navegacion, del que resultaba que en virtud de requisicion de Frank Kennedy, empleado en el resguardo de S. M., habia establecido su crucero á fin de sorprender un lugre cargado de géneros de ilícito comercio y al mando de Dirck Hatteraick, que Kennedy deberia vigilar la costa, para el caso en que el capitan contra-

bandista, cuya osadía estaba bien acreditada, y al cual se habia proscripto muchas veces, se aconchase á tierra con la mira de alijar; que á las nueve de la mañana descubrió una embarcacion que le pareció ser el objeto de su pesquisa, que la dió caza, y despues de haberla hecho repetidas señales para que acertara velas ó izase su pabellon, le disparó algunos cañonazos; que entonces el lugre enarboló la bandera hamburguesa devolviéndole la andanada; que se empeñó el combate, durando este cerca de tres horas, en fin que al ir el lugre á doblar el cabo Warroch se advirtió que apenas gobernaba, y que se le vino por la banda el palo mayor; que no le fué posible al comandante de la balandra aprovecharse de esta ventaja por haberse comprometido demasiado en la costa con el objeto de ceñir el cabo y doblarlo antes que su enemigo, mas no le fué posible verificarlo sin haber bordeado antes algunas veces; que despues de un rato vió arder el lugre sin que se advirtiese que permaneciera á su bordo persona alguna; pero habiéndose prendido fuego, á propósito sin duda, á algunos barriles de aguardiente, estendióse el incendio hasta el punto de hacerle imposible acercarse al barco, tanto mas cuanto el calor hacia que se disparasen los cañones que aun estaban cargados; que despues de vista la esplosion, se habia dirigido hácia la isla de Man para interceptar la retirada á los defraudadores, no dudando á punto fijo que la tripulacion se hubiese salvado en las lanchas, aunque no hubiese descubierto ninguna. Tal fué el informe dado por Guillermo Pritchard, maestro y comandante de la balandra de S. M. *The Shark, el Tiburon*. Concluian manifestando su sentimiento de no haber podido apoderarse del malvado que se atreviera á hacer fuego contra uno de los buques de la marina real, y asegurando que si alguna vez caía Direk Hatteraick entre sus garras tendria cuidado de remitirle á tierra, para que diese cuenta á los tribunales.

Como, en virtud de esta relacion, fuese harto verosímil que hubiera conseguido salvarse la tripulacion del lugre, era natural deducir que si aquellos bribones habian encontrado en la selva

á Kennedy, que suponian causante de la pérdida de su bajel, le habrían sacrificado á su venganza; ni aun dejaba de ser posible el que hubiesen manchado sus manos con el asesinato de un niño, pues que era notorio que contra el padre de este vomitara Hatteraick las execraciones y los juramentos mas terribles.

Rebatian otros esta sospecha diciendo, no era factible que una tripulacion compuesta de quince ó veinte hombres hubiese podido ocultarse bastante bien para burlar las severas pesquisas que se practicaran, tan luego como el lugre quedó destruido: que toda vez que consiguieran asegurarse un escondite, se hallarian sus lanchas en la ribera; que en tales circunstancias, y cuando la fuga les era imposible, no podia creerse que se hubieran con-fabulado todos para cometer un homicidio que solamente les proporcionase por utilidad definitiva el saciar el deseo de la venganza. Los que así opinaban suponian, ó que las lanchas del lugre habrían virado de la vuelta de afuera sin ser apercibidos de aquellos que veían arder la embarcacion, y estarian ya distantes, cuando el *Shark* dobló el cabo, ó bien que inutilizados por el fuego de la balandra durante el combate, obligarian á la tripulacion á volarse con el buque. Lo que acabó de dar alguna consistencia á esta suposicion fué que ni Direk Hatteraick ni otro alguno de sus marineros, conocidos todos desde tiempo inmemorial en aquella costa, volvieron á aparecer en las cercanías, así como tampoco en la isla de Man, donde se hicieron severisimas investigaciones. Y á pesar de esto, la mar solo arrojó á la playa el cuerpo de un marinero, quien habia fenecido en el combate. Quanto se pudo hacer fué circular requisitorias con los nombres y señas personales de cuantos habian pertenecido al lugre de Direk Hatteraick, ofreciendo una recompensa á cualquiera que aprehendiese á uno de estos malhechores; iguales ofertas se hicieron al que diese algunos indicios que condujeran á descubrir los asesinos de Kennedy.

Otra opinion, y la cual no carecia de verosimilitud, achacaba el crimen á los antiguos habitantes de Dernelough. Era público

el resentimiento que estos profesaban á Ellangowan; y aun habian dejado escapar ciertas amenazas, las cuales todo el mundo sabia que eran los gitanos espresados muy capaces de poner en ejecucion. El robo de un niño era mas análogo á las costumbres de los mencionados vagamundos que á las de los contrabandistas ó piratas, y nada tenia de estraño que hubiese sucumbido Kennedy en sus esfuerzos por defender á la criatura: además que todos se acordaban que pocos dias antes habia desempeñado un papel muy activo en la espulsion de los gitanos; que algunos de los patriarcas de aquella tribu lanzaran contra él en aquella ocasion muchas amenazas y las cuales habia menospreciado Ellangowan.

Tambien el Sheriff tomó declaracion al desgraciado padre y al espolique de este, respecto al encuentro que habian tenido con la caravana egipciaca, al salir esta del lugarejo de Derncleugh. Los discursos de Meg Merrilies atraian peculiar sospecha sobre la anciana sibila. Habia en ellos, como observó el magistrado, DAMNUM MINATUM, *una amenaza de perjuicio* y MALUM SECUTUM, *daño consiguiente*; el cual en verdad no tardara en sobrevenir. Una mozueta, que habia ido á cojer avellanas en el bosque de Warroch, el mismísimo dia que tuvo lugar el funesto acontecimiento que hemos referido, declaró que delante de sus ojos sahó Meg Merrilies súbitamente de un matorral, y si no era ella, á lo menos tan parecida á la gitana, que la llamó por su nombre; mas no habiendo recibido respuesta alguna, y desapareciendo al instante aquella mujer, no la era posible jurar que fuese verdaderamente ella. Esta declaracion ofrecia una nueva probabilidad, cuando se la robustecia con la circunstancia de lumbre, hallada á prima noche en el chozajo, donde habitara Meg Merrilies poco antes, como lo aseguraron el laird y su jardinero. Pero no era posible creer que si ella hubiese tomado parte en semejante crimen, se hubiera atrevido á volver aquella noche misma al paraje en donde deberia creer que se empezaria á buscarla.

Sin embargo prendieron á Meg Merrilies y la interrogaron.

Negó ella constantemente que hubiese estado en Dernelough ó en el bosque de Warroch el dia de la muerte de Kennedy. Muchos individuos de su tribu prestaron juramento que la gitana no habia salido en las veinticuatro horas del campamento que ocupaban á mas de diez millas de allí. No podia tenerse mucha confianza en su testimonio. ¿Mas qué pruebas se aducian contra ella? Un solo hecho, aunque bien notable, pudiera presentarse para su inculpacion. Tenia la Egipciaca una herida en el brazo, la cual parecia haberse hecho con un arma tajante, y veíasela vendada con un pañuelo, que fué reconocido pertenecer al niño Enrique Bertram. Pero el jefe de la horda declaró que él *la habia corregido*, aquel mismo dia, con su WHINGER, *puñal*, hiriéndola de resultas por inadvertencia. Dió ella separadamente la misma razon atento á su lastimadura; y respecto al pañuelo, habia sido tanta la ropa de uso que robaran los gitanos á Ellangowan durante los últimos tiempos que residieran los Egipcios en las heredades del laird, que, era fácil acertar por cuales medios se hallaba aquella prenda en manos de la mujer sospechada, sin achacarle un delito mas feo.

Advirtiése en su interrogatorio, que ella respondia con una especie de indiferencia á las preguntas que se la hacian respecto al asesinato de Kennedy; pero que se encendia en cólera cuando la sospechaban de haber maltratado al niño Enrique. Tuviéronla en la cárcel largo tiempo, en esperanza de que pasando dias pudiera esclarecerse aquel desgraciado suceso, pero como nada llegase á traslucirse, fué puesta en libertad, con la precisa órden de salir del condado por ladrona y vagamunda. No se pudo descubrir el mas leve rastro del chicuelo; y estas desgracias, despues de haber dado tanto que hablar, concluyeron por quedarse como indefinibles. Conservóse únicamente la memoria de ellas por el nombre del *Salto del Aforador* que dió el pueblo á la peña desde cuya cima precipitaran los facinerosos al desdichado Frank Kennedy.

CAPITULO XI.

Malos y buenos reir y temblar hago,
 Ya desean, ó ya temen mi presencia,
 Dispensó á los mortales la esperiencia,
 La verdad siembro, y el error propago;
 Hombre ¿por qué razon tu miente duda
 Del volar de mis alas, y rehacio
 Mis favores desprecias y mi ayuda?
 Sabe que en el espacio
 Dé diez y seis abrites el conjunto
 Solo compone un miserable punto.
 SHAKESPEARE, Cuento de Invierno.

Nuestra narracion va á saltar un espacio bastante largo y omitir una série de diez y siete años durante los cuales nada importante pasó relativo á la historia que hemos emprendido escribir. El vacío es muy considerable; pero si el lector tiene bastante experiencia de la vida para que esté á su alcance retrogradar en imaginacion, recorriendo igual espacio de tiempo, apenas le parecerá mas largo que el intèrvalo que separa el capítulo precedente del que vá á repasar ahora.

Era pues una noche húmeda y fria en el mes de noviembre, unos diez y siete años despues de la catástrofe referida. Un grupo de personas se hallaba sentado á la lumbre en la cocina de las *Armas de Gordon*, pequeña hostería de Kippletringan, aunque la mas acreditada de la aldea, y á cargo de la señora Mac-Candlish. La conversacion que allí tenia lugar me evitará el trabajo de referir el corto número de sucesos acontecidos en el transcurso de tan dilatado período, y de los cuales es preciso instruir al benévolo lector.

La señora Mac-Candlish, repantigada en un enorme sillón de baqueta, como una reina ocupando su trono, se regalaba con una tasa de té en compañía de algunas amigotas de la vecindad, y con ojo alerta al mismo tiempo sobre los sirvientes en sus faenas ocupados. Algo mas distantes del hogar, el sacristan y sochantre de

la parroquia fumaba su pipa, y humedecía de cuando en cuando su gañote con un trago de aguardiente aguado. El síndico Bearcliff, hombre de gran representación en el lugar, ocupaba el asiento fronterizo á la bien atizada lumbre, disfrutando de varios goces á la vez; tenia su pipa, su tasa de té, y su catilla de *brandy* (aguardiente). En un rincón de la sala dos ó tres personas mas agotaban su *pinta* (medio cuartillo) de two-penny.

—¿Has preparado la sala grande? preguntó la posadera á una sirvienta. ¿Arde bien la lumbre? ¿echa humo la chimenea?

Contestóle afirmativamente la criada.

—No quisiera yo hacerles el mas ligero desaire, dijo la señora Mac-Candlish, y especialmente cuando tan desgraciados se encuentran—añadió volviéndose hácia el síndico.

—Muy cierto, respondió este, muy cierto, señora Mac-Candlish, y aun cuando les hiciese falta tomar fiado en mi casa hasta el valor de ocho ó diez libras escocesas (*unos treinta ó cuarenta reales de vellón*) podrian hacerlo con la misma voluntad de mi parte que si fuesen los mas ricos del país. ¿Saben VV. si vendrán en su vieja silla de posta?

—No lo creo, dijo el sochantre, porque la señorita Bertram vino á la iglesia el domingo pasado en su jaca torda. Dá gusto oírle cantar los salmos ¡pobrecilla! qué bonita y qué amable es!

—Sí, añadió una de las comadres; por mas señas que el jóven Hazlewood la acompañó despues del sermón hasta la mitad del camino para su casa. No sé si ese obsequio le gustaria mucho al viejo Hazlewood.

—Tampoco sé, dijo otra de las concurrentes, si hoy le agrada mucho; pero tiempo fué en que Ellangowan no hubiera puesto muy buena cara al ver á su hija relacionada con Hazlewood.

—Lo que fué y no es... ya saben VV. el refrán..... dijo la otra con énfasis.

—Estoy cierta, vecina Owens, dijo la posadera, que los Hazlewood, aunque vástagos de una buena y antigua familia del condado, no se hubieran atrevido, hace cuarenta años, á ponerse en

nivel con los Ellangowan. Saben VV. que los Bertram de Ellangowan son los antiguos Dingawaies? Todavía existe una canción que tiene por tema el casamiento de uno de ellos con la hija del rey de la isla de Man. Así comienza:

Su esposa fiel para buscar
Bertram atravesó la mar
Y.....

Quien pudiera cautárnosla sería el señor Skresgh.

—Buena mujer, dijo el sochantre (pues que á él se dirigia la posadera) y quitándose de la boca la pipa, tragó con toda gravedad un buche de su aguardiente.—Dios nos ha dado nuestros talentos para emplearlos en cosas mas útiles, que en cantar coplas profanas, especialmente la víspera de un domingo.

—Vamos, vamos, señor Skresgh, no sería la vez primera que he oido cantar á su merced, el sábado por la noche.—Mas respecto al carruaje, muy cierto és que la vieja silla de posta no ha salido de la cochera, desde la muerte de la señora de Bertram, esto es, mas de diez y siete años hace. Jack Jabos ha ido en busca de ellos con mi propia berlina. Estraño que no haya vuelto ya. No está muy lejos el castillo, y la ruta solo ofrece dos malos pasos. El puente que atraviesa el arroyo, cuyas aguas vienen de Warroch está en buen estado, escepto en el carril de la derecha; luego solo queda la bajada de Heavie-Side-Braes, la cual es un verdadero *rompe nucas* para los caballos. Pero Jack es muy práctico en ese camino.

En aquel momento se oyeron fuertes golpes á la puerta de la hostería.

—No son ellos, porque no he oido las ruedas. Anda á abrir presto, Grizzeel, vaya una chica perezosa!

—Es un caballero solo, dijo la sirvienta, ¿ le hago entrar en la sala grande?

—Vamos ese deberá ser algun caballero inglés. Venir [á tales horas, sin criado! Enciende la chimenea en el cuarto rojo. ¿ Sabes si ha entregado su caballo al *ostler*? (mozo de cuadra).

Durante este coloquio habia entrado el caminante en la coci-

na.—Permitame V., señora, dijo él acercándose á la lumbre, que me caliente un instante. La noche está muy fria.

Su exterior, su figura y sus modales cautivaron la benevolencia de la hostelera. La talla del viajero era aventajada, y su vestido todo negro, cual se vió al despojarse de un cumplido leviton; parecia tener de cuarenta á cincuenta años; sus facciones eran nobles é interesantes; tenia cierto aire militar, en fin todo en él anunciaba un personaje de distincion. Una larga práctica habia dado á la señora Mac-Candlish un tacto maravilloso para distinguir á la primera ojeada el rango de los viajeros que se apeaban en su casa y en conformidad arreglaba su recibimiento.

Segun quien era el que en su casa entraba:

Su tono y su lenguaje variaba;

Ya impertinente, ya cortés se muestra;

«Buen dia, scór Smith»—«Milord soy criada vuestra.»

En esta ocasion manifestóse la buena mujer pródiga de sus cumplimientos, y habiendo dicho el huésped que cuidasen de su caballo, salióse ella de la cocina para dar la órden por sí misma.

—En la vida de Dios, dijo á su ama el mozo de cuadra, ha entrado un animal mas hermoso en las caballerizas de las *Armas de Górdon*.

Este elogio de la cabalgadura aumentó el respeto de la huéspeda por el ginete, é hizo que fuese corriendo á ofrecerle que le conduciria á su habitacion, aunque le previno que la hallaria fria y ahumada, mientras el fuego no se encendiese del todo. Prefirió pues el forastero quedarse un rato donde estaba. Instalóle al momento la obsequiosa posadera en un rinconcito de su hogar, y le preguntó si queria tomar alguna cosa.

—Una taza del té que está V. bebiendo, señora; siempre que no le sirva de incomodidad.

Volvió la señora Mac-Candlish á echar en su tetera un puñado de hyson; llenóla de agua hirviendo, y presentóle una taza con toda la gracia que sus rústicos modales permitian.

—Tengo, dijole ella, una sala muy aseada, y la cual conven-dria á vuesa merced quizás; pero está apalabrada para esta noche

á un viejo caballero y á su hija, que van á ausentarse de la comarca. He enviado por ellos una de mis sillas de posta; y espero que lleguen de un instante á otro. Su situacion no es tan holgada como en otros tiempos; pero en este mundo estamos todos tan espuestos á altas y bajas como su merced puede hacerse bien el cargo. ¿Incomoda á su merced el humo del tabaco?

—De ninguna manera, señora; soy un militar viejo y estoy acostumbrado á todo. Quisiera ahora me permitiese V. hacerle algunas preguntas respecto á una familia que vive en estas inmediaciones.

El ruido de un carruaje se dejó oír en aquel momento, y la señora Mac-Candlish corrió á la puerta para recibir á los huéspedes que aguardaba.—Díjole al entrar el postillon:—No pueden venir hoy; el laird se encuentra enfermo de cuidado.

—Válgame Dios! dijo la hostelera; mañana por la mañana espira el término judicial; hoy es el último dia que les es permitido quedarse en la casa; pasado este plazo les venderán todo.

—¿Y qué se ha de remediar? Mr. Bertram no puede moverse.

—¿De quién habla V., señora? dijo el extranjero, supongo que no será del Sr. Bertram de Ellangowan?

—Sí señor, del mismo; si su merced es un amigo suyo, llega su merced en un momento bien desgraciado.

—He estado ausente de Inglaterra por espacio de muchos años. ¿Con qué tan deteriorada está su salud?

—Sí señor, y su hacienda tambien, interpuso el síndico: sus acreedores han hecho presa de todo, y mañana se celebra la pública subasta. Hay ciertos sugetos á quienes no sabe mal esta ruina; cuidado que á nadie nombro; pero bien sabe la señora Mac-Candlish á quien aludo particularmente (la hostelera hizo un signo de aprobacion). Los que lo deben todo á su generosidad son sus mas encarnizados enemigos. Tambien yo soy acreedor suyo, sí señor, yo que hablo con VV., pero querria cien veces antes perder cuanto poseo que lanzar de su casa así al buen anciano, y especialmente cuando tan próximo está á su agonía.

—Oh! dijo el sochantre, muy contento se hallarán Glossin de haberse deshecho del anciano laird, y de venderle los bienes, porque teme que reaparezca el heredero legítimo; he oído decir siempre que si hubiese un varon, nadie tendría derecho de vender las heredades de Ellangowan para satisfacer las deudas del padre.

—Hace años que le nació un hijo, observó el extranjero: ¿ha muerto quizá este?

—Nadie puede responder á esa pregunta, contestó el sochantre con aire misterioso.

—Y tan muerto como está! dijo el síndico; ¿habrá quien lo du-
de al cabo de veinte años que no se ha vuelto á saber de él?

—No hay veinte, dijo la mesonera; al fin de este mes se cumplirán diez y siete cabales. El suceso dió tanto que decir en la comarca! Desapareció el chico en el mismo instante que mataron al visitador de rentas Frank Kennedy. Ya que su merced anduvo por este país años atrás, habrá conocido sin duda á Frank Kennedy el visitador. Vaya un hombre campechano que era el tal! alternaba con lo mejorcito del condado. Si viera su merced cuanto me ha hecho reir siendo yo muchacha! entónces estaba yo recién casada con el *baillie* (*alcalde*) Mac-Candlish. (A aquí arrancó un suspiro la viuda). Si hubiera el pobre Frank hecho la vista larga algun tanto respecto al tráfico ilícito, pero se comprometía demasiado en la persecucion de los contrabandistas. Ha de saber vuesamerced que habia entónces una balandra de guerra en la bahía de Wighton. Dió orden Kennedy á este buque para que apresase el lugre de Dirk Hatteraick. Señor síndico, bien deberá V. acordarse de Dirk Hatteraick, pues que ha hecho con él mas de un negocio; era un hombre muy atrevido. Peleó sobre la cubierta de su embarcacion hasta que saltó esta al aire cual si fuese una cebolla puesta sobre las brasas vivas. Frank Kennedy fué quien primero entró en el lugre al abordaje, y cuando este se voló, fué á parar el cuerpo del aduanero cerca de un cuarto de milla apartado de allí, cayó al pié de la peña, que se denomina desde entonces EL SALTO DEL AFORADOR.

—¿Y qué conexión tiene todo eso con el hijo de Mr. Bertram? preguntó el extranjero.

—Se lo diré á su merced: el niño acompañaba á Kennedy, y es opinión general que habiendo pasado con él á bordo del lugre, porque los chiquillos están siempre dispuestos á atravesar.....

—No, no, buena señora, dijo el síndico, no ha dado V. golpe en bola. El jóven laird fué robado por una gitana llamada Meg Merrilies. Todavía tengo bien presente su aspecto. Ella quiso vengarse del padre, porque este le habia mandado azotar en Kipleringan por haber hurtado una cuchara de plata.

—Con permiso, síndico, dijo el sochantre; creo que está V. tan equivocado como esta buena señora.

—¿Y cuál es la edicion de V. sobre esta historia? preguntó el extranjero con aire de interés.

—Tal vez no sea muy prudente tomar en boca semejante asunto, dijo con toda solemnidad el sochantre.

—Instáronle los concurrentes para que se explicara, y ól, despues de haber bufado una nube de humo que llenó la atmósfera rodeante, y tosido dos ó tres veces, comenzó la siguiente leyenda, procurando imitar la elocuencia atronadora que bramaba sobre su cabeza cuando estaba encaramado en el púlpito.

—Lo que tengo que decir, carísimos hermanos, hem! hem! (aquí tosió dos veces el digno orador) es decir, mis buenos amigos, no tuvo lugar en un rincón, y puede servir para confundir á los protectores de los ateos, de los mágicos, y de los malvados de toda especie. Sabreis pues que el ilustre laird de Ellangowan no era tan cumplido ni celoso en desempeñar la obligacion que le incumbia de limpiar el país de los brujos que en él hormigueaban. Es de ellos que está escrito—NO DEJARAS A VIDA UN HECHICERO—permitia que viviesen en él muchas personas que tenían espíritus familiares, practicaban sortilegios, predecian el porvenir, como tienen por uso los gitanos. Estuvo casado el laird tres años sin haber hijos, y á fin de haberlos consultó á una tal

Meg Merrilies, conocida notoriamente por bruja en todo el Gallo-way y el condado de Dumfries.

—No deja de tener eso mucha parte de verdad, dijo la señora Mac-Candlish, porque yo misma oí un día al laird en el castillo dar órden para que dieran á Meg dos vasos de aguardiente.

—Paz! buena mujer! prosiguió el sochantre, dejad que concluya. Por último hizose embarazada milady, y la noche misma en que salió de su cuidado se presentó á la puerta de la quinta, ó plaza de Ellangowan, como la llamamos por acá, un anciano vestido en una moda muy estraña, y el cual pidió le dieran alojamiento. Llevaba al aire la cabeza, las piernas y los brazos, aunque era entonces lo mas rigoroso del invierno: tenia una barba de media vara de largo. Le dieron acogida, y luego que la señora hubo parido, preguntó el hombre estraño la hora que era, salió al campo, y púsose á consultar los astros. A su vuelta, dijo al laird que un espíritu malévolo vertia su influencia sobre el recién nacido; encomendóle que le educase en los principios de piedad; que le entregase á la tutela de algun santo sacerdote, el cual jamás habria de separarse de su lado, rezando por él noche y dia. Entonces desapareció repentinamente el anciano, y no se le ha visto desde aquella época.

—Esa no cuela por acá! dijo el póstillon, quien á respetuosa distancia habia escuchado aquel cuento. Perdóneme V. señor Streigh, así como espero lo haga toda esta honrada compañía, pero el brujo tenia tan poca barba como tiene hoy el señor sochantre; llevaba unos guantes muy hermosos, y cubrian sus piernas un par de botas tan buenas como las mas lindas que pueden gastarse; creo que desde aquel tiempo nadie me gana en conocer si un calzado es cosa de gusto.

—Chiton! Jack, dijo la posadera.

—Y de dónde ha sacado tantas noticias el amigo Jack? preguntó el sochantre con aire desdeñoso.

—Ha de saber su merced, señor Streigh, que yo vivia cerca de la calle de árboles que conduce al castillo. La noche en que nació

el jóven laird llamó á nuestra puerta un extranjero; despertóme mi madre y me mandó le condujese á Ellangowan. Si hubiera sido un brujo ¿que necesidad tendria de que le guiasen? Era un jóven de buen parecer, y ricamente vestido, con trazas de inglés, y asegurado á todos que llevaba sombrero, guantes y botas altas. Verdad es que examinó atentamente las ruinas del castillo viejo; pero decir que desapareció como un espíritu, es una solemne bola, porque cabalmente fuí yo quien le tuvo el estribo cuando se marchó, y por mas señas que me puso en la mano un hermoso medio duro. El caballo que montaba pertenecia á Jorge de Dumfries; desde aquel tiempo volví á ver el animal en infinitas ocasiones.

—Está muy bien, Jack, dijo el sochantre con tono suavizado, aunque siempre solemne; nuestras relaciones solo se diferencian en algunas circunstancias poco importantes. Yo ignoraba que tú hubieses visto á semejante hombre. Así, amigos míos, bien veis que como aquel extranjero hubiese predicho desgracias al niño, eligió el padre de este á un hombre honrado para que le cuidase é instruyese.

—Sí, dijo el postillon, ese es el Dómine Sámpton.

—Caball! interpuso el síndico, una especie de perro que no ladra; me han asegurado que no le fué posible pronunciar cinco palabras cuando quiso predicar su sermón de estreno.

—Y tan exactamente cumplió con su encargo, prosiguió el sochantre, estendiendo el brazo para anudar la rota hebra de su discurso, que velaba sobre el jóven laird sin descansar un momento. Sucedió empero, que luego que el niño hubo cumplido cinco años, reconoció su padre la falta que habia cometido en patrocinar á los gitanos, y resolvió lanzarlos de sus tierras. Frank Kennedy, quien era mozo de pelo en pecho, se tomó el encargo de llevar á efecto la órden. Dijéronse recíprocas desvergüenzas él y los gitanos. Meg Merrilies, la mas influyente de aquella gaviilla para con el enemigo del linaje humano, predijo al aforador que antes de tres dias estaria entre las garras del demonio en cuer-

po y alma. Cuidado que esto lo sé de buena tinta; me lo dijo un sugeto que presenció el lance, un tal John Wilson, espolique del laird, y que iba con su señor cuando al regresar de Singleside, encontró sobre Gibbie-Knowe á Meg Merrilies, la cual le predijo todas las desventuras que le amenazaban. Verdad es que John no puede jurar que fuese Meg en persona, ó algun espíritu maligno que tomara su figura, porque su talla y aspecto parecían sobrenaturales.

—Nada tengo que objetar á eso, repuso el postillon; pues que no me hallaba en el pais entonces, pero sí me consta que el tal John Wilson era un hombre de menos corazon que una gallina casera.

—¿Y cuál es el fin de todo eso? preguntó algo impaciente el huésped extranjero.

—El fin, señor, es, dijo el sochantre, que mientras todo el mundo estaba mirando el combate entre una balandra de guerra y un lugre contrabandista, disparóse Kennedy como un tiro de ballesta, sin que nadie acertase con cual motivo. Imposible hubiera sido detenerle ni con maromas ni con cadenas de fierro. Lanzó á escape su caballo hácia el bosque de Warroch, y por el camino encontró al Dómine que acompañaba á su discípulo, y arrebatando á este, juró que si estaba hechizado, correría el niño igual suerte que él. Siguióle á toda carrera el Dómine Sampson, y cuidado que á buenas piernas no habia quien le ganase entonces, y vió á Meg Merrilies la bruja, ó bien á su amo infernal que habia tomado su figura, salir de la tierra súbitamente, y apoderarse del muchacho. Desenvainó Kennedy la espada, porque era un valenton que no tenia miedo del diablo en persona.

—Creo que eso es verdad, dijo el postillon.

—Al instante agarró Meg al aduanero, y estrujándole entre sus brazos le llevó un buen trecho de allí, y luego le lanzó cual si hubiera sido una piedra por encima del promontorio de Warroch, á cuyo pié se encontró su cadáver aquella noche misma.

Lo que se hizo del niño, Dios lo sabe; por mi parte no lo sé; pero el cura de entonces y que ahora disfruta de un beneficio mejor, fué de opinión que le transportarian al pais de las hadas, de donde tarde ó temprano era probable que volviese.

—Mas de una vez se habia sonreido el extranjero al oír este discurso; mas antes que pudiese hacer sobre él alguna observacion, oyóse parar un caballo á la puerta y entró dándose aires de importancia un criado con una escarapela en el sombrero, y dijo:

—A ver, señores, á un lado; buenas gentes, hacedme un poco de lugar!

Pero descubriendo al extranjero que estaba sentado en el rincón de la chimenea, volvióse de repente tan modesto como sumiso, y quitándose el sombrero, púsole una carta en las manos:

—Señor, le dijo, la familia de Ellangowan está en la mayor consternacion, y no puede recibir visita ninguna.

—Ya lo sé, contestó su amo. Ahora, madama, pues que no vendrán los huéspedes que V. aguardaba ¿me podrá permitir que ocupe la sala que destinada se les tenia?

—Ciertamente, respondió la señora Mag-Candlih, tomando una palmatoria para alumbrarle, con todo el afanoso obsequio de que suele hacer alarde una posadera en semejante ocasion.

—Mancebo, díjole el síndico al lacayo, ofreciéndole un vaso de aguardiente, tome V. esto; despues del tragin que acaba de tener, no habrá de sentarle mal.

—No por cierto, señor mio; á la buena salud de V.

—¿Y quién es el amo á quien V. sirve, buen amigo?

—El famoso coronel Mannering, que acaba de volver de las Indias Orientales.

—Quién? ¿ese valiente militar á quien tanto han elogiado los papeles públicos?

—Caball! sí señor, él mismo. Su señoría fué quien socorrió á Cuddieburn, quien defendió á Chingalore, por fin quien derrotó al jefe marata, llamado Ram-Jolli Bundleman; yo le he seguido en todas sus campañas.

—Válgame Dios! exclamó la posadera, ¿y es posible que me esté yo con los brazos cruzados! Me precisa saber lo que querrá su señoría que le prepare para cenar.

—Oh, patrona, no se apure V., mi amo no es descontentadizo; le gusta lo mejorcito de todo. Nunca ha visto V. un hombre mas sencillo ni mas llano que el coronel. Sin embargo, ratos hay en] que pudiera decirse que tenia en el cuerpo una legion de demonios.

Lo restante de la conversacion, que tuvo lugar en la cocina, no ofreció cosa que pueda edificar á nuestro lector, al cual, si nos dá licencia, introduciremos en la sala grande.

CAPITULO XII.

Me hablais de honor, y só este nombre frívolo
 En el altar de Dios alzais un idolo:
 Mancha el honor con sangre vuestra mano
 Y de la ira de Dios huireis en vano.
 Guardaos de atacar nunca la honra agena
 Basad la propia en la virtud serena.
 ¿No ofendeis? está bien: pechos de roble,
 Que os ofendan sufrid, este es mas noble!
 BEN JOHNSON.

El coronel, entregado á sus reflexiones, se paseaba arriba y abajo en su aposento, cuando la posadera entró para saber lo que tenia que mandarla. Despues de haber dispuesto le preparase cuanto juzgaba el coronel seria mas provechoso *para el bien de la casa*, la suplicó se quedase con él un instante!

—Si no me he informado mal, señora, le dijo por la conversacion de las buenas gentes reunidas abajo, perdió su hijo, Mr. Bertram al cumplir aquel cinco años de edad.

—Es muy cierto, señor. Hay variacion respecto al modo en que tuvo lugar este acontecimiento, es un cuento viejo que cada cual charla junto á la chimenea, en las noches de invierno, cual lo acabamos de hacer ahora poco. Pero que el niño haya desa-

parecido al cumplir sus cinco años, como V. ha dicho, es cosa indudable. Esta desgracia fué referida á su madre con demasiada imprudencia, y como ella se hallase en cinta á la sazón, costóle la vida á la pobre señora aquella noche misma. Desde entonces acá no ha vuelto el infeliz laid á levantar cabeza. Llegó que llegó á ser mujer la señorita Lucy, procuró poner en órden los negocios de la casa; mas ¿qué había de hacer la pobre criatura? ya era demasiado tarde! En fin, véales ahora su señoría lanzados de su propia casa, y con todos los bienes embargados.

—¿Podrá V. determinar la precisa estación del año en que desapareciera el chico?

La huéspeda, despues de haber reflexionado un momento, le respondió que era precisamente la misma en que se hallaban entonces, y habiendo ocurrido á su memoria algunos recuerdos locales, fuéle fácil fijar su fecha á principios del mes de noviembre año de 17**

Dió Mannering dos ó tres paseos por la sala aunque indicando por señas á la señora Mac-Candlish que deseaba no le dejase todavía.

—¿Y puede creerse que va á ser vendida la heredad de Ellangowan?

—Válgame Dios, señor, no cabe duda, y al mayor postor, sin que pase el día de mañana. Cuando digo mañana, me equivoco, porque es domingo; pero el lunes sin falta. Al mismo tiempo va á hacerse almoneda pública de todos los muebles. Toda la comarca opina que se precipita la venta, porque de resultas de la guerra con América escasea mucho la plata en Escocia, y que hay cierto sugeto que desea adquirir la heredad á precio muy bajo. No me castigue el cielo á mí por hablar mal de nadie, pero sí á los que me obligan á espresarme de esta manera! añadió la buena mujer, quien no podia reprimir la indignacion que le inspiraba la sola idea de una injusticia.

—¿Y en qué punto se celebra la subasta?

—En el castillo mismo de Ellangowan como se lee en los avisos.

—¿Y quién es el encargado de enseñar el plano de las tierras, los títulos de propiedad, y los apuntes de lo que las heredades redituan?

—Un hombre muy de bien, señor; el sustituto del Sheriff de este condado, el cual está habilitado al intento por el Tribunal de las *Asisas* (sesiones judiciales). Vive en este mismo lugar; y si desea su señoría avistarse con él, le instruiría mejor que nadie de las circunstancias de la desaparición del chico; porque el Sheriff, á lo que he entendido, se ha dado malísimos ratos para descubrir la verdad de aquel suceso.

—¿Y cómo se llama el sustituto?

—Mac-Morlan, señor; es un hombre muy cabal, disfruta de excelente reputación.

—Sírvase V. ofrecerle mi inutilidad, y enviándole expresiones encarecidas del coronel Mannering, suplicarle que si no le es molesto, tenga la bondad de venir á cenar conmigo, y se traiga todos los papeles referentes á la hacienda que va á subastarse. Ruego á V. señora, que no hable de esto á otra persona alguna.

—Yo! señor, juro á V., que no descoseré mis labios. Mucho me complaciera que Vuestra señoría (aquí hizo una reverencia la posadera), que un caballero que ha hecho la guerra en favor de su patria (otra cortesía), llegase á ser el propietario del castillo, ya que es preciso que mude este de dueño. Con eso no lo veré caer en manos de un infame como Glossin, que se ha elevado á costa de uno á quien lo debe todo. Pero ya que se me ocurre, voy á ponerme la mantellina y los zuccos, é iré yo misma á casa de Mister (1) Mac-Morlan; allí le encontraré sin duda, y nuestras puertas están casi pegadas.

—Vaya V., sí, vaya V. buena señora; se lo agradeceré infinito. Al mismo tiempo diga V., á mi criado que suba y me traiga la cartera.

(1) *Señor*; esta palabra se usa más comunmente en abreviatura *Mr.*

Dos minutos despues estaba sentado el coronel Mannering delante de una mesa, donde habia todo lo necesario para escribir. Como tenemos el privilegio de poder leer por encima de su hombro, vamos á comunicar á nuestros lectores un trozo de la carta. Estaba dirigida á Arturo Mervyn, Esquire, residente en Mervyn Hall, Llanbraithwaite, condado de Westmoreland, y contenia los pormenores de las viajatas del coronel desde que se separara de su amigo; continuaba así:

«¿Y ahora, Mervyn, me reprocharás aun mi aire melancólico? ¿Crees que en pos de haber pasado veinte años en medio de las armas, despues de haber recibido hartas heridas, consumídome en las prisiones, soportado infortunios de toda especie, pueda yo ser todavía aquel festivo, aquel vivaracho Guy Mannering que trepaba contigo hasta la cima del Skidaw y perseguía las gallinetas en los púramos de Crossfell? Que tú, viviendo constantemente en el seno de la doméstica felicidad, hayas conservado el mismo genial, el mismo fuego de la imaginacion, esto es efecto de un temperamento, al cual siempre han acompañado la salud y la ventura en el trascurso de una vida apacible. Mi carrera, empero, ha estado sembrada de errores, de dudas, de dificultades. Desde la infancia he sido juguete de los acasos, y aun que un viento favorable me ha conducido á puerto de salvamento algunas veces, poquísimas son las ocasiones en que he recalado en aquel adonde mis anhelos me conducian. Permite que te retrace en pocas palabras el singular destino que mis dias juveniles ha acompañado, y los infortunios que me han abrumado en una época mas avanzada de mi vida.

«La aurora de mi existencia, me dirás, que no fué demasiado tempestuosa; convengo que si no estuvo sembrada de flores, á lo menos estuvo enteramente limpia de espinas. Mi padre, hijo primogénito de una familia ilustre aunque no opulenta, dejóme casi por herencia esclusiva un apellido que sostener, y la amistad de dos tios mas favorecidos de la fortuna que él. Amábanme estos á tal punto, que era yo la causa de quimeras diarias entre ellos.

Mi tío, el obispo, quería hacerme seguir la carrera eclesiástica, para alcanzarme un beneficio; mi tío-el comerciante se empeñaba en llevarme á su escritorio y cederme compañía en su firma, la cual se hubiera convertido en la de Marshall y Mannering, de Lombard Street (calle de los Lombardos). Pasé con felicidad por medio de estos dos escollos, ó por mejor decir, preferí un silla de dragon á la poltrona dulce y blanda que me ofrecia la Iglesia, y al taburete claveteado y cómodo con que el escritorio me brindaba. En seguida antojósele al obispo casarme con la sobrina del dean de Lincoln, la que era tambien su heredera única; el comerciante me propuso la mano de la hija, tambien única, del viejo Sloethorn, rico traficante en vinos, y el cual hubiera podido alfombrar su salon con carros de onzas de oro acuñadas, y encender su pipa con billetes de banco: tomé por esposa á la pobre... á la pobrísima Sofia Wellwood.

«Decirte tambien que la profesion militar abrazada por mí debió proporcionarme algunas satisfacciones, no es mas que la verdad. Añado que aunque no correspondí enteramente á lo que de mí esperaban mis tíos, no por eso hubo merma en su cariño, solo digo lo que sucedió. Mi tío el obispo á la hora de la muerte, me dejó su bendicion, sus sermones manuscritos, su biblioteca y curiosísima cartera, que contenia los retratos de los teólogos mas célebres en la Iglesia Anglicana. Mi tío Pablo Mannering me instituyó heredero único de su inmenso caudal. Pero ¿de qué me ha servido todo esto? No dejó á pesar de mi fortuna de llevar una espina profundamente clavada en mi corazon; faltáronme los ánimos para explicarte el motivo cuando estuve en tu casa. Voy, pues, ahora, á confiarte los pormenores de un suceso, el cual tal vez oigas referir con circunstancias enteramente distintas y muy lejanas de la verdad; pero te suplico que jamás me vuelvas á hablar respecto á mis desazones ni á la causa que las ha producido.

«Sofia, como lo sabes demás, me siguió á las Indias. Era tan inocente como festiva; pero desgraciadamente para ambos la ale-

gría de su genial era igual en un todo á su inocencia. Habíase formado mi carácter en conformidad á la vida de reclusion que hasta entonces yo llevara con el fin de entregarme á los estudios, y no era el mas á propósito para un país en donde, todo habitante que disfruta de alguna consideracion, piensa que es un deber hacer alarde de la hospitalidad, y de aprovecharse de ella á su vez. De resultas de cierto alistamiento (y sabes muy bien cuan difícil es hacer reclutas europeos en las Indias) incorporóse en mi regimiento un jóven llamado Brown en calidad de *voluntario* (soldado distinguido) y hallando que la carrera de las armas le agradaba mas que la del comercio, y la cual hasta entonces siguiera, quedóse con nosotros en el destino de cadete. Debo á mi desgraciada víctima la justicia de reconocer que se comportó en todas ocasiones con tanta bizarría, que era opinion comun pertenecerle de derecho el primer ascenso que vacase.

Estuve ausente durante algunas semanas en una lejana espedicion, y á mi regreso, encontré al jóven Brown instalado en mi casa como el amigo íntimo de la familia y el continuo acompañante de mi esposa y de mi hija. Confieso que me gustó poco semejante asiduidad, aunque así las costumbres como la reputacion del cadete fuesen intachables. Quizás tambien me hubiera acostumbrado á sus visitas, á no ser por las instigaciones de un tercero en discordia. Si has leído á Otelo, tragedia que en toda mi vida volveré tan siquiera á hojear, podrás concebir una idea de lo que se siguió, es decir, de las sospechas que en mis mientes se engendraron, porque gracias á Dios, mis acciones fueron nacidas criminosas.

«Habia en mi regimiento otro cadete que tambien ambicionaba la primera vacante que se ofreciese. Llamóme la atencion sobre lo que él denominaba coquetismo en mi esposa respecto á Brown. Sofia era virtuosa, pero estaba muy envanecida de su virtud. Irritáronla mis celos, y fué tan imprudente, que tomó por puntillo el animar al cadete para que menudeara sus visitas, sabiendo lo que estas me traian desazonado é inquieto. Estableció-

se entre Brown y yo una frialdad manifiesta. Hizo algunos esfuerzos para vencer mis preocupaciones; pero como me hallase tan prevenido contra él, todos los pasos que daba para la reconciliacion parecíanme otros tantos motivos de culpa y así rechazé desde luego sus pretensiones.

«No puedes formarte una idea de lo que padezco al escribirte esta carta. Y sin embargo me apresuro á llegar á la catástrofe horrible que emponzoñó mis dias restantes. Procuraré, empero abreviar su relacion.

«Aunque mi mujer no fuese ya jóven, se conservaba muy hermosa y fresca, y debo decir para mi justificacion que la gustaba mucho el parecer bella. Tambien repetiré que jamás concebí el mas leve recelo atento á su virtud, no obstante las pérfidas insinuaciones de Archer. Pero imaginé que ella hacia poquísimos caso de mi reposo, y que toleraba los obsequios de Brown tan solo con el fin de que este se las mantuviese conmigo. Tal vez él me consideraba como á uno de esos hombres que sienten placer en emplear las facultades de que están revestidos para atormentar á sus subordinados. Si él habia advertido mis celos, era su intencion sin duda, agriándolos mas y mas, vengarse de las pequeñas vejaciones á que mi destino me daba poder de sujetarle sin que pudiera él desahogarse con la queja mas leve. Un amigo verdadero quiso hacerme considerar aquellas asiduidades bajo otro punto de vista, pretendiendo que tenian por objeto á mi hija, y que toda la corte hecha á la madre solo se cifraba en hacerla favorable á aquella misteriosa pasion. No me hubiera agradado mucho el ver á un hombre oscuro, sin parentela, sin amigos, sin caudal remontar sus pretensiones hasta mi hija; pero esta loca presuncion no me hubiera ofendido al punto que lo hizo el sentimiento que yo le supusiera. En fin, concebí tal resentimiento contra él, que me fué imposible dominarlo.

«Una chispa sobra para producir un incendio cuando cae sobre materias fáciles de inflamarse. Una ligera desavenencia en el juego ocasionó entre nosotros un desafio. Nos citamos para la maña-

na siguiente en un paraje estramuro de la ciudad, cuyo gobierno estaba á mi cargo, y precisamente fuera de los límites de su término, para que Brown pudiese proveer á su seguridad en caso de salir vencedor! Ojalá que le hubiese cabido tan funesta ventaja! pero le tocó caer al primer disparo de nuestras pistolas. Iba yo á prestarle socorro, cuando vimos llegar una tropa de Looties, especie de bandidos que en aquellas comarcas se aprovechan de todas ocasiones para coger prisioneros, y entregarse al pillaje.

Archer y yo tuvimos apenas tiempo de montar á caballo, y abriéndonos paso por entre los enemigos, conseguimos salvarnos despues de una obstinada refriega, en la cual mi compañero, que me habia servido de padrino en el desafio, recibió varias heridas mortales.

«Para colmo de todas las desdichas que sobre mí cayeron aquel dia horroroso, mi mujer, trasluciendo el motivo que me hiciera salir de la ciudad tan de mañana, se apresuró á seguirme en su palanquin. Encontróla otra partida de aquellos bandidos, y cayó prisionera. Aunque un destacamento de caballería inglesa la rescató á los pocos instantes, no puedo ocultar que los sucesos de aquel aciago dia produjeron fatales resultados para su salud algo quebrantada á la sazón. La confesion que al espirar me hizo Archer de las miras en cuya virtud procurara imbuirme sospechas, las esplicaciones amigables que tuve con Sofia, la plena y cordial reconciliacion que fué fruto de ellas, nada por fin, nada pudo sanar el golpe que habia recibido mi Sofia, quien murió á los pocos meses dejándome tan solo una hija, que tu esposa, madama de Mervyn ha tenido á bien acoger bajo su tutela momentáneamente.

«Ahora que te he enterado de mi historia no volverás, supongo, á preguntarme la causa de mi melancolía, y no estrañarás que á ella me entregue con tanta frecuencia, conviniendo que á pesar de mis inmensas riquezas, á pesar de la reputacion que puedo decir he adquirido, el cáliz de mi vida, si no está emponzoñado, está á lo menos rebozando de amargura.

«Bien fácil me era citarte muchas circunstancias, las cuales nuestro viejo preceptor no habria dejado de aducir como otras tantas pruebas de la fatalidad que á nuestro nacimiento preside; pero solo escitarian tu risa, y no ignoras la poca fé que yo mismo tengo en ellas. Sin embargo, desde que he llegado á la casa en que te escribo, cierta ocurrencia muy singular pareceria ofrecer una prueba bastante fuerte de la influencia que sobre nosotros ejercen los astros, y luego que yo la haya constatado debidamente, será para nosotros objeto de una discusion bastante curiosa y entretenida: por ahora no te hablaré mas de ella. Además, estoy aguardando á un hombre de la curia con el cual voy á conferenciar respecto de una hacienda que está de venta en este pais. Tengo capricho por estas vecindades, y si compro la heredad á que aludo, creo que no les sabrá mal á los actuales propietarios; porque parece que hay en planta una intriga para hacerles vender la posesion á un precio muy inferior á su avalúo. Ofrece mis respetos á madama Mervyn, y te encargo, que aunque te empeñas en echarla de jóven, des un beso á Julia de mi parte. Adios, querido Mervyn, sabes que es todo tuyo»

«*Guy Mannering.*»

—Precisamente al concluirse la carta entró Mr. Mac-Morlan: era este un hombre que reunia la inteligencia con la probidad. La bien establecida reputacion del coronel habia dispuesto al letrado á hablar con franqueza y confianza; así fué que le manifestó sin rebozo todas las ventajas y todos los inconvenientes que la adquisicion de la hacienda tenia.

—La mayor parte de las tierras, díjole, están vinculadas en los herederos varones, y el comprador gozará del derecho de conservar entre sus manos gran parte del dinero de la compra durante un término señalado, para satisfacerlo en todo caso al hijo del propietario actual, toda vez que este lo reclamase.

—Pero, siendo ese el caso, dijo Manneryng ¿á qué viene precipitar esa subasta?

Sonriose Mr. Mac-Morlan.

—En la apariencia es, contestó el letrado, á fin de que los intereses que puedan producir los precios de la venta sirvan para pagar los que se adeudan á los acreedores, pues hasta aquí han andado poco corrientes; pero en la realidad la mira es el complacer las pretensiones de un hombre, que maquina adquirir esos bienes á vil precio, y al cual agrada la idea de comprar sin haber llegado á ser uno de los acreedores mas fuertes, habiendo conseguido por ciertos medios, que le son familiares, el arbitrio de ser la clavija templadora de toda esta música.

Púsose de acuerdo Mannering con Mr. Mac-Morlan acerca de los recursos que deberían adoptarse para contraminar los proyectos de aquel hombre despreciable. Luego hablaron largo tiempo sobre la singular desaparicion del niño Enrique Bertram, y supo el coronel que este suceso aconteciera el preciso dia del quinto aniversario del nacimiento de la espresada criatura, lo que correspondia exactamente con la prediccion de Mannering, el cual, como podemos figurárnoslo, se guardó muy bien de jactarse de tal cosa. No estaba en el pais Mr. Mac-Morlan cuando tuvo lugar el suceso, pero estaba enterado de todos sus pormenores, y prometió al coronel, que si se establecia en aquella vecindad, como era su designio, procuraria que el Sheriff en persona le diese una relacion exacta. Con esto se separaron mutuamente satisfechos del resultado de su conferencia y visita.

Al dia siguiente presentóse en la iglesia parroquial el coronel Mannering con su uniforme de gran gala, pero no vió en el templo á persona alguna de la familia de Ellangowan. Súpose que el viejo laird estaba mas agravado, pues que Jach Jabos, quien habia sido enviado al castillo segunda vez con la berlina de la señora Mac-Candlish, se volvió de vacío, aunque asegurando que la señorita Lucy tenia esperanzas de que su padre estuviese mas aliviado el siguiente dia para verificar sin riesgo su traslacion.

CAPITULO XIII.

Esta es la nueva ley; la ley tremenda
 Les dá derecho de agarrar mi hacienda;
 Me la hicieron saber y en el instante
 Un esbirro de Tomis, un tunante,
 Tu bajilla de plata ostenta ufano
 Y llama á gritos comprador villano.
 Otro, quien la fortuna apadrinaba
 De tus reveses mofador hablaba.
 Y presa hacia de joyas y de ajuares
 Que adornaran antaño tus hogares.

OTWAY.

Al día siguiente, muy de madrugada, montó á caballo Guy Mannering, y seguido de su criado, tomó el camino de Ellangowan. No le fué necesario preguntar á nadie la dirección de la ruta. Una subasta en las tierras de campo es un espectáculo que atrae la curiosidad de los circunvecinos, y un hormiguero de estos se dirige apresuroso á la quinta del infortunado laird.

Después de haber atravesado durante una hora un lindo trozo de campiña, descubrió Mannering los torreones del castillo viejo. Las ideas que le ocupaban cuando la última vez se despidió de ellos, eran muy diversas de las que ahora á su espíritu se ofrecían. Las ruinas no presentaban la mudanza mas leve, pero, ay! qué cambio habían padecido! y los sentimientos, los deseos, las esperanzas del que volvía á contemplarlas! La vida y el amor, galas todavía nuevas para él, embellecían entonces toda la perspectiva de su porvenir. En la época de que hablamos, desengañado en cuanto á sus afectos, harto de lo que el mundo llama gloria y nombradía, perseguido de un recuerdo amargo que nada podia desterrar de su corazón, fundábase toda su esperanza en encontrar un yermo en donde estuviese á su alcance el nutrir la melancolía que debiera acompañarle hasta el sepulcro.... Y sin embargo, decia entre sí, ¿qué hombre se atreveria á quejarse aquí

de la vanidad de sus esperanzas? ¿Por ventura los antiguos barones, que construyeron esas macizas torres, no juzgaron que ellas servirian por siempre jamás de fortaleza para perpetuar su poderío de generacion en generacion? ¿Qué dirian al ver al último de sus descendientes forzado á abandonar aqueas majestuosas ruinas sin saber á donde habrá de encaminarse en busca de un albergue para su desvalida cabeza? Entretanto inagotables son las bellezas de Natura. Ora llegue á ser un estraño el propietario de esos torreones, ora caigan bajo el señorío de un intrigante que barrena la ley á provecho suyo, no los dorará el sol con rayos menos brillantes que cuando el pendon de sus fundadores flameó sobre sus almenas por primera vez.

Estas reflexiones condujeron á Mannering hasta la puerta de la quinta, que aquel dia estaba abierta para todos. Introdujose con las gentes del pais, que formaban varios grupos de curiosos, los cuales, unos examinaban los objetos que querian comprar, y otros lo trasteaban todo con la mira de divertir el tiempo. Semejantes espectáculos, hasta en las circunstancias mas indiferentes, ofrecen algo de triste á los ojos del observador. El desorden de los muebles descolocados con el objeto de que los postores puedan verlos y llevárselos con mayor facilidad, produce siempre una impresion nada halagüeña. Trasto habia que mirado desde lejos se ostentaba en perfecto estado de conservacion, y este mismo sacado de su sitio, descubria todo el deterioro que la vejez le causara; las habitaciones, desnudas de cuanto las hacia cómodas y agradables, ofrecen siempre el aspecto de la ruina ó dilapidacion. ¿Quién podrá ver sin hastío las miradas de los curiosos detenerse en ciertos artículos de ajuar destinados á los usos secretos y particulares de sus antiguos dueños? ¿Quién podrá oír sin repugnancia los fastidiosos chistes de los espectadores sobre aquellos muebles de uso desconocido para muchos y sobre las modas que les son estrañas? ¿Quién sufrirá con su sangre fria aquella especie de jovialidad mantenida por el whiskey, licor que abunda en las subastas de Escocia? Lo que colmaba de tris-

teza aquel espectáculo á los ojos del coronel era el pensamiento de presenciar la ruina de una familia tan antigua como respetable.

Transcurrióse algun tiempo antes que nuestro héroe consiguiese hablar con alguien dispuesto á responder á las preguntas que le dirigia atento al mismo Ellangowan. Por último una anciana criada que al hablarle se llevó mas de una vez el pañuelo á los ojos, le dijo que su amo sentia algun alivio, y se esperaba que pudiese dejar el castillo aquel dia sin falta; que la señorita Lucy estaba aguardando por momentos el carruaje que habria de llevarles, y que como el tiempo estaba bastante hermoso para la estacion, habian sacado al laird en su poltrona al manchon de césped delante del castillo viejo, para ahorrarle la vista de tan melancólico espectáculo. Salió para buscarle el coronel, y no tardó en descubrir el pequeño grupo, que solo se componia de cuatro personas. Como la cuesta fuese algo penosa, tuvo Mannering tiempo suficiente de examinar el corrillo, mientras á él se acercaba, y discurrir el modo mas decente de presentarse.

Mr. Bertram, paralítico y casi incapaz de ningun movimiento ocupaba un ancho sillón y vestia una bata de camelote. Cobijábale un gorro de dormir, y arropaba sus piernas un cobertor. Detrás de él, y apoyando en un bastón sus cruzadas manos, estaba el Dómino Sampson, á quien reconoció inmediatamente el coronel. El tiempo no habia obrado en él la mas leve mudanza, si exceptuamos la de que su casa con negro comenzaba á ponérsele color de ala de mosca, sin contar que sus magrísimas quijadas estaban algo mas hundidas. Al lado del anciano veíase una verdadera sílfida, una jóven de algunos... diez y siete años de edad, y la cual acertó Mannering que era la hija de Ellangowan. Ella de cuando en cuando dirigia una mirada de inquietud hácia la calle de árboles por donde esperaba la silla de posta. Ocupábase en arreglar el cobertor de suerte que abrigara los piés de su padre, sin tener suficiente valor para echar una ojeada en la direccion

de la quinta aunque el murmullo de los concurrentes á la subasta no pudiera menos de llamar su atencion. La cuarta persona era un jóven bien parecido, de elegantes formas, el cual parecia tomar parte en las inquietudes de la señorita Bertram y en los esmeros que esta escelente hija tributaba á su desvalido padre.

El fué quien notó primero la llegada del coronel Mannering. Adelantóse con el objeto de apartarle urbanamente de los pobres sufridores. Mannering se detuvo, y esplicóle que era un extranjero á quien en otros tiempos habia acogido Mr. Bertram en su casa con tanta benevolencia como política; que no se hubiera presentado á él en un momento de tanta afliccion, si el estado de abandono en que el laird parecia encontrarse no le autorizara competentemente; que en fin era su único deseo ofrecer á Mr. Bertram y á la señorita su hija cuantos servicios estuviesen á su alcance.

Paróse de nuevo el coronel á algunos pasos de la poltrona; clavó el anciano en él su amortiguada vista, mas no dió indicios de reconocerle. En cuanto al Dómine, se hallaba este demasiado absorto en sus pesares para hacer el mas leve caso de la presencia del extranjero. El jóven dijo algunas palabras á la señorita Bertram, la cual se allegó con timidez á Mannering dándole gracias por su urbanidad. — Pero mucho me temo, añadió ella deramando algunas lágrimas, que mi pobre padre no esté en estado de reconocer á V.

Condujo ella entonces al coronel hasta el sillón.

—Padre, dijo la jóven, aquí tiene V. á un antiguo conocido, al caballero Mannering que viene á verle.

—Sea bien venido ese señor, respondió el anciano haciendo un esfuerzo para ponerse en pié mientras un destello de satisfaccion se asomaba en su semblante; pero querida, volvámonos á casa.... no está en el órden que esté aquí nuestro amigo espuesto al frío que hace..... Dómine, alcance V. la llave de la despensa..... el señor de Ma.... a.... este *gentleman*, digo, tendrá necesidad de tomar algun alimento despues de la caminata que ha emprendido.

Sintió Mannering conmovérsele el alma, comparando este recibimiento con el que se le hiciera tantos años había. No le fué posible contener sus lágrimas, y esta prueba de sensibilidad le adquirió la confianza de la jóven sufridora.

—¡Ay de mí! sollozó ella, hasta los estraños se lastiman de este espectáculo..... y sin embargo mi infelice padre es mas dichoso en su triste estado que si pudiera conocer y sentir lo que ahora en torno suyo está pasando.

En aquel momento llegóse un lacayo al jóven, y le dijo en voz baja:

—Señorito Carlos, milady anda buscando á V. por todas partes á fin de que puge por ella el armario de ébano; lady Juana Devor-geil está en compañía suya y esperan á V. sin la mas leve tardanza.

—Díles que no me has encontrado. Tom... mira... otra cosa... un instante.... no, díles que estoy mirando los caballos!

—De modo ninguno, exclamó Lucy; si V. no quiere añadir á la amargura de este cruel momento, váyase á juntar con su madre y su amiga. Este caballero tendrá la bondad de acompañarnos hasta el carruaje.

—No lo dude V. señorita, dijo Mannering; y el jóven amigo puede contar con mis esmeros.

—Agur, pues, dijo Carlos, y habiendo dirigido una palabra en voz sumisa á la señorita Bertram, alejóse á pasos precipitados, pues que temeria quizás que le faltasen las fuerzas para hacerlo si echaba á andar con menos precipitacion.

—¿A dónde vá tan de prisa, Carlitos Hazlewood? preguntó el anciano, quien sin duda estaba acostumbrado á tenerle junto á sí continuamente—¿por qué motivo se aleja tan corriendo?

—No tardará en volver, contestó Lucy.

Oyeron entonces el sonido de varias voces hácia el lado de las ruinas. Suponemos que el lector se acuerda bien que entre ellas y la quinta habia una comunicacion; constituia esta precisamente el manchon de césped en donde tenia lugar la escena que describimos.

—Sí, hay muchas conchas y cantidad de algas marinas, dijo una voz; mas si quiere construir una casa nueva, lo que tal vez se haga indispensable, no habrá escasez de materiales excelentes.

—¡ Buen Dios! dijo al Dómine la señorita, ese que habla es el infame Glossin. Si mi padre llega á verle será bastante para que pierda la vida.

Sampson hecho un autómeta, se adelantó presuroso al encuentro de Glossin que en aquel instante se presentaba por la parte exterior de las ruinas.

—Véte, véte, le gritó, ¿ pretendes matarle y engullirte sus bienes?

—Quítese de delante, quítese el Dómine Sampson. Vaya un ente que no pudo predicar en el púlpito, y ahora se mete á sermonearme! Amigo mio, nosotros caminamos con la ley en el puño, guarde para sí el santo Evangelio.

El solo nombre de aquel malvado bastaba, tiempo hacia, para sacar de quicio á Mr. Bertram. El sonido de su voz, que ahora el laird reconoció al instante, produjo en él un singular efecto. Levantóse, sin necesidad de ayuda, y, volviéndose hácia él le dijo con un tono de cólera que contrastaba estrañamente con la palidez de su cara.

—Apártate de mi vista, víbora; infame víbora, que laceras el seno donde te abrigaste! ¿ No temes que se desquicien los muros de la morada de mis padres para hacerte añicos? ¿ que el umbral de la puerta del castillo de Ellangowan se hunda para sumergirte? ¿ No te hallabas sin amigos, sin asilo, sin dinero, cuando tetendí yo una caritativa mano? ¿ y no eres tú ahora quien me lanza así como á esta inocente niña, sin amigos, sin asilo, sin dinero, del castillo donde mis antepasados durante tantos siglos residieran?

Si Glossin se hubiese hallado solo, no hay duda que habria seguido su camino; mas la presencia de un medidor de tierras que le acompañaba, y del sugeto estraño que se mantenía junto á la poltrona de Ellangowan, le determinaron á apelar á la im-

pudencia. Pero no obstante su desfachatez natural, la tarea era mas que difícil.

—Señor mio.... caballero Bertram, dijo el balbuciente ingrato— yo no tengo la culpa de.... sino la propia imprudencia de V.... es la que....

A este tiempo habia subido á su mayor altura la indignacion del coronel, quien interrumpiendo á Glossin.

—Oiga V., le dijo; sin entrar en discusion ninguna sobre esta materia; advierto á V. que el lugar, la circunstancia, y mi presencia tal vez, no son muy favorables para tales esplicaciones. Así hará V. el favor de retirarse sin añadir una sílaba mas.

Glossin era un hombron muy fornido y muscular. Prefirió pues sostener el ataque de un desconocido, el cual no le parecía muy de temer, á proseguir defendiendo su malísima causa contra los vituperios que le dirigia su antiguo bienhechor.

—Señor mio, dijo el perverso á Mannering, ignoro quien V. sea; y cuidado que nunca permito se me hable en el tono con que V. acaba de hacerlo.

El coronel tenia el genio algo violento. Los ojos le centelleaban de cólera. Mordióse el labio inferior hasta hacerle brotar sangre, y arrojándose á Glossin le dijo:

—Importa muy poco que V. me conozca ó no; pero yo sí que conozco á V. y si V. no se baja de esta elevacion al instante sin proferir una palabra de añadidura, le aseguro que desde aquí hasta allá abajo le ha de costar una sola empernada.

El aire imponente y amenazador del coronel subyugó la impudencia de aquel miserable. Dió éste media vuelta á la izquierda, y refunfuñando que no queria asustar á la señorita, libértó á todos de su odiosa presencia.

El postillon de madama Mac-Candlish quien llegó á tiempo para atestiguar lo que pasaba, dijo de recio:

—Si yo le hubiera topado por el camino, bribon! le habria hecho remontar mas alto que nunca he voleado pelota de cuero.

Avisó al mismo tiempo que la silla de posta se hallaba lista para transportar al anciano laird y á su hija.

Pero este socorro llegó tarde. El esfuerzo que Mr. Bertram acababa de hacer dando suelta á su ira, habia agotado los escasos bríos que le quedaran, y al tornar á caer en su poltrona, espiró casi sin agonía, y sin lanzar un gemido siquiera. Produjo la muerte tan leve alteracion en sus facciones, que los gritos lanzados por su hija, luego que vió quebrársele la vista y sintió que el pulso se paraba, fueron las únicas señales que anunciaron la muerte de Bertram á los espectadores de aquella triste escena.

CAPITULO XIV.

Ya es media noche! ó tiempo, tú que eres
Objeto de mi horror y de mi espanto,
Solo se piensa en tí cuando no existes!
Sabio se mostró el hombre voz al darte,
Y esos solemnes sonos me parecen
Mensaje celestial que emite un ángel!
YOUNG.

La moral, que deduce el poeta Young del arbitrio que hemos adoptado para medir el tiempo, puede aplicarse al modo con que consideramos el corto espacio que constituye los límites de la vida humana. Contemplamos con una especie de asombro á los viejos, á los enfermos, á los que por su profesion están espuestos á peligros cotidianos; creemos verles á cada instante en las puertas del sepulcro; pero este espectáculo no bastará á hacernos abrir los ojos respecto á la incertidumbre de nuestra propia existencia, solo cuando llega precisamente el instante de terminar esta es cuando.....

.....El temor y el desespero
Despiertan aterrados, y anheláran
Entrever mas allá de la honda huesa
La negra eternidad.

Hasta entonces la turba de ociosos que llenaba el castillo de Ellangowan se habia ocupado únicamente del objeto que tuvie-

ra su visita, sin molestarse un momento acerca de los desgraciados cuya ruina contemplaban. Verdad es que pocos de ellos conocian á la familia. El padre, reducido á la imbecilidad, y abrumado con el peso de sus infortunios, se retirara á la vida privada; su hija no se habia presentado aun en el mundo; mas luego que circuló un rumor general anunciando que el infeliz Ellangowan acababa de fallecer á resultas de sus esfuerzos por despedirse para siempre de la antigua morada de sus antepasados, todos los corazones parecieron enternecerse de consuno, cual la peña que en otros tiempos se sintiera herida por la vara del profeta. Cada cual empezó á hablar sobre la remontada alcuernia de aquel solar; hacíase lenguas sobre la intachable integridad de la familia, en fin experimentaba la sensacion del respeto debido al infortunio, tributo que entre los escoceses jamás se reclama en valde, y el cual en aquel momento rivalizaban todos en ser los primeros á pagar.

Apresuróse á anunciarles Mr. Mac-Morlan que era preciso prorogar la venta de los bienes muebles é inmuebles, dejando á la jóven huérfana en posesion de todo hasta que ella pudiese consultar con sus amigos, y proveer á las honras funerales de su padre.

El sentimiento de conmiseracion que se apoderara de los espectadores habia enmudecido á Glossin durante algunos minutos; pero el bribon recuperó su desfachatez al advertir que ningun síntoma de indignacion se manifestaba contra él, y se atrevió á requerir á Mr. Mac-Morlan para que no interrumpiese la venta.

—Tomo sobre mi responsabilidad la prorogacion, y salgo á sus resultas. Informaré al público del día en que la subasta haya de tener lugar. Es conveniente para todos los interesados el que se saque lo mas posible de los bienes en venta, y el momento actual no es el mas á propósito para que pueda esperarse conseguir tal ventaja.

Salióse Glossin del aposento y de la casa con tanta prontitud como secreto; y á fé nuestra que ya era tiempo de que lo verifica-

se, porque el amigo Jach Jobos peroraba á un grupo de zagalones descamisados, y les azuzaba para que echasen por la ventana al perverso.

Restablecióse un poco el orden en una parte habitable de la casa para recibir á la señorita, y poner á su padre de cuerpo presente. Creyó entonces Mannering que su presencia era ya innecesaria, y aun tal vez pudiera dar márgen á interpretaciones; notó tambien que muchas familias emparentadas con la de Ellangowan, y las cuales dobian á esta consanguinidad su principal lustre, se hallaban dispuestas á tributar á su árbol genealógico un tributo, que las desgracias de su pariente no hubieran alcanzado mientras este hubiese vivido. Así como despues de muerto Homero todas las ciudades de la Grecia pretendian haberle dado nacimiento, así siete ilustres hidalgos escoceses disputaban entre sí la honra de presidir á las exéquias de Ellangowan, á quien en vida ninguno habia ofrecido un albergue. Resolvió pues Mannering dejar el castillo, y volver quince dias despues, porque MacMorlan le asegurara que hasta entonces no podia verificarse la venta.

Antes, empero, de ausentarse, solicitó tener una entrevista con el Dómine. Tan luego como dijeron al pobre pedagogo que un desconocido pretendia hablar con él, acudió á presentársele; en todas sus facciones, á las cuales el dolor añadia un aire mas extraño que de costumbre, se veia retratado el asombro; hizo á Mannering dos ó tres reverencias profundas, y luego se quedó en pié delante de él, aguardando que se esplicase.

—Señor Sampson, díjole el coronel, V. estrañará sin duda que una persona forastera tenga que hablar con V.

—Como no sea para que me encargue de instruir á algun jóven en las bellas letras y demás conocimientos humanos.

—No se remontan mis deseos á tanta altura, señor Sampson; solo tengo una hija, cuyo ayo no pudiera V. ser.

—Verdad, y sin embargo yo he sido el cultivador de los talentos de la señorita Lucy; así como el ama de llaves se encargó

de imbuirle la instruccion vulgar de la aguja y del manejo doméstico.

—Está bien; pues es precisamente de la señorita Lucy que tengo que hablar con V. Parece que el amigo Mr. Sampson no conserva el mas leve recuerdo de mí.

El Dómine, siempre distraido, no se acordaba del astrólogo que llegó al castillo la noche del nacimiento de Enrique, ni tampoco del hombre extraño que tan recientemente tomara á su cargo la defensa de su patrono contra Glossin, tal confusion habia causado en sus ideas la inesperada muerte de su viejo amigo.

—Además que eso importa muy poco! soy un antiguo conocido de Mr. Bertram y poseo los medios así como tengo el deseo de ser útil á su desgraciada hija. Por otra parte se me ha ocurrido el capricho de comprar esta posesion, y quisiera que toda se conservase en buen arreglo hasta el dia de la subasta. Aquí tiene V. Mr. Sampson, una bagatela con que le suplico subvenga á las necesidades de la familia.

Así hablando, púsole en las manos un bolsillo bien repleto.

—Pro-di-gi-ó-so! exclamó el Dómine, pero.... aguarde V., le suplico me....

—Nada, amigo mio, nada, dijo escapándose el coronel.

—Pro-di-gi-ó-so! repitió el Dómine siguiéndole por las escaleras abajo, con el bolsillo en la mano—pero en cuanto á estas monedas...

Atrancaba Mannering los escalones cuatro á cuatro, sin escucharle ni responderle.

—Pro-di-gi-ó-so! graznó el Dómine por tercera vez al llegar á la puerta—mas respecto á este dinero....

Picaba ya Mannering su caballo á demasiada distancia para poder oírle:

El Dómine, que nunca habia visto en posesion suya, ni como propia ni como depositada, la cuarta parte de aquella suma, aunque su totalidad no subia á veinte guineas (cerca de cien pesos fuertes) reflexionaba sobre el destino que debiera darle. Por feliz fortuna halló

en la persona de Mr. Mac-Morlan un consejero desinteresado, quien le dió norte para que la emplease útilmente en beneficio y comodidad de la señorita Lucy, pues juzgaba que tal fuese la intencion del bienhechor.

Muchas nobles familias de los contornos ofrecieron entonces á Lucy una hospitalidad que no podia la jóven aceptar con delicadeza. Repugnábale además el verse huésped en ciertas casas, cuyas puertas le franquease mas bien la compasion que la amistad. Resolvió pues aguardar la determinacion de la próxima parienta de su padre, la cual era solterona, llamábase Margarita Bertram, y residia en la hacienda de Single-side. A esta señorita habia escrito la huérfana participándole el fallecimiento del laird, y la desvaliz en que de resultas se hallaba.

Hiciéronse con mucha decencia las exéquias de Mr. Bertram, y consideróse ya la señorita como viviendo de prestado en aquella casa, donde por tan largo tiempo habia solazado las pesadumbres y fortalecido las debilidades de su anciano padre. Habíala dado esperanzas Mr. Mac-Morlan de que no se veria precisada á abandonar el castillo tan repentinamente; pero la fortuna lo dispuso de otro modo.

Dos dias antes de la época señalada para la venta de los bienes de Ellangowan, aguardaba Mac-Morlan á cada instante el regreso del coronel Mannering, ó una carta que le confriese un poder especial para activar en su nombre; pero su esperanza se llevó un bravo chasco. El dia mismo de la venta, acudió muy temprano el vice-Sheriff al correo, mas no encontró carta ninguna. Todavía quiso persuadirse que llegaria el coronel á la hora del almuerzo; mas aunque su mujer sacó del armario su loza mas nueva, y se vistió con mayor esmero que de costumbre, todo fué trabajo perdido.

—Si yo hubiera previsto esto, dijo Mac-Morlan, recorro la Escocia de punta á cabo en busca de alguien que hiciese puja á Glossin.

Finalmente llegó la subasta, y vióse obligado á acudir al sitio

para autorizarla. Empleó el vice-Sheriff cuanto tiempo permitió la decencia en arreglar los preliminares. Leyó las condiciones de la venta con tanta lentitud como si estuviese pronunciando una sentencia de muerte. Cada vez que la puerta se abría, fijaba los ojos en la persona entrante con una esperanza que á cada momento se tornaba mas débil. Prestaba atencion al sonido mas leve, creyendo siempre que oía llegar el caballo ó la berlina del coronel. Vana expectativa! ocurriósele un instante que tal vez hubiese encargado Mannering á otra persona el pujar por él, y no se detuvo su imaginacion en reprocharle por la falta de confianza que manifestaba semejante conducta; mas no tardó en desengañarse. Despues de un instante de detencion ofreció Glossin el último precio por la hacienda de Ellangowan. Como no hubiese quien sobrepujara ó por mejor decir no habiéndose presentado ningun competidor, luego que hubo transcurrido el tiempo que la ley demarca, señalándolo un reloj de arena, Mr. Mac-Morlan, con harta repugnancia suya, se vió precisado á declarar que los bienes quedaban adjudicados legalmente á Mr. Gilberto Glossin. Negándose á concurrir á un espléndido banquete, con el cual festejó á los concurrentes Gilberto Glossin, esquire, por otro nombre el caballero Glossin de Ellangowan, tornóse Mac-Morlan á su casa de muy mal humor, y echando pestes contra los caprichos de esos (*caciques* (1) indianos *indan nabobs*) quienes mudan de parecer en veinticuatro horas.

Sin embargo tomó la fortuna sobre sus costillas toda la culpa en esta ocasion, y dió al traste con el resentimiento del honradísimo Mac-Morlan.

A las seis de la tarde llegó á su casa un propio, en tal estado de embriaguez que apenas podia dar un paso segun la criada informó á su amo al entregarle una carta del coronel Mannering, cu-

(1) Así suelen llamarse entre nosotros á los que se enriquecen en las Indias occidentales. Los ingleses dan el nombre de *nabob*, título indigena de las Indias orientales á los hijos de la Gran Bretaña que juntan unos caudales tan inmensos en aquellas regiones. El lector me perdonará la traduccion libre aunque análoga de la voz.

ya fecha contaba cuatro dias de atraso, y estaba escrita en una poblacion que distaba mas de cien millas de Kippletringan. Incluía el pliego un poder amplio á favor de Mr. Mac-Morlan ó de otra cualquiera persona en quien este tuviese á bien sustituirlo, para comprar al mas alto precio la heredad de Ellangowan. Informaba tambien el coronel á su amigo que un asunto de familia le llamaba sin demora al condado de Westmoreland, á donde le supplicaba remitiese la contestacion con sobre á Sir (1) Arturo Mervyn Hall.

Lleno de cólera el honrado Mac-Morlan tiró el poder y la carta á la cabeza de la sirvienta, que ninguna culpa tenia del retardo, y apenas pudo contenerse de aplicar una buena tollina con su látigo de montar al miserable mensajero, cuya pereza y embriaguez habian sido la causa única de tan irreparable chasco.

CAPITULO XV.

«Sin plata, crédito ni artesa»

«Mis tierras son mi solo bien,

«Abreme el bolso, Juan de Pesa»

«Y cuanto tengo tú lo ten.»

«Toma doblones, listo vás.»

Diz Juan de Pesa ante el notario

Y vió al puesto propietario

Lo que valia tres veces mas.

EL BERBERO DE LINNE.

El Galwegiano JOHN OF THE SCALES, (*Juan de Pesa*) era un niño de teta en esto de especulaciones usurarias al lado de Gilberto Glossin, por cuanto este habia hallado el secreto de hacerse dueño en propiedad de la hacienda de Ellangowan sin sujetarse á la desagradable formalidad de verificar *un desembolso*. La señorita Bertram, luego que supo esta noticia inesperada, hizo sus preparativos para abandonar sin demora la quinta. Ayudóla en su fragin Mr. Mac-Morlan é insistió con tanto cariño en que pa-

(1) Este título de *Sir* es propio de los *baronets* de la Gran Bretaña. Tambien se da á los que el rey hace caballeros de alguna orden militar, ó distingue con él de resultados de gracia especial.

sase una temporada en su casa, hospedándose en ella hasta que hubiese recibido contestacion de su parienta, ó bien hasta que hubiere reflexionado maduramente respecto al partido mejor que en sus circunstancias debería adoptar, que ella consideró como un desaire el desechar los ofrecimientos que se la hacian con tanta benevolencia como amistad. Mr. Mac-Morlan y su señora eran personas de buena cuna y excelente cria, al paso que sus cualidades personales deberían de hacer muy agradable para Lucy la residencia en su casa. Hallaba pues un asilo donde se veía segura de un halagüeño recibimiento, y dispúsose á satisfacer, con el corazon rebozando de amargura, los últimos salarios del reducido número de sirvientes que componian la servidumbre de su padre, y á despedirse afectuosamente de ellos.

Cuando por ambas partes existen cualidades apreciables, tal tarea es siempre harto penosa, y en el caso presente las circunstancias la hacian doblemente triste. Cada cual recibió lo que suyo era, con una pequeña gratificacion además, y se despidió de su señorita, derramando lágrimas, y colmándola de gracias y de bendiciones. Solo quedaron ya en la sala Mr. Mac-Morlan, la huérfana y el Dómine Sampson.

—Ahora, dijo la enternecida jóven, únicamente me queda que despedirme del mejor y mas antiguo de cuantos seres en el mundo apreció. Bendígaos el cielo, Mr. Sampson, recompénsaos por todos los esmeros que prodigado me habeis y por la amistad con que distinguisteis al desgraciado que el cielo acaba de llamar á sí. Empero que me hagais sabedora de vuestra salud y adelantos lo mas frecuente que posible os sea.

Hablando así deslizó en la mano un papel que contenia unas cuantas monedas de oro, y levantóse de su silla con el objeto de retirarse. Tambien el Dómine se alzó de su asiento, mas quedóse inmóvil de puro asombrado. Nunca se le habia ofrecido á la imaginacion la idea de separarse de Miss (1) Bertram; abrió el papel y con aire imbécil arrojó el dinero sobre la mesa.

(1) Miss, señorita; en adelante usaremos indistintamente de ambas voces.

—Sin duda, díjole Mac-Morlan, esa es una bagatela en comparación de lo que V. se merece; pero las circunstancias malhadadas...

—No es el interés, no! exclamó el digno hombre; ¿pero yo que he comido el pan de su padre, que no me he separado de él durante el transcurso de veinte años, he de separarme de la hija, y separarme de ella cuando se encuentra en el infortunio! No, señorita Lucy, imposible es que tal querrais! No impediriais que os siguiese un can que á vuestro padre hubiera pertenecido; y ¿me trataréis peor que á un perro? No, Miss Bertram, mientras yo viva, no os abandonaré. He hallado arbitrios para eso, como dijo Ruth á Noemí.—*No exijas que te deje, ni que de tí me separe! A dó quiera que tu vayas, iré yo; dó quier que mores, morar hé; tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios será mi Dios; donde tú mueras, yo moriré, y mis cenizas cabe las tuyas posaránse.*—Sí, miss Lucy, así lo quiere el cielo, y solo la muerte podrá separarnos.

Durante este discurso, el mas largo que nunca saliera de la boca del Dómine Sampson, abundantes lloros bañaban las mejillas de aquel dignísimo varon, al paso que Lucy y Mr. Mac-Morlan no podian contener sus lágrimas al oír esta prueba inesperada de sensibilidad y afecto.

—Mr. Sampson, dijo el vice-Sheriff despues de recurrir alternativamente á su pañuelo y tabaquera, mi casa es bastante capaz para que yo pueda ofrecer á V. cuarto y cama todo el tiempo que lá señorita Lucy nos dispense la honra de hospedarse en ella. Dichoso me consideraré admitiendo bajo mi techumbre á un sugeto del mérito y carácter de V.

Entonces con una delicadeza cuyo objeto era alentar á Miss Bertram, quien tal vez pudiera hacerse culpable de indiscrecion al llevar en su séquito aquel agregado tan inopinadamente, añadió el caballeroso Mac-Morlan.

—Exigen mis negocios que me valga á veces de algun sugeto inteligente en materias de cálculo y sepa llevar un libro de cuentas con mayor conocimiento del que tienen por lo comun los pa-

santes de abogado: mucho me complacería si el señor Sampson dedicase alguna vez que otra sus ratos de ocio á esta faena.

—Con mil amores, contestó el Dómine entusiasmado: sé llevar los libros por partida doble, al estilo de Italia.

Presentarase en la sala el postillon para avisar que la silla de posta estaba lista, y habia sido testigo de tan extraordinaria escena, sin que se hubiese reparado en su persona. Cuando regresó á la hostería de la señora Mac-Candlish, juró que en su vida habia visto una cosa mas enterneciente y que la muerte de la yegua torda, pobre bestia! era una friolera en su comparacion —Esta circunstancia parece que poco importa; mas habrán de saber mis lectores que sus resultas fueron interesantísimas para el Dómine Sampson.

Recibieron nuestros viajantes la acogida mas benévola y hospitalaria por parte de madama Mac-Morlan; dijo á esta su esposo, así como á todo el mundo, que habia rogado á Mr. Sampson se encargara de arreglar unas cuentas muy difíciles, y que, á fin de que pudiera dedicarse á su tarea mas fácilmente, iba á hospedarse una temporada en su casa. Juzgó conveniente dar este colorido á la visita de Sampson, pues sabia muy bien que, por muy honorífico que fuese para el Dómine y para la familia de Ellan-gowan su adhesion inviolable por el único vástago que de ella quedaba, no le permitia su exterior optase al privilegio de ser *el escudero* de una damisela de diez y seis años, jóven y linda, al paso que esta circunstancia pudiera poner en ridículo al uno y á la otra.

Ocupóse el Dómine con el mayor celo en arreglar las cuentas, que le encargó de veras Mr. Mac-Morlan; pero tardó poco en notar la familia que el pedagogo salia todas las mañanas despues del desayuno, á la misma hora infaliblemente, sin volver hasta el tiempo de la comida, por la noche se encerraba temprano en su cuarto para trabajar con todo ahinco en la tarea que su nuevo patrono le encomendara.

El sábado siguiente presentóse el afanado Dómine á Mr. Mac-

Morlan con aire de triunfo y le puso sobre el bufete dos monedas de oro.

—¿Qué significa esto, Mr. Sampson, preguntóle el vice Sheriff?

—Esto es para indemnizar á V. de lo que le cuestami manutencion, y si algo sobrare, póngalo á disposicion de la señorita Bertram.

—Pero, señor mio, el trabajo de V. me indemniza de eso y aun mas; yo soy deudor suyo si ajustamos cuentas.

—Siendo así, replicó el Dómine alargando el brazo, la suma total pertenece á miss Lucy.

—Está muy bien, Mr. Sámpson: ¿pero este dinero?...

—Lo he ganado legitimamente, señor Mac-Morlan; es la generosa recompensa de un jóven á quien enseño lenguas, y doy tres lecciones por semana.

Algunas otras preguntas bastaron para que se enterase el vice-Sheriff que aquel discípulo tan liberal era el jóven Hazlewood, y que se citaba con él su maestro todos los dias en la posada de la señora Mac-Candlish, quien, habiendo sabido la desinteresada adhesion del Dómine á la señorita Bertram, le habia proporcionado aquel alumno tan infatigable como generoso.

Esta nueva hizo que á Mr. Mac-Morlan se le ocurriesen serias reflexiones. Sampson era sin duda un hombre muy instruido en la literatura antigua; tambien era indudable que los autores clásicos mereciesen ser leidos; pero que un jóven de veinte años tomase todos los dias de la semana una caminata de siete millas para tener un coloquio de aquella especie, nada menos que por espacio de tres horas y lúego trotar otras siete millas á fin de volverse á su casa, parecióle aquella sed de instruccion demasiao extraordinaria para que fuese verídica. Para esclarecer sus dudas no necesitó sonsacar con astucia al bueno del Dómine. El espíritu de aquel hombre ejemplar solo admitia las ideas mas simples, sin buscar otro sentido en las palabras que las emitian, fuera de que parecieran espesar.

—Dígame V. buen amigo; ¿es sabedora Miss Lucy de su nueva ocupacion?

—No por cierto, señor Mac-Morlan. Mi discípulo me ha encargado que nada la diga, no sea que su delicadeza se sintiese lastimada; pero añadió el Dómine, no será posible ocultárselo por largo tiempo; siendo así que Carlitos tiene intencion de venir acá de cuando en cuando para dar sus lecciones.

—La.....la.....la.....la! talareó Mac-Morlan. Ya caigo... ya; y dígame V. señor Sampson ¿dedican VV. exclusivamente al estudio todas las tres horas?

—No por cierto; las amenizamos con otras conversaciones.

.....*Neque semper arcum*

Tendit Apollo..... (1)

—¿Y sobre qué asuntos se versan esos coloquios?

—Sobre Ellangowan, sobre miss Lucy; porque Mr. Hazlewood se asemeja mucho á mí en eso, amigo Mac-Morlan, Luego que he empezado á hablar de ella no sé cuando concluir y como lo digo en broma á Carlitos: la huérfana nos quita la mitad del tiempo de nuestras lecciones.

«Oh! oh! pensó Mac-Morlan; ya sé adonde apunta la veleta! algo de eso me tenia yo olido tiempo ha!»

Púsose á reflexionar entonces acerca de la conducta que había de seguir, tanto respecto á sí mismo, cuanto á su protegida, porque el padre de Hazlewood era un hombre muy poderoso, muy rico, y en extremo vengativo y vano. Imposible que consintiese un enlace para su hijo, que no le ofreciera todas las ventajas de la fortuna reunidas con las del nacimiento. En fin, como tuviese el vice-Sheriff la mejor opinion del juicio de su huésped, resolvió aprovecharse de la primera oportunidad en que se hallase á solas con ella para hablarle de este asunto, como de una simple nueva y sin dar á conocer que la consideraba muy importante.

No tardó la ocasion en presentarse. Al dia siguiente, despues del desayuno, tuvo la señora de Mac-Morlan que salirse del comedor para acudir á ciertos quehacere domésticos.

(1) Apolo no tiene siempre tendido el arco.

—Señorita Lucy, dijo entonces el letrado, con el tono mas natural del mundo, doy á V. la enhorabuena por la feliz fortuna que ha favorecido á nuestro amigo Mr. Sampson. Ha encontrado un discípulo que le dá dos guineas semanales por seis lecciones de latin y griego.

—De veras! válgame Dios cuanto me alegro! ¿mas quién puede ser tan generoso? ¿Estará de regreso el coronel Mannering?

—No, no es el coronel Mannering; pero... ¿á qué no pensar en el antiguo conocido de V., Mr. Cárlos Hazlewood? Ahora habla de venir á dar sus lecciones en esta casa; yo quisiera que pudiésemos complacerle.

Ruborizóse Lucy.—Hágame V. el favor, señor Mac-Morlan, de no permitirlo. Bastante ha costado ya eso á Cárlos Hazlewood.

—Qué! ¿el estudio de los clásicos, querida señorita? Sin duda en algun tiempo mucho le costaria á Cárlos; pero ahora es un acto voluntario y libre.

Dejó caer la conversacion Miss Bertram, y viendo su huésped que ella parecia reflexionar y poner en planta interiormente algun proyecto, no juzgó prudente continuarla. Al dia siguiente, llamó ella á parte al Dómine, manifestóle de la manera mas afectuosa el reconocimiento que le inspiraba su desinteresada adhesion, y el placer que le habia causado la noticia de su buena fortuna; pero añadió que el modo con que daba sus lecciones Mr. Cárlos Hazlewood no dejaba de ser molesto para este jóven, siendo por lo tanto mas cómodo que mientras durase la instruccion, pasara el maestro á hospedarse en casa del alumno, ó cuando menos, en sus inmediaciones. Desechó Sampson esta proposicion, como Miss Bertram esperaba. Aseguróla que no se apartaria de ella aunque le hiciesen preceptor del príncipe de Gáles. Pero añadió el apreciable escolar, estoy viendo que os abochornais de participar de lo que gano, ó tal vez soy ya para vos una carga insufrible.

—No, por cierto, no, V. fué el antiguo amigo de mi padre, casi su único amigo; lo que V. supone está muy distante de mi pen-

samiento. En todo lo demás, V. puede conducirse como mejor le plazca; pero hágame el favor de decir á Mr. Cárlos, que hemos estado hablando de sus estudios, y que soy de opinion que no debe continuarlos en el modo que hasta aquí.

Separóse de ella el Dómine, muy cabizbajo, y al cerrar la puerta no pudo menos de refunfuñar el *varium et mutabile semper femina* de Virgilio (1). Al dia siguiente se presentó á la señorita con un aspecto verdaderamente anonadado. Entrególe una carta y al mismo tiempo le dijo:

—Mr. Hazlewood vá á suspender sus lecciones. Ha querido resarcir con harta generosidad la pérdida que resultará para mí: ¿mas cómo habrá de reparar para sí mismo la pérdida de los conocimientos que mis esmeros hubieran puesto á su alcance? Hasta en la letra suelta está muy torpe todavía: mas de una hora ha echado en garabatear este billetico; hizo tres borradores, cortó la pluma cuatro veces; inutilizó un cuadernillo de papel, cuando en tres semanas le daría yo un carácter de escritura firme, legible y correcto. Por fin hágase la voluntad de Dios!

La carta solo contenia unos pocos renglones: reducidos á quejarse amargamente de la crueldad de miss Bertram, quien le quitaba hasta los medios indirectos de saber de su salud. Concluía jurando que, no obstante un proceder tan severo, nada en el mundo conseguiria mermar el inviolable afecto que la profesara Cárlos de Hazlewood.

Gracias á la activa proteccion de madama Mac-Candlish, obtuvo el Dómine algunos otros alumnos, aunque pertenecientes, en verdad, á un rango inferior al de su discípulo predilecto, y cuyas lecciones no eran tan productivas, pero no por eso tenia menor placer en llevar á Mr. Mac-Morlan cada sábado el producto de sus faenas, reservándose tan solo un cortísimo *peculium* para abastecer su pipa y tabaquera.

Y ahora abandonaremos á Kippletringan para ir en busca de nuestro héroe, no sea que los lectores se figuren que vamos á olvidarnos de él otra vez durante la cuarta parte de un siglo.

(1) La muger es una cosa muy inconsecuente y mudable.

CAPITULO XVI.

Al fin en Polly una coqueta veo
 Que á mi leccion prefiere un chicleo,
 Y si el hombre no fuera hecho de masa
 No quisiera tener hija en su casa:
 Gasta el dinero, aguza los sentidos,
 A fin de darle gracias y vestidos,
 Instruccion y talentos, que alevosa
 Luego que una palabra oye amorosa
 Con que el quimam primero á hablarla llega
 Se acabó; cae la niña y te la pega.

GAY BEGGAR'S OPERA (Opera del Mendigo).

Despues de la muerte de Mr. Bertram, habíase decidido Manne-
 ring á dar un paseo por la Escocia hasta que llegara el momento
 destinado para la venta de la hacienda de Ellangowan, en cuya
 época tenia intencion de regresar á Kippletringan. Se extravió en
 su romería hasta Edimburgo, desde donde hizo varias eseursio-
 nes en diverso sentido; pero en un punto, á donde habia rogado
 á su amigo Mervyn le dirigiera sus cartas, recibió una que conte-
 nía una noticia poco agradable. Ya nos hemos tomado la licencia
 de echar una ojeada de curiosidad sobre su correspondencia; otra
 vez mas vamos á poner en conocimiento de nuestros lectores el
 contenido de la espresada epístola.

«Siento en el alma, querido amigo, la pesadumbre que te he
 ocasionado obligándote de cierto modo á hacerme una relacion,
 que ha vuelto á abrir unas heridas malamente cicatrizadas.
 Siempre he oido decir, aunque tal vez sin razon, que los obsequios
 de Mr. Brown, en tu casa, tenian por objeto á tu hija; mas cuan-
 do así fuese, presuncion semejante merecia un castigo. Dicen los
 filósofos que en el estado social nos despojamos de los derechos
 que natura nos dá de defendernos á nosotros mismos, pero á con-
 dicion que las leyes nos protejan. Cuando no puede pagarse el
 precio de una mercancia, no ha lugar á la venta. Por ejemplo
 ¿quién podria disputarme el derecho de defender mi bolsillo y

mi vida contra los conatos de un ladrón, cual lo haría un indio bravo que desconoce los magistrados y las leyes? Mi resistencia ó mi sumision deberán calcularse proporcionalmente á mis fuerzas ó á la posicion en que me hallo. Ahora, si estando bien armado, si siendo igual en fuerza á mi acometedor tolero una injusticia de parte del que fuera, creo que tal conducta no podrá atribuirse á los sentimientos de moralidad, ni á la voz de la religion, á menos que yo no fuese un cuáquero. Tambien, si mi honor es el atacado, ¿no será la misma mi situacion? Un insulto, en semejante caso, por muy ligero que sea, es mas importante para mí que el daño que pueda hacerme el salteador que me exige la bolsa ó la vida en el camino real! Las leyes tienen menor poder para vengarme, ó hablando mas exactamente, esta ofensa está fuera del círculo de sus facultades. Si llega alguien á robarme el bolsillo, y me encuentro sin medios ó sin brios para defenderme, las sesiones del tribunal de Lancaster ó de Carlisle haránme justicia del ladrón; pero quién se atreverá á sostener que yo deba sin mas ni mas someterme á un saqueo, hallándome en estado de defender mi hacienda, y que he de aguardar cachazudamente á que la mano de la justicia hiera al culpable?

¿Y si me veo ultrajado con algun insulto, cabe en cabeza humana suponer que yo deba agachar las orejas pacíficamente, y dejar que mi reputacion quede para siempre mancillada, porque los doce jueces de Inglaterra, con el lord canceller á su cabeza, pudieran darme reparacion condigna? ¿Cuál es la ley, cuál es la razon que me impida defender lo que debe serme mucho mas precioso que hacienda y vida? Prescindo hablar de los mandatos que sobre este punto prescribe la religion, hasta que tope con un teólogo que se atreva á condonar el que yo defienda mi existencia y mi propiedad. Si en este caso la defensa es lícita, ¿no lo es mucho mas cuando se trata de la honra? Verdad es que mi reputacion puede comprometerse por ciertos sujetos, á los cuales no es razon compararles con el facineroso que me acomete en el camino real, por ciertos hombres, digo, cuyo carácter carece de mancha,

cuya vida es irreprehensible ¿pero que importa? podrán estas circunstancias despojarme del derecho natural de defenderme que me asiste? Dado me es deplorar la necesidad de venir á las manos con ellos; mas igual sentimiento experimentaria yo á favor de un enemigo valiente, que en batalla cayese bajo los filos de mi acero. A mas tirar, dejo á los casuistas el cuidado de discutir esta cuestion, y me contento con hacerte observar que cuanto escribo no puede comprehender á los matachines de profesion, así como tampoco al agresor en una quimera. Mi objeto es probar que uno nada tiene que vituperarse á sí mismo, cuando se vé llevado á la liza por una ofensa que le haria perder todo derecho á la consideracion y al aprecio de sus semejantes, toda vez que hubiera tolerado el agravio con sangre serena.

«Siento infinito saber que hayas determinado establecerte en Escocia, pero me consuelo con la idea de que no escojes para tu residencia los condados mas remotos. Ir desde Devonshire á Westmoreland es un viaje que haria estremecer á un habitante de las indias orientales; mas partir de Galloway ó del condado de Dumfries, para venir á visitarnos, equivale á dar una trancada para llegarse al sol. Por otra parte, si como lo sospecho, la hacienda que tienes en mira está contigua al viejo castillo, en donde representaste el papel de astrólogo ahora veinte años, te he oido describir sus alrededores con un entusiasmo demasiado cómico para que yo pueda esperar quitarte de la cabeza el proyecto de semejante adquisicion. Sin embargo, espero que el bizarro laird, aunque algo hablador, que tan hospitalario recibimiento te dispensara, no se haya ido á fondo todavía, y que su capellan, cuyo retrate me ha hecho reir tantas veces, esté aun ni *rerum natura*.

«De buena gana, apreciable Mannering, terminaria yo aquí mi carta y no es sin desazon que á continuarla me atrevo. Creo poder asegurarte que en lo que me quede que decirte no hay que atribuir la mas ligera indiscrecion á la amable pupila que has tenido á bien confiar á mi tutela momentáneamente, pero quiero

probarte que todavía merezco el apodo de *Sin Doblez*, con que en nuestro colegio se me señalaba. En una palabra este es el asunto.

«Tu hija ha heredado en gran parte la disposicion algo romántica de tu genio; á lo que junta un poquito de aquel deseo de agradar, que esmas ó menos el flaco de todas las mujeres bonitas. Según toda apariencia deberá ser tu heredera única, circunstancia muy indiferente para los que la miran con los mismos ojos que yo, pero que es un poderoso gancho para los *Cazadores de Fortuna*. Sabes muy bien que la embromo algunas veces sobre su aspecto de melancolía, sobre los paseos que le gusta dar muy de mañana cuando todavía está durmiendo la familia, ó por la noche á la claridad de la luna; cuando todo el mundo debería hallarse acostado, ó jugando á los naipes, lo que viene á ser una misma cosa. El incidente que voy á referirte puede tambien echarse á broma; pero me ha parecido mejor que la pulla venga de tí que de mí.

«Dos ó tres veces durante los quince dias últimos, y á deshora de la noche, ó al rayar el alba, he oido una flauta suspirar una preciosa cantinela indiana que agradaba sobre manera á tu hija; ocurrióseme al principio que algun criado filarmónico, cuyos talentos no pudieran lucirse durante el dia, habria escojido aquellas horas de silencio para empeñarse en imitar las notas que hubiese recojido mientras al hallarse á la puerta del estrado salieran de los labios de tu hermosa y sensible hija Julia. Anoche tuve que velar hasta muy tarde en mi gabinete, el cual está situado debajo del aposento de la niña, y oí sonar la consabida flauta. Púseme á escuchar mas atentamente y convencíme de que los sonos provenian del lago, á donde caen sus ventanas.

«No era yo el único que estaba en vela. Bien te acordarás que miss Mannering escogió aquella vivienda porque habia en ella un balcon que daba al lago. Pues bien, oí el crugido de una puerta de cristales, y el roce de los cordones de las persianas. Habian franqueado estos estorbos. A poco rato hirieron mis oidos los ecos de su propia voz, que entraba en conversacion con al-

guien debajo de sus ventanas. Esto no es como dice el título de la comedia de Shakespeare MUCH ADO ABOUT NOTHING (*Mucho boato y nada sobre el plato ó mucha bulla para nada*). No pude equivocarme; conocí perfectamente su voz tan dulce como hechicera. Y para decir la verdad, aquella que provenia del lago estaba en perfecta consonancia con la suya. ¿Pero qué se decían? no me fué posible averiguarlo. Abri mi ventana con el objeto de entreoir algo de aquel peladero de pava, como denominan los españoles á esta clase de coloquios; mas á pesar de todas mis precauciones, alarmó el ruido á los que hablaban, oí cerrarse persianas y vidrieras en el cuarto de la señorita, al mismo tiempo que el apresurado chapaleteo de remos en el agua del lago me avisó de la fuga del otro colocutor. Hasta llegué á columbrar su esquife maniobrado con tanta destreza como agilidad y surcando la tersa superficie cual si en él bogasen doce infatigables remeros.

«Al dia siguiente por la mañana, cuestioné á varios de mis criados, cual si fuese por curiosidad, y supe que el guarda bosques, al hacer su ronda, habia visto muchas veces aquella barquilla sobre el lago y en la proximidad de la casa, y que contenia una sola persona, y aseguró haber tambien oido los sonos de la flauta. No me atreví á apurar demasiado el interrogatorio, temeroso de dar nacimiento, en el ánimo de aquellos á quienes preguntaba, á algunas sospechas referentes á Julia; mas al dia siguiente, al desayuno, hablé como por acaso de la serenata de la noche anterior, y advertí que miss Mannering se puso alternativamente pálida y colorada. Dí un giro á mi conversacion que pudiese convencer á la jóven que mis observaciones no iban encaminadas á ella; pero en adelante buen cuidado tendré de dejar luz en mi gabinete toda la noche, y no cerraré las puertas-ventanas, á fin de quitar á nuestro rondador nocturno las ganas de arrimarse demasiado. He insistido sobre lo frio de la estacion, y lo húmedo de las nieblas para empeñar á Julia á que renuncie á sus paseos de mañana y noche. Ella se ha avenido á seguir mi consejo con una tranquilidad que no es por cierto hija de su

carácter; y este sintoma, para hablarte francamente, no me dá buena espina. Julia se parece demasiado á su padre, para renunciar sin mas ni mas á lo que es de su gusto, pero en esta ocasion conoce muy bien que la prudencia debe obligarla á conformarse.

«Ahí tienes mi historia, y puedes ahora tomar el partido que mejor te cuadre. La bonaza de mi mujer nada sabe. Indulgente para con las flaquezas de su sexo, habria procurado persuadirme que te dejara ignorante de este pequeño suceso, y habria querido poner en juego su elocuencia delante de Miss Manning; pero aunque su oratoria sea poderosísima cuando se dirige á mí, creo que su objeto legitimo, en el caso presente, haria mas daño que beneficio. Tal vez juzgues tú mismo que será del caso aparentar que ignoras lo que ha pasado, y obrar sin recurrir á reconvecciones. Julia es pintiparada á cierto amigo mio; tiene una imaginacion tan viva como ardiente, y la cual le pinta en colores demasiado risueños ó demasiado tristes todos los acontecimientos de la vida humana. Por lo demás es una lindísima moza, dotada de tanto talento como bondad y gracias. Le he entregado con el mayor placer el beso que me remitiste para ella, y en recompensa, dióme un golpecito en la mano con sus preciosos dedos. Harias bien en venirte cuanto antes. Entretanto, puedes estar seguro de la vigilancia de tu afectísimo

«Arturo Mervyn.»

«P. D. Sin duda desearás saber si sospecho quien sea el caballero de la serenata: pero no tengo el mas leve indicio. De todos los jóvenes que viven en las cercanías, y á quienes así su nacimiento como su caudal pudieran darles un derecho para poner las miras en miss Julia, no hay uno que se halle en el caso de representar un papel romántico. Mas, al otro extremo del lago, y casi enfrente de Mervyn Hall, hay un miserable hostel que sirve de sitio de reunion á sugetos de toda especie. Siempre está atestado de poetas, de cómicos, de pintores, de músicos, los cuales

acuden allí para soñar, declamar, y componer versos y trozos de ópera en estos contornos pintorescos. Las bellezas naturales del panorama rural nos esponen á oír zumbiar continuamente al rededor de nosotros ese enjambre de vagamundos lo que equivale á pagar muy caro por ellas. Si Julia fuera hija mia, mas recelo habrian de causarme estas gentes que todas las demás juntas. La niña es generosa y romántica, escribe seis pliegos cada semana á una de sus amigas y á veces puede haber peligro en que se busque un objeto para ejercitar los talentos ó su pluma. Otra vez, adios. Si yo hubiese tratado este asunto con mayor seriedad, habria menoscabado tu discernimiento; pero si acerca del mismo no te hablara, creeria faltar á lo que dicta la prudencia.»

En virtud de esta carta, despachó el coronel su negligente mensajero á Mr. Mac-Morlan, con los poderes necesarios para comprar la hacienda de Ellangowan, y desempeñada la tarea, tomó la vuelta del sud. No reposó en el camino hasta llegar á la quinta de Mr. Mervyn, la cual estaba sita en las márgenes de uno de los lagos de Westmoreland.

CAPITULO XVII.

Para que dos amantes enlazara
El arte epistolar Dios inventára;
O á fin que los autores transmitieran
Lo que sus personajes discurrieran.

Luego que regresó Mannering á Inglaterra habia sido su primer cuidado colocar á su hija en un excelente colegio á fin de completar su educacion. Pero advirtiendo que ella no adquiria con tanta prontitud como lo deseaba su impaciencia todas las habilidades de que la queria ver adornada, la sacó al concluir el primer trimestre, y la dió maestros dentro de su casa. La jóven solo tuvo tiempo en el seminario para formar una *amistad eterna* con Miss Matilde Marchmont, señorita de su misma edad, esto es

de algunos diez y ocho años. Era para los fieles ojos de esta que se destinaban las numerosas cartas que escribía Julia en Mervyn Hall, confiándolas á la ligera posta, mientras permaneció en aquel hospedaje. Vamos á presentar á nuestros lectores algunos extractos de esta correspondencia, cuyo conocimiento le será necesario para la inteligencia de esta historia.

PRIMER EXTRACTO.

«Ay de mí querida Matilde, cuánta pesadumbre tengo! Persígueme la desgracia desde que nací. Acordarme que estamos separadas por una causa tan ligera, por una falta de ortografía en un tema italiano, y tres notas falsas en una sonata de Paesiellet! Pero estos son rasgos del carácter de mi padre, el cual no puedo decir si me infunde mayor afecto y veneracion, que miedo. Sus laureles adquiridos en la guerra, su costumbre de allanar cuantos obstáculos se oponen á la energía de su voluntad aun cuando insuperables aparezcan, todo contribuye á darle una constancia, una terquedad, que no le permiten sufrir contradicciones ni perdonar debilidades. Verdad es que son tantas sus buenas cualidades! Sabes que circula un rumor acerca de él (y lo confirmaron ciertas palabras que me dijo mi madre misteriosamente) suponiéndosele versado en ciertas ciencias, perdidas hoy, y las cuales dan á los que las poseen la facultad de leer en lo futuro? ¿La idea de poder semejante, querida Matilde, ó el mismo talento y la sola inteligencia que deben considerarse como sus agregados, no ciñen de una auréola de misteriosa grandeza al que con tal privilegio se encuentra distinguido? Tú llamarás á esto una ilusion romántica! Mas ten presente que tuve mi cuna en el pais de las hadas y de los talismanes; que arrullaron mi infancia aquellos cuentos encantadores que tu puedes saborear únicamente adulterados por una traduccion francesa, y la cual les despoja de todo su hechizo. Oh Matilde! Si hubieras visto los ojos de mis criadas indianas fijos con muda atencion en el rostro de las que en un idioma medio poético, nos contaban aquellas historias deliciosas!

No extraño que las ficciones de los europeos nos parezcan tan frias, tan insípidas, luego que vemos los efectos maravillosos que las narraciones de los Orientales producen en los que las escuchan.»

SEGUNDO EXTRACTO.

«Tú eres la depositaria del secreto de mi corazón, amada Matilde, bien conoces los sentimientos que conservo hacia la persona de Brown, pues no diré hacia su memoria, porque él vive, me ama siempre, y estoy convencida de su pasión. Mi madre autorizó los obsequios que este joven me tributaba. Sería tal vez una imprudencia si se tienen en cuenta las preocupaciones del nacimiento, de la opulencia y de la sangre. Pero en la época á que me refiero era yo casi una chiquilla, y no pudiera exigirse de mí mayor juicio que de aquella bajo cuyo cuidado la naturaleza me habia puesto. Mi padre estaba siempre atareado en los deberes de su profesión; yo le veía muy de tarde en tarde, y me habian enseñado á tenerle mayor respeto que confianza. Ojalá hubiera sucedido al revés! Ambos seríamos hoy mas felices!»

TERCER EXTRACTO.

«Me preguntas porque razón no informo á mi padre que Brown está vivo, ó á lo menos que sobrevivió á la herida que de su mano recibiera; que ha escrito á su madre para avisarle de la mejoría de su salud y de su esperanza de salir pronto de la prisión. Pero un militar que ha visto morir tanta gente en la guerra, considera con harta frialdad una catástrofe, que por decirlo así, me petrificó luego que la supe.

«Si yo le enseñara aquella carta ¿qué resultas tendría para el pobre Brown? Este, conservando todavía las pretensiones que obligaron á mi padre á atentar contra su vida, turbaría su tranquilidad mucho mas que pudiera hacerlo la idea de su muerte. Si consigue escaparse de la prisión, estoy cierta de que volverá á Inglaterra, y entonces será tiempo de reflexionar si conviene

instruir á mi padre de su existencia. Pero si la esperanza que he concebido llega á desvanecerse, ¿de qué serviría descubrirle un misterio al cual están ligados tantos pesarosos recuerdos? Mi pobre madre temia á tal punto que llegase su esposo á sospechar los sentimientos de Brown respecto á mí, que casi creo que antes de descubrirle el verdadero objeto de sus asiduidades, prefirió verle alimentar la sospecha de ser ella misma el verdadero blanco. Por mucho que sea el respeto que yo adeude á su memoria, Matilde mia, debo tambien hacer justicia al padre que el cielo me ha conservado. No puedo menos de juzgar harto peligrosa para ella y para mí la conducta que adoptara mi infeliz madre, á par que injusta respecto á su marido. ¡Pero paz á su memoria! su excelente corazon pudo hacer que cometiera un yerro y no es por cierto á su hija, heredera de toda su debilidad, á quien incumbe levantar el velo que la tapa.»

CUARTO EXTRACTO.

«Si la India es la patria de la magia, querida Matilde, el pais donde habito, es el del romanticismo ni mas ni menos. La naturaleza no puede ofrecer espectáculo mas imponente. Ha reunido aquí cuanto ha creado de mas sublime; sonoras cataratas, montañas que ocultan en los cielos sus calvas cabezas, lagunas que serpentean en umbríos valles, y que conducen en cada recodo á nuevas vistas y á cual mas pintorescas; peñascos que se encumbran hasta las nubes; á la una mano los yermos de Salvator, á la otra los paisajes encantadores de Claude. Dichosa me considero al hallar un objeto por el cual mi padre participaría de mi entusiasmo. Él admira la naturaleza cual lo hace un poeta ó un pintor, y con sumo placer le he oido desenvolver las causas y los efectos de esos testimonios tan brillantes del poder de aquella. Quisiera que se estableciese en esta comarca hechicera, pero es su intencion fijar nuestra residencia mucho mas al norte. Ha emprendido un viaje á Escocia, y creo va á buscar un paraje á propósito para la indulgencia de sus gustos. Ciertos recuerdos

de antigua fecha le han aficionado, segun parece, á aquel pais. Así es, querida Matilde, que cuando me establezca en la morada paterna tendré un nuevo pesar; el de alejarme todavía mas de tí!

«Ahora estoy huésped en casa de Mr. Mervyn, antiguo amigo de mi padre. Su señora es lo que verdaderamente se llama una buena mujer, mitad dama campesina, mitad casera; ahora respeto á hallar en ella algun recurso la amistad, valdria mas irlos á buscar en *mistress Teach'em*. Bien ves que no se me ha olvidado el mote que le pusimos á la directora de nuestro colegio. Respecto á sir Arturo Mervyn está muy distante; leguas mil, de tener las brillantes cualidades de mi padre. Sin embargo me divierte mucho, y se doblga á mi carácter que es un contento. Está dotado de unas luces bastante opacas, pero no deja de tener buen sentido comun, es muy complaciente, y bastante jovial. Me gusta hacerle dar larguísimos paseos por las orillas de las cataratas, y le hago subir hasta la cima de los montes mas altos; para darle la contenta prodigo mil encomios á sus campos de nabos, á sus praderas de trébol y alfalfa. Creo que me tiene por una chica muy simplona, enamorada de las bellezas de natura, no sin algun mérito personal, (precisa que me disimules la expresion) y de un genio bastante bonazo. Por mi parte creo que el buen hombre puede juzgar adecuadamente del exterior de una mujer, pero no le supongo el tacto necesario para que esté á su alcance penetrar los sentimientos. Así es que me acompaña á todas partes en despecho de su gota; me cuenta historias del gran mundo, en el cual pretende haber vivido largo tiempo; yo le escucho, me sonrío, me ostento tan alegre y amable como posible me es, y nos llevamos perfectamente.

«Pero; ay! Matilde mia, cuan fastidioso me pareceria el tiempo en este paraíso romántico, habitado por dos seres semejantes, y tan malamente *malizados* con las bellezas que les rodean, si no fueras exacta en contestar á mi cansadísima parlería! Te ruego que no dejes de escribirme á lo menos tres veces en la semana. Jamás pueden faltarte los materiales suficientes.»

QUINTO EXTRACTO.

«¿Cómo he de participarte lo que tengo en el pecho? Este y mi mano se encuentran en tal agitacion, que casi me es imposible escribir! ¿No te habia yo dicho que él vivia, que se conservaba fiel y que su vuelta era de esperarse? ¿Cómo puedes decirme, querida Matilde, que en virtud de los pocos años que yo contaba cuando de él me separé, estás persuadida que los sentimientos que conservo á su memoria tienen su raiz mas bien en mi fantasía que en mi corazon? Cierta estaba de que eran verdaderos, y que no era fácil me engañase acerca de su naturaleza. Pero volvamos á nuestro asunto y que la confianza que voy á hacerte, amada amiga, sea la prenda mas sincera, mas sagrada de nuestra amistad.

«En esta casa se recojen todos muy temprano, mucho antes que mi corazon, abrumado de inquietudes, se halle dispuesto á entregarse al reposo. Por lo comun abro un libro y me pongo á leer un par de horas en mi gabinete, que tiene un balconcito sobre el lago, cuyo diseño he procurado remitirte. Mervyn Hall es un castillo, que antiguamente estaba fortificado, y tiene los cimientos en las márgenes del agua, la que es profunda en este paraje, que una barquilla puede arrimarse al pié mismo de los muros. Anoche habia yo dejado abierta una de las puertaventanas, para disfrutar, antes de retirarme á dormir, del aspecto de la luna sobre las aguas del lago. Hallábame leyendo aquella hermosa escena del *Comerciante de Venecia* (autor Shakespeare) en que dos amantes, al describir la calma de una noche de estío, parecen disputar sobre quién de los dos le encontraria mayor número de encantos. Los sentimientos que mi corazon experimentaba se confundian con los que hacia nacer la lectura, cuando de repente oí salir del lago los sonos de una flauta dulcísima. Ya te he dicho que este era el instrumento favorito de Brown. ¿Quién podria entretenerse en tocar aquella noche, que aunque hermosa, estaba demasiado fria para que el solo placer

de pasearse fuese el estímulo que atrajera una persona á navegar en el lago tan á deshora y en una estacion tan avanzada? Acerqueme á la ventana, con el oido tan atento, que apenas me atrevia á respirar. Cesó un instante el gemido de la flauta, volvió á sonar de nuevo y cada vez parecia acercarse mas. En fin, oy aquella cantinela indiana, que tú llamabas mi *aria favorita*, y ya te he dicho quien fué el maestro que me la enseñara.

«¿Era él? ¿eran aquellos unos ecos que el aire me traia sobre sus alas para avisarme de su muerte?

«Transcurrióse algun tiempo antes que me hallase con bastantes fuerzas para asomarme al balcon. Nada me hubiera determinado á hacerlo, si yo no hubiese tenido la íntima conviccion de que él vivia aun, y era preciso que tornase á verle. Alentóme esta idea y abrí la vidriera con alma palpitante. Ví un batel ocupado por un hombre solo. ¡Oh Matilde! ¡era él! le reconocí al instante, sin embargo de nuestra larga separacion, y á despecho de las sombras de la noche, cual si le hubiera visto el dia anterior, cual si los rayos del sol me alumbrasen. Encaminó su barquilla hácia mi balcon y dirigióme la palabra. No sé lo que me dijo, no sé lo que respondí, porque las lágrimas entrecortaban mis dichos; pero eran lágrimas dulces del mas exquisito gozo. Los cércanos ladridos de un perro interrumpieron nuestro coloquio. Nos separamos con la promesa de tornar á vernos la noche próxima en el mismo lugar y en la hora misma. «¿Pero, en qué vendrá á parar todo esto? ¿Sabes si puedo responder á esa pregunta? no, en verdad no. El cielo, que le ha salvado la vida, que le ha libertado del cautiverio, que tambien ha ahorrado á mi padre la desgracia de haber muerto á un hombre quien no quisiera tocar un cabello de su cabeza, el cielo, repito, puede hacer otro milagro para guiar mis pasos afuera del laberinto, en el cual me encuentro enredada hoy. Por ahora me basta poseer la firme resolucion de no causar sonrojo á los tres seres de quien soy idolatrada. Jamás se ruborizará Matilde de su amiga, mi padre de su hija, ni mi amante del objeto al cual consagrara toda su ternura.»

CAPITULO XVIII.

.....Niña,
 Hablar con un hombre por el balcon: bah!
 SHAKESPEARE, *Mucho ruido para nada.*

Continuaremos dando á nuestros lectores otros extractos de las cartas de Miss Mannering; con el objeto de hacerles conocer el buen sentido natural, los principios y la sensibilidad de esta jóven, los lunares que aparecian en su carácter debieran atribuirse á una educacion imperfecta, y al falso juicio de una madre que en el fondo de su corazon miraba á su marido como un tiranuelo, concluyendo con tenerle como á tal. Lady Mannering habia leído un sin número de novelas; las intrigas contenidas en estas la interesáran al punto que se le ocurrió poner en juego una en su propia casa y hacer una *herotina* de su hija, la cual apenas contaba entonces diez y seis años. Complacíaule infinito los pequeños misterios, tornaba una nada en secreto importante, al paso que se estremecía á la sola idea de la indignacion que de su esposo habria de apoderarse si llegara á descubrir tales maniobras. Así es que formaba un enredo tan solo por el gusto de formarlo, ó por espíritu de contradiccion, adelantábase en él mucho mas de lo que al principio intentara, esforzábase por deslarse tejiendo marañas nuevas, ó embarnizando sus errores con el disimulo, y á veces se encontraba cogida en sus propios lazos. En el temor de que se descubriese un proyecto, que por mera broma habia fraguado, la obligaba á proseguir en su ruta cuando hubiera querido volverse atrás sin pérdida de tiempo.

Por feliz fortuna, el jóven á quien ella habia admitido en su íntima sociedad, y á cuya pasion hacia que su hija dispensara todo patrocinio, tenia un fondo de probidad y de honradez que haria su trato menos peligroso de lo que Lady Mannering

hubiera debido esperar. Solo podia tachársele la oscuridad de su nacimiento, porque en cuanto á lo demás.....

«Al cielo en su pecho le plugo grabar
De gloria el deseo, de virtud el amor,
Y vióse que al cabo le haria vencedor
De cuantos estorbos quisiera arrostrar.»

Era, empero, superior á sus fuerzas el evitar la red que bajo sus plantas tendiera Lady Mannering. Le fué imposible no enamorarse de una jóven cuyos hechizos y seductoras cualidades hubieran encendido su pasion hasta en aquellos lugares donde esta reunion de encantos hubiese sido menos rara que en una lejana fortaleza sita en los establecimientos ingleses de la India. La carta de Mr. Mannering á Mr. Mervyn ha detallado suficientemente cuanto resultó en seguida, y estendernos mas sobre esta materia seria abusar de la paciencia de nuestros lectores.

Vamos pues á presentarles la escuela de la correspondencia de Miss Mannering con su amiga.

SESTO EXTRACTO.

«He vuelto á verle, Matilde mia, he vuelto á verle por dos ocasiones. Agotado he, aunque en vano, todos los raciocinios imaginables para convencerle que estas entrevistas secretas eran tan peligrosas para él como para mí; le he instado que siga sus miras de hacer fortuna dejando de pensar en mí; le he dicho que me encuentre dichosa y tranquila desde que supe no habia sido víctima del resentimiento de mi padre. Respondióme..... pero, ¿cómo decirte todo lo que se le ocurrió para responderme? Reclamó las esperanzas que mi madre le permitiera concebir, y procuró determinarme á que me uniera á él sin el consentimiento de mi padre. Qué locura! No, Matilde, jamás consentiré en ello. Recibió de mí la negativa mas absoluta; conseguí imponer silencio á la voz interior que en pró de sus pretensiones abogaba. Pero ¿cómo salir de este dédalo donde me veo enredada merced al destino y á la imprudencia de mi pobre madre?

«He reflexionado tanto sobre este asunto, querida amiga, que

tengo la cabeza medio trastornada. Creía que el partido mas prudente era hacer á mi padre una plena confesion; él merece esta confianza porque su ternura hácia mí es inagotable. Desde que he estudiado su carácter mas de cerca, he advertido que solamente se torna violento y arrebatado cuando sospecha que quieren engañarle, y en este concepto, quizás no le juzgaria con toda rectitud alguna persona que le era bien cara.

«Tambien sus sentimientos tienen algo de romántico. Le he visto titubear á la relacion de una accion generosa, de un rasgo de heroismo ó de un acto de generosidad, lágrimas que la pintura del infortunio jamás hubiera podido arrancarle. Pero Brown me ha hecho presente que es su enemigo personal. Luego la oscuridad de su nacimiento. Esto seria para mi padre mas doloroso que un golpe de maza. Oh Matilde! espero que ninguno de tus antepasados estuvo en la batalla de Poitiers, ni tampoco en la de Azincourt! A no ser por la veneracion con que mira mi padre la memoria de Sir Miles Mannering, le daria una explicacion de todo sin la mitad del miedo que tengo.»

SÉPTIMO EXTRACTO.

«Acabo de recibir tu carta. Cuanto placer me ha causado su lectural Te agradezco, tiernísima amiga, los consejos que me das y la amistad que me dispensas; solo puedo retribuir estas pruebas de afecto con la mas limitada confianza.

«Me preguntas cual fué la causa de Brown, que tan desagradable es para mi padre. Su historia es bien sucinta. Es natural de Escocia, pero habiéndose quedado huérfano, una familia establecida en Holanda, y con la cual tenia parentesco, tomó á su cargo educarle. Dedicáronle al comercio, y en la primera juventud le enviaron á nuestros establecimientos ó factorías de las Indias Orientales, en donde su lector tenia un corresponsal; pero cuando llegó, habia muerto aquél, y tuvo que entrar por recurso en el escritorio de un comerciante particular. La guerra que se encendió, y la necesidad que hubo de reclutar gente para el

ejército, abrió las puertas de la carrera militar á cuantos quisieron emprenderla, y Brown, que tenia mayor inclinacion á las armas que al comercio, fué el primero en alistarse. Abandonó el camino de la opulencia para avanzar en el de la gloria. Lo demás lo sabes harto bien. Mas puedes hacerte cargo de lo mucho que mi padre se irritaria, él que tanto menosprecia el comercio (aun que sea dicho de paso que la mayor parte de los bienes que posee actualmente los debió su tío á esta hermosa profesion) y tiene tal antipatía hácia todo lo que huele á Holandés! ¿Cómo habria de recibir una propuesta de casamiento para su hija única de parte de un tal Van-Beest-Brown, educado por caridad en el escritorio de Van-Beest y Van-Brugen! Oh Matilde, jamás daria su consentimiento, y bien puedes creer que me falta muy poco para ser de su misma opinion. ¡Llamarme yo Místrep Van-Beest-Brown! vaya un nombre precioso para tu amiga! Válgame Dios, y cuan niñas somos!»

OCTAVO EXTRACTO.

«Todo se perdió, Matilde mia; jamás tendré valor para confesar lo mas mínimo á mi padre! Aun temo no haya descubierto mi secreto por alguna otra via; resulta que me hubiera agradecido bien poco mi confianza, al paso que para mí queda perdida la debil esperanza que me sostuviera. Una de estas noches pasadas, se presentó Brown en el lago, segun costumbre; su flauta me dió aviso de su llegada; pues que nos habíamos convenido en esta señal. El lago, y sus hechiceros contornos atraen aquí á mucha gente; por-lo tanto esperábamos que dado caso que alguien del castillo le descubriese, podria pasar por uno de esos admiradores de la naturaleza que se complacen en gozar de sus cuadros mas ricos, animándolos con los sones musicales. Tambien esta me serviria de disculpa si me vieran asomada al balcon. Pero, en nuestra última entrevista, y mientras tornaba yo á hablarle de mi proyecto de hacer á mi padre una plena confianza de todo, al paso que él procuraba disuadirme, oimos crujir la vidriera

del aposento de Mr. Mervyn, y notamos que alguien la abria poco á poco; hice señas á Brown para que se retirase, y me acogí á mi vivienda no sin alimentar alguna esperanza de que no nos hubiesen sorprendido.

«Pero, ay de mí, querida Matilde, esta esperanza no tardó en desvanecerse. A la mañana siguiente, tan luego como ví á Mr. Mervyn en el almuerzo, sus ojos, su aspecto, su tono medio bufon, todo me avisó al primer golpe de vista, que era él quien nos habia descubierto. En la vida he tenido mas intenciones de encolerizarme. Mis paseos se limitan ahora á las tapias del jardin, donde él puede vigilarme sin perjuicio de su gota, ó pegármeme al costado en guisa de sanguijuela. Le he sorprendido dos veces al querer sondearme ó sorprenderme, atisbando la espresion de mi fisonomía. Me ha hablado de la flauta, ha puesto en las estrellas la vigilancia y ferocidad de sus perros; el cuidado con que el hortelano hacia sus rondas todas las noches con una escopeta bien cargada; en fin de trampas y fusiles de resorte que se arman al rededor de la casa luego que anochece por miedo de ladrones. Todo esto solo tenia la mira de asustarme. No quise faltarle en su propia casa á un amigo íntimo de mi padre; mas será muy halagüeño para mí el probarle de quien soy hija, el cual será un hecho del que no tardará en convencerse Mr. Mervyn, si se me antoja responder alguna vez á sus indirectas con el tono que conviene á mi carácter. Sin embargo estoy bien cierta de una cosa, que le agradezco mucho, y esta es que nada ha dicho de mi aventura á su cara mitad. Válgame Dios! y que buenos sermones hubiera yo entonces tenido que oír acerca de los peligros del amor, y lo espuesto de respirar por la noche los aires del lago, só riesgo de agarrar lindos costipados ó de encontrarme con ciertos sugetos que andan á caza de mi caudal, amen de sufrir científicos discursos sobre los beneficios del agua de cebada y la utilidad de cerrar las ventanas herméticamente. Ya ves, Matilde, que no puedo remediar el andarme en bromas, cuando mi corazon está próximo á reventar de pena. No sé lo que

se ha hecho de Brown. El recelo de que lleguen á descubrirnos impidí que reaparezca en el lago. Vivía en una posadilla que está en la margen opuesta, donde le conocian bajo el supuesto nombre de Dawson (1). Preciso es convengamos en que no es muy feliz en la eleccion de apellidos. No creo que haya dejado la carrera, aunque nada me ha dicho acerca de sus miras actuales.

«Para colmo de mi apuro, ha llegado mi padre repentinamente y viene de un humor insufrible. Cierta coloquio muy animado que he oido entre mi buena patrona y su ama de llaves me ha dado á entender que no se le aguardaba hasta pasados ocho dias, pero segun advierto, su venida no ha sorprendido á Mr. Mervyn. Conmigo se manifiesta tan frio y reservado, que me quita el valor que necesitaba para hacerle confesion de mi secreto. Arranca el mal humor que no puede impedir que se le advierta á la disculpa de haberse frustrado sus deseos en la compra de una hacienda que anhelaba poseer en un condado sito al sudoeste de Escocia. Pero no creo que este sea el único motivo que turbe la igualdad de su alma. Su primera salida tuvo por objeto atravesar el lago en un pequeño esquife. Se dirigieron hácia la posadilla de que acabo de hablarte. Bien puedes imaginarte con cuanta inquietud aguardaria yo su regreso. Si hubiera reconocido á Brown, ¿quién puede prever lo que habria sucedido? Pero volvió sin que su rostro diese el mas ligero indicio de que hubiese averiguado lo mas leve. Acabo de saber que ha alquilado una casa en las cercanías de Ellangowan, hacienda que se habia empeñado en comprar, y cuya descripcion estoy cansada de oirle. Segun parece, tiene esperanzas de ver la heredad mencionada substarse segunda vez antes de mucho tiempo. No te remitiré otra carta hasta que sepa mas positivamente sus intenciones.

«Acabo de tener una entrevista con mi padre, y la cual me ha puesto al corriente de sus secretos, es decir, de aquella parte de ellos que tiene á bien confiarme. Esta mañana, despues del desa-

(1) Dawson, significa lijo de grajo.

yuno, mandóme que lo siguiese á la biblioteca. Comenzaron á temblarme las rodillas, Matilde de mi alma, y nada exagero diciéndote que apenas tuve aliento para seguirle. No sé cual era la causa de mi temor; mas desde niña, estoy acostumbrada á ver cuanto le rodeaba temblar al solo movimiento de su entrecejo. Hízome sentar, y en la vida he obedecido un mandato de mejor gana, porque apenas podia mantenerme en pié. Comenzó él á pasearse por el cuarto. Tú has visto á mi padre, y deberás acordarte sin duda de la espresion notable de sus facciones; sus ojos son naturalmente dulces, mas se le tornan penetrantes y llenos de fuego al instante que se encoleriza, ó experimenta alguna contradiccion. Tambien tiene la costumbre de morderse los labios, cuando su impetuosidad natural se halla combatida por la costumbre en que está de cohibir sus pasiones. Era esta la primera vez que nos veíamos á solas despues de su regreso de Escocia; y como yo advertia en él todos aquellos síntomas de agitacion, no dudaba que trajese sobre el tapete un asunto que tanto miedo me infundia.

«Cuan aliviada me sentí cuando hallé que me había equivocado. Segun parece no está enterado de los descubrimientos de Mr. Mervyn, ó no quiere entrar en esplicaciones conmigo acerca de esta ocurrencia.

—«Julia, díjome él, me escribe de Escocia mi agente de negocios que ha alquilado para mí una casa perfectamente alhajada, con cuanto pueda ser necesario para nuestro uso. Dista unas tres millas de la hacienda que yo tenia intencion de adquirir.

«Aquí hizo una pausa, cual si fuese su intencion aguardar una respuesta.

—«Todos los parajes que sean agradables para V., papá, no pueden dejar de serlo para mí.

—«Está muy bien; pero hago ánimo, Julia, de hacer que no pases el invierno sin sociedad.

«Ah! pensé yo, aludirá sin duda al amable matrimonio de Mervyn-Hall.—La sociedad que sea del gusto de V. papá, me complacerá siempre infinito ciertamente.

—«Válgame Dios! no puedo sufrir una sumision tan pasiva; y la cual se estiende tan lejos! Es excelente para ponerse en práctica; pero esa gerigonza con que me fastidias los oidos me recuerda la dependencia servil de nuestros esclavos negros en las Indias Orientales. En una palabra, Julia, me consta que amas la sociedad, y tengo intencion de convidar á una persona, hija de un amigo mio fallecido ahora poco, para que venga á pasar una temporada en nuestra compañía.

—«Ah! por amor de Dios, papá, nada de ama seca! exclamé, pues que el miedo pudo mas que la prudencia.

—«¿Y quién habla á V. de ama seca, señorita? dijo mi padre con tono medio enfadado: es una señorita que ha recibido su educacion en la escuela del infortunio, y espero que su excelente ejemplo podrá enseñarte á gobernarte á tí misma.

«Responder á esta observacion equivalia á pisar un terreno bien resbaladizo. Hubo una pausa. En fin, yo le dije:—¿Es de Escocia esa señorita?

—«Sí, me respondió él con bastante secatura.

—«¿Y se le conoce mucho el acento del pais?

—«Qué diablos! ¿te parece que me importa mucho el que ella á la *a* le diga *o*; y pronuncie la *e*, *ai*? Te hablo con toda seriedad, Julia; sé que eres muy inclinada á la amistad, es decir á formar ciertas relaciones que te place bautizar con ese nombre. (¿No es esto muy duro, Matilde mia?) Pues bien, quiero proporcionarte una ocasion de adquirir una amiga que sea acreedora á semejante título. Con esta mira me he decidido á invitarla, para que nos haga la honra de pasar en nuestra casa algunos meses, y espero que ella obtenga de tí todas las consideraciones que tienen derecho de esperar el infortunio y la virtud.

—«Muy cierto, papá. ¿Y... me dirá V. si mi futura amiga tiene cabellos de Judas?

«Lanzóme una mirada muy colérica; podrás decir que yo la merecia; mas creo que en ciertas ocasiones me sugiere un espíritu maligno algunas preguntas harto impertinentes.

—«Es superior á tí, hija mia, tanto por su hermosura, cuanto por su prudencia y adhesion á sus amigos.

—¿Y cree V., papá, que esa superioridad sea una buena recomendacion? Vamos, papá, veo que toma V. con demasiada seriedad mis bromas; viva V. seguro que quien quiera que sea esa jóven, el interés que V. manifiesta por ella la asegura de mi parte el acogimiento mas cordial. Pero... dígame V. ahora... ¿tiene alguien que la sirva? pues de lo contrario, es preciso que pensemos en eso.

—«No.... no.... no tiene servidumbre alguna, propiamente hablando.... si esceptuamos.... el capellan que vivia en casa de su difunto padre; ese es un sugeto de excelentes cualidades, y supongo que la acompañará.

—«Misericordia, papá mio, ¿un capellan?

—«Sí, señorita; un capellan! ¿es tan nuevo para V. este nombre? ¿no teníamos tambien un capellan en casa cuando estábamos en Indias?

—«Verdad es, papá; mas en aquel pais tenia V. mando.

—«Y tambien lo tengo aquí, miss Mannering, á lo menos en mi familia.

—«Muy cierto, papá; y dígame V. ahora, ¿habrá él de leernos las preces de la iglesia anglicana?—«La apariencia de sencillez con la cual le hice esta pregunta desconcertó su gravedad.

• —«Vamos, Julita, me dijo, eres una picaruela. Pero nada conseguiria yo con regañarte. De las dos personas que te he mentado la una no puede dejar de agradarte; la amarás, estoy bien seguro. Respecto al otro, á quien denomino capellan, por falta de ocurrírseme una denominacion mas adecuada, es un hombre muy digno y apreciable, aunque algo ridículo: y llega á tal punto su simplicidad que seria preciso reirse de él bien á las claras para que lo advirtiese.

—«Alégrome en el alma de ese último golpe, papá mio. Pero dígame V. ¿la casa que vamos á ocupar está en una situacion tan agradable como esta?—«Esto era tirar, á quema-ropa, y esta última *descarga* me desalentó completamente. No supe que responderle ya.

«Entretanto habia recuperado mis fuerzas, como lo habrás advertido por el diálogo precedente. Sé que Brown está vivo, que se halla en libertad, que se ve en Inglaterra, y que me ama: con esta seguridad puedo despojarme de todo temor, de todo embarazo. Dentro de dos ó tres dias nos pondremos en camino para nuestra nueva morada. No dejaré de escribirte mi juicio acerca de la escocesa y de su venerable escudero. Asísteme demasiado motivo para creer que sean dos honrados espías, que introduce mi padre en su casa, el uno con vestido clerical, y el otro con enaguas y zagalejo. Qué diferencia entre ellos y la amiga á quien anhelo tanto volver á abrazar. ¡Tan luego como llegemos no me descuidaré en escribir á mi querida Matilde para informarla de los destinos ulteriores de su buena amiga.

«*Julia Mannering.*»

CAPITULO XIX.

Se vé cabe su hogar una colina
Sombreada del abeto y de la encina.
Só cuya verde y plácida espesura
Serpentea de un arroyo el agua pura;
Túsculo verdadero, construido
Para encanto del alma y del sentido.

WARTON.

Woodbourne, hacienda que Mr. Mac-Morlan habia alquilado para el coronel Mannering, era una quinta muy capaz y hermosa, situada al pié de una montaña cubierta de una arboleda que guardaba la casa de los vientos del norte y del levante. Estendíase la vista desde la fachada principal por una pequeña llanura que terminaba en una almáciga de árboles copados, y desde la opuesta sobre unas praderas que encajonaban un angostorio, visible tambien desde las ventanas de la casa. Un jardin bastante lindo, aunque dispuesto á la antigua, un palomar bien surtido y tierras de labranza, suficientes para proveer á todas las necesidades

de la familia , hacian aquel retiro tan cómodo quanto agradable.

Allí fué donde Mannering resolviera establecer su cuartel de retiro, á lo menos por una larga temporada. Aunque acostumbrado al lujo de las Indias, no estaba muy solícito de hacer ostentacion de sus riquezas, y tenia demasiado orgullo noble para que le complaciera el boato. Instaló pues su casa bajo un pié decoroso para un caballero residente en el campo que gozase de cierto caudal, sin afectar ó permitir que cosa alguna aparentase en su domicilio aquel fausto de lo que entonces se llamaba boato oriental. Además, continuaba siempre á la mira de la hacienda de Ellangowan, la cual tenia esperanzas de que llegase á ser suya, pues juzgaba Mr. Mac-Morlan que Glossin se veria obligado muy pronto á ponerla en venta. Algunos acreedores le disputaban el derecho de conservar entre sus manos la parte del precio que era su intencion guardar, y en caso que le precisasen á entregarla, creian que no tuviese proporcion de hacerlo. Estaba convencido Mr. Mac-Morlan que cederia de muy buena gana la adquisicion, toda vez que le resultase del traspaso algun beneficio.

Parecerá estraño que tuviese Mannering tanta predileccion hácia una heredad que habia visto tan solo una vez, en una época tan apartada ya, y durante tan breves momentos. Pero lo que allí pasara habia hecho una profunda impresion en su fantasía. Parecíale que su propio destino se hallaba ligado en cierto modo con el de la desgraciada familia de Ellangowan. Resentia un secreto deseo de verse propietario de aquel terrado en donde los astrós parecian haberle anunciado el suceso estraordinario, acaecido al heredero único del apellido de Bertram, suceso que tenia una coincidencia tan singular con los destinos de una esposa á quien amaba siempre. Por otra parte, tan luego como esta idea se apoderó de su espíritu, no pudo soportar el pensamiento de ver sus proyectos desbaratados por un ente tan miserable como Glossin. Así el amor propio hizo liga con la imaginacion para confirmarle en el designio de comprar aquella hacienda al instante que la cosa fuese posible.

Sin embargo, hagamos justicia á Mannering. El deseo de aliviar el infortunio habia contribuido á determinarle á establecerse en las inmediaciones de Ellangowan. Le constaba que la sociedad de Lucy Bertram seria ventajosisima para su hija. Le era bien conocida toda la estension de su prudencia y de su juicio; porque Mac-Morlan le habia confiado, bajo promesa de absoluto sigilo, la conducta de aquella respecto al jóven Hazlewood. Tomábase en conciencia por la jóven un verdadero interés, deseando con vivas ansias serla útil. Si se hubiera establecido en Inglaterra, le parecia poco delicado solicitar de ella que abandonase los lugares que la vieran nacer, y los amigos que en ellos conservara, para ir á hospedarse entre extranjeros; pero en Woodhourne le era dable, sin inconveniente alguno, invitarla á pasar una temporada en casa de su hija, sin esponerla á la humillacion con el solo viso de la dependencia. Miss Bertram, despues de vacilar algun tanto, aceptó el convite, prometiendo pasar algunas semanas en compañía de la señorita Mannering. A pesar de toda la delicadeza empleada por el coronel para ocultarle la verdad, tenia la jóven demasiado talento para desconocer que su objeto principal era ofrecerle un asilo y su proteccion. Al mismo tiempo recibió respuesta de la carta que habia dirigido á su parienta Mistress Bertram. Esta le remitia una corta cantidad de dinero, le aconsejaba que pagase un hospedaje en casa de alguna persona de juicio en la aldea de Kippletringan ó en sus inmediaciones, y concluía diciéndole que no obstante la mezquindad de sus propios recursos, habia preferido cercenarlos á lo sumo, para no dejar en la desvalidez á su querida parienta. Miss Bertram, al leer esta carta poco consoladora y tan fria como darse puede, tuvo que derramar algunas lágrimas. Acordóse que aquella misma bondadosa parienta habia residido años enteros en Ellangowan cuando vivia su madre, y hubiera permanecido allí hasta la muerte del propietario, á no habersele ofrecido la buena suerte de heredar un legado de 400 libras esterlinas de renta (*algunos 1800 pesos fuertes*) ocurrencia que la puso en estado de separarse de la fa-

milia, quien con la hospitalidad mas benévola la acogiera. Tuvo Lucy violentas intenciones de devolverle la bagatela que el orgullo luchando con la avaricia habia arrancado de las garras de la vieja heredera. Pero, despues de haberlo reflexionado maduramente, resolvióse á escribirle que aceptaba su don por via de préstamo, el cual esperaba poder retribuirle algun dia. Al mismo tiempo le pidió parecer acerca de la invitacion que acababa de hacerle el coronel Mannering. La respuesta llegó sin pérdida de correo, pues temió Mistress Bertram que una falsa delicadeza y un defecto de sano juicio, términos de los cuales se servia en su carta, comprometiesen á Miss Lucy á desechar esa proporcion que su buena suerte la deparaba, inclinándola á ser gravosa á su *muy atrasada* familia. No le quedaba pues á la jóven otro partido que tomar, á no ser el de permanecer en casa del digno Mac-Morlan, quien era demasiado generoso para que fuese rico. Las familias, cuyas invitaciones recibiera Lucy cuando el fallecimiento de su padre, ya no se acordaban de ella, sea que se considerasen dichosas en que sus ofrecimientos no se hubiesen aceptado, sea que estuviesen picadas de resultas de la preferencia dada por la jóven huérfana á Mr. Mac-Morlan.

La situacion del Dómine Sampson hubiera sido muy deplorable, si el sugeto interesado en la suerte de miss Bertram hubiera sido otro que el coronel Mannering, el cual amaba todo lo que tenia visos de originalidad. Instruido por Mr. Mac-Morlan de sus procedimientos hácia la hija de su antiguo patrono, se habia aumentado su estimacion para con él. Preguntó igualmente el astrólogo, si conservaba siempre aquella admirable taciturnidad que constituía en Ellangowan su carácter distintivo; y habiéndosele contestado que siempre era el mismo:

—Diga V., le suplico, á Mr. Sampson, añadió el coronel en su próxima carta á Mac-Morlan, que necesitare de su ayuda para formar el catálogo y arreglo de la biblioteca de mi tío el obispo, la cual he mandado me remitan por mar. Tambien tengo que copiar y poner en orden multitud de papeles. Señale V. al buen hom-

bre un honorario decente por su trabajo; cuidando de que se le vista como corresponde, y que sirva de compañero á su jóven educanda en el viaje de esta á Woodbourne.

El honrado Mac-Morlan recibió esta nueva comision con sumo gozo; mas no le causó poco embarazo la comision de vestir con primor al Dómine Sampson. Darle díaero, y decirle que se equipase, seria proporcionarle los medios de hacerse mas ridículo; pues cuando, por acaso extraordinario, acontecia que el pedagogo tuviese que renovar alguna prenda de su equipaje, dirigiale tan perfectamente su buen gusto, que los chicos de la aldea no le dejaban á sol ni á sombra muchos dias despues. Por otra parte, llamarle un sastre para que le tomara medida y le llevase luego un vestido cual si fuese á un niño de escuela, seria tal vez mortificar al pobre diablo. Aburrido Mr. Mac-Morlan determinó consultar el asunto con miss Bertram, y suplicarla se encargase de un negocio de tamaña cuantía. Aseguróle ella que no se hallaba en el caso de dar su parecer acerca del equipaje de un hombre, pero que nada era mas fácil que vestir al Dómine de piés á cabeza.

—En Ellangowan, díjole, cuando mi padre juzgaba que alguna prenda del equipaje de Mr. Sampson necesitaba sustitucion, se introducía un criado en su dormitorio á deshora de la noche. Bien sabe V. que el Dómine duerme como un liron. Así es que sin advertirlo él se llevaban la desechada pieza, poniendo la nueva en su lugar, y nunca advertimos que nuestro amigo reparase en el trueque.

Procuró pues, Mac-Morlan un sastre muy hábil, quien, despues de haber examinado con la mayor atencion la estructura del Dómine, se comprometió, sin necesidad de tomarle medida, á hacerle dos vestidos completos, el uno negro y el otro pardo oscuro; asegurando que le vendrian tan bien como fuese posible sucediese respecto á un hombre de una hechura tan extraordinaria.

Luego que la obra estuvo concluida y entregada, juzgó con-

veniente el prudentísimo Mac-Morlan verificar el trueque por grados. Hizo pues que aquella noche le retirasen la prenda mas importante de los vestidos viejós de Sampson, y sustituyóla con la nueva que la correspondia. Viendo que esto habia salido á pedir de boca, hizose igual cambio á la noche siguiente de chalecos y de casacas. Luego que estuvo completamente metamorfoseado, y cubierto por la primera vez en su vida de un equipaje todo nuevo, se notó que el Dómine parecia manifestar cierta sorpresa y algun embarazo. Reparábase en su fisonomía una espresion singular, que aparecia en él especialmente cuando dirigia la vista á las rodillas de sus calzones, en donde buscaba en vano alguna mancha antigua conocida suya, ó algun remiendo hecho con hilo azul sobre fondo negro, y que tenia aspecto de bordadura ; entonces, despues que habia exclamado con boca de espuerta su favorita voz *pro-di-gi-o-so*, tenian cuidado de llamarle la atencion á otro objeto cualquiera hasta que al cabo de tiempo no le ofrecieron ya sus vestidos cosa extraordinaria. La única observacion que jamás se le oyó fué: que los aires de Kippletringan parecian muy favorables para los vestidos, y que los suyos le parecian tan hermosos como el día en que los estrenó para predicar su sermon de licencia.

Quando Mr. Mac-Morlan le informó de la proposicion que el coronel habia encargado le hiciera, dirigió á miss Bertram una mirada de temór y de desconfianza, cual si aquel proyecto fuese el precursor de su separacion, pero luego que supo que ella iba tambien á trasladarse á Woodbourne, juntando las secas manos levantólas al viento con una exclamacion comparable á la del Afrita en el cuento del Califa Vathek (1). Despues de esta esplosion sentimental, tornó á su acostumbrada apatía, sin molestarse con ninguno de los pormenores de este negociado.

(1) Novela de Mr. Beckford, famoso propietario de Fonthill-Abbey. Lord Byron, que vivió largo tiempo en levante, ensalza sobremanera el colorido oriental de esta produccion, en las notas de su *Giaour*. Efectivamente es una de las obras de este género mas notables por la fidelidad de sus descripciones locales.

Se habia convenido que Mr. Mac-Morlan y su mujer irian á tomar posesion de Woodbourne algunos dias antes de llegar á la quinta el coronel con el objeto de arreglarlo todo, y establecer allí á miss Bertram. Trasladáronse pues á ella en los primeros dias del mes de diciembre.

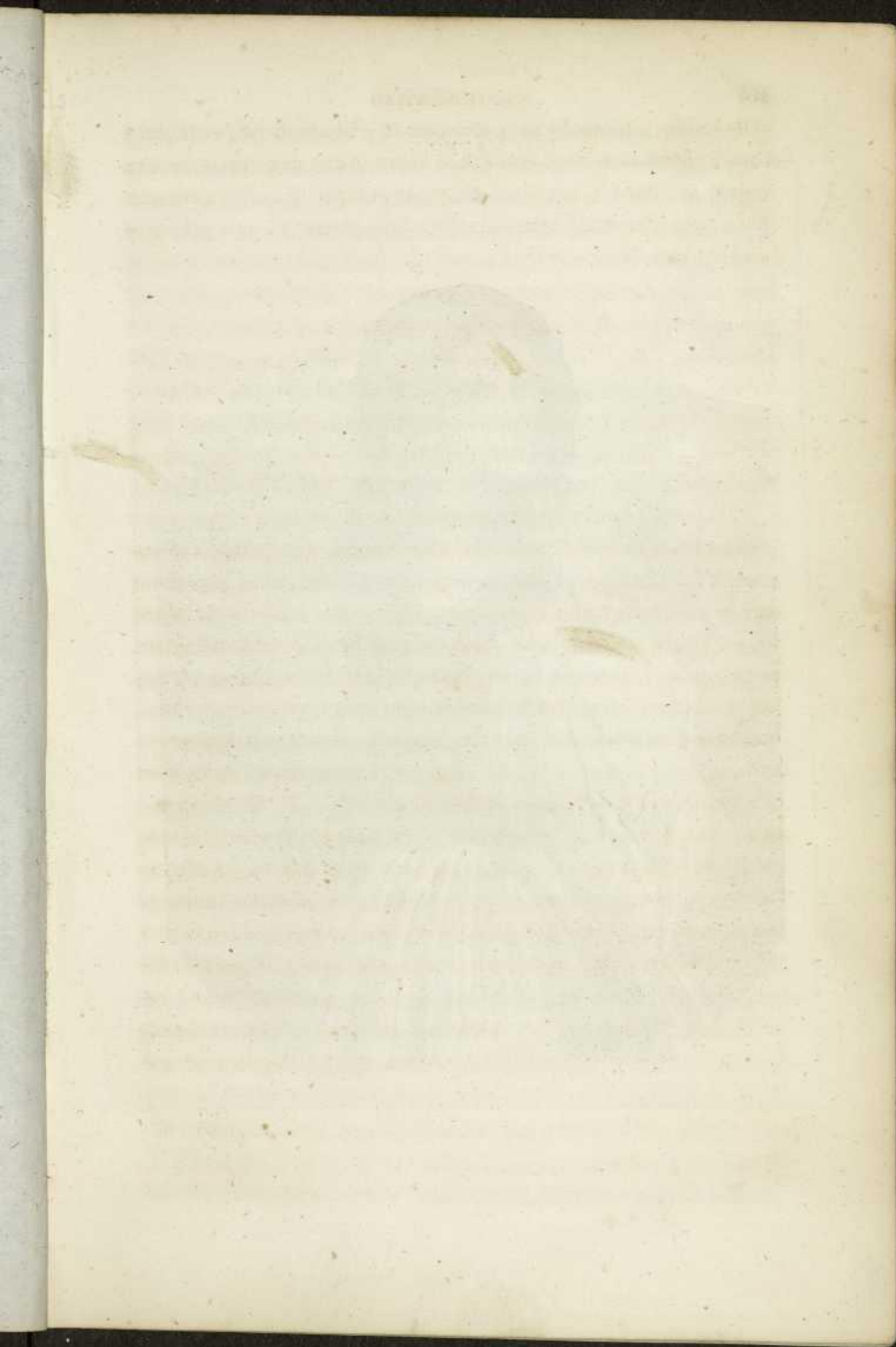
CAPITULO XX.

«Era aquel un genio gigantesco capaz de luchar brazo á brazo con bibliotecas enteras.»

ROSWELL, VIDA DE JOHNSON (1).

Vino el dia en que se aguardaba llegasen á Woodbourne el coronel Mannering y su hija. Acercábase la hora, y cada individuo de los que componian el pequeño círculo reunido en la quinta se hallaba ocupado á su manera. Mac-Morlan deseaba como es natural granjearse la confianza y pretender la cienteza de un hombre, que disfrutaba de caudal y de consideracion. El conocimiento que poseia del corazon humano le habia hecho observar que Mannering, aunque bueno y generoso, tenia el flaco de querer que sus órdenes mas insignificantes fuesen ejecutadas con exactitud y precision. Procuraba pues asegurarse de que todo estuviese dispuesto en la casa conforme á los deseos y á las intencianos del coronel; así es que recorria el edificio desde el granero hasta la cuadra. Mistress Mac-Morlan, revolviéndose en una esfera mas circunscrita, iba de la cocina al comedor, y de la alcoba en busca de la ama de llaves. Todo su apuro era que el retraso que pudiera padecer la llegada del propietario, no echase á perder la comida y diese un concepto muy mezquino de sus talentos y superintendencia en materia de economía. El mismo Dómine, sacudiendo su apatía habitual, se habia ya asomado

(1) El biógrafo habla del mismo Samuel Johnson, autor del Diccionario de la lengua inglesa.



GUY MANNERING.



dos veces á la ventana que daba á la calle de árboles, y dicho en otras tantas ocasiones.—¿Qué podrá retardarles tanto tiempo?—Lucy, la mas apacible de todos, se entregaba á alguna melancólica idea: iba á hallarse confiada á la proteccion, ó por mejor decir, á la benevolencia de un extranjero, en cuyo favor cuanto ella habia visto, cuanto sabia, preveníala ventajosamente, pero al cual conocia muy imperfectamente. Los instantes de espectacion la parecian pues largos y penosos.

En fin, el ruido de ruedas y caballos se dejó oír. Los criados, que ya se habian adelantado, se reunieron para recibir á su amo y señorita con tal hulle-bulle y aire de importancia, que casi se alarmó Lucy, la cual habia vivido en sociedad, é ignoraba hasta los modales de lo que se denomina el gran mundo. Salió á la puerta Mr. Mac-Morlan con el objeto de recibir á los viajeros, los cuales pocos momentos despues entraron en el salon. Mannering, quien segun su costumbre habia hecho el camino á caballo, se presentó dando el brazo á su hija. Era esta de una estatura algo mayor que la mediana, y de formas perfectas; sus ojos eran negros y brilladores, y sus lujosos cabellos castaños, añadían al lustre de sus facciones tan graciosas como vivas, en las cuales se traslucía algo de altivez, cierta cortedad, mucha malicia, y un si es no es de disposicion al sarcasmo.—No he de quererla jamás! fué el resultado de la primera ojeada de miss Bertram, y la segunda la hizo decir: creo á pesar de todo que llegaré á amarla!

Llevaba miss Maunering una paletina de pieles cerrada hasta la barba, por causa del frio de la estacion. Arrojaba al coronel una levita muy cumplida. Saludó este á Madama Mac-Morlan con urbanidad, y su hija le hizo una cortesía á la moda, no bastante rendida para ponerla en embarazo. Entonces condujo Mannering á su hija hácia mis Bertram, y tomándola de la mano con dulzura, y casi con bondad paternal—Julia, díjole, aquí tienes á la jóven señorita, de quien sus buenos amigos han conseguido, segun espero, se digne hacernos una visita tan prolon-

gada como agradable le sea. Me consideraría feliz si lograra hacer tan apetecible para miss Bertram el retiro de Woodbourne, como hechicero fué para mí el castillo de Ellangowan, cuando su difunto padre tuvo á bien darme en él acogida.

Saludó á Julia su nueva amiga y le apretó la mano. Entonces Mannering se volvió hácia el Dómine, quien desde su llegada no había cesado de hacer continuas reverencias sacando para atrás la pierna y encorvando el espinazo, hasta que el resorte que le agitaba cesó de moverse.—Aquí tienes, hija mia, prosiguió el coronel, á mi buen amigo Mister Sampson; y la arrojó una mirada severa para reprimir las ganas de reirse que advertia en ella, y las que en sí mismo hallaba difícil contener.

—Este caballero es, continuó Mannering, quien tiene la bondad de encargarse de poner mis libros en orden, luego que yo los reciba; al paso que espero sacar mucho fruto de sus numerosos conocimientos.

—Estoy cierta, papá, de que tendremos infinito que agradecer á este señor; y á fin de dar una forma ministerial á mis expresiones de gratitud, puedo asegurar que ha producido en mí tal impresion, que no he de olvidarle jamás. Pero, miss Bertram, añadió la jóven con la mayor viveza porque advirtió que su padre comenzaba á fruncir el entrecejo, hemos hecho una caminata muy larga. ¿Me permitirá V. me retire á mi cuarto á fin de vestirme para comer?

Estas cortas palabras dispersaron á toda la reunion, excepto el Dómine, en cuya idea no cupo nunca que fuese necesario vestirse y desnudarse, como no fuera para levantarse de la cama ó acostarse en ella. Quedóse este rumiando alguna demostracion matemática hasta que la compañía volviera á juntarse en el estrado para pasar desde allí al comedor.

Al anoecer quiso Mannering hablar á solas con su hija.

—Y bien, Julia, ¿qué te ha parecido nuestra huéspedea?

—Oh! mucho me gusta miss Bertram; pero el otro es el original mas curioso que pueda darse. Deberá V. convenir conmi-

go, papá, en que nadie en el mundo puede mirarle sin reirse.

—Sin embargo, preciso es, Julia, hacerlo mientras esté en casa.

—Válgame Dios, papá; los criados mismos no podrán mantenerse serios.

—Está bien; se quitarán mi librea y con eso podrán reirse á sus anchas. Mr. Sampson es un hombre á quien estimo por su sencillez, y puedo añadir, por la generosidad de su carácter.

—Oh! respecto á su generosidad no me cabe duda, replicó la jóven; no le es posible meterse en la boca una cucharada de sopa sin repartirla entre todos sus colaterales.

—Julia, eres incorregible; pero acuérdate de poner tales límites á tu liviandad sobre esta materia, que no des ofensa á ese digno hombre ni á la amistad que le profesa miss Bertram. Un sonrojo sufrido por Mr. Sampson le seria mas sensible que al mismo Dómine. Ahora, hija mía, buenas noches; pero ten presente que hay en el mundo infinidad de cosas que merecen mucho mas se las ponga en ridículo que la simplicidad y la falta de trato.

Dos días despues, se despidieron de Woodbourne Mr. Mac-Morlan y su mujer, despues de haber reiterado á su jóven amiga los ofrecimientos mas afectuosos.

Quedó pues cada cual establecido en la nueva casa, como si hubiese vivido en ella largos años. El coronel se sorprendió agradablemente al ver que miss Bertram sabia á la perfeccion, los idiomas francés é italiano; lo que debia á los esmeros infatigables del silencioso Sampson. Respecto á la música, apenas poseia los primeros rudimentos de ella. Su nueva amiga se comprometió á darle lecciones, y en trueque adquirió bajo la tuicion de Lucy costumbre de pasear á pié ó á caballo, y el valor de arrostrar los rigores de la estacion. Seguian de consuno el curso de sus estudios y diversiones. Mannering cuidaba de proporcionarles libros que reuniesen lo agradable y lo útil, y como leia con esquisito gusto, la sociedad que se juntaba en el salon no advertia que fúesen tan largas las noches de invierno.

No se tardó en recibir visita de todas las familias distinguidas de las inmediaciones, y las cuales mas de un solo motivo atraía á Woodbourn. El coronel se halló pronto en disposicion de escoger entre sus visitantes los que mas cuadraban á sus inclinaciones usos. No fué el último Carlos Hazlewood en presentarse allí, y obtuvo un distinguido lugar en la estimacion y amistad de Mannering. Visitaba con frecuencia á sus nuevos amigos, con la aprobacion de sus padres—¿Quién sabe, se decian estos, lo que resultar puede de obsequios tan asíduos? La hermosa miss Mannering, con la fortuna de un cacique, era un partido de envidiarse.—Alucinados con semejante perspectiva, estaban muy distantes de albergar de nuevo el temor que por un instante concibieran de que su hijo se enamorase inconsideradamente de Lucy Bertram; de la pobre huérfana que no tenia un chelin, y cuya única recomendacion era un nacimiento ilustre, una linda cara y un carácter excelente. Mannering obraba con mayor prudencia. Considerándose tutor de miss Bertram, ya que no creia necesario romper toda relacion entre ella y un jóven, para quien era un excelente partido bajo todos los conceptos, á escepcion del caudal, adoptó las medidas necesarias para que ningun compromiso formal, ni aun la mas leve esplicacion pudiese tener lugar entre ellos, hasta tanto que el amante hubiera visto algo mas de mundo, y llegado á una edad en que pudiera creérsele en estado de decidir por sí mismo sobre una eleccion de la cual depende la felicidad de la vida.

En tanto que los demás habitantes de Woodbourne pasaban así su tiempo, el Dómine Sampson se ocupaba, en cuerpo y alma, de arreglar los libros que componian la biblioteca del difunto prelado. Los habian remitido de Liverpool por mar, y en el puerto de desembarque, los cargaron en treinta ó cuarenta carretillas. Es imposible descubrir el gozo del pedagogo, cuando este vió llegar el inmenso número de cajones que los contenian. Castañateó los dientes como un mico, levantó los brazos en el aire, cual si fuesen los mástiles de un bajel, hizo retumbar con voz de

trueno en todos los aposentos de la casa su favorita palabra, pro-di-gi-o-so!—Nunca, dijo, he visto mayor número de libros, si no es en la biblioteca de la universidad!—Y ahora que se veía promovido á superintendente de aquella coleccion, semejante dignidad le elevaba, en su concepto, á nivel con el bibliotecario de la academia, á quien considerara siempre como al hombre mas grande y mas feliz del mundo. Sus trasportes estuvieron muy lejos de calmarse, luego que repasó con presurosa vista el relleno de los cajones; verdad es, que puso á parte y con aire de menosprecio, algunas obras de literatura moderna, como poemas, piezas teatrales, memorias, etc., y no pudo menos de pronunciar con tono de oráculo—Frivolidades! Pero la mayor parte del cargamento era de un género muy distinto, puesto que el difunto habia sido un hombre de profunda erudicion y un teólogo consumado. Las tablas de sus estantes habian estado abrumadas de volúmenes, revestidos de aquellos atributos venerandos de la antigüedad, que describe un poeta moderno en los versos siguientes.

.....
A esos libros en palo encuadrados

Sirve el cuero de doble cobertura,

Y un broche de metal es cerradura

De sus sapientes bordes bien plegados.

Siglo y siglo que en paz dormir los viera

Sus márgenes de moho carcomiera.

.....
Y en lomo de cordón cada tesoro

Su título luciera

En caracteres de batido oro.

CRABBE, *la biblioteca.*

Veíanse allí libros de teología y de controversia, las poliglotas, los santos padres, multitud de sermones manuscritos, cada uno de los cuales podia suministrar materia para componer una docena (1); varios tratados antiguos y modernos sobre todas las

(1) Los sermones manuscritos son prepedades muy apreciadas en Inglaterra, en donde los predicadores merecen á veces que se les aplique el epigrama referente al abate Roquette.

Moi qui sait quil les achete (Como sé que los compró.)

Je soutiens quilz sont á lui (Suyo son sostengo yó.)

ciencias; las mejores y mas raras ediciones de todos los autores clásicos, etc. Ved aquí sobre que clase de obras se detenian entusiasmados los ojos del Dómine. Comenzó por disponer el catálogo con el mas grande esmero, poniendo el mismo cuidado en la formacion de cada letra que un amante al escribir á su novia el dia de San Valentin (1). Colocaba en seguida los libros uno junto al otro sobre la tabla que les destinaba, con igual precaucion á la que hubiera tenido con otras tantas vasijas de porcelana. Muchas veces al subirse en la escalera de mano con el objeto de poner un libro en lo mas alto del estante, antojábasele abrirlo, y su hechicera lectura le dejaba estático en aquella posicion hasta que venia un criado á tirarle de los faldones de la casaca para avisarle que la sopa estaba sobre la mesa. Entonces acudia al comedor, atestaba su amplio gáznate de espesas cucharadas, respondia á tientas *si ó nó* á las preguntas que le hacian; luego que acababa de comer se volvía corriendo á la biblioteca:

....Ay de mí, cuan placentera

Para Thalaba (2) aquella vida era!

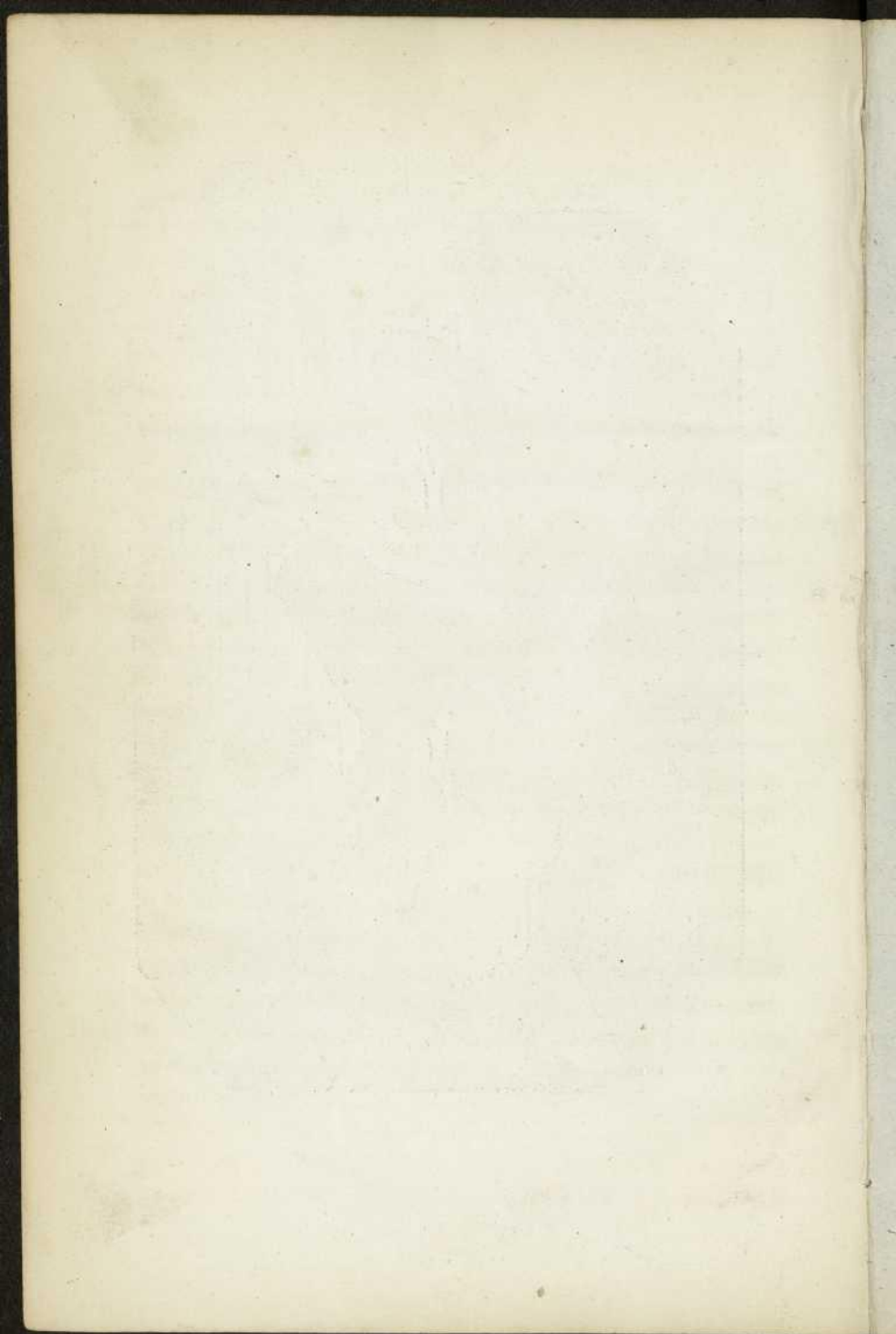
Gozando así los principales personajes de nuestra historia una dicha y tranquilidad que les hace poco interesantes para nuestros lectores, vamos á olvidarles un momento, para ocuparnos de un hombre, á quien no hemos hecho mas que nombrar, y el cual merece todo el interés que inspirarnos pueden la incertidumbre y el infortunio.

(1) Los jóvenes en Inglaterra envian billetes y regalos á sus queridas el dia de San Valentin.

(2) Cita del Thalaba, caprichoso poema del laureado Sonther.

GUY MANNERING.





CAPITULO XXI.

¿Que dirás, sabio?—A veces la fortuna
 La elección del amor ha confirmado,
 El mérito con mérito ha juntado,
 Y orgullo de saber con vanidad de cuna.

CRABBE.

V. Brown—(no puedo resolverme á escribir con todas sus letras un nombre triplemente desgraciado) habia sido desde la infancia juguete de la fortuna. Pero la naturaleza le dotara de aquella energía de ánimo que hace nõ nos dobleguemos á la desgracia sino para erguirnos aun mas. Era de talla aventajada, activo y de aspecto en extremo varonil. Sus facciones, sin ostentar regularidad, anunciaban el talento y la jovialidad; y cuando se animaba su fisonomía, dejaba ver una espresion interesante. Sus maneras anunciaban la profesion militar, que él habia abrazado por gusto y por eleccion. Tenia el empleo de capitán, porque el coronel que reemplazara á Mannering se habia apresurado á reparar la injusticia de que habian hecho culpable respecto al jóven cadete las prevenciones del padre de Julia. Pero este ascenso solo tuvo lugar despues de la partida de Mannering, porque Brown habia permanecido prisionero hasta aquella época. No tardó su regimiento en ser llamado á Inglaterra, y la primera diligencia de nuestro capitán á su regreso fué informarse de la residencia de su antiguo coronel. Supo que este se hallaba en el Westmoreland, en casa de Sir Arturo Mervyn, y se encaminó allá, con el objeto de tornar á ver á Julia. No se creia obligado á guardar consideracion ninguna al coronel, pues aunque ignoraba las desagradables impresiones que por cuenta suya le habian hecho concebir, le consideraba como á un tirano que abusara de su autoridad para postergarle en los ascensos á que eran acreedores sus servicios, y procurara una oportunidad de armarle quimera para castigarle por los obsequios que le veia tributar

á una jóven quien se hallaba muy distante de ofenderse de ellos, máxime cuando su madre los habia permitido. Resolvió pues no desalentarse sino cuando lo desochara Julia misma y consideraba la herida que habia recibido y el cautiverio consiguiente, como unos motivos bastante justos para dispensarle de todo miramiento respecto al coronel. Nuestros lectores saben hasta que punto salieron prósperos sus proyectos, mientras que sus visitas nocturnas no fueron interrumpidas por la curiosidad de Mr. Mervyn.

A resultas de esta ocurrencia desagradable, dejó el capitán la posadilla en donde se habia hospedado bajo el nombre de Dawson; lo que hizo inútiles todos los esfuerzos de Mannering por descubrir el autor de las serenatas del lago. Sin embargo, resolvió buscar algun medio de ver otra vez á Julia, y de no renunciar á su designio mientras ella le proporcionase el destello mas leve de esperanza. Julia no habia tenido suficiente fuerza para ocultarle los sentimientos que la inspirara, y esto dió al jóven amante mayor constancia y esperanzas mas lisonjeras. Pero el lector preferirá tal vez saber de la propia pluma de Brown cuales eran sus pensamientos ó intenciones. Vamos pues á poner ante sus ojos el extracto de una carta que escribió á un capitán, llamado Delaserre, de origen suizo, que servia en el mismo regimiento que él, y era su mejor amigo y confidente.

EXTRACTO.

«No tardes en escribirme, querido Delaserre; acuérdate de que solo por tu conducto puedo instruirme de lo que pasa en el cuerpo. Anhele saber como quedó lo del consejo de guerra de Ayre, y si Elliot obtuvo la mayoría. Tambien quisiera me dijese que tal vá el alistamiento, y si los oficiales noveles se van acostumbrando á la vida del regimiento. En cuanto á nuestro buen amigo el teniente coronel, no te pregunto por su salud, á causa de que pasando por Nottingham tuve el placer de verle dichoso en el seno de su familia. Cuán felices somos nosotros, pobres diablos,

Felipe mio, en poder disfrutar un pequeño intervalo entre la muerte y los trabajos de nuestra carrera, toda vez que escapemos de las enfermedades, ó del plomo y del acero! Un viejo soldado inválido es siempre un ser á quien se respeta y ama. A veces no tiene muy buen humor, pero es preciso disimulárselo. Si un médico, un legista, un eclesiástico se quejara de ganar un salario demasiado mezquino, ó de hallarse postergado en sus ascensos, se abrirían mil bocas á la vez que achacasen la culpa á su propia incapacidad; pero el veterano mas simple, que nos cuenta por tercera vez la añejísima relacion de un sitio ó de una batalla, ó alguna otra historia capaz de hacernos dormir en pié, está seguro de que se le escuche con atencion. Se le tiene lástima, se participa de sus quejumbres, cuando, sacudiendo sus blancos cabellos, habla con indignacion sobre los jóvenes que le han sido antepuestos en el escalafon. Y tú y yo, Delasserre mio, estrangeros ambos, pues aun cuando yo pudiese probar que soy de Escocia mucho seria que un inglés se dignase considerarme como compatriota suyo, podemos jactarnos de deber nuestras graduaciones á nadie mas que á nosotros mismos, de haber ganado con la punta de nuestras espadas lo que por otra via no hubiéramos podido conseguir, faltos de proteccion y de dinero. Admiro la sabiduría de los ingleses; se consideran superiores á todas las demás naciones; á las cuales afectan menospreciar; pero tienen cuidado, por buena fortuna para los que se encuentran en nuestro caso, de dejar entreabierto un postigo, por donde los estrangeros, menos favorecidos de la naturaleza que ellos, segun su opinion, puedan introducirse á fin de tener parte en sus ventajas. En cierto modo se parecen al hábil posadero que ensalza el sabor y buen gusto de un guisado, que le tiene cuenta repartir en raciones á todos sus comensales. En una palabra, tú á quien una familia orgullosa, y yo un duro destino, han hecho oficiales aventureros, tenemos presente y con sumo gozo, que en el servicio de la Gran Bretaña, si no progresamos tanto como quisiéramos, no será por hallarse vedado el camino, sino porque no te-

nemos suficientes medios para pagar los *portazgos*. Asi es, que si puedes persuadir al amiguito Weischef á que sea de los nuestros, aconséjale que se contente con un despacho de subteniente, que sea cuerdo, cumpla con su obligacion, y se encomiende á la buena suerte para sus ascensos.

«Ahora, supongo que estarás rebentando con ganas de saber el fin de mi novela. Te dije que despues que se descubrieron mis citas á media noche, juzgué conveniente ausentarme algunos dias. Empleé este intervalo en hacer una viajata á pié por las montañas del Westmoreland. Acompañóme en mi viaje un jóven artista inglés, llamado Dudley, del cual me habia hecho amigo poco tiempo antes. Este es un hombre sumamente amable, pinta bonitamente, dibuja á la perfeccion, tiene una habla muy amena y toca diestramente la flauta, pero lo que vale mas que todo, es que lejos de darse importancia por sus habilidades, es tan modesto como agudo.

«Cuando volvimos de esta pequeña escursion, me informó el posadero que el enemigo habia ido á practicar un reconocimiento. Mr. Mervyn habia atravesado el lago, y venido á su casa en compañía de un extranjero.

—«¿ Y qué clase de hombre era ese extranjero, Seor huésped?

—«Oh! era un hombre muy formal; su aspecto era de soldado, y le llamaban coronel. Squire (1) Mervyn me ha tomado declaracion como si estuviésemos en las sesiones judiciales. Yo tenia acá mis sospechillas, señor Dawson;—ya te he dicho que este es el nombre por el cual me conocia el bueno del ventero—pero no le dije una sílaba de las correrías de vuesa merced, ni de sus romerías durante la noche.

«No, no, yo soy pajarraco. Bien sé lo que vale la discrecion; y Squire Mervyn es un fino preguntador; todos los dias tengo que darle cuenta de los nombres de cuantos pernoctan en mi casa; se empeña en saber quienes y como se arriman á las paredes de su

(1) Título que se dá á los hacendados rurales de Inglaterra, cuando son nobles. Equivale á nuestra palabra *hidalgo*.

quinta, pero facilillo es sacarle del buche las habichuelas á Joe Hodges, vaya!

«Bien puedes hacerte cargo de que no me quedó otro partido que el pagar bien zahumada la cuenta del honrado Joe Hodges, y el decidir entre ausentarme del todo, ó hacerle confidente mio; lo que poquísimas cuentas pudiera tener para mis planes ni tampoco para mi bolsillo. Por otra parte acababa yo de saber que nuestro coronel de marras emprendia su retirada á Escocia, llevándose á la pobre Julia. Informáronme tambien los conductores de su equipaje que iba á tomar cuarteles de invierno en un paraje llamado Woodbourne, sito al sud-oeste de la Escocia. Ahora es probable que esté alerta siempre, y pienso dejarle acogerse á sus trincheras sin molestarle en la marcha. Pero luego, querido coronel á quien debo tantos favores, ándese con cuatro ojos su señoría!

«Te aseguro, Delaserre, que se me ocurre á veces la idea de que el espíritu de contradiccion aguija la fogosidad de mis sentimientos. Creo que me será mas grato el forzar á aquel hombre orgulloso y despreciativo á oír á su hija llamarse misstress Brown, que el placer que yo experimentaria con casarme sin su consentimiento: sí por cierto, sí, aun cuando me asegurase él todo su caudal, y el mismo rey me concediese el permiso de tomar el nombre y los blasones de Mannering. Un solo motivo me detiene, Julia es muy jóven y romántica; por lo tanto me repugna impelerla á dar un paso, que pudiera causarla arrepentimientos dolorosos en una edad mas madura. No me seria posible soportar que ella me vituperase algun dia, aunque solo se trasluciese su reproche en la expresion de sus ojos, de haber arruinado su fortuna; ó que pudiera decirme, como ha sucedido frecuentemente, que si yo la hubiera dejado tiempo de reflexionar, su conducta habria sido muy diversa. No, Delaserre, no quiero esponerme á semejante peligro. Me causa demasiado espanto. Estoy persuadido de que una jóven de la edad y del carácter de Julia, no puede formarse una idea exacta y precisa del sacrificio que iba á hacer en mi favor. Solo conoce la indigencia por oidas. Si alguna vez en

sus ensueños se le presenta *el amor dentro de una cabaña*, será una cabaña *de todo lujo* semejante á las que se encuentran en los poemas ó en los sotos de aquellas que gozan una renta de doce mil libras esterlinas. Su educacion no le ha preparado para las privaciones que la aguardarian en aquella verdadera cabaña suiza de la cual tú y yo hemos hablado tantas veces, ni para las dificultades que tendríamos que vencer antes de arribar á puerto. Este es un punto que merece gravísima atencion. La belleza de Julia, sus cualidades, la ternura con la cual, segun juzgo, corresponde á la mia, todo hace en mi pecho una impresion que jamás se borrará; pero antes que yo permita sacrifique en mi obsequio las comodidades que tiene seguras, quiero cerciorarme de que las conoce á fondo y sabe el precio que tienen.

«¿Es demasiado mi amor propio, Delaserre amigo, para lisonjearme con que esta prueba habrá de terminarse en un modo muy favorable á mis anhelos? ¿No te pareceo harto vano en pensar que el puñado de cualidades personales que poseo, una fortuna harto mediana, y la determinacion de sacrificar toda mi vida á la felicidad de ella podrian resarcirle lo mucho que pudiera perder á trueque de compartir mi destino? ¿Las galas, el boato, la grandeza, las escenas del gran mundo y del buen tono, como se las denomina? tendrán mayor atractivo para ella que la perspectiva de la doméstica felicidad, de una adhesion inalterable y mútua? No miento á su padre para cosa alguna, su carácter forma tan enredada mezcolanza de cualidades malas y buenas, neutralizadas las últimas talmente por las primeras. Julia deberá tener mayor satisfaccion en sustraerse de las unas que pesadumbre en separarse de las otras. La necesidad de apartarse de su padre es pues una circunstancia, la cual en mi opinion, no deberá arrojar un grano de arena en la balanza. Mientras aguardo que mi suerte se decida procuro hacer de tripas corazon. He padecido hartos trabajos, he experimentado dificultades en demasía para tener una confianza presuntuosa en el próspero éxito; pero he vencido

tantos obstáculos, he salido ileso de tantos conflictos que no es posible entregarme á la desesperacion.

«Me alegraría que visitaras este pais. Te encantarian sus pintorescos paisajes, que con frecuencia me recuerdan las animadas descripciones que me has hecho de la Suiza. Casi todo me ofrece el hechizo de la novedad. Aunque nací, segun me han asegurado siempre, en las montañas escocesas, solo conservo un recuerdo muy imperfecto de mi patria. La admiracion con que ví por primera vez las costas planas de la Zelandia se ha conservado en mi memoria mejor que cuanto precediera á aquel instante. Pero, hasta esta misma sensacion, unida á unos confusos recuerdos, me persuade que mi infancia se pasó en medio de las montañas y de las rocas; mientras la sorpresa que experimenté al desembarcar en Holanda provenia de no encontrar yo alli los objetos que me eran familiares, y que habian producido en mi juvenil imaginacion unas sensaciones indestructibles. Acuérdomeme que cuando pasamos en la India por aquella célebre montaña de Mysore, mientras que nuestros camaradas se hallaban asombrados de su prodigiosa altura y del espectáculo imponente que semejante mole les ofrecia, yo participaba de tus sentimientos y los de nuestro amigo Cameron; pues mientras admirabais esas maravillas, dabais á conocer que vuestros ojos estaban acostumbrados á ellas desde que vieron la luz. Sí, aunque educado en Holanda, un peñaseco azulado es para mí un amigo, el ruido de un torrente se me figura el cantar con que arrullaron el sueño de mi infancia. Nunca he experimentado tan á lo vivo esas sensaciones como en este pais de lagos y de montañas, y siento en el alma que tus deberes no te permitan acompañarme en mis escursiones. He procurado dibujar algunas vistas, pero me han salido muy defectuosas. Dudley, por lo contrario, cual si fuese con una varita de virtud, parece dar á sus paisajes vida y sentimiento, mientras que yo borrando y enmendando sin cesar, dejo demasiada luz por un lado, cargo demasiada sombra en el otro, y solo consigo producir un pastel. Me es preciso volver á

mi flautilla. De todas las bellas artes, la música es la única que se digna mirarme con halago.

«¿Sabias que el coronel Mannering era pintor? creo que lo ignorabas, porque es demasiado orgulloso para dar á conocer sus habilidades á subalternos. Pues bien, dibuja á las mil maravillas. Luego que Julia y él partieron de Mervyn Hall, el amo de aquella quinta envió á buscar á Dudley para encargarle concluyese un juego de paisajes, de los cuales habia hecho el coronel los cuatro primeros. Asegura Dudley que reconoció en ellos la mano de un maestro consumado. No es esto todo: al pié de cada dibujo hay un trozo de poesía que tiene por tema su descripcion. ¿Estará Saul en el número de los profetas? me dirás: ¿Es posible que el coronel Mannering se haya echado á poeta? Pues sí tal. Lo que tiene es que se esmera tanto en ocultar sus habilidades como otros en hacer ostentacion de ellas. ¡Cuán altivo é insaciable se manifestaba en medio de nosotros! ¡Qué poco dispuesto se le veia á tomar parte en cualquiera conversacion que pudiera hacerse interesante para los demás! ¿Y qué diremos de la amistad que profesaba á ese bribon de Archer, tan inferior á él bajo todos los conceptos? ¿Y por qué? Solo porque su hermano el vizconde de Archerfield es un pobrete par de Escocia? Yo creo que si Archer hubiera sobrevivido á las heridas que recibió de los bandoleros Loo-ties el dia de mi desafio con el coronel, habria confesado muchas cosas que pusiesen en su verdadera luz el carácter de aquel hombre singular; pero dijo á uno de mis amigos:

—«Si torno á ver á Brown, le manifestaré ciertas cosas que le harán mudar de opinion respecto al coronel.

«La muerte empero le estaba aguardando, y si tenia que darme alguna explicacion, como estas palabras lo insinuaban, no le dejó tiempo suficiente para hacerlo.

«Me propongo dar otra vuelta por este pais, y al efecto pienso aprovecharme de los hermosos dias que el frio nos proporciona. Dudley, quien es un andarín tan ligero como yo, tiene intención de acompañarme. Nos separaremos en los confines del

Cumberland. El regresará á Lóndres para encerrarse en su aposento, calle de Mary-le-bone, tercer piso, con el objeto de trabajar en lo que denomina la parte mercantil de su profesion. Según él, no hay hombre cuya vida ofrezca unos contrastes mas señalados que la del artista, por poco entusiasmo que le aliente; pues se ocupa alternativamente de las bellezas de natura con el fin de llenar de obras su cartapacio, y de abrir este á la fuerza, para exhibirlas á la empachosa indiferencia ó á la crítica todavía mas insoportable de los pretendidos conocedores.—Durante el estío, díjome él, me encuentro libre como un indio bravo, y me disfruto á mí mismo y mi libertad en medio de esas grandiosas escenas de la naturaleza. En el invierno estoy atado, trabado; recluso en una mezquina vivienda, y se me obliga á doblegarme ante los caprichos ajenos; entónces me considero como un esclavo aherrojado á su cadena. «Le he prometido una recomendacion para tí. Estoy cierto, Delaserre, que te agradarán tanto sus talentos, cuanto á él complacerá tu entusiasmo por los torrentes y las peñas.

«Luego que me separe de Dudley, pasaré á Escocia; lo que me aseguran podré verificar atravesando una comarca casi salvaje al norte del Cumberland. Seguiré esta ruta para dar tiempo al coronel de organizar sus cuarteles de invierno, antes que yo practique el reconocimiento de las fortificaciones. Adios, querido Delaserre, creo que no tendré proporcion de escribirte hasta mi llegada á Escocia.»

CAPITULO XXII.

«Id, marchad hasta mañana
Sin temer que os gane el tedio,
Cuando el alma está galana
El camino es solo medio.»

SHAKESPEARE: CUENTO DE INVIERNO.

Figúrese el lector una hermosa mañana de Noviembre, imagínese una llanura inmensa, terminada por aquella cadena de montañas escarpadas entre las cuales predominan especialmente las de Skiddaw y de Saddleback, pasee la vista por aquella ruta á la cual puede á penas darse tal nombre, porque solo la trazan las huellas de algunos viajeros. A lo lejos ofrece un verdor muy diverso del de los brezales mas sombríos que la orlan, pero desde cerca es imposible diferenciarla.

Por esta vereda casi invisible caminaba nuestro jóven capitán. Su firme pisar, su elástica andadura, su aire militar, armonizaban perfectamente con su talla de mas de seis piés ingleses (*5 piés, 7 pulgadas de Castilla*) y con sus bien proporcionados miembros. Su traje era demasiado sencillo para dar á conocer su rango ni su grado; pues era tanto el que usa un caballero que viaja de aquella manera, cuanto el que viste un hombre de la clase ordinaria. Respecto á sus caseres portátiles nada podia darse que mas ligero fuese. Un tomo de Shakespeare dentro de una faltriquera; un pequeño paquete con una muda de ropa blanca y un grueso y nudoso baston que empuñaba su mano, constituian el equipaje con el cual presentamos nuestro andarín al benévolo lector.

Aquella mañana misma se habia despedido Brown de su amigo Dudley, comenzando su solitario viaje hácia la Escocia.

Las dos ó tres primeras millas le aburrieron un poco, pues se veia privado de un compañero al cual se aficionara por trato y costumbre; pero aquel estado, poco natural en él, cedió pronto á

su jovialidad ordinaria, y la cual no tardó en reanimarse, merced al aire puro y al ejercicio material. Entreteníase en silbar una canción mientras caminaba, no para distraerse, sino por carecer de otros medios para explicar los sentimientos que le animaban, ya que no podía comunicárselos á persona viviente. Cada campesino que encontraba, dábale al pasar unos sinceros *buenos días*, ó le soltaba alguna pulla graciosa. Réfanse los honrados cumberlandeses al pasar junto á él.—Vaya una cara campechana, decían; Dios bendiga al mancebo.—La jóven aldeana de camino para el mercado volvía la cara atrás repetidas veces con el fin de contemplar las formas atléticas de Brown, y las cuales correspondían tan perfectamente con su aspecto de franqueza y decisión. Un podenco compañero fiel de su amo, y rival suyo en alegría de genio, daba mil carreras por la llanura, volviendo luego á brincar en torno de él, cual si quisiese asegurarle del placer que sentía al caminar de aquel modo.

Pensaba el doctor Jouson que había en esta vida pocas cosas más agradables que el verse mecido dulcemente dentro de una buena berlina; pero todo el que no haya experimentado en su juventud los encantos de viajar á pié, sin depender de nadie, estando el tiempo sereno y al través de un país interesante, no será completamente del dictámen del precitado y célebre moralista.

El principal motivo que determinó á Brown á tomar la ruta poco frecuentada que conduce del Cumberland á Escocia por una especie de desierto, fué el deseo de visitar las ruinas de la famosa muralla que los romanos construyeron, y de la cual se ve en aquellas partes mayor cúmulo de ruinas que en ningún otro paraje. Su educación había sido imperfecta, pero siempre se dedicó por sí mismo á aumentar sus conocimientos, y ni los placeres de la juventud, ni su situación peculiar, ni las ocupaciones á las cuales se entregaba sucesivamente, no la hicieron olvidar el cuidado de poner en cultura su espíritu.—Aquí está, exclamó él trepando por una montaña desde donde se podía seguir la dirección de aquellas ruinas,—aquí está pues esa muralla, aquí está

ese famoso baluarte que los romanos erigieron! ; Qué pueblo tan poderoso seria aquel cuyos trabajos, ejecutados en una de las estremidades de su imperio, cubren tal estension de territorio y anuncian tan increíble grandeza! Dentro de algunos siglos, luego que haya sufrido mudanza el arte de la guerra, cuando queden apenas algunos vestigios de las obras de los monumentos pertenecientes á aquel pueblo maravilloso, continuarán interesando y sorprendiendo á la posteridad; sus fortificaciones, sus acueductos, sus teatros, sus fuentes, todos sus trabajos públicos llevan el carácter grave, sólido y majestuoso que ofrece su lengua, al paso que nuestros edificios, á semejanza de nuestros idiomas modernos, parecen escombros que nos dejara aquel pueblo-rey!

Despues de este ensayo de reflexiones morales, se acordó que tenia apetito, y continuó su camino hasta llegar á una venta que divisaba á alguna distancia, y en donde tenia intencion de tomar alimento.

Aquella taberna pues, no merecia un nombre mejor, estaba situada en el fondo de una estrecha cañada, por donde culebreaba un riachuelo. Un sombrero, construido de tierra, y que servia de cuadra para acémilas, estaba apoyado contra un viejo fresno que parecia ser lo que únicamente estorbaba que se viniese al suelo; la puerta estaba abierta, y se veia dentro un caballo ensillado y comiendo su pienso de avena. Las habitaciones de aquella parte del Cumberland no són de estructura mas elegante que las de la misma Escocia. La parte exterior de la casa no ofrecia atractivo alguno para determinar á nuestro caminante á detenerse allí, y sin embargo se veia en la fachada una pomposa muestra, donde estaba pintado un jarro de cerveza, vertiendo en un vaso su licor espumoso, y una inscripcion que á fuerza de defectos en su ortografia llegaba á ser un geroglífico perfecto; queria decir el letrero: «Posada para hombres y bestias.» Como Brown no era un viajero melindroso, quiso hacer alto allí y entró en la venta (1).

(1) A causa de lo difuso de esta nota la hallará el lector al fin de esta obra señalada con el número 1.º

El primer objeto que le llamó la atención, al introducirse en la cocina, fué un hombre de alta estatura, en extremo robusto, y cubierto de un amplio leviton. Su aspecto era el de un labrador acomodado. Estaba ocupado en rebanar grandes tajadas de un pedazo de vaca fiambre, y de cuando en cuando dirigia una ojeada por la ventanilla de vidrio para ver si su caballo daba buena cuenta de su provision, porque era suyo el que Brown acababa de ver dentro de la cuadra. Tenia al lado una oronda jarra de cerveza, la que cuidaba de llevarse á los labios bien amenudo. El ama de la casa se entretenia en hornear su amasijo de pan. La lumbre estaba encendida, segun el uso del país, sobre un hogar de piedra en medio de una inmensa chimenea, debajo de cuya campana habia un largo banco á cada lado. En uno de ellos estaba sentada una mujer á la cual su extraordinaria estatura habia muy notable. Arropábala un manton encarnado, gastaba el tocado peculiar de las montañesas de Escocia, tenia en la boca una pipa de cábo corto y muy tiznada, y su aspecto era el de una mendiganta ó cuando mas de una lañadora de loza.

Habiendo pedido Brown alguna cosa que comer, limpió la huésped con su delantal cubierto de harina un rincon de la mesa, á la que estaba sentado el labrador, púsole delante un plato de palo, cuchillo y tenedor, llenó un jarrillo de cerveza morena fermentada en casa, y, señalándole el trozo de vaca fiambre, le instó á que imitase el ejemplo de Mr. Dinmont. No se hizo rogar nuestro viajero y no tardó en acometer la suculenta colacion. Durante algun tiempo su comensal y él estuvieron ocupados demasiado seriamente, para pensar el uno en el otro, si exceptuamos el que se hacian recíprocamente una ligera inclinacion de cabeza cada vez que se llevaban los vasos á la boca. En fin, luego que Brown trató de proveer á las necesidades de su fiel compañero Wasp (*Abispon*), hallóse dispuesto el labrador escocés, pues tal era la profesion de Mr. Dinmont, á trabar coloquio con nuestro capitán.

—Ese perdiguero es muy lindo, señor mio; debe ser excelente

cazador, es decir, si ha tenido la crianza necesaria, porque todo depende de esto.

—A la verdad, caballero, su educacion ha estado bastante descuidada; su cualidad mas recomendable es la fidelidad.

—Lástima! perdóneme V. la espresion, señor; pero es gran lástima el descuidar la educacion de una bestia ó de un hombre! Tengo en casa seis perdigueros, sin contar los demás perros. Tengo á Pepper (*Pimienta*) el viejo, y á Mustard (*Mostaza*) la vieja, á Pepper el jóven y á Mustard la jóven, á Pepper el chico y á Mustard la chica. A todos ellos he adiestrado perfectamente; acostumbándolos primero á atacar unos maniquies, luego los he soltado contra los hurones y las comadreas, en seguida contra los tejones y raposas; por fin, lo que es hoy no le temen á ningun animal que tenga pelo.

—Bien veo, señor, que les ha dado V. una educacion muy esmerada; pero, ya que tiene tantos perros; por qué motivo no les varia V. los nombres.

—Oh! esa es una idea que se me ha ocurrido para distinguir su linaje. ¿Sabe V. que el señor duque ha enviado á su guarda-bosques nada menos que hasta Charlies-Hope para procurarse un Pepper y una Mustard de la jauria de Dandy Dinmónt? Ah! qué hermosas partidas de caza hemos hecho juntos! ¡qué guerra tan encarnizada á las zorras!

—¿Segun eso abunda la caza en el pais de V.?

—En increíble cantidad. Creo que en mi granja puede contarse mayor número de liebres que de ovejas, y respecto á las chochas hay mas de ellas que de zuritos en mi palomar. ¿Ha cazado V. alguna vez el gallo negro? (1)

—Solo he visto uno de esos animales en toda mi vida, y eso fué en el museo de Keswick.

—Bien se conoce que viene V. de las tierras del sud, así lo sospeché desde luego por su acento. ¡Es cosa original! Cuidado

(1) Especie peculiar de gallineta silvestre que se cria en los brezales; en Escocia tiene la pluma negra.

que vienen muchísimos ingleses á Escocia, y apenas uno que otro de ellos sabe lo que es un gallo negro. Pues bien está: Usted tiene aspecto de ser un valiente mozo, y si gusta venir á mi casa, ¡ señor, á la alquería de Dandy Dinmont en Charlies Hope, yo le enseñaré lo que es un gallo negro, y tambien á matarlo y comerlo, amigo mio.

—¡Oh! muy cierto; nunca está uno mas seguro de haber muerto un vicho cualquiera en la cacería, que cuando á uno se lo presentan guisado en la mesa. Mucho me complacerá, caballero, aceptar su convite, toda vez que pueda disponer del tiempo adecuado.

—¿Cómo del tiempo? ¿Quién estorba se venga V. conmigo esta noche mesma? ¿De qué modo viaja V.?

—A pié; y si aquella preciosa jaca que está allá abajo es propiedad de V. yo creo no tendria piernas para seguirla.

—Eso es verdad, á menos que no se encuentre V. en disposicion de andar catorce millas por hora. Pero esta tarde podrá Usted llegarse hasta Riccarton, donde hallará una posada: ó si prefiere V. hacer parada en casa de Jack Grieve, en lo alto del Heughg *colina*, le darán escelente recibimiento. Cabalmente voy á hablar con él sobre un asunto; echaré un trago en su misma puerta y le daré aviso de la llegada de V. Pero.... ¡á qué viene todo esto!—Buena tía, ¿pudiera V. prestar á este caballero el galloway (*jaco*) del buen hombre? (1).

El galloway estaba tomando un verde en la montaña, y no era tan fácil agarrarlo.

—¡Vamos! ¡vamos! ¡qué ha de remediarse! pero lo mismo dá, aguardo á V. para mañana sin falta. Ahora, buena mujer, es preciso que yo me ponga en marcha, á fin de llegar á Liddel antes de anoecer, porque V. sabe muy bien que su Waste (2) no goza de una reputacion demasiado buena.

(1) Las campesinas en su dialecto escocés llaman al marido el buen hombre, *the gude man*.

(2) *Wastocand*, tierras incultas.

—Válgame Dios, Mr. Dinmont, no es muy generoso en Usted el dar tan mala fama á nuestro pais. Aseguro á V. que á nadie le han salido en el Waste desde que Sawney Colloch, aquel mercader de feria fué robado allí por Rowley Overdees y Jack Penny, los cuales fueron ahorcados por esa fechoría en Carlisle habrá algunos dos años. Desde entonces no se ha vuelto á oír hablar de cosa semejante, y cuantas gentes viven en aquellos parajes son honradísimas.

—Sí, Tibb, eso será verdad cuando al diablo se le salten los ojos, y todavía los tiene mas enteros que esas tazas. Pero vea V., buena señora; yo acabó de venir de dar una vuelta por el Galloway y por el condado de Dumfries. Vuelvo de la feria de Carlisle, y traigo bien henchido el bolsón; por lo que hallándome ya tan cerca de casa, no me sabría muy bien el que me dejasen sin blanca. Mas vale pues que no me detenga mas.

—¿Ha estado V. en el Galloway en el condado de Dumfries? preguntó la vieja que estaba fumando en el rincón de la chimenea, y la cual no habia proferido hasta entonces una sola sílaba.

—Sí, madre abuela, y por cierto que no me ha ido del todo mal.

—¿Conoce V. un paraje que llaman Ellangowan?

—¡Ellangowan! ¿hacienda que pertenecía á Bertram? Toma, ¡si lo conozco! El laird murió ha quince días, segun ha corrido la voz.

—¡Qué ha muerto! exclamó la vieja, quitándose de los labios la pipa, y acercándose al labrador. ¡Qué ha muerto! ¿y está Usted bien seguro?

—No hay que dudar lo, pues es noticia que ha dado mucho que decir en la comarca. Espiró en el preciso momento de ir la justicia á venderle su castillo y demás propiedades. Se ha prorogado la subasta, de suerte que muchos se han llevado chasco. Dicen que era el último de una familia antiquísima, y se le sienten bastante, porque la buena sangre va haciéndose mas escasa en Escocia cada día.

—¡Con qué ha muerto! repitió la vieja, en quien tal vez hayan reconocido nuestros lectores á su antigua amiga Meg Merrilies; está muy bien; todo se lo perdono..... nuestras cuentas quedan desde hoy saldadas. Pero.... ¿no dice V. que ha muerto sin dejar quien le herede?

—Cabal, y esa es la razon porque van á venderse sus bienes; pues claro está que no se los pudieran subastar si tuviese un heredero varon.

—¿Vendérselos? exclamó la egipciaca con voz chillona. ¿Y quién se atreverá á comprar la hacienda de Ellangowan que no sea de la familia Bertram? ¿Quién sabe si el heredero legítimo del laird vendrá algún dia y reclamará sus bienes y el castillo de sus antepasados? ¿Quién es el osado que piensa pretender semejante adquisicion?

—A fé mia que no faltan postores, buena anciana. El principal de ellos es uno de esos..... un antiguo *writer* (procurador) llamado, segun creo..... Fulano Glossin.

—¡Glossin! ¡Gilberto Glossin! ese á quien he llevado en mis brazos mas de cien veces, porque su madre no era mas que yo; ¿es ese quien ha tenido el atrevimiento de hacer proposiciones para comprar á Ellangowan? ¡Ayúdenos Dios! ¡Vivimos en un mundo muy original!.... Verdad es que le he deseado mala ventura, pero no, no hubo nada de eso. ¡Desgraciada de mí! ¡Desgraciada mil veces! ¡el solo pensamiento me causa pesadumbre!—Quedóse un momento reflexionando silenciosa, y con los brazos estendidos para impedir que se marchase Dinmont, el cual, á cada una de sus respuestas, hacia un movimiento para irse, pero notando el vivo interés que aquella mujer parecia tomar en sus preguntas, se habia estado quieto por complacencia.

—Ya oirán hablar de él; ya le verán..... La tierra y el agua no estarán en paz por mas tiempo. ¿Puede V. decirme si el sheriff del condado donde está sito Ellangowan es siempre el mismo que desempeñaba esa funcion algunos años ha?

—No; dicen que ejerce ahora otro cargo público en Edimbur-

go. Pero, quédese con Dios, buena mujer, me precisa marchar.

Signióle ella hasta su caballo; y mientras Dinmont apretaba las cinchas, afianzaba la maleta, y pasaba las bridas á la jaca, tornó á hacerle, sobre la muerte de Mr. Bertram, y la suerte que el hijo de este había corrido, otras muchas preguntas á las cuales el honrado labrador pudo tan solo darle unas respuestas imperfectísimas.

—¿Ha estado V. alguna vez en un sitio llamado Dernclengh, distante una legua corta de la plaza de Ellangowan?

—Sí por cierto. Aquella es una cañada inculta, donde se descubren restos de antiguas tapias, cual si hubiese habido allí en otros tiempos un lugarejo de *Shealings* (1). Las he visto al atravesar aquel país con un sugeto que queria comprar la granja.

¡Feliz morada en otros tiempos! dijo Meg Merrilies hablando consigo misma.—¿Ha reparado V. allí un viejo sauce echado abajo? El tronco está muerto, pero la raíz existe todavía dentro de la tierra, y de ella brotará un retoño que sirva de techumbre á los desmantelados hogares!

—Esta mujer tiene los demonios dentro del cuerpo, con su sauce, su raíz y su Ellangowan! vamos, abuelita, déjeme V. marchar. Ahí tiene una moneda de seis peniques para que se mande echar un vaso de aguardiente. Eso valdrá mas que todos sus cuentos mohosos.

—Gracias mil, señor guapo. Y ahora que con tanta complacencia se ha dignado V. contestar á todas mis preguntas, voy á darle un buen consejo; pero no procure saber mas allá. Tib Mumps va á ofrecer á V. un trago ahora, para que *eché la espuela* luego que esté á caballo, segun costumbre, preguntará á V. si piensa tomar el camino de *Willie's brae*, ó el de *Conscowthart-Moss* (2) la vereda de la montaña ó la de la selva, respóndale Us-

(1) *Shealings*, nombre que se dá en Escocia á los chozajos de las tierras altas. En la pronunciacion de este vocablo se advierte alguna analogía con la palabra suiza CHALET, choza de la montaña.

(2) WILLIE'S BRAE, la colina de Willie; *Conscowthart-Moss*, la ciénaga de Conscowthart.

ted lo que se le antoje, pero tenga cuidado de hacer lo contrario de lo que la diga.

Echóse á reir el labrador, le aseguró que seguiria su consejo, y retiróse la gitana.

—¿Y hará V. lo que ella le avisa? dijo á Dinmont el capitán Brown, quien habia oido todo el diálogo anterior.

—No por cierto; mas temería yo indicar á la gitana el camino por donde pienso transitar, que decirselo á Tibb Mumps, aun cuando tampoco me merezca la posadera mucha confianza. Ni aconsejaré á V. tampoco se decida á pasar la noche en esa casa.

Un instante despues, la posadera Tibb Mumps vino á ofrecer á Dinmont un vaso de aguardiente, que este aceptó. Hizole ella la pregunta que le habia prevenido Meg Merrilies, y respondióle el ginete que pensaba atravesar los brezales. Y habiendo repetido á Brown que le esperaba sin falta en Charlies Hope al dia siguiente, picó su jaca y se alejó á un vivo paso de andadura.

CAPITULO XXIII.

.....«En el camino real
Pesca azotes uno, pesca otro el dogal.»
SHAKESPEARE, CUENTO DE INVIERNO

No habia olvidado Brown las últimas palabras del hospitalario labrador: pero mientras pagaba su escote no pudo menos de fijar la vista en Meg Merrilies. Tenia esta el aspecto de una hechicera, y era siempre la misma figura que procuramos describir cuando por primera vez la introdujimos en Ellangowan-Place. El tiempo habia emblanquecido sus negros cabellos, y surcado de arrugas su salvaje rostro, pero su estatura no pandeaba aun, y su vivacidad era la misma que en otros tiempos. Habíase notado que la vida activa aunque nada laboriosa que llevaba aquella mujer, le daba tal dominio sobre sus movimientos y fisonomía, que todas las actitudes que se le antojaba tomar eran na-

turales, garbosas y pintorescas. En aquel momento veíase en pié delante de una ventana, y puesta de manera que ostentaba en su lleno todas sus formas verdaderamente masculinas. Tenía la cabeza un poco echada hácia atrás, con el objeto de que el sombrero de paja que le servía de cobijo no la estorbase contemplar á Brown, y á quien ella parecía hallarse examinando con seria atencion. A cada ademan que él hacia, á cada palabra que pronunciaba, agitaba visiblemente á Meg un estremecimiento involuntario. El capitán por su parte se admiraba de que no pudiese admirar aquella estrañísima figura sin cierta emocion.—¿No es verdad, preguntábase á sí mismo, que esas facciones se han presentado á mis suenos? ¿ó será que me recuerden alguna de aquellas caprichosas esculturas que he visto en las pagodas de la India oriental?

Mientras se ocupaba en estos pensamientos, y la posadera habia ido á traerle cambio de media guinea, dió repentinamente la gitana dos trancadas para acercársele y le asió de la mano. Creyó Brown que la añosa sibila pretendia darle una prueba de sus talentos en la quiromancia, ó arte de decir la buena ventura; mas ella parecia agitada de sentimientos muy diferentes.

—En nombre del cielo, hermoso jóven, comenzó ella; decidme ¿cuál es vuestro nombre, y de donde venis?

—Me llamo Brown, madre mia, y acabo de llegar de las Indias orientales.

—De las Indias orientales! murmuró ella, dejándole ir la mano, no estoy en buena pista. Vaya una vieja chocha que soy. Cuanto veo se me figura que es lo que ver anhele. Sea como fuere, así vuestra figura como el sonido de vuestra voz me han traído á las mientes mis tiempos antiguos. Pero, las Indias orientales! eso no lleva hechura, no. Id con Dios; no os detengais en el camino, y si topaseis con algunas de esas gentes, no os mezcléis en sus asuntos, y no os harán el daño mas leve.

Brown, quien en aquel instante acababa de recibir la vuelta de su media guinea, le puso un chelin en la mano, despidióse de

la huésped, y tomando la misma vereda que Dinmont, púsose á atrancar terreno, con la ventaja de que le guiasen las huellas recientes que dejara en la tierra el caballo del labrador.

Meg Merrilies le siguió con los ojos, hasta perderle de vista.

—Me precisa, dijo ella para sí entonces, tornar á ver á ese mancebo; tambien es indispensable volverme de nuevo á Ellangowan. El laird ha fallecido; está muy bien... La muerte salda todas las cuentas pendientes. Hubo un tiempo en que Bertram fué bondadoso y humano. El Sheriff no está ya en aquellas partes. Así es que puedo escurrirme por donde quiera sin que se me note ni reconozca. No me espongo á que me metan en la cárcel. Quiero visitar otra vez el precioso Ellangowan antes de morir.

Entretanto, proseguia Brown su camino sin perder un momento. Ya se hallaba en el sendero trazado por medio de la llanura cubierta de brezales, y la cual se denomina Waste de Cumberland. Divisó una casa estraviada, á donde sin duda habia ido Dinmond con el objeto de hacer visita de amistad ó de negociacion, porque las huellas del caballo señalaban aquella direccion, y un poco mas adelante volvió á hallar las trazas que le manifestaron que su conocido habia encontrado de nuevo la vereda principal.—Yo desearia, dijo para sí el capitán, que el bonazo del labrador se hubiera detenido aquí hasta mi llegada; con eso le haria algunas preguntas respecto al camino, pues mientras mas ando, mas inculta y salvaje se me presenta la perspectiva.

Y en verdad, la naturaleza, cual si hubiese destinado aquel país para servir de barrera entre dos naciones, parecia haberla impreso con caractéres de horror y desolacion. Las montañas por allí no son altas ni escarpadas pero están cubiertas enteramente de brezos y de musgo. El reducido número de cabañas que se ve, ofrece el aspecto de la miseria y la despoblacion, y estos pobres chozajos están á gran distancia unos de otros. En los contornos de ellos se avierten algunos vestigios de los esfuerzos que sus moradores han puesto en juego á fin de dar á la tierra cierta apariencia de vegetacion. Pero dos ó tres potrancos errantes acá y

acullá con las patas trabadas para ahorrar el gasto de cuabras, anuncian que el principal recurso de aquellos campesinos, consiste en la cria del ganado caballar. El pueblo es menos hospitalario y mucho mas inculto que en lo restante del Cumberland. Estas disposiciones son resultado, no solo de su modo de vivir, sino de sus relaciones con los vagamundos y facinerosos que van á buscar en aquellos eriales un refugio contra las persecuciones de la justicia.

Los habitantes de aquel pais eran desde tiempo inmemorial el perpétuo blanco de las sospechas y del menosprecio de sus vecinos mas civilizados. Así es que existia, y quizás exista todavía en Newcastle un reglamento que prohibe á todo maestro artesano de aquella ciudad tome de aprendiz en su taller á cualquiera que haya nacido en los campos de los alrededores. Dice el proverbio: *que si dan en que un perro está rabioso, rabiará*. Y se puede decir que si nos empeñamos en dar á un hombre ó á una clase entera de hombres una mala reputacion, puede apostarse ciento contra uno á que vendrá á parar en merecerla. No ignoraba Brown estos pormenores, y así los discursos de la gitana como los de Dinmont habian acrecentado sus recelos. Pero el miedo era cosa desconocida para él; nada llevaba encima que pudiese tentar la codicia del salteador, y tenia esperanzas de hallarse zafó de aquel yermo antes que terminase la luz del dia. Sin embargo, su cálculo era erróneo. El camino hallóse ser muy mas largo de lo que nuestro jóven capitán juzgara, y el horizonte comenzaba ya á encapotarse con las sombras de la noche, cuando no hacia mas que entrar en los estensos eriales.

Doblando la celeridad de su andadura, seguia Browa un estrecho sendero que serpenteaba á través de espesísimos brezales en barrancas profundas orladas en unos parajes de zanjas repletas de una materia compuesta de agua y cieno, en otros de montones de piedra y de arena que algun torrente habia desprendido de las montañas vecinas y acumulado en diversos lugares. Asombrábase nuestro viajero de que un hombre á caballo pudiera pa-

sar por camino semejante, y apesar de eso veia aun las huellas del jaco que montaba Dimmont, y hasta se le figuraba que oia á alguna distancia el ruido de sus herraduras. Convenci6se de que el labrador no podia caminar por medio de los brezales con tanta presteza como 6l, y empez6 á andar mas deprisa, en la esperanza de alcanzarle y de aprovecharse del conocimiento que el buen hombre tenia del pais.

En aquel instante separ6se de Brown el podenco para adelantarse corriendo, y comenz6 á ladrar de un modo inusitado. Apresur6se el capitán á ganar una pequena eminencia que solo distaba unos cuantos pasos, y vi6 lo que habia causado la alarma de su perro. En una vereda muy honda, y á un tiro de fusil, un hombre á quien conoci6 inmediatamente por Dimmont, se defendia de dos salteadores que le atacaban. Estaba pié á tierra y sacudia á derecha é izquierda con el mango de su látigo. Acorrió nuestro viajero á darle auxilio, pero antes que pudiera llegar al campo de batalla, un golpe en la cabeza habia tendido en el suelo al infeliz labrador, al cual uno de sus facinerosos continuaba zurrando. El otro ladron, corriendo al encuentro de Brown, llam6 á su camarada, diciéndole: «*Este ya está contento;*» queriendo significar probablemente que su víctima no se hallaba en estado de resistirse ni de quejarse. El uno de ellos tenia por arma una especie de cuchillo de monte, y el otro un garrote formidable. Pero como la senda era muy angosta—Si no tienen armas de fuego, pens6 Brown, voy á darles una leccion de las mas buenas.—Los asesinos vomitaban contra 6l, al acometerle, amenazas é imprecaciones mil; pero conocieron que tenian que habérselas con un hombre tan vigoroso como arrojado, y despues de recibir dos ó tres golpes bien asestados, grit6 uno de ellos:—Por vida de todos los demonios, sigue tu camino... ¿Por qué te metes con nadie? No eres tú á quien buscamos.

Brown no se dej6 engañar con esta moneda falsa, y no queriendo dejar á merced de ellos el desdichado á quien querian robar, y aun tal vez acabar de asesinarle, recomenz6 la pelea, cuando

Dinmont, quien habia vuelto en sí de su aturdimiento, ganó las piernas otra vez; empuñó su látigo y vino para mezclarse en la barahunda. Como los dos bribones no habian conseguido su objeto con la facilidad que creian, aun cuando se hallase solo nuestro capitan, sin hacernos cargo de la sorpresa que les habia causado su ataque imprevisto, no creyeron deber aguardar á que el fornido Labrador acudiese á unir sus fuerzas con las de un hombre que parecia hallarse en estado de hacer frente á los dos, echaron á correr por medio de las matas, perseguidos de Wasp; el cual habia tomado una parte muy gloriosa en la accion, atacando al enemigo por retaguardia, y operando de resulas una diversion utilísima á favor de su amo.

—Cáspita! el perro de V. sabe cazar á las mil maravillas! Tales fueron las primeras palabras que dijo el Labrador al allegarse con la cabeza chorreando sangre, luego que reconoció á su libertador.

—Supongo que no está V. herido de peligro?

—Oh! no es nada. Tengo la cabeza á prueba de bomba, y la conservaré, gracias á V., amigo mio. Pero es necesario que me ayude á buscar mi caballo, y se montará en ancas; pues es preciso ganar terreno antes de que venga toda la gavilla á caer sobre nosotros; porque los demás de ella no pueden estar muy distantes.

Quiso la casualidad por buena fortuna que se encontrase el jaco á poca distancia. Escrupulizóse Brown de cargar demasiado á la pobre bestia.

—No tenga V. cuidado, dijo Dinmont, Duple llevará en el lomo seis hombres si cupieran sobre él; por amor de Dios despachemos. Veo venir gentes allá abajo, y juzgo será muy cuerdo no esperarlas.

Pensó Brown que la vista de cinco ó seis hombres, quienes efectivamente acorrian hácia ellos, deberia abreviar toda ceremonia. Subióse pues en ancas de Duple, y la pobre bestia, llena de ardor, á pesar de la carga de dos hombres muy altos y fornidos,

partió con la misma ligereza que si hubiera llevado dos chicos de cinco ó seis años de edad. Su amo, quien conocia la ruta perfectamente, escitaba aun mas á la jaca, teniendo cuidado de elegir los caminos mejores, en lo cual le secundaba á las mil maravillas el admirable instinto del animal. Este, en todos los malos pasos, siempre escogia el menos dificultoso.

Apesar de todas estas ventajas, hallábase el camino tan escabroso, y los viajeros se veian precisados á sesgar con tanta frecuencia, que ganaban poquísimo terreno á los que los perseguian.

No hay que temer, dijo á su amigo el intrépido escocés, una vez que nos veamos en la otra orilla del arroyo de Withershin, ya aquel es otro camino, y buenas piernas han de tener para atráparnos.

No tardaron en llegar al arroyo, cuyas aguas parecian correr apenas, y presentaban el aspecto de una ciénaga muy líquida. Estaba cubierto de carrizales y de varias yerbas acuáticas. Condujo Dinmont su *poney* (jaca) hácia el paraje que parecia ofrecerle un vado mas practicable; pero Duple se plantó repentinamente, bajó la cabeza cual si intentase reconocer mas de cerca el agua que querian hacerle atravesar, golpeó la tierra con las herraduras de las manos, y luego se quedó como hecho de mármol.

—¿No seria mejor, dijo Brown, que echásemos pié á tierra, y dejásemos al animal seguir su suerte, ó bien obligarle á atravesar el vado?

—No, no, respondió el *piloto*. Es preciso permitir á Duple maniobrar cual él lo entiende. Él tiene mucho mas talento que infinidad de cristianos conocidos míos. Así diciendo, aflojó la brida y dirigiendo la palabra al caballo, le dijo: vamos, hijo mío, escoge tu camino, y mira por donde has de pasar.

Duple, dejado á su albedrío, ganó otro paraje, en donde el arroyo, segun Brown pensaba, no parecia ofrecer un paso tan fácil, pero el cual preferia la jaca sea por instinto ó por experiencia.

Allí, se entró en el agua voluntariamente y alcanzó sin dificultad la opuesta orilla.

Ya estamos libres de los pantanos, dijo Dinmont, y me alegro mucho. En ellos se encuentra mayor número de cuadras para las acémilas que de mesones para los traginantes. Ahora nos precisa alcanzar el *Maiden-Way* (el camino de las Doncellas ó el camino virgen) y estaremos salvos.

Efectivamente no tardaron en encontrarse en una carretera enlosada aunque muy rota, que constituye los restos de una calzada construida por los Romanos y la cual atraviesa aquellas incultas comarcas en direccion al norte. Allí empezaron á caminar nueve ó diez millas por hora, sin que Duple exigiese otro descanso que el dejar el galope para volver á tomar el trote ó el paso de andadura.

—Fácil me sería hacerle avanzar mas ligero, pero es fuerza tener presente que lleva á lomo dos pares de piernas bien cumplidas, y que sería lástima obligar á nuestro pobre Duple. No habia quien le igualara en toda la feria de Carlisle. Parecióle justísimo á Brown economizar las fuerzas del animal, y, como ya se hallasen libres de todo temor, dijo á su compañero que haria bien en atarse un pañuelo á la cabeza para que el aire no le enconara la herida.

—¿Y qué provecho me haria? dijo el valiente labrador; la cura mas sencilla y corta es la de dejar que la sangre se cuaje y esto ahorra una cataplasma.

Brown, en el discurso de sus campañas, habia visto heridas mil; mas no pudo menos de notar que á nadie habia visto sufrir un fracaso de esta especie con mayor sangre fria.

—Bah! bah! bueno estaria que yo me volviese una gallina mojada por haber recibido un coscorron. Pero no tardaremos en entrar en Escocia y V. ha de venir conmigo á *Charles-Hope*; esta es cosa convenida.

Aceptó con sumo placer el capitán la hospitalaria oferta de su amigo. Ya cerraba la noche cuando llegaron á un riachuelo que

serpenteaba á través de una campiña. Las montañas que á la vista se ofrecían, eran mas verdes y escarpadas que las que dejaban atrás, y sus declives alfombrados de césped se aplanaban insensiblemente hasta la ribera. Sin admirar los ojos unos montes con ambiciosas cumbres, sin ofrecer un aspecto romántico ni pintoresco, agradaba aquel paisaje por su aire solitario y campestre. No se veía en él caminos, ni cercados, ni tierras de labrantío, pero el caminante hubiera creído encontrarse en un valle escogido por algun patriarca para que en él pacieran sus rebaños. Las ruinas de algunas torres desmanteladas daban á entender que aquel pais habia sido la morada de unos habitantes muy diferentes de los que entonces se hallaban allí, de aquellos pecoreadores, cuyas hazañas hicieron tan célebres las guerras entre la Inglaterra y la Escocia.

Tomó Duple un sendero que conducia á un vado, muy conocido de él, atravesó el agua, y aligerando el paso, costegó el rio durante una milla poco mas ó menos. Dirigióse entonces hácia dos ó tres edificios de mezquina elevacion, techados de granzones, y cuyos ángulos, opuesto el uno al otro, manifestaban el mayor desprecio por las reglas de la arquitectura. Esta era la granja de Charles-Hope. Al allegarse los viajeros, las tres generaciones de las pimientas y mostazas, así como un crecido número de sus deudos y aliados perrunos, comenzaron á ladrar á porfía. Hizo el labriego que oyeran su voz, esta fué reconocida al instante, y el orden quedó restablecido.

Abrióse la puerta; una zagalona medio desnuda, que tenia el cargo de ordeñar las vacas, y acababa de hacer esta faena, se asomó un instante, y volvió á entrarse para acudir á lo interior de la casa desde donde se la oyó gritar:—Señora! señora! ahí está el amo, y otro hombre viene con su merced.

Duple, abandonado á sí mismo, ganó la puerta de la cuadra, golpeóla con la mano para que se la abriesen, y saludó con algunos relinchos á los amigos que dentro de ella se hallaban, y los cuales le devolvieron la felicitacion. Entretanto costábale

á Brown muchísimo trabajo defender al pobre Wasp de las demasías de toda la turba de perros que le tenían rodeado, y los cuales no parecían dispuestos á recibirle con la misma hospitalidad que manifestaba el amo de la casa.

A poco rato vino un gañan para meter en la cuadra á Duple, mientras la señora Dinmont, mujer bien parecida, y de festivo carácter, salió á recibir á nuestros viajeros, y mostrando hácia su marido cuan grande placer le causaba su regreso, indicando su rostro la sinceridad de sus sentimientos.

—Válgame Dios! exclamó ella, mucho tiempo has estado fuera de tu casa!

CAPITULO XXIV.

Líidell feliz, jamás la poesía
Ha suspirado en tu frondosa ría;
Tan solo te conocen tus pastores,
Puras tus aguas cual sus amores.

ARMSTRONG. ARTE DE CONSERVAR LA SALUD.

Los labradores actuales de la Escocia meridional conocen mucho mejor que sus padres los refinamientos de la civilizacion, y las costumbres que voy á describir han dejado ya de ser, ó bien se encuentran considerablemente variadas. Sin menoscabo de su antigua sencillez, cultivan unas artes que desconocia la generacion antecedente. Han adoptado nuevos métodos de cultura, y saben apreciar todo cuanto puede hacer la vida mas *confortable*. Sus casas son mas cómodas, sus usos les ponen á nivel con el mundo civilizado, y su lujo es mas plausible, porque es el lujo del saber, que se ha introducido en sus montañas y ha hecho muchos progresos en ellas de treinta años á esta parte. Su mayor defecto, el de beber con exceso, va disminuyendo de día en día.

Su franqueza y hospitalidad son las mismas que anteriormente; aunque, por lo general, tienen un carácter mas pulido,

y saben restringirse dentro de unos límites mas estrechos.

—¡Qué diablos, mujer! dijo Dinmont apartándola de sí, aunque dulcemente y mirándola con cariño—poco á poco, Aylie, ¿no ves que me acompaña un extraño?

Volvióse Aylie á Brown para disculparse y dijo:

— Ve V. ! como que tenia tanto gozo de tornar á ver á mi marido...! Pero, Dios del cielo ! ¿ qué es lo que traen VV. los dos?

Acababan de entrar en una salita, donde la luz hizo que se viera la sangre, que corriendo de la cabeza de Dinmont, habia bañado con abundancia sus vestidos y los de su compañero de viaje.

—Apostaria cualquiera cosa, Dandy mio, á que habias vuelto á andar á puñadas con algun chalan de Bewcastle. En toda conciencia, un hombre casado, que tiene una numerosa familia como á tí te sucede, debería conocer mejor cuanto vale la vida de un padre.—Así hablando, los ojos de la buena mujer dejaron escapar algunas lágrimas.

—Sí, tiene razon, dijo el esposo besándola con mayor afecto que ceremonia; pero ahora no ha habido nada de eso. Pregúntaselo á este señor, quien te dirá que al salir de casa de Lowrie Lowther, en donde me detuve un instante, y con el cual eché dos ó tres tragos, al meterme en el matorral, dándome prisa por llegar á casa, dos bribones, saliendo de la espesura sin que yo lo notara, se arrojaron sobre mí, echáronme del caballo abajo, me dieron en la cabeza un famoso golpe que me atontó y tendió de espaldas, todo esto antes que yo pudiera machacarles las costillas con el mango de mi látigo. Si este bizarro hombre no hubiera acudido á socorrerme, difícil fuera escaparme de sus garras, y me habrían quitado mas dinero del que es fácil volver á ganar tan aína. Por tanto, despues de Dios, es á él á quien debes el volver á verme hoy.

Así diciendo sacó de la faltriquera un bolsón de cuero bastante henchido, y entregóselo á su mujer, para que lo guardase.

—Dios bendiga y recompense la valentía de este señor, dijo Aylie, ¿mas cómo podemos manifestarle nuestra gratitud? Ofre-

cerle la mesa y posada es una cosa que á nadie hemos negado todavía. Si hubiera...—añadió ella dirigiendo la vista al bolsón, pero con un aire de timidez y delicadeza que impedía pudiese dar ofensa á nadie.... Si hubiera algun otro medio...—Brown conoció y tuvo en aprecio la mezcla de sencillez y de generosidad que respiraba en el discurso de aquella digna mujer, y no podia disimularse á sí mismo que el modesto traje que vestia, y el cual además estaba cubierto de sangre, pudiera hacerle mirar como á un objeto de compasion y tal vez hasta de caridad. Apresuróse pues á decir que su nombre era Brown, que servia en el ejército como capitán de caballería; y viajaba á pié tanto por economía cuanto por gusto; en fin suplicó á su patrona reconociese la herida de su esposo, quien no le habia permitido examinarla.

Mistress Dinmont estaba mas acostumbrada á ver agujeros en la cabeza de su marido que á encontrarse en la presencia de un capitán de dragones. Tomó una servilleta casi limpia, y olvidando por algunos minutos la cena en que ya estaba pensando, dióle una palmadita en las espaldas á Dinmont.—Vamos, calavera, le dijo, siempre andas en busca de algun lance desagradable para tí y para los demás.

Dió el labrador dos ó tres cabriolas, comenzó á bailar una danza montañesa para manifestar á su mujer cuan poco la herida le incomodaba; y, decidiéndose por fin á sentarse, confió á la inspeccion de aquella su redonda cholla, tan negra como cabelluda. Brown habia visto al cirujano de su regimiento poner mala cara al examinar heridas mas ligeras; pero Aylie mostró mayor serenidad al emprender la cura. Primeramente, cortó con sus tijeras los mechones de cabellos empapados en sangre cuajada; puso hilas en la herida, lavóla con un agua vulneraria, que pasaba por soberano remedio en aquel canton, y de la cual se hacia mucho consumo en los dias de feria; de esto fijó su emplastro con un vendaje y no obstante la resistencia del paciente, cubrió toda su obra con un gorro de dormir para sujetarla bien. Fermentó

con aguardiente algunas contusiones que aparecian en la frente y en los hombros, lo que Dinmont solo quiso permitir despues de haber pagado un amplio tributo á su boca.

En seguida ofreció Mistress Dinmont sus servicios á Brown con tanta franqueza como sencillez; mas el capitán le dijo que solo necesitaba un poco de agua en una palangana y una toalla limpia.

—En eso deberia yo haber pensado antes; pero no me atreví á abrir la puerta, porque allí están todos los niños, inocentes criaturas! que están deshaciéndose por abrazar á su padre.

Esto esplicó á Brown la barahunda y los gritos que se oían á la puerta de la sala; circunstancias que le sorprendiera infinito, aun cuando mistress Dinmont se habia contentado con echar el cerrojo. Pero tan luego como abrió la puerta á fin de ir en busca de la cofaina y toalla, pues que ni aun se le ocurrió la idea de ofrecer á Brown pasase á otra habitacion, un enjambre de chicos con la cabeza rubia, entró de tropel en el salon; llegando los unos de la cuadra donde habian ido á visitar á su amigo Duple; los otros de la cocina, en donde escuchaban los cuentos y las canciones de la vieja Elspeth; y los mas pequeños, medio desnudos, abandonando sus camas, y todos gritando á cual mas de recio que querian ver á su papá y saber lo que les habia traído de las diversas ferias en las cuales hubiese estado.

Nuestro descalabrado campeón se puso á besar uno por uno á todos los individuos de aquel sematen, é hizo en seguida entre ellos la distribucion competente de pitos, trompetillas y pan de gengibre. En fin cuando la asonada llegó ya á ser demasiado estrepitosa para que hubiese oídos que pudieran resistir'a, dijo el bonazo del padre á su amigo Brown:

—Mi pobre mujer es quien tiene la culpa de todo esto; siempre deja que los chicos hagan cuanto gusten.

—Válgame Dios! dijo Aylie, quien llegaba en aquel momento, con una porcelana llena de agua en la una mano y una toalla en la otra. ¿Qué quiere V.? Es preciso hacer algo por las inocentes criaturas.

Tomó entonces la iniciativa Dinmont, y mitad á fuerza de ruegos, mitad á fuerza de amenazas, sin contar algun empujon que otro, consiguió desembarazar el cuarto de toda aquella morralla, dejando tan solo en él á los dos mayorcitos, un niño y una niña, los cuales, decia el labrador, eran ya capaces de portarse con juicio. Por igual razon, y con algo menos de cumplimiento, echó de la sala toda la perrería, escepto los venerables patriarcas el viejo Pepper y la vieja Mustard, á los cuales el amor de la paz que por lo comun acompaña la vejez, amen de castigos repetidos, habia inspirado unos sentimientos de tanta hospitalidad, que despues de haberle gruñido algun tiempo á su huésped Wasp, el cual les pagaba en la misma moneda, atrincherado debajo de la silla de su amo, consintieron pacíficamente en partir con él una zalea, cama que para ellos era preferible á las alfombras mas blandas de Bristol.

La actividad de la dueña de la casa, á quien llamaban *mistress* (señora) en la cocina, y *gudwife* (buena mujer ó patrona) en la sala, habia ya costado la vida á dos pollas, las cuales, por falta de tiempo para cocinarlas mejor, no tardaron en asarse en las parrillas. Un buen trozo de vaca fiambre, unos huevos, unas tortas y un budin hecho de harina de cebada, con excelente cerveza (ale) fermentada en casa, y por via de postres una botella de aguardiente, compusieron una cena, á la cual nuestro amigo Brown no hizo asco por cierto. Pocos soldados, despues de un día de marcha, terminado en una escaramuza, le hubieran hallado faltar á tal rancho. Luego que se hubo satisfecho el apetito de su esposo y del huésped, dió sus órdenes *mistress* Dinmont á una jóven y robusta criada, cuyos carrillos eran mas encarnados que la cinta de sus cabellos, y la ayudó á llevarse los restos de la cena. Por fin, mientras el ama de la casa se ocupaba en poner sobre la mesa el azúcar y agua caliente, lo que hizo con sus propias manos, recelosa de que la sirviente olvidase este indispensable requisito, pues la veía tan embobada con el jóven capitán de dragones, preguntó Brown á su amigo si se arrepentia de no haber seguido los consejos de la gitana.

—No sé que responder, dijole Dinmont; esa canalla es una gaviilla de demonios mas que ladinos. Tal vez me escaparia de un peligro para caer en otro peor. Y sin embargo hago mal en espresarme así; porque si jamás viene á Charles-Hope la vieja hechicera, le daré un cuartillo de aguardiente y una libra de tabaco para provisiones de invierno. Sí, son diablas muy sabidas, como decia mi difunto y anciano padre, pero solo hacen daño las gitanas cuando uno se porta mal con ellas, y al fin tienen tanto de bueno como de malo.

Esta conversacion hizo que se apurase todavía otro cuartillo de ale, y exigió un nuevo refuerzo de aguardiente, agua y azúcar. Pero Brown se negó al fin á prolongar por mas tiempo la sesion aquella noche; alegó el cansancio que sentia de resultas de su caminata, así como tambien del combate que habia sostenido, pues conoció que seria inútil manifestar á su hospitalario patrono que unas libaciones demasiado repetidas pudieran tener consecuencias desagradables para su achocadura. Condujéronle á una pequeña habitacion, en donde encontró una excelente cama, cuyas sábanas le probaron que su patrona habia tenido razon en jactarse de que en ninguna parte las habria mejores, en cuanto á que ella misma ayudada de Nelly habia hilado el lino, las habia blanqueado en la pradera, enjabonado en la hermosa agua de su pozo, y ¿qué mas pudiera haber hecho una mujer aun cuando fuese una reina?

Lo cierto es que igualaban á la nieve en blancura, y que la manera en que se habian enjugado les comunicaba el mas aromático olor.

Wasp, despues de haber lamido la mano de su amo para darle las buenas noches, hizo la rosca á los piés de su cama, y un dulce olvido del mundo entero se apoderó bien pronto de los sentidos de nuestro capitán.

CAPITULO XXV.

Bretones, si la caza tanto hechizo
 Para vosotros tiene, caballeros
 Id en vuestros corceles, y las armas
 Asestad contra el robador nocturno
 Que en una sola noche la esperanza
 Destruye astuto del corral bien lleno.
 Perseguid sus dobleces y arterias
 Hasta la rapasera y en su alcance
 Haced que estalle el pavoroso trueno.

THOMPSON. LAS ESTACIONES.

Levantóse Brown muy temprano á la mañana siguiente, y salió de su cuarto con el objeto de examinar el establecimiento de su nuevo amigo. Cuanto habia en el recinto de la granja parecia descuidado y casi inculto. La huerta presentaba un aspecto mezquino, no se advertia en ella el mas leve esmero para hacerla productiva; ninguna precaucion para sangrarle las aguas que inundaban una buena parte, al paso que en toda la hacienda era visible la falta de aquella elegancia que presta un aspecto tan agradable á las alquerías de la Inglaterra. Véiase no obstante que aquel defecto no podia atribuirse á la pobreza ni á la negligencia que es su resultado; siendo su causa única la carencia del buen gusto y del conocimiento necesario. El establo estaba lleno de hermosas vacas, la cabaña abundaba en leche, manteca, natillas y quesos; habia diez bueyes cebándose, seis buenos tiros de caballos, sin contar dos jacas para silla, numerosos criados, activos, trabajadores y que parecian hallarse contentos de su suerte, en fin por todas partes se respiraba un aire de tal abundancia que daba indicios de ser el amo del establecimiento un labrador acomodado.

La casa, sita en una pequeña eminencia que dominaba al rio, nada tenia que temer de las peligrosas influencias de su vecindad. No lejos de allí divisó Brown la gavilla de chicos, que ya

estaban jugando y se entretenian en construir una casita de barro al rededor de un viejo roble, el cual denominaban «la mata de Charlies», en memoria de un antiguo pecuario de este nombre que otros tiempos habitara en aquellos parajes. Entre la granja y las tierras de pasto en la falda de la montaña habia un pantano, que segun la tradicion, sirviera en la antigüedad de defensa á un castillo, del cual ningun vestigio quedaba, pero habia sido residencia del héroe antes mencionado. Empeñóse Brown en tramar amistad con los chiqueles; pero estos se le escaparon de entre las manos como otros tantos granos de azogue. Sin embargo los dos mas espigados, fueron bastante atrevidos, luego que se hallaron á alguna distancia, para volverse y mirarle. Entonces se encaminó hácia la montaña adonde llegó despues de atravesar el pantano. Habian puesto unas piedras para la comodidad del tránsito, pero no eran bastante grandes ni estaban demasiado seguras como pudiera desearse. Apenas comenzó á subir la cuesta cuando advirtió que un hombre la bajaba.

No tardó en reconocer á su patrono, aunque el *plaid* cenizoso (capa de este color que usan los pastores de la Escocia meridional) hubiese sustituido á su traje de camino. Una gorra hecha de la piel de un gato montés cubria su cabeza mas cómodamente que lo hubiera hecho un sombrero, á causa del vendaje que la envolvía. Brown, como capitán, se hallaba acostumbrado á juzgar de los hombres por su robustez, y no pudo menos de admirar la talla, los anchos hombros y bien pronunciada musculatura de Dinmont. Este, por su parte, hacia interiormente de Brown los mismos elogios, examinando sus formas atléticas mas detenidamente de lo que habia hecho antes. Despues de haberse saludado reciprocamente, preguntó á su huésped el capitán si todavía le daba molestia la herida.

—¿Quién piensa en tal cosa? dijo el labrador; tan lejos de eso, que esta mañana, como me hallo fresco y ayuno, estoy pensando desde que ví á V. que si uno y otrouviésemos un buen garrote

de nudoso roble, no retrocederíamos delante de media docena de bribones como aquellos.

—¿Pero no hubiera V. hecho mejor con quedarse en la cama una ó dos horas mas despues de haber recibido tan seria confusion?

—¿Confusion, capitán? mi cabeza nunce conoce la confusion. Un dia me caí desde la cima del peñasco de Cristenburg. Pues mire V., me levanté sin la menor confusion y fuí á juntarme con mis podencos que corrian detrás del zorro. No... no conozco confusiones á no ser que de cuando en cuando un traguillo demás ... ya me entiende V. Luego, me era preciso visitar mis ganados esta mañana, para ver si todo estaba en regla; cuando el amo está ausente, los criados se descuidan, y piensan mas bien en sus diversiones que en sus deberes. Acabo de encontrar á Tom de Todshaw y á otros amigos de las cercanías. Tratan de cazar una zorra esta mañana. ¿Quiere V. ser de la partida? Yo le daré mi jaca Duple, y montaré mi yegua grande.

—Pero, Mr. Dinmont, siento infinito el tener que dejar á V. hoy.

—Dejarme! el diablo me lleve si se va V. antes de quince dias. Nada de eso, señor mio, ni pensarlo siquiera; no se encuentra todas las noches un amigo como V. en los brezales de Newcastle.

Como no era la intencion de Brown hacer un viaje muy espedito, entró en arreglo con su patron, y le prometió pasar en Charles-Hope una semana entera.

En llegando á la granja hallaron un suculento desayuno que les aguardaba en ella, gracias al cuidado de Aylie. Así que esta supo la partida de caza que se proyectaba, no dió á la idea una completa aprobacion, pero no dejó ver sorpresa ni alarma.

—Siempre has de ser el mismo, dijo ella á su esposo; nada te hará hombre de juicio hasta que no vuelvas á tu casa entre cuatro.

—Cállate, bonachona, replicó el marido; bien te consta que á pesar de mis caravanas no valgo por eso un alfiler de menos.

Así hablando, instó á Brown á desayunarse con prontitud, pues que empezando ya á derretirse la escarcha, era preciso salir á montería lo mas temprano posible.

Pusiéronse en marcha, con el labrador á la cabeza. Pronto dejaron la cañada, y se vieron en las montañas, muy escarpadas en verdad, aunque escasas de precipicios. Por uno y otro lado se descubrian á trechos unas barrancas, las cuales durante el invierno, y despues de un chaparron, servian de lecho á torrentes impetuosos. Algunas nieblas cobijaban todavía las cumbres de las montañas; eran los restos de las nubes matinales; una suave lluvia habia contribuido á derretir la helada, y formado un centenar de pequeños arroyuelos que parecian cortar las verduras con otros tantos listones argentinos. Dinmont trotaba osadamente por los estrechos senderos que los ganados trazaran; y en fin él y su compañero empezaron á divisar otras personas á pié ó á caballo dirigiéndose como ellos al lugar de la cita. No concebía Brown como se pudiese cazar zorras en unas montañas donde un caballo acostumbrado al llano no se hubiera atrevido á trotar, y el ginete que se apartara del sendero á distancia de un pié correria peligro de caer en una ciénaga ó de hacerse pedazos sobre las peñas. No se disminuyó un tilde su asombro luego que llegaron al sitio donde la caza iba á tener lugar.

Despues de haber ascendido largo trecho, se encontraron en una meseta que dominaba á un *glen* (cañada) de mucha longitud y suma angostura. Allí estaban reunidos los monteros, con un aparato que hubiera chocado á un verdadero conocedor. Efectivamente el objeto aparente de su asamblea solo podia considerarse como un simple pasatiempo; pero la mira sustancial de ella era el deseo de destruir algunos de aquellos animales tan dañinos para sus gallineros. Aunque la pobre zorra no pudiese disputar su vida tanto tiempo como en el llano, la naturaleza del pais le prestaba algunos recursos de defensa, que no eran debidos á la cortesía de los cazadores. Orlaba el valle altos bancales de tierra, cortados á pico, y peñascos enormes que se estendian

hasta un arroyo que lo atravesaba hácia su estremidad, y cuyas orillas se veían cubiertas de brezos, y de algunas almácigas de ginesta espinosa. Los cazadores de pié y de á caballo se colocaron de trecho en trecho á lo largo de aquella cañada, y cada labrador tenia consigo á lo menos dos robustos lebreles, pertenecientes á aquella clase de sabuesos, que tanto se apreciaba en Escocia otras veces para la montería del venado, pero la cual ha degenerado en nuestros tiempos de resultas de su mezcla con otras especies perrunas. El montero principal, que es una suerte de guarda-bosques, á quien se le concede una regalía por cada zorro que destruye, estaba ya en lo hondo de la cañada, cuyos ecos resonaban con los ladridos de una media docena de perros que le acompañaban, y los cuales estaban adiestrados á la caza de la raposa. Tampoco se habia olvidado llevar las tres generaciones de las Pimientas y de las Mostazas, conducidas de antemano por un pastor al lugar de la cita. Un número infinito de perros de presa, de podencos, de canes de todas las castas y colores estaba reunido y ladraba á coro. Otros espectadores, subidos en la cima de las montañas que encajonaban el barranco tenían sus perros en trailla, dispuestos á soltarlos contra la zorra, toda vez que intentara el perseguido animal ganar las alturas para escaparse.

Este espectáculo hubiera tenido poco atractivo para un cazador de profesion; mas ofrecia mucho de pintoresco. Los que ocupaban las cimas de los montes parecían moverse en los aires. Los perros, impacientes de hallarse en pista mordían las correas que les estorbaban fuesen á juntarse con sus compañeros en el fondo del valle, donde el cuadro prestaba igual animacion. El sol no habia disipado la niebla enteramente, y el viento deshacia á uno y otro lado parte de ella. Ya se columbraban cual si fuese al través de una gaza los movimientos de los cazadores en persecucion de su presa, ya se les veía con toda claridad corriendo sin el mas leve temor sobre los peñascos mas impracticables al parecer, y excitando sus perros á seguir la pista de la zorra. Algunos en la

lontananza parecian unos verdaderos pigmeos. Si llegaba á cubrirlos una niebla algo espesa, los gritos de los hombres, los relinchos de los caballos, los ladridos de los perros, parecian salir de las entrañas de la tierra en aquella cacería invisible. Si la zorra, perseguida de una punta á otra de la cañada, la abandonaba para ganar las alturas, los que, colocados en las cumbres vigilaban todos sus movimientos, soltábanle sus lebreles, y estos mas ágiles que la raposa, á la cual igualaban en valor y fuerza, no tardaban en reducir á la fugitiva depredadora al último trance.

Así fué como, sin la menor atencion á las reglas ordinarias de la cacería, aunque aparentemente á la gran satisfaccion de cuantos bípedos y cuadrúpedos habian tomado parte en ella, se dió muerte á cuatro zorras en aquella célebre mañana. El mismo Brown confesó que no habia presenciado aquel espectáculo sin placer, aun cuando hubiese asistido á las monterías régias del Indostan y cazando tigres, montado en un elefante con el nabab de Arcot. Luego que la funcion tuvo término, muchos de los cazadores, en conformidad á las reglas hospitalarias establecidas en aquel pais, fueron convidados á comer en Charlies-Hope.

Al regreso hallóse Brown un instante al lado del montero principal. Hizole algunas preguntas referentes á su profesion, pero el hombre parecia no querer se encontraran sus ojos con los del huésped extranjero, y procurar desembarazarse de su compañía y conversacion, sin que Brown pudiese concebir el motivo. Era aquel un hombre de talla aventajada, de tez muy prieta, de miembros ágiles, y formado por todos los conceptos para el ejercicio á que se adonara. Pero su rostro no anunciaba la franqueza ni jovialidad tan propias de todo cazador. Tenia el aspecto melancólico, embarazado y procuraba evitar los ojos de cuantos le miraban á derechas. Despues de algunas reflexiones sobre el buen éxito que habia coronado la cacería, dióle Brown una corta gratificacion, y fué á juntarse con su amigo Dinmont.

La esposa lo habia preparado todo para su recibimiento. El es-

tablo y el corral hicieron el gasto del festin, y el buen corazon suplió con abundancia lo que podia faltar por el lado de la elegancia y de los cumplimientos.

CAPITULO XXVI.

«Buena gente estaba allí
Los Elliot, los Armstrong.....»

ROMANCE DE JUAN ARMSTRONG.

La ocupacion de los dos dias siguientes consistió en las diversiones que puede proporcionar el campo; tales como la caza, el pasear á caballo, etc., y omitiremos el hablar de ellas, porque nada interesante proporcionarian á nuestros lectores. Pero no podemos pasar en silencio uno de los pasatiempos con que obsequiaron á nuestro capitan, y que es en cierto modo peculiar á la Escocia; este es la pesca del salmon. Lanzar al pez una especie de tridente muy largo ó una pica con tres puntas, á la que se da el nombre de *wester* (arpon); y esta especie de caza (1) está en uso particularmente en la embocadura del Esk y de los otros rios de la Escocia, donde hay salmones en abundancia. Se hace indiferentemente de dia y de noche; pero esta última es preferible. Entonces, como está el pez á flor de agua, es fácil descubrirlo á la luz de antorchas ó de candeladas que se encienden en hornillas de hierro con rajadas de leña embreada.

Los principales autores de esta pequeña fiesta, embarcándose en una vieja barca, se habian dirigido á un paraje, donde el rio, atajado por la esclusa de un molino, hace la cacería mas fácil. Los demás, esparcidos por la ribera, parecian al blandir sus antorchas y arpones que se empeñaban en dar una idea de las

(1) Salmon hunting. Caza del salmon.

antiguas bacanales. Los salmones procuraban escaparse, subiendo los unos corriente arriba, y los otros ocultándose cerca de los márgenes debajo de las raíces de los árboles ó de los pedruscos que proyectaban sobre el rio. Pero bastaba el indicio mas ligero para anunciar su presencia á los hombres que ocupaban la barca. La agitacion de una yerba, el movimiento mas insignificante de las aguas indicaban al diestro pescador el paraje hácia donde habia de lanzar su arma.

Los que estaban acostumbrados á aquella clase de pesca parecian deleitarse en ella á lo sumo; pero Brown, no teniendo práctica en el manejo del harpon, se cansó bien pronto de ver que sus tiros, en vez de clavar el salmon, solo herian las peñas que encajonaban la orilla. Hasta le causaba lástima ver al desgraciado pez, luchando con la muerte, y halado dentro de la barca, la cual regaba con su sangre. Hizo pues que le echasen en tierra, donde, habiéndose colocado sobre un *heugh* ó bancal escarpado que se adelantaba algun tanto dentro del rio, disfrutó mejor del espectáculo que se ofrecia á sus ojos. Mas de una vez pensó en su amigo Dudley, al ver los diversos efectos de luz que los rayos de las teas producian sobre la superficie de las aguas. Ora parecia que una lejana estrella reflejaba en las ondas su trémula vislumbre, parecida á las que emiten los *Kelpies* ó genios de las aguas, segun las leyendas del pais, para indicar la húmeda tumba de sus víctimas. Ora la luz, con resplandor duplicado, hacia visible todos los objetos, y prestaba, un tinte rojizo á los árboles, á las peñas, y hasta á las verduras, hasta que se mudaba en un débil crepúsculo al que sucedia á veces una profunda oscuridad. Por intervalos, la claridad, partiendo de la barca, dejaba ver los pescadores, ya inmóviles mientras atisbaban su presa, ya con el brazo levantado para clavarle, y daba á las figuras de estos un color de cobre rojizo, el cual hacia que pareciese el bajel una especie de Pandemonio (1).

(1) Inferno. Asi llama Milton al palacio que construyeron para celebrar sus juntas los ángeles caidos.

Habiéndose divertido algun tiempo en notar aquellos diversos efectos de la sombra y de la luz, siguió Brown la corriente de las aguas para volverse á la alquería, y de camino miraba las operaciones de aquellas personas que, ocupando la orilla, se entretenian tambien en la pesca. Por lo comun forman los pescadores unos grupos de tres personas. Una de estas tiene la tea, y las otras dos están armadas del arpon para clavar el pescado. Advirtió á un hombre que bregaba en vano por sacar á tierra un enorme salmon que habia traspasado. Acercósele Brown con el objeto de ver aquella lucha. El que tenia la antorcha era el montero principal cuya conducta le habia sorprendido algun tanto.

—Venga V., señor, venga V. acá, le gritaron varios de los espectadores; verá V. un salmon que forcejea como un marrano.

—¡Ten firme el arpon! ¡á tierra con él! ¡No tienes la fuerza de un gato!—tales eran los gritos que los circunstantes dirigian al pescador, quien procuraba sacar del agua su pez; mas como tuviese que luchar contra la fuerza de la corriente y el vigor de un animal monstruoso, no sabia como hacer para asegurarse de su presa. Luego que llegó Brown, dijo al montero:— Buen amigo, acerque V. la tea á su camarada, porque no ve lo suficiente. Ya habia conocido nuestro capitan las facciones y la tez amulatada de aquel hombre; pero este, apenas oyó la voz de Brown y advirtió que se le acercaba, cuando en vez de aprestarse á alumbrar á su compañero, dejó caer la antorcha en el agua, cual si fuese por casualidad.

—¡Gabriel, estás condenado! dijo el pescador en viendo flotar en el rio la tea medio apagada. Sin luz no me será posible jamás cojer este salmon, y sin embargo, toda vez que yo consiguiese traerlo á seco, estoy cierto de que no se veria en toda la vida uno mas hermoso colgado en los llares! (1).—Metiéronse en el agua algunas personas con el objeto de ayudarle, y por fin vino

(1) En Escocia se le llama *Lumcleeks*: Estos son unos garfos suspendidos al principio de la angostura de la campana del hogar, y se cuelgan de ellos los salmones para curarlos al humo.

á tierra el pez, que luego se halló pesar cerca de treinta libras.

El proceder del montero sorprendió á Brown, quien no se acordaba de haberlo visto nunca, y le era imposible concebir la razon porque evitaba sus miradas. Comenzó á pensar que tal vez pudiera ser alguno de aquellos salteadores que le acometieran pocos dias antes. Esta suposicion no carecia de verosimilitud, aunque no estuviese sostenida por la mas leve observacion referente á su figura y facciones. Los bribones que le habian atacado tenian unos sombreros de alas muy anchas y llevaban puestos unos amplios levitones, al paso que sus tallas nada de particular le habian ofrecido para asegurarle que fuese el montero uno de ellos. Determinó participar sus sospechas á Dinmont; pero aguardó para verificarlo que llegase la mañana siguiente, por muchos motivos.

Regresaron los pescadores cargados de botin, pues pasaban de ciento los salmones clavados. Los mas hermosos se destinaron para los labradores de categoría, y los demás se repartieron entre toda la clase inferior para la cual este pescado, despues que se secaba al humo de sus cabañas, constituia el alimento principal durante el invierno, con las cebollas y las patatas. Regalóseles tambien con ale y whiskey, y con dos salmones que se cocieron para su cena aquella noche. Brown siguió á su patrono y á los nuevos huéspedes á la cocina, donde el banquete fué servido en una mesa bastante grande para reunir á Juan Armstrong y á todos sus joviales cuadrilleros. De allí á poco, solo se oyeron espresiones de una franca cordialidad, exclamaciones jubilosas, y recias carcajadas. El uno se vanagloriaba de sus proezas en la prima noche, el otro le embrumaba sobre ellas; pero nuestro capitán buscó en vano la cara del sombrío montero, y no le fué posible descubrirla.

Por fin se aventuró á hacer una pregunta con referencia al espresado.—Ha sucedido, amigos míos, dijo, un accidente muy singular á uno de VV., quien dejó caer su tea en el agua, cuando su camarada forcejeaba por traer á tierra un corpulento salmón.

—¡Accidente! respondió un jóven rabadan, que era precisamente el que habia clavado el salmon. En eso no hubo tal accidente. Estoy seguro de que Gabriel lo ha hecho á propósito. No le gusta ver que otro le monte la pierna en el trabajo.

—¡Verdad! dijo otro, y preciso es que le haya dado vergüenza; pues sino se hallaria aquí: porque á Gabriel le gustan las cosas buenas como al mas pintado de nosotros.

—¿Es de este pais?

—No, señor; hace poco tiempo que se ha establecido entre nosotros. Pero es un escelente cazador! Creo que ha nacido en las cercanías del condado de Dumfries.

—¿Y sabe V. como se llama, amigo mio?

—Gabriel.

—Ya, pero ¿Gabriel de qué?

—A fé mia, que Dios lo sabrá; nosotros nos apuramos muy poco sobre eso de apellidos. Uno mismo basta para una familia entera.

—Es menester que V. sepa, señor, dijo á Brown un anciano pastor, levantándose y hablándole á media voz, ha de saber usted, repito, que cuantos aquí ve son de los Armstrong (1), Elliot, ú de otros apellidos semejantes; así es que para distinguirse unos de otros, así los lairdes como los labradores toman el nombre del paraje donde habitan. Por eso se dice, Tom de Todsbaw, Hobbie de Sorbetree, y nuestro buen amo, que está ahí sentado, Dandy de Charlies-Hope. Además, señor, los inferiores son conocidos por algun apodo, verbigracia: Cristy el loco, Dewke el jorobado, ó bien por el nombre peculiar de su profesion, como, por ejemplo, Gabriel el de la Zorra ó Gabriel el Montero. Este hace poco tiempo que está en el pais, y no creo que se le conozca por otra apellidacion. Pero no está bien hablar por su espalda de esta manera. Lo cierto es que es un cazador de los buenos, aun-

(1) Esta nota, como es algo largá se ha puesto al fin de la obra.

que tal vez no sea tan diestro en la pesca del salmon como algunos de los nuestros.

Dinmont y varios de sus amigos se retiraron entonces á otra sala con el objeto de terminar la reunion á su modo, y dejar que los demás se entregasen á una algazara ruidosísima, pues que ya no le ponía trabas su presencia. Esta tertulia, así como todas las demas á que asistió Brown en Charlies-Hope, se pasó en inocente júbilo sostenido por frecuentes libaciones. Quizás tambien hubieran ido estas al exceso, á no ser por los esfuerzos de algunas *buenas mujeres*; pues el deseo de ver si la pesca seria venturosa habia traído á la granja á todas las señoras amas de los contornos; cuidado que el título *mistress* con que las designamos tiene en aquellas comarcas un significado muy diferente al que se las da en el gran mundo. Hallando pues estas que sus esposos llenaban con demasiada frecuencia el tazón de ponche, y que habia peligro de que se olvidase el respeto debido á su graciosa presencia, acometieron animosamente á los revolucionados bebedores, bajo la direccion de nuestra bendadosa Aylie, y consiguió Venus derrotar á Baco. Presentáronse en la sala dos músicos, el uno con un violin y el otro con una gaita, y se pasó gran parte de la noche bailando los concurrentes al son de los instrumentos espresados.

Una cacería de nutria y otra de tejon hicieron que transcurriesen con igual festividad los dos subsiguientes dias. Espero que nuestro capitán no perderá el aprecio de mi lector, por muy aficionado que sea á la caza, si le hago saber, que en esta última partida, habiendo Pepper el chico perdido una pata delantera y Mustard la jóven retirándose medio ahorcada, pidió Brown á Mr. Dinmont, como gracia particular, que permitiese retirarse sin molestia á su madriguera el pobre tejon por haberse defendido con tanta bizarría. Hubiérase burlado el labrador de semejante súplica si otra cualquiera persona sela hubiera hecho; mas como el solicitador fuese su huésped favorito, se contentó con espresar su asombro diciéndole:

—Está muy bien; pero vaya una idea original! Sin embargo, ya que V. lo apadrina, le juro que mientras yo viva ninguno de mis perros volverá á atacarle. Le llamaré en adelante el tejón del capitán. Por cierto que nada puedo negar á V. ¿pero quién creería que hubiera de interesarle un tejón?

Después de haber consagrado una semana de este modo á diversiones campestres, y recibido de su patrón todas las muestras de una franca amistad, despidióse Brown de las márgenes del Liddel y de la hospitalaria granja de Charles Hope. Los chicos, de quienes se había hecho íntimo amigo, lloraron á tra-po tendido luego que le vieron ausentarse, y vióse en la precisión de prometerles mas de veinte veces, que no tardaría en volver y tocarles en su flauta las canciones que quisiesen hasta que las supieran del todo.

—Vuelva V. pronto, capitán, dijo una chica descoocadilla—y Jenny será su esposa. Jenny contaría algunos once años y corrió á esconderse detrás de su madre.

—Sí, vuelva V. pronto, capitán, dijo también una regordetilla de seis años de edad, adelantando los labios para darle un beso; conmigo es con quien V. ha de casarse.

Preciso sería estar formado de una arcilla mas dura que la mía, para separarse de unos corazones tan sensibles con fria indiferencia. También la *buena mujer* ofreció su mejilla al viajero, juntando con una sincera modestia aquel afecto simple y penetrante que caracterizaba los antiguos tiempos.

—Lo que podemos hacer por V., dijo ella, vale bien poco; sin embargo, si hubiese alguna cosa que pudiésemos hacer....

—Está muy bien, querida mistress Dinmont, permita V. le dirija una petición. Hágame V. un plaid cenizoso, é igual al que gasta el *buen hombre*.

A pesar de su corta permanencia en Charles-Hope, se había acostumbrado Brown al lenguaje y á los usos del país, y le constaba el placer que iba á causar su petición á la persona á quien la dirigía.

—Fuera preciso que no tuviésemos un ovillo de lana, dijo la buena mujer con aire rebozando de gozo, para que yo no le hiciese á V. uno mas bello de cuantos hasta ahora se han llevado. Mañana mismo hablaré á John Goodsire, el tejedor de Castleton. Agur, capitán, Dios dispense á V. todas las felicidades que V. desea para los demás. Este es un voto que no se puede hacer en favor de todo el mundo.

No debo pasar por alto que Brown dejó á su leal amigo Wasp, en Charles-Hope, previniendo que su compañía pudiera perjudicarle en algunas ocasiones, que pudiesen necesitar de silencio y misterio. El muchacho mayor prometió cuidarlo con todo esmero y cederle *un rinconcito de su cama y un bocadito de su cena* (1), cual se espresa un antiguo romance, y de no permitirle empeñarse en aquellas peligrosas aventuras expedicionarias, donde la casta entera de los Pimientas y Mostazas sufrían tan frecuentes mutilaciones. Brown, habiendo hecho tambien algunos cariños por via de despedida á su fiel compañero de viaje, se dispuso á partir.

Todos los labradorés de aquellas montañas tienen mucha afición á montar á caballo y son buenos ginetes, pues suelen estar en la silla dias enteros sin apearse. Tal vez la vasta estension de sus haciendas, que por lo comun encierran dehesas estensísimas, y la necesidad de recorrerlas con frecuencia para vigilar sus ganados y pastores, hayan introducido esta costumbre. Un celoso anticuario la haria remontar hasta los tiempos del *Lay* (estrofa) *del último trovador*, cuando veinte mil cabalgadores se reunían al rededor de la lumbre que les servia de señal, para marcarles el sitio de asamblea. Sea como fuere, el hecho es incontrovertible, resultando de él una preocupacion que les hace suponer que solo puede viajar á lo San Francisco por economía ó por necesidad; insistió pues Dinmont de todas veras en que Brown aceptase un caballo, y se empeñó tambien en acompa-

(1) *A bit of his supper, a bit of his bed.*

ñarle hasta Dumfries; á donde el capitán habia dispuesto le remitiesen su equipaje, y desde cuyo punto se proponia continuar su viaje á Woodbourne, residencia de Julia Mannering.

Mientras caminaban, hizo el capitán algunas preguntas á su compañero de viaje respecto á la reputacion en que el montero era tenido, mas nada pudo averiguar, porque habia venido el espesado á establecerse en aquel pais durante el viaje que Dinmont emprendiera últimamente para recorrer las ferias circunvecinas.

—Tiene aspecto de picaron, dijo el buen Escocés, y aun sospecho que corre por sus venas un poco de sangre gitana; pero no era uno de los bergantes que nos acometieron en el camino. Si vuelvo á toparles, estoy cierto de que les reconoceré. Pero, aun cuando sea gitano, esta clase de gente tiene algo de bueno al cabo y al fin, y si jamás torno á ver aquella vieja alta, le daré para que compre tabaco; pues que, á pesar de todo, creo que me dió un buen consejo.

En el momento de despedirse de Brown el excelente labrador, tóvole agarrada la mano largo tiempo, y le dijo:

—Capitán, mis lanas han dejado migajon ogaño, mis rentas y gabelas están satisfechas, y luego que Aylie se haya mercado un guardapiés nuevo, y estén vestidos los chiquillos, no sé que hacer con el dinero que me sobre. Quisiera depositarlo en manos seguras, pues que eso valdrá mas que emplearlo en azúcar y aguardiente. Me han dicho que VV. los militares pueden proporcionarse ascensos cuando tienen dinero á su disposicion. Ahora bien, si dos ó trescientas libras fuesen á V. de alguna utilidad, una letrita de su puño, valdria para mí tanto como la plata, y V. señalará el plazo que guste para devolverme el préstamo. Mire V., en esto hará un verdadero obsequio á su amigo.

Apreció Brown la delicadeza de aquel hombre excelente, el cual mientras deseaba hacerle un servicio, daba muestra de solicitarlo de él. Agradeciólo sinceramente, y le aseguró que recurriria sin el menor miramiento á su bolsillo, toda vez que alguna

circunstancia hiciese necesario semejante socorro. En fin se separaron dándose testimonios mútuos de estensa amistad.

CAPÍTULO XXVII.

«Que la piedad en tí cabida tenga haz,
Alzame la cabeza; deja que muera en paz.»

JANE BAILLIE.

Alquiló nuestro viajero una silla de posta en la villa, donde se separó de Dinmont. Era su objeto dirigirse á Kippletringan. Allí tenia intencion de tomar los informes necesarios acerca de la familia reunida en Woodbourne, antes de informar á Miss Manning de su llegada al pais. Tenia que atravesar diez y ocho ó veinte millas de terreno baldío, en una comarca en donde el camino apenas podia trazarse, y, para añadir á las dificultades de la ruta, comenzaba á caer una nevada bastante espesa. Sin embargo avanzó el postillon durante muchas millas sin mostrar vacilamiento ni embarazo; mas luego que cerró la noche empezó á confesar que no sabia donde se hallaban. La nieve que caia cada vez en mayor abundancia, hacia aquella situacion tanto mas alarmante, cuanto que la nieve impelida del viento, dándole precisamente en la cara al postillon, le impedia abrir los ojos, y como todo cuanto le rodeaba era ya una sábana monótona, de ninguna utilidad le servia su conocimiento del pais. Bajóse Brown del carruaje, registró con la vista el circuito, sin otra esperanza que la de poder descubrir alguna habitacion, donde le indicasen el camino de Kippletringan; pero ninguna divisó. Fué pues indispensable proseguir el camino de la buena ventura. Rodeábanles arboledas de mucha estension; lo que les hizo creer que se hallaban en las cercanías de alguna quinta. En fin, despues de haber andado otra milla, paró el postillon jurando que sus caballos no querian tirar mas; pero añadió que columbraba una luz

á través de los árboles, la cual era preciso proviniese de alguna casa, y que iba á preguntar allí le diesen algunas reseñas para averiguar la direccion de la ruta. Apeóse, y con las piernas encajonadas en un par de botas cuyo cuero hubiera podido rivalizar en grueso con el escudo de siete capas que llevara el famoso Ayáx en el sitio de Troya, comenzó su viaje de descubrimiento. Brown, hirviendo de impaciencia, advirtió que le seria poco fácil adelantar con aquel calzado tan ligeramente como lo hubiera querido, hízole volver, le mandó que se metiese dentro de la silla de posta, diciéndole que él mismo iria á tomar las instrucciones necesarias.

Obedeció el postillon la órden con un placer estremado, y dirigióse el capitán hácia donde divisaba la luz. Un seto estorbó que se acercase á ella en línea recta, y tuvo que costearlo buen trecho; por fin, habiendo hallado un boquete, y luego un sendero practicable por medio de aquellos plantíos que en aquel paraje tenian inmensa estension, juzgó que la tal yereda le conduciría en derechura hácia la luz, objeto de su viage, pero no tardaron los árboles en ocultarla de su vista. El sendero, que al entrar en los bosques parecia recto y ancho, hacia entónces muchas revueltas, de modo que Brown podia apenas distinguirle, aun cuando la nieve reflejase una cierta blancura que alumbraba sus pasos. Así anduvo cerca de una milla, procurando seguir siempre la misma direccion, y abriéndose calle por los sitios donde era menos espesa la enramada: pero la luz no volvía á presentarse á sus ojos, ni se divisaba rastro alguno de habitacion humana. No creyó que lo que habia visto fuese un fuego fátuo; pues que la claridad resplandeciera demasiado tiempo, y se quedara constantemente en un mismo paraje, para que semejante idea cupiese en lo posible. ¿Seria tal vez alguna luz encendida en el chozo de algun guarda-bosques, quien luego la habia apagado? ¿Y sin este socorro, como era dable descubrir su habitacion? El terreno que en aquel instante pisaba nuestro viajero descendia con rapidez y era en extremo desigual, y como la nie-

ve cubriese los hoyos, resultó que diera Brown dos ó tres caídas. Así es que ya comenzó á pensar en volverse, tanto mas cuanto que la nieve caía con mayor violencia que antes.

Al hacer un último esfuerzo para avanzar algunos pasos mas, la luz, con gran satisfaccion suya, reapareció súbitamente. No estaba al parecer muy distante, y á nivel del bosque por donde marchaba nuestro capitán. Este, sin embargo, conoció muy pronto que era falsa esta conjetura, porque el declive del terreno continuando muy rápido, le hizo receloso de encontrar algun precipicio ó á lo menos algun barranco ó rio entre él y el objeto que buscaba. Caminó pues con mayor precaucion, y continuó bajando hasta el fondo de un vallecito por el cual discurría un arroyo, cuya carrera estaba obstruida en algunos parajes por el yelo y la nieve. Descubrió al rededor de sí las ruinas de muchas cabañas, algunos lienzos de cuyas paredes estaban en pié todavía, haciéndose notar por el contraste de su tinte negruzco. El tiempo habia destruido las techumbres, y los escombros amontonados y cubiertos de nieve ofrecían un frecuente obstáculo al progreso de nuestro amigo. Sin embargo, no desmayó por eso, atravesó el arroyo por encima del yelo, no sin alguna aprehension; y hallóse en fin cerca de la luz que buscaba.

Dificil era, con el auxilio de una luz tan débil, distinguir la naturaleza del edificio que ella alumbraba. Parecia una fábrica cuadrangular, de medianas dimensiones, y la cual pudiera haber servido en otros tiempos de morada á un propietario de segundo orden, ó de guardia y casa fuerte á algun belicoso baron. La bóveda del piso bajo, única que existia aun, formaba el techo de aquella derruida morada. Acercóse Brown al boquete por donde salía la claridad. Era una tronera cual se ve en los viejos castillos. Curioso de reconocer lo interior de aquella vivienda antes de introducirse, miró por la abertura, y una escena de desolacion se ofreció á sus ojos. Habia una abundante lumbre encendida en la habitacion, y el humo despues de haber circulado en ella se escapaba por un agujero practicado en la techumbre, los muros

párecian pertenecer á una ruina de dos ó tres siglos cuando menos. Dos toneles, porcion de cajones destrozados y varios paquetes y envoltorios se veian dispersos por la vivienda en el mayor desórden. Pero la atencion de nuestro viajero se fijó principalmente en los habitadores de aquella estancia. Sobre un monton de paja, cuyo único adorno lo constituia un raidísimo cobertor, veíase acostado un hombre, al que la palidez del rostro hubiera indicado ser un cadáver, si hubiera estado cubierto el cuerpo de las vestiduras peculiares de los difuntos. Mas no estaba muy distante para él la hora de la muerte; porque Brown advertia aquella respiracion lenta y penosa, que es el síntoma precursor de separar el alma del cuerpo. Una muger, cubierta de una ancha capa, estaba sentada sobre una piedra al lado de aquel lecho miserable, con los codos apoyados en las rodillas, y la cara vuelta hácia el moribundo; pero como estuviese el candil á su espalda no era posible distinguir sus facciones. De rato en rato humedecia los labios de su espirante compañero con un licor contenido en una taza cascada; cantando en los intervalos y á media voz con nota monótona, una de aquellas preces, ó como se las llama mejor, uno de aquellos ensalmos que el pueblo bajo en Escocia y en los condados septentrionales en Inglaterra recita á la cabecera del moribundo. Esperan, que en virtud de tales cánticos, se haga menos penoso el pasaje del alma á la otra vida, y les atribuyen la misma eficacia que achacaban antiguamente los católicos al doble de sus campanas. Acompañaba la muger esta lúgubre armonía con un balanceo del cuerpo, cual si intentase llevar el compas. Los cantares eran los siguientes sobre poco mas ó menos:

Espíritu! ¿por qué tan obstinado
Quebrar rehusas tu arcillosa trama?
¿Por qué luchar aun? ¿no has escuchado
El cantar de los muertos que te llama?

Rompe atrevido un lazo tan odioso,
Sus penas ese cuerpo acabar vea;
La Virgen celestial es tu reposo;
Vé la campana cual se balancea!

¿Temes que el frío, y la nieve hagan enojos
Al barro con el cual unías tu suerte.
Cuando el sueño prostrar cierre sus ojos?
Eterna es la noche de la muerte.

El alba va á puntar. Toma tu giro;
Vuelve á quien te envió; torna á sus manos
Pues solo aguarda tu último suspiro
Para entregar su presa á los gusanos.

Aquí se detuvo la cantora. Una especie de gemido, que lanzó el moribundo, pareció responderle y anunciar el término de su agonía.— No, dijo ella á media voz, no puede ser todavía. Le es imposible espirar con eso que abruma á su espíritu..... Eso le detiene aun.

El final no es nada muelle;
Pues le falta libre calle,
Rechusa el cielo recogello
Y la tierra sepultalle. (4)

Levantándose entónces, se dirigió á la puerta, y teniendo gran cuidado de no volver la cabeza para mirar atrás, descorrió los cerrojos; pues no obstante el estado de deterioro en que estaba la vivienda, se hallaba la puerta esmeradamente cerrada. La mujer levantó el pestillo y dijo:

Abrete, pestillo,
Para concluir
Entra, muerte, entra,
Alma en pena sal de aquí!

Brown, quien venia de dejar su puesto, hallóse precisamente cara á cara con ella cuando abrió la puerta. Retrocedió la desconocida un paso, é introdujose Brown en la habitacion, aunque poco lisonjeado de reconocer á la misma gitana que habia encontrado en Bewcastle. Ella tambien le conoció al instante, y su actitud, sus facciones, la inquietud que aparecia en su semblante, dieron á su fisonomía la espresion que debió haber manifestado la bondadosa mona, en aquel cuento de hadas, cuando advirtió á un extraño no entrarse en la morada peligrosa de su marido. Las

(4) Esta nota se verá al fin de la obra.

primeras palabras que ella pronunció, tendiendo la mano por su parte con aire de reproche.

—¿No os dije que no os mezclaseis en sus negocios? Cuidado con apartar á los que se baten (1)! No habeis venido á una casa en donde ha entrado la muerte naturalmente.

Así hablando tomó el candil, volvió la piquera hácia la cara del moribundo, cuyas facciones duras y desfiguradas estaban entonces en las convulsiones de la agonía. Rodeaba su cabeza una venda de lienzo, estaba empapada en sangre, y algunas manchas de esta se advertian en el cobertor y sobre los granzones que le servian de lecho. Claro era que aquel desdichado no fenecía de muerte natural. Horripilóse Brown á la vista de espectáculo tan horrendo, y volviéndose hácia la gitana—Infeliz mujer! exclamó, ¿quién ha dado muerte á este hombre?

—Aquel que el destino comisionara al intento! respondió Meg Merrilies, sin apartar del moribundo los ojos brilladores. Larga y cruel ha sido su agonía, pero ya llegó su término. Bien sabía yo que iba á espirar tan luego como entraseis vos..... Ese fué su último suspiro... Ya es cadáver!

En aquel instante se oyó á lo lejos el ruido de algunas voces.
—Ya llegan, dijo la gitana al capitan; aunque tuvieseis mas vidas que cabellos cubren vuestra cabeza, erais muerto al instante.—Recorrió Brown con la vista toda la habitacion en busca de algun arma defensiva, pero ninguna descubrió. Precipitóse hácia la puerta con esperanza de esconderse en el bosque, escapándose de un paraje que podia considerar como una cueva de asesinos. Detúvole Meg Merrilies con robusta mano—Os perdeis, le dijo, quedaos, quedaos, y yo os salvaré. Pero á cuanto veais ó escuchéis, ni un gesto, por el cielo! ni una palabra.

Viéndose en tan inminente peligro, juzgó Brown que el único partido que debería tomar era el seguir ciegamente los consejos

(1) Beware of the redding-stroke (redding stroke en lengua inglesa) guárdate del golpe enrojeciente: es decir, el daño que puede recibir el que se mete á poner paz á dos que riñen.

de aquella mujer. Esta le hizo echarse sobre un poco de paja que habia en un rincón de la vivienda, y opuesto al lecho donde yacía el cadáver. Cubrióle ella con esmero, y púsole encima además de las coberturas dos ó tres sacos vacíos que se hallaban en la habitación. Deseoso de ver cuanto iba á tener lugar, colocóse Brown de tal suerte, que nada se le escapase, y aguardó con inquietud el término de aquella aventura tan singular como poco agradable.

Entretanto la vieja gitana se puso á bregar con el difunto; le estiró los miembros, colocóle un brazo á cada lado, refunfuñando que era mejor hacerlo antes que se atiesara. Púsole sobre el pecho un plato lleno de sal, una vela encendida á la cabecera, y otra á los piés, y volvió á entonar sus cantares, aguardando la llegada de las personas cuyas voces habia oído.

Brown, á pesar de que era un militar nada cobarde, era al fin hombre, y sintióse bañado en sudor frio mientras consideraba el riesgo de que le descubrieran aquellos miserables, quienes solo podian ser unos facinerosos, al paso que no contaba con arma alguna ni otro medio de defensa que oponerles. Nadie podría oír sus gritos, y solo servirian sus ruegos de objeto de escarnio para sus agresores. Por fin su única salvacion estribaba en la precaria lástima de un ser asociado con aquellos bribones. Procuró buscar en aquella cara hosca y arrugada uno de aquellos rasgos que anuncian la humanidad, la compasion, y graba siempre la naturaleza mas ó menos en el rostro de una mujer, por muy depravada que esta sea. Nada de eso se leia allí. Cualquiera que fuese el interés que la gitana parecia tomarse por su suerte, no debía ostensiblemente su origen á la compasion. Quizás sería el móvil algun capricho, alguna simpatía estraña é inesplicable, alguna semejanza imaginaria, cual creyó hallar Lady Macbeth con su padre en la persona del rey dormido (1).

(1) Lady Macbeth no tuvo aliento para matar con su propia mano al rey Duncan, porque los blancos cabellos de este la recordaron los de su propio padre.

Tales fueron las reflexiones que sucedieron con rapidez en el espíritu de Brown. Nadie había parecido todavía, y varias veces tuvo intención de levantarse á fin de huir de aquella abominable guarida como desde luego había ideado. Maldijo la irresolución que le hiciera consentir en ocultarse donde la fuga se hacia ya tan imposible como la resistencia.

Tambien Meg Merrilies aparecia estar muy alerta. Prestaba el oido al susurro mas leve que se dejaba escuchar; tornábase al cadáver, y siempre veia algo nuevo que arreglar en él ó que alterar respecto á su posicion.—Es un hermoso cuerpo, dijo ella entre dientes, y bien merece que se le entierre con cuidado. Hacia muestra de refocilar sus ojos con aquel espectáculo horrible, y mirarlo con el mismo interés que lo hubiera hecho un profesor de anatomía. Sirvió de mortaja un capote negro que la gitana sacó de un rincon de la vivienda, y dejando descubierta la cabeza del difunto, le cerró los ojos y la boca, arreglándolo todo de tal manera que ocultase los vestigios de sangre—á fin, añadió ella, de dar al cadáver un aspecto mas decente.

Un rato después, entraron bruscamente en el aposento algunos hombres, cuyo aire y vestiduras anunciaban la profesion que ejercian.—Meg, dijo uno de ellos, hija de Satanás, ¿por qué has dejado la puerta abierta?

—¿Y á quién se le ocurriria dejar una puerta cerrada cuando iba á espirar un hombre? ¿Seria cosa que su alma pudiera pasar á través de esas barras de hierro y de esos cerrojos?

—¿Qué! ¿ha muerto ya? dijo uno, acercándose al cuerpo para mirarlo.

—Y tan muerto como está, añadió otro, y aquí hay con que hacerle las honras.

Así hablando sacó de un rincon un barrilito de aguardiente, mientras Meg se apresuraba á prepararles tabaco y pipas. La actividad de la gitana hizo que Brown concibiese algunas esperanzas; creyó que era la intención de su protectora escitar á los facinerosos á la embriaguez con el objeto de impedir que pudiesen

descubrirle, en caso de acercarse demasiado al paraje en donde se hallaba oculto.

CAPITULO XXVIII.

Nada poseemos; casas, techos, puertas,
Trojes y ajuar nos son desconocidos.
Para nosotros nunca en sobresalto
Asómase al umbral la dulce esposa;
Una caverna oscura constituye
Nuestra sola morada, y de las sombras
Hacemos día con necesario trueque.
Sonó la media noche, camaradas,
Arriba, pues, y alerta,
Esta es ya la hora cierta,
El momento seguro de emboscadas.

JUANA BAILLIE.

Pudo entonces Brown contar el número de sus enemigos. Dos de ellos eran hombres robustos, con aspecto de gente de mar, ó los cuales á lo menos habian tomado el traje de marineros con el objeto de disfrazarse. Eran los otros tres un viejo y dos jóvenes quienes por sus cabellos negros y su tez aceitunada parecian pertenecer á la tribu de Meg Merrilies. Pasábanse el uno al otro la taza en que bebían su aguardiente.

—Vaya á la salud de un buen viaje, dijo al beber uno de los marineros. Acometióle una borrasca cuando iba en rumbo; pero ya está anclado en el puerto.

Nos dispensarán los lectores el catálogo de juramentos y de imprecaciones, con que aquellas honradas gentes sazonaban sus discursos, y solo copiaremos de ellos lo que menos pueda herir sus oídos delicados.

—Mas de una vez le ha dado en la cara el viento del norte, observó otro, pero ahora no siente ya ni ráfagas ni tempestades.

—Ayer hizo su último curso, repuso el primero, y ahora la vieja Merrilies puede rezar por él, á fin de que tenga un próspero viaje.

—Maldita si rezo por él ni por tí, tunante, dijo Meg; ¡que mudanza de cosas ha habido en el mundo desde que yo era doncella! Los hombres de entonces eran hombres completos; sabian pelear de dia claro y no iban á matar á nadie de noche. Los nobles tenian corazon hidalgo; seguro está que hubiesen negado á la pobre gitana un trago de aguardiente y un bocado de pan. No habia uno de los nuestros desde el gran Fau (gefe de la tribu) hasta el pequeño Christie á quien yo llevaba en mis brazos, que hubiera querido quitarles un harapo. Pero vosotros no seguís las buenas reglas de otras veces; y así ni es de estrañar que la peca del verdugo y la argolla os agarren con tanta frecuencia. Sí; ya no sois lo que erais; le comeis el pan á un hombre neto, bebeis su cerveza, os acostais en su pajar, y en premio de sus buenas partidas, le descerrajais la puerta y cortais el pescuezo. Vuestras manos están mas llenas de sangre que las de los hombres que se hayan batido lealmente la vida entera. Así, ved cual os toca morir (*señalando al cadáver*) no como este que no ha fenecido repentinamente. Combatió largo tiempo, ni morir podia ni vivir tampoco; pero á vosotros la mitad de las gentes de la comarca os verá hacer muecas en la horca.

La profecía de Meg Merrilies hizo reir á carcajadas toda aquella honradísima reunion.

—¿Y á qué demonios has vuelto por acá, vieja loca? dijo uno de los gitanos ¿por qué no te quedaste donde estabas, para decir la buena ventura en los arenales del Cumberland? Anda, bruja, salte fuera, y registra si alguien nos está rondando la casa. No sirves para maldita otra cosa.

—¿Qué no sirvo para otra cosa? Bien serví para mas que eso en la gran refriega que tuvieron nuestras gentes con la partida de Patricio Salmon, y si estos dos buenos brazos no te hubieran salvado, Juan Baillie te hace trizas como á un vaso de vidrio... ¡pobre mozalvete!

Otra risotada se siguió á esta réplica, pero ahora fué á costa del héroe que habia sido socorrido por nuestra amazona.

—Vamos, abuela, dijo uno de los marineros, arriba con ese trago, y pelitos á la mar.

Asió Meg la taza, apuróla, y sin mezclarse ya en el coloquio, fué á tomar asiento cerca del paraje donde Brown estaba oculto, de manera que no hubiera sido posible acercarse á él sin incomodarla; lo que ninguno de los facinerosos parecia dispuesto á hacer.

Sentáronse al rededor de la lumbre, y comenzaron á celebrar consejo sobre algun asunto importante, mas como hablasen en voz sumisa y se valiesen de una jerga poco inteligible, solo pudo entender Brown que trataban de alguna venganza particular.

—Ya llevará su merecido, dijo uno de ellos al oido de su colateral.

—¿Qué hay ahora, Jack? ¿te vas volviendo gallina mojada?

—No, vive Júpiter! todavía tengo tanto corazon como tú, pero cierta cosa igual á esa hace que nuestro comercio esté parado há mas de veinte años. ¿No has oido mentar el Salto del Aforador?

—Sí, aquel me contó la historia, dijo el otro indicando con un movimiento de cabeza el cadáver de su compañero. Pardiez! y como se reía cuando nos explicaba el modo con que le habia arastrado hasta el borde del precipicio!

—Ya! pues eso fué cabalmente lo que ha desacreditado el tráfico tanto tiempo.

—¿Y por qué razon?

—¿Por qué? porque tuvieron miedo; ya nadie quiso comprarnos una hilacha. Luego habia tantas requisitorias contra nosotros...

—Pues mira; á pesar de eso preciso es que nos venguemos de él, y si le encontramos una de estas noches, que mire para qué ha nacido.

—Ya se durmió la vieja Meg, dijo uno de los otros. Empieza á chochear, tiene miedo de su propia sombra. Con todos sus añejos embelecos vendrá á parar en descubrirnos, si no se la vigila de cerca.

— Ah! no tengas cuidado, dijo un gitano canoso. Meg es de buena madera, y es la última en toda nuestra gavilla de quien yo llegaría á desconfiarme. Dejádla que tenga sus modos y su lenguaje particular. Duró la conversacion alg un tiempo todavía, pero en frases que se hicieron del todo incomprendibles para Brown. Valíanse de un idioma que les era propio, y ni este ni los ademanes que el coloquio acompañaban podrian dar norte alguno sobre el tema de su conversacion. En fin uno de ellos, viendo que Meg estaba bien dormida ó fingia estarlo, dijo á otro de los mas jóvenes que «fuese en busca de *Pedro el Negro*, á fin de abrirle la barriga.» (1)

Salió un instante el mozuelo, y trajo una maleta que conoció Brown al momento era la suya. Ocurriósele al punto la suerte que habria corrido el postillon que se quedó dentro de la silla, y temió no le hubiesen asesinado aquellos bribones. Atormentóle una idea tan horrible é hizo que redoblase su atencion. Escuchó pues con extremo cuidado todos sus discursos mientras vaciaban la maleta, y pasaban revista á sus vestidos y ropa blanca. Pero los bergantes estaban demasiado satisfechos de su presa, y har-to presurosos por examinar lo que entre sus manos habia caido para entrar en pormenores acerca del modo con que de ella se habian apoderado. Hallaron algunas alhajuelas, un par de pistolas, una cartera de badana que contenia varios papeles, algun dinero, etc. Cualquiera otra ocasion no hubiera podido soportar Brown el modo con que se repartian sin ceremonia sus despojos, befiándose á costa del propietario; pero su situacion era demasiado critica para que pudiese pensar en otra cosa que en los medios de salvar su propia vida.

Despues de haber desocupado la maleta completamente, y de haberse repartido cuanto en ella habia, conforme á las leyes de la justicia mas rigurosa, recomenzaron su orgía los salteadores.

(1) En la jerga de los ladrones ingleses se llama *Peter*, Pedro, á una maleta, *A biter of Peters*, un-muerde á Pedro, significa el ratero que desata con destreza las maletas de la zaga de los carruages.

Esperó Brown durante largo tiempo á que se embriagasen del todo, pues que entónces le seria fácil escaparse. Pero su peligroso oficio les obligaba á entregarse á la bebida con cautela, y supieron no dar cabida á la borrachera. Cuatro de ellos se dispusieron á dormir mientras el quinto se quedó de vigilante. Despues de estar de servicio dos horas, le relevó otro, y despues de la segunda centinela, el faccionario despertó á toda la cuadrilla, que, con gran satisfaccion de Brown, comenzó á hacer sus preparativos de marcha. Cada cual hizo un paquete de lo que le habia tocado en las partijas. Pero quedaba todavía otra cosa que hacer. Dos de ellos, despues de haber rebuscado en varios parajes de la habitacion, no sin causar alguna alarma á nuestro capitan, tomaron un azadon y una pala; otro sacó una piocha de detrás de la paja sobre la cual estaba tendido el cuerpo del difunto; y todos tres provistos de estos utensilios, salieron de la vivienda mientras los dos permanecieron en ella de guarnicion. Estos eran los dos robustos marinos.

Alguna media hora despues, uno de los que habian salido volvió y dijo algunas palabras á los que se habian quedado. Entónces estos agarraron el cadáver, que Meg amortajara segun hemos dicho, y se lo llevaron. Al instante sacudió la vieja sibila su sueño verdadero ó ficticio. Primero se dirigió á la puerta como para asegurarse de la partida de los salteadores. Retrocedió al momento, y dijo á Brown en voz baja aunque firme, que le siguiera sin pérdida de tiempo. Bien puede considerarse que no se haria de rogar mucho. Dióle alguna tentacion de recoger á lo menos sus pistolas, papeles y dineros, pero la vieja se opuso obstinadamente á que lo hiciera. Reflexionó al instante que si tomaba algo de lo que le pertenecía, las sospechas de los facinerosos recaerian sin duda sobre aquella mujer, á la cual segun todas las apariencias, debia la vida. Renunció pues á su intento, aunque no pudo resistirse á la carcomilla de guardarse un cuchillo de monte que los ladrones habian dejado sobre la paja. Apoderado de esta arma que ocultó debajo de su gaban, comen-

zó á respirar mas francamente, y creyóse cuando menos fuera de la mitad del peligro. El frio y la postura de encogimiento que se habia visto precisado á guardar toda la noche, habian entorpecido sus miembros; sin embargo siguió á la vieja, y el aire libre, junto con el ejercicio, le restableció bien pronto la circulacion de la sangre, y devolvióle al momento toda su energía.

El pálido albor de una mañana de invierno se hallaba algo aumentado con el brillo de la nieve que la helada habia conservado sobre la tierra. Dió Brown una rápida mirada sobre todo lo que le rodeaba con el objeto de reconocer el sitio. La torrecilla, de la cual solo quedaba en pié la bóveda, donde habia pasado la noche, estaba apoyada en la estremidad de una peña y dominaba el arroyo antedicho. Solo tenia acceso por el lado de la cañada. Por las demás partes se hallaba completamente aislada, merced á unas barrancas tan profundas que conoció nuestro héroe que se habia escapado aquella noche de multitud de peligros. Si hubiese andado el recinto del edificio, como habia tenido intencion, se hubiera hecho pedazos cayendo en algun precipicio. Era tan estrecha la cañada, que los árboles que la orlaban en ambos lados se tocaban en algunos parajes, y sus ramas cargadas de nieve, parecian cubrirla con un palio de yelo, debajo del cual se deslizaba el arroyo en aquellos puntos donde la helada no habia interrumpido su carrera. Un poco mas lejos se ensanchaba el valle, y allí era en donde estaban situados, entre el arroyuelo y la colina, los escombros del lugarejo por donde habia pasado Brown la noche anterior. Aquellas ruinas ahumadas y cubiertas de musgo le parecieron todavia mas negras, y formaban un notable contraste con la nieve que al pié de ellas el viento acumulara.

Solo tuvo tiempo nuestro capitan de examinar muy por encima aquel sombrío y triste paisaje. Su conductora, despues de haberse parado un instante como para dejarle satisfacer su curiosidad, comenzó á menudear el paso y se adelantó por la cañada arriba. No pudo menos Brown de concebir algunas sospechas al notar que ella seguia un camino donde la nieve manifestaba las re-

cientes huellas de muchos piés de hombres, y todo debía hacerle creer que los bandoleros, cerca de los cuales habia pasado la noche, eran los que imprimieran aquellos vestigios de sus pisadas. Tranquilizóle un instante de reflexion. ¿Era creible que una mujer que podia entregarle sin defensa á aquellos facinerosos cuando estaba reunida toda la banda, pensaria en campo libre, eran suyos tantos medios de salvacion? Por fin, el arma que habia recogido ponía colmo á su confianza. Continuó pues siguiéndola en silencio. Atravesaron el arroyo en el mismo paraje donde lo habian verificado aquellos cuyas huellas seguian. Estas huellas se encaminaban aun bastante trecho hasta un paraje donde el valle volvía á angostarse; entonces la vieja abandonando aquel sendero, tomó una vereda muy desigual y escabrosa hasta llegar á la colina que dominaba al arruinado lugarejo, aunque la nieve tapaba la tierra y hacia el camino bastante resbaladizo. Marchaba Meg con paso firme y seguro, probando así que conocía perfectamente el piso. En fin ganó la cumbre de la colina por una angostura tan escarpada, que Brown, aunque convencido de que la noche precedente habia pasado por aquel camino, apenas pudo concebir por cual milagro no se hubo despeñado cien veces al descender. Allí se extendía un llano cuya longitud era de algunas dos millas, en el extremo del cual se veía unas arboledas de considerable estension.

Continuó ella sirviéndole de guia un buen trecho á lo largo de la colina, costeano el valle, hasta que oyó en el fondo un ruido como de algunas voces; entónces, adelantándose en la llanura, dijo la gitana á su compañero:

—Seguid el camino derecho, y detrás de aquel arbolado encontrareis el sendero de Kippletringan. No perdais tiempo; alejaos con celeridad. Vuestra vida es muy mas preciosa que la de otros muchos. Pero todo lo habeis perdido.... aguardaos.

Metió en seguida la mano dentro de una enorme faltriquera de la cual sacó un grueso bolsón de color cenizoso.—Meg y los suyos, añadió ella, han recibido de vuestra familia cuantiosas

limosnas. Bastante ha vivido la que está aquí para devolveros una mezquina parte.—Púsole en las manos el bolsón.

«Esta mujer está loca», pensó Brown; pero el momento era poco favorable para pedir esplicaciones, seguia oyéndose ruido en el fondo de la cañada, y no podia dudarse que fuesen los bandidos.

—¿Y cómo he de devolveros este dinero, díjole él, y de qué suerte podré manifestaros mi agradecimiento por el señalado servicio que me habeis hecho?

—Dos encargos tengo que haceros, respondió la sibila hablando muy bajo y aprisa, el uno es, que jamás salga de vuestros labios lo que habeis visto esta noche; el otro, que no salgais del país sin volver á verme. Dejareis en el meson llamado *Armas de Gordon* la apuntacion del sitio en donde pueda hallaros; y que cuando me presente á vos, sea en iglesia ó en mercado, en boda ó en entierro, en sábado ó en domingo, en ayunas ó en hartancia, lo dejéis todo para seguirme al momento.

—¿Y eso qué beneficio podrá prestaros, buena anciana?

—Poco para mí, mucho para vos mismo; por esa razon os lo digo, no estoy loca aun cuando no me falten motivos para estarlo. No; ni estoy loca ni borracha, ni chocha. Sé lo que os pido. La voluntad de Dios os ha salvado de mil peligros, y su voluntad es que yo sirva de instrumento para restableceros en los bienes de vuestros antepasados. Dadme pues vuestra palabra, y acordaos que me debeis la vida por lo de anoche.

«Muy cierto, pensó Brown; hay algo de extraordinario en esta mujer; pero es mas bien una especie de entusiasmo que de locura.»

—Mirad, madre, ya que os limitais á pedirme unas cosas de tan mezquina importancia, os doy la palabra que me exijís; á lo menos por ese medio me proporcionareis la ocasion de devolveros vuestro dinero con alguna añadidura. El carácter vuestro es poco comun, pero...

—Marchaos, marchaos, repuso ella tendiéndole la mano; pero

no penseis en esa bolsa, pues contiene intereses que son vuestros. Acordaos únicamente de vuestra promesa, y tened cuenta de no seguirme, ni con los ojos tan siquiera.

Así hablando tomó la gitana el camino del valle y bajó el repecho con tanta rapidez que arrastró consigo cantidades de nieve y de témpanos de hielo.

A pesar de la prohibicion, buscó Brown un paraje desde el cual pudiese verla sin correr el riesgo de ser visto, pues conocia cuan necesaria le era la precaucion. Ofrecióle los medios de satisfacer su curiosidad un peñasco que se elevaba en medio de los árboles. Púsose de rodillas y asomando la cabeza poco á poco, vió á la vieja bajar á la cañada y reunirse con la gavilla de la noche anterior, la cual constaba de dos ó tres hombres mas. Habian limpiado la nieve al pié de una peña y cavado una sepultura bastante honda. Todos estaban colocados al rededor, y bajaban al hoyo un bulto envuelto en un paño pardo, el cual conoció Brown que era el cuerpo que habia visto amortajar pocas horas antes. Permanecieron inmóviles y silenciosos durante un minuto, cual si tributasen algun sentimiento á la pérdida de su camarada. Pero si esta era la sensacion que experimentaba, fué de cortísima duracion; todas las manos se pusieron en movimiento y se ocuparon en llenar la huesa, mientras Brown, viendo que su faena tardaria poco en concluirse, juzgó que su mejor partido seria obedecer los consejos de la gitana. Púsose pues en camino y solo pensó en ganar lo mas prontamente posible la arboleda que tenia delante de los ojos.

Luego que llegó á ella, dirigió sus pensamientos al bolsón que le habia dado la vieja. Sentíase, en verdad, algo humillado con la idea de deber socorro semejante á una persona de su catadura. Sin embargo, la necesidad le forzaba á aceptarlo, y por ese medio se veia libre de un grande apuro; pues solo tenia en el bolsillo algunos chelines, porque llevaba el grueso de su dinero en la maleta, de que eran dueños actualmente los amigos de Meg Merrilies. Necesitaba algun tiempo para escribir á su banquero,

y aun para dirigirse á su buen patrono de Charles Hope, quien se hubiera complacido en facilitarle las cantidades que le hiciesen falta. Resolvió en consecuencia recurrir al bolsón de la gitana, contando con la seguridad de devolverle muy pronto su préstamo con algun interés. «Aquí solo puede haber una friolera,» pensó nuestro jóven, «y tambien creo que la rumbosa hembra tendrá para resarcirse una buena parte de los billetes de banco que hallaron en mi maleta.»

Hechas estas reflexiones, abrió la bolsa, calculando que hallaría en ella cuando mas tres ó cuatro guineas. Mas cual fué su sorpresa al descubrir, además de una cantidad bastante considerable de monedas de oro de toda especie y de todos los paises, al valor de unas cien libras esterlinas, varias tumbagas y otras joyas cuyo precio era todavía mayor.

No esperimentó Brown en aquel momento menor embarazo que admiracion. Veía entre sus manos unos objetos cuyo valor aparentemente escedia á cuantas prendas contaba por suyas. ¿Mas por cuáles medios habia adquirido la gitana su posesion? Sin duda por los mismos que habian puesto la maleta del capitán en el poder de los asociados de aquella vieja incomprendible. Concibió desde luego la idea de informarse de la residencia del juez de paz mas inmediato, para dar ante él declaracion de cuanto le habia acontecido y entregarle el tesoro del cual se hallaba poseedor de una manera tan inesperada. Bastó un instante de reflexion para hacerle caer en los inconvenientes que llevaria consigo un paso semejante. Desde luego seria faltar á la promesa dada de guardar sigilo sobre los acontecimientos de aquella noche, en segundo lugar seria comprometer la seguridad y quizás hasta la vida de una mujer á quien era deudor de la suya propia, y la cual le habia entregado voluntariamente aquel tesoro, cuya generosidad misma pudiera acarrearla su perdicion.

Fué imposible tomar semejante determinacion. Ultimamente, era un extranjero, desconocido en aquel pais; la pérdida de sus papeles le ponía fuera del caso de probar quien fuese, ni de iden-

tificar su categoría ante un magistrado, quien pudiera ser tal vez un hombre grosero y estúpido.—Lo calcularé mas despacio, pensó él, quizás encontraré algun regimiento acantonado en estas intermediaciones. En tal caso un conocimiento y relaciones con un gran número de oficiales del ejército, no podrán menos de asegurarme un crédito que me sería difícil obtener de un juez civil. Entonces podré contar con que el comandante del cuerpo me ayude á arreglar las cosas de manera que guarezcan de todo peligro á esa desgraciada loca, cuya equivocacion me ha valido tanto en este lance. Un magistrado civil se creeria obligado á decretar incontinenti un mandamiento de prision contra ella, y yo seria el causante de cuanto pudiera sobrevenirle. No, aunque la vieja fuese el diablo en persona, se ha portado muy bien conmigo, y yo debo pagarle en la misma moneda. Debo concederle igual privilegio al que se disfruta en un consejo de guerra, donde el punto de honor modifica á veces la severidad de la ley. Además que he de verla en las *Armas de Gordon*, si bien me acuerdo; entonces le devolveré su bolsón, y cõjala el tribunal si se le antojare.

Sacó Brown del bolsillo cuatro guineas para subvenir á sus necesidades presentes, prometiendo tardar muy poco en retribuir las, y lo cerró en seguida dispuesto á no abrirlo mas sino para devolverlo á quien se lo habia dado, ó para depositarlo en las manos de algun funcionario público. Tambien pensó en el cuchillo de monte que se habia llevado de aquella cueva de salteadores. Su primer movimiento fué el arrojarlo en aquella arboleda, donde á la sazón se encontraba, pero el temor de topar alguno de los facinerosos le precisó á no deshacerse de él. Aunque no estuviese vestido de uniforme, tenia su traje una hechura tan militar que podía ceñir un arma sin darse una apariencia ridícula. Por otra parte, aunque la costumbre de gastar espada comenzara á perderse entre las personas que no seguian la carrera del ejército, no habia caido tan en desuso que hiciese notable á las personas que á ella seguian conformándose. Cifóse pues al

costado su cuchillo de monte, y prosiguió su ruta con esperanzas de encontrar pronto el camino que le habian indicado.

CAPITULO XXIX.

¿Recuerdas, di, nuestra feliz infancia?
 Los bellos dias que nuestro fué el gozar?
 En el estudio igual nuestra constancia,
 Solazaba nuestro ocio igual cantar?
 Nuestra aguja paría una misma flor,
 Nuestro gusto era el mismo y nuestra alma;
 So la misma techumbre siempre en calma
 Vivíamos sin rencilla y sin humor.

SHAKESPEARE. UN SUEÑO EN UNA NOCHE DE ESTIO.

Julia Mannering á Matilde Marchemont.

Cómo es posible que me digas, querida Matilde, que nuestra amistad se entibia, y que mi cariño está mudando de objeto? ¿Podré yo olvidar á la amiga que mi corazon eligió, y en el seno de la cual he depositado todos los sentimientos que la pobre Julia se atreve á confesarse á sí misma? No eres menos injusta creyendo que concedo á Lucy Bertram una preferencia sobre tí; te juro que ni aun le he hecho la confianza mas leve. Ella es, sin duda, una escelente chica, y la quiero mucho; me precisa tambien convenir en que las ocupaciones á las cuales nos entregamos juntas, de dia y de noche, han dejado á mi pluma menos tiempo del que hubiera exigido una correspondencia tan regular como la nuestra; pero ella carece de todos los pulimentos del gran mundo. Su saber se limita al conocimiento de la lengua francesa é italiana, las cuales le ha enseñado el monstruo mas grotesco que puedes figurarte, y á quien mi padre ha tomado como á una especie de bibliotecario suyo, con el objeto, supongo, de hacer alarde del poco caso que hace de las opiniones del mundo. Parece hallarse persuadido el coronel Mannering de que nadie puede mirar como ridícula alguna cosa que le pertenezca, ó que tenga con él la mas mínima relacion. Me acuerdo que estan-

do en la India recogió no sé donde un perrillo feísimo, al cual tuvo á bien declarar favorito suyo; y que unas de sus grandes quejas contra Brown era la libertad que este se tomaba de mofarse de las patas torcidas y orejas colgonas del precioso Bingo: Te juro, Matilde mía, que precisamente se deberá al mismo principio el que se haya formado el mas alto concepto del mas ridiculo de todos los pedantes. Hace que se siente á su mesa, en la cual pronuncia el *benedicite* con los mismos tonos de un hombre que pregona pescado por las calles, embute tajada tras de tajada en su gañote, así como se echan lios de ropa en una carretilla, y sin dar señal alguna de saber lo que se está tragando dá gracias á fuer de músico que en cada nota se desafina y corre á sepultarse entre montones inmensos de enormes libros de á folio roídos de la carcoma, y cuya facha es sobre poco mas ó menos tan bonita como la suya. No es porque semejante estafermo no me divierta bastante, y mucho mas lo haria si tuviese á mi lado con quien reir á mis anchas; pero, cuando se me antoja soltarle una pulla á Mr. Sampson (así se llama el lindo personaje) se pone tan mustia Miss Lucy que me corta las ganas de seguir la broma, mientras mi padre arruga el entrecejo, se muerde los labios y me lanza una mirada tan terrible cuando no concluye por dispararme un sarcasmo tan cortante que me desconcierta completamente.

«Sin embargo no es el espresado *magister* quien forma el objeto de mi presente carta. Quería decirte solamente, que como está muy instruido en las lenguas antiguas y modernas, se ha encargado de enseñar estas últimas á Lucy, y creo que si ella á estas horas no sabe el hebreo, el griego y el latin, habrá de agradecerlo á sus buenas luces, las cuales le hacen eximirse de las lecciones que su amabilísimo preceptor le daria de buena gana. Ella posee á la verdad muchos conocimientos, y te aseguro que me sorprende ver su habilidad en estar siempre entretenida, con repasar y coordinar en su memoria cuanto ha aprendido anteriormente. Todas las mañanas leemos juntas, y el idioma italiano

comienza á gustarme mucho mas que cuando tú y yo tomábamos leccion de aquel *mercader de enseñanza* llamado Cicipici; pues es así como debe escribirse su nombre y no Chichipichi. Bien ves que comienzo á ponerme sabia.

« Pero creo en mi ánima que quiero á miss Bertram todavía mas por motivo de las habilidades de que carece, que por los conocimientos de que es poseedora. No entiende una jota de música, y baila como una aldeana, es decir con alegría y placer. Así es que me toca tambien el turno de ser maestra; le doy lecciones de arpa y ya le he enseñado algunos de aquellos pasos que nos enseñó La Pique, el cual sabes decia que yo daba buenas esperanzas.

« Por la noche suele leernos papá, y no te puedes figurar con cuanto gusto sabe cortar los versos. No se parece á algunos lectores de profesion, los cuales confunden la lectura con el arte declamatorio, arrugan la frente, giran los espantados ojos, hacen mil muecas, y gesticulan como si estuviesen en un teatro y vestidos de toda gala; mi padre tiene un modo muy distinto: sin procurar que la atencion de los oyentes se atraiga sobre él por sus tonos y ademanes, se contenta con hacerles sentir con buen gusto los sentimientos espresados por el autor que lee. Lucy monta perfectamente á caballo, su ejemplo me envalentona, y en despecho del frio damos por la mañana nuestro paseo, ya á pié, ya en nuestras hacaneas. Resulta de todo esto, querida mia, que no me queda tanto rato de ocio para escribirte como me acontecia anteriormente.

« Tambien no estará demás te dé la trillada disculpa de todos los perezosos, esto es, que nada tengo que decirte que te sea interesante. No te hablaré de mis temores é inquietudes con referencia á Brown; pues que son menores desde que me consta se halla con salud y libertad; respecto á mis esperanzas no sé á derechas si debo ó no concebir alguna. Tambien hê de confesarte que estoy algo picada con él. Parece que deberia haberme hecho sabedora de sus intenciones. Habrá habido quizás alguna

imprudencia en nuestras entrevistas; pero ¿le tocaba á él notar-la? ¿era su obligacion terminirlas tan bruscamente? Si tal es su modo de pensar puedo asegurarle que tambien es el mio, y mas de una vez he juzgado que mi conducta habia sido algo ligera. Sin embargo, mereceme tan escelente opinion el pobre Brown, que no puedo menos de creer que le asista algun poderoso motivo para remitirse al silencio.

« Pero, á fin de volver á miss Bertram; puedes estar segura, amada Matilde, que tus celos carecen de fundamento. Jamás será ella rival tuya en el afecto mio. Es una jóven muy amable, sensible y cariñosa; pocas personas hay á quien yo prefiriera para acudir por solaz en los males verdaderos de la vida; pero como estos por feliz fortuna son poco frecuentes, necesitamos una amiga que sepa lastimarse de las penas de nuestro corazon. El cielo sabe, Matilde mia, y tú no ignoras que estas penas necesitan de los consuelos de la amistad, así como los pesares que se clasifican de más serios. Lucy desconoce este género de simpatías, sí; las desconoce totalmente. Si me acometiera una calentura, pasaría ella toda la noche velando á mi cabecera, y me prodigaria todos los esmeros del mundo con paciencia infatigable; pero seria tan inútil como su viejo preceptor para calmar el fuego de la fiebre del alma, como tantas veces lo ha hecho mi querida Matilde.

« ¿Sabes que tambien estoy algo picada con ella? La gazmillerita tiene un amante, y su mútuo amor, pues no se me ha escapado que se corresponden, encierra mucho de romántico é interesante. Ella debia heredar una cuantiosa fortuna; pero la prodigalidad de su padre y la bribonería de su administrador, un verdadero tunante en quien habia depositado toda su confianza, la arruinaron completamente. Uno de los jóvenes mas amables y mejor parecidos de las cercanías le hace una asidua corte, pero como sus padres son muy ricos, y él es el único heredero de su vasto caudal, se niega ella á prestarle todo alentamiento por causa de la desigualdad que existe entre sus fortunas.

« No obstante, á pesar de esta reserva, de esta modestia y de este desinterés, Lucy no deja de ser algo astuta. Estoy cierta de que ama al jóven Hazlewood, y no dudo que él la obligaría á confesárselo, toda vez que así mi padre como ella propia le proporcionaran la ocasion. Pero es bueno tambien decirte que el coronel mismo tributa á miss Bertram aquellos pequeños obsequios que pueden facilitar á un amante los medios de declarar sus sentimientos. Ojalá que á mi padre no le suceda lo que á otros muchos que al querer mezclarse en negocios ajenos se encuentran cuando menos lo imaginan cogido en la red. Si yo fuera Hazlewood, los cumplimientos que hace mi padre á miss Bertram, sus cortesias, sus atenciones, el cuidado que tiene de ofrecerle la mano y de acompañarla á todas partes, me darian alguna sospecha; y para decírtelo todo, he sorprendido algunas veces á nuestro jóven enamorado sumido en reflexiones que á mi parecer debian su origen á aquella causa. Imagínate el papel tan pobre que hará Julia en ocasiones semejantes. Aquí mi padre hace el galán junto á mi jóven amiga; acullá Hazlewood está ocupado completamente en atisbar todos los movimientos de sus labios ó de sus ojos; mientras yo no tengo la mezquina consolacion de interesar á ningun ser viviente, ni aun al monstruo digno de la casa de las fieras, del cual te he hablado mas arriba, y que con la boca abierta de par en par, tiene siempre sus ojos rebentones fijos en la señorita Bertram, mientras permanece mudo como una estatua.

« Todo esto me causa á veces crispaciones nerviosas, que de vez en cuando añaden un grado mas á mi natural travesura. Recientemente, un dia que la conducta de mi padre y de los dos amantes me llegó á fastidiar hasta lo sumo, causéme de ver que hacian el mismo caso de mí que si estuviese aun en las Indias Orientales, dirigí un ataque bastante brusco contra Hazlewood y al cual no podia él sin grosería impedirse de replicar. Te aseguro, Matilde, que es jóven de mucho mérito, y al cual hasta entonces nunca habia yo visto en una luz tan ventajosa. Animá-

base la conversacion cuando un suspiro de Lucy me hirió el oido. Era yo demasiado generosa para seguir mas lejos mi triunfo, aunque me hubiese causado miedo papá, quien por buena dicha para mí, estaba á la sazón muy ocupado, haciendo á miss Bertram una larga descripcion de los usos y costumbres de cierta casta de indios ilustrándola con diseños, de los cuales garabateaba tan completamente los dibujos de bordado pertenecientes á Lucy, que le echó á perder los mas hermosos, pintarracando en ellos varios trajes orientales. Pero creo que ella ni en aquel instante pensaba en la bata que se estaba bordando ni en los turbantes y vestiduras de los súbditos del Gran Mogol. Sin embargo no fué tan desgraciado para mí en que mi padre no cayese en la manobra de mi pequeña intriga, porque tiene los ojos tan penetrantes como el águila, y es enemigo declarado hasta de la sombra misma del coquetismo.

«Pues bien, Matilde mia; tambien Hazlewood oyó aquel suspiro, y al momento se arrepintió de las atenciones instantáneas que habia desperdiciado en un objeto, tan indigno de ellas como lo es tu Julia. Acercóse á la mesa junto á la cual trabajaba Lucy, con una espresion de sentimentalidad muy cómica retratada en su semblante. Hízole una observacion de poquísima importancia, y preciso era tener el oido perspicaz de un amante ó de una curiosa atisbadora como yo para descubrir en la respuesta que le dió Lucy un tono mas frio y ceremonioso que el usual; mi héroe, quien se echaba la culpa á sí mismo, halló en él una reconvenccion, y tomó un aspecto consternado y abatido. Bien puedes hacerte cargo que convenia á mi generosidad intervenir como mediadora. Mezcléme pues en la conversacion, tomé el tono de una persona desinteresada, que nada habia visto ni oido, púseles poco á poco en la carrera habitual de sus conversaciones, y despues de haber servido por algun tiempo de canal comunicatorio por donde se trasmitian sus pensamientos mútuos, puse entre ellos un tablero de ajedrez, y mientras un juego tan serio les ocupaba, dispúseme á atormentar á papá, quien no habia aca-

bado aun de garabatear sus diseños. Has de saber que los jugadores de ajedrez estaban sentados junto á la chimenea, con los codos apoyados en una pequeña mesa sobre la cual estaba puesto el damero. El coronel se hallaba en la otra estremidad de la sala que es muy grande; tiene una forma irregular y está adornada de una tapicería de dibujos tan caprichosos que el artista ejecutor de ellos tendria, segun creo, mucho trabajo en explicar su argumento.

«Comencé con él en voz baja la conversacion siguiente:

—«Dígame V., papá ¿es el ajedrez un juego muy divertido?

—«Así dicen, contestóme él sin mirarme siquiera.

—«Creo que lo será mucho, segun lo aplicado que está en él Mr. Hazlewood con la señorita Lucy.

«Mi padre levantó con premura la cabeza, y su lápiz dejó de pasearse un momento por encima del papel. Aparentemente nada vió que pudiese causar la mas leve inquietud, porque tornó á dibujar tranquilamente los pliegues del turbante de un Marata. Pero yo volví á interrumpirle:

—«Papá ¿qué edad tiene miss Bertram?

—«Que sé yo, poco mas ó menos la que tú.

—«¡Bah! tiene mucha mas. Siempre me está V. diciendo que ella sabe hacer mejor que yo los honores de la mesa del té. ¡Válgame Dios! papá, ¿por qué razon no le concede V. de una vez el derecho de presidir en ella?

—«Julia mia, tú estás loca de remate, ó por mejor decir, tienes mayor malicia de la que yo te suponía.

—«Lo que V. guste, papa mio; pero por nada en el mundo pasaría yo la plaza de loca.

—«¿Entonces por qué razon hablas como si lo estuvieses?

—«No me parece tan descabellado lo que digo á V. Todo el mundo confiesa que es V. un arrogante mozo (asomóle á los labios una sonrisa) esto es para la edad que V. cuenta (frunció el entrecejo mi padre) la cual todavía no es mucha. ¿Y á qué no seguir su inclinacion si puede hacerle feliz? Conozco que su Julia

de V. tiene los cascos á la gineta y tal vez una esposa de un carácter mas grave y más asentado añadiría quizás á la felicidad de V.

«Hubo, en el modo con el cual me tomó la mano una especie de tierno reproche que me hizo conocer lo mal que yo hacia en embromar con sus sentimientos.

—«Julia, díjome él, mucho perdono á tu ligereza natural. Este es un castigo que juzgo haber merecido por no haberme cuidado de tu educacion con bastante esmero, sin embargo, no deberias haberte desmandado sobre un asunto de tanta delicadeza. Si no respetas los sentimientos que conserva tu padre á la memoria de la madre que perdiste, no olvides á lo menos los sagrados derechos del infortunio, y que si una sola palabra de las que acabas de proferir llegase á los oídos de miss Bertram, la obligaria á renunciar á este asilo, y á esponerse, sin proteccion, á un mundo que hasta ahora tan duro se ha mostrado para con ella.

«¿Y qué habia de responder á esto, Matilde mia? Conocí mi yerro; pedí perdon y prometíle que en lo sucesivo seria yo una buena muchacha.

«Así, me ves neutralizada completamente. No puedo, en honor ni en conciencia, atormentar á la pobre Lucy, haciendo el papel de coqueta con Hazlewood, no obstante la poca confianza que ella me dispensa; despues de la grave fraterna de mi padre, no me atrevo á darle vaya sobre un asunto tan delicado. ¿Sabes en que ocupacion paso mi tiempo? Hago con las tijeras muñecos de papel, los que me divierto luego en quemar á la luz; dibujo cabezas de turcos, sirviéndome de lapiz las puntas quemadas de unas tarjetas de visita; por cierto que hice anoche un soberbio Hyderabad; paseo mis dedos á lo que salga, sobre mi infortunada lira; cojo un libro de lectura seria, empiezo á leerlo por la última página, y así continuo hasta llegar á la primera.

«Al fin y al cabo comienza á darme inquietud el silencio de Brown. Si se hubiese visto precisado á dejar el pais, creo que por lo menos me hubiera escrito cuatro letras. ¿Será posible que mi

padre haya interceptado sus cartas? No, esto es contrario á todos sus principios. No seria capaz de abrir una carta que me enviassen al anochecer, aun cuando se tratase en ella de que yo me escapara por la ventana con un amante al rayar el dia. ¡Vaya una espresion que se ha estraviado de mi pluma! Casi me avergüenzo de ella, hasta por habértela dicho á tí que tan acostumbrada estás á mis bromas. Luego, tampoco debo tener á gala el obrar como obro; porque Mr. Van-Beest-Brown no es un amante tan ardoroso que se empeñe en precipitar al objeto de sus amores en un paso tan adelantado. Es hombre que da todo tiempo á la reflexion; esto no cabe duda. Sin embargo, no le condenaré sin oirle antes, y no quiero poner en desequilibrio la franqueza y energía de su carácter, despues de haberla elogiado tantas veces. Si él fuese capaz de miedo, de titubeo ó de liviandad no seria acreedor á mi resentimiento.

«Me dirás: ¿por cuál razon, cuando juzgo á mi amante dotado de una fidelidad, de una constancia tan estable, hago muestra de picarme porque no soy objeto de las atenciones de Hazlewood? ¿Y á mí que se me dá de quien reciba homenajes de él? Esta pregunta me la hago cien veces al dia. La única respuesta que puedo darme, y de la cual quizás no me halle contenta, es que sin querer alentar una infidelidad formal, no me gusta verme olvidada.

«Te escribo todas estas ideas, porque sé que te causan diversion, y sin embargo ellas me llenan de asombro. Cuando hacíamos á hurtadillas tú y yo algun viaje al país de las ficciones, siempre admirabas lo sublime y lo romántico. Necesitaba tu imaginacion caballeros andantes, endriagos, bellezas perseguidas, encantadores, visiones, almas en pena, y manos ensangrentadas. Por mi parte, preferia las intrigas que pueden acaecernos en el discurso de la vida, ó bien los milagros que pudieran provenir de la virtud de uno de nuestros genios orientales ó de alguna hada benéfica. Gustábate pasear el bajel de tu vista por el vasto océano, ver las calmas y borrascas de este, sus precipicios entreabiertos

y sus montañas elevándose hasta las nubes. Yo quería que mi es-
quife surcase un lago cuyas aguas estuviesen agitadas por una
ventolina bastante viva para exigir alguna destreza de parte del
navegador, aunque no para inspirarle temores de cuantía. Por
eso, amiga querida, creo en resúmen que deberías haber tenido
un padre como el mío, dotado del orgullo que le inspiraba su
abolengo, de su delicadeza caballeresca sobre el punto de honor,
sus distinguidos talentos, sus conocimientos profundos y miste-
riosos; tu amiga debería ser Lucy Bertram, quien cuenta una se-
rie infinita de progenitores cuyos nombres son mas difíciles de
aprender de memoria que de deletrear, y los cuales fueron en
otros tiempos dueños y señores de todo este romántico país; Lu-
cy Bertram, digo, que nació, según he oído decir, con harta con-
fusion, en circunstancias tan extraordinarias como interesantes.
En fin deberías ser poseedora de nuestra vetusta quinta rodeada
de montañas, y dar tus solitarios paseos por las ruinas de los al-
rededores. Yo en trueque ansiaría tener vergeles, bosquecillos,
los prados artificiales y los invernáculos de Pine-Park con tu
buena tia tan pacífica como indulgente, con su ratito de iglesia
por la mañana, su siesta después de comer, su partida de whist
por la noche, sin que se me queden en el tintero sus gordos caba-
llazos, ni su cochero todavía mas gordo. Sin embargo, es preciso
tengas presente que en este trueque no incluyo á Brown. Su hu-
mor festivo, su animada conversacion, su galantería natural,
convienen á mi plan de vida, así como sus elegantes formas, su
aventajada estatura, sus hermosas facciones y su orgulloso talen-
to, le vendrían pintados al héroe de una novela caballeresca. En
fin no está en nuestras facultades trocar suertes; y por tanto juz-
gó que será lo mejor contentarse cada cual con la que tiene.»

CAPITULO XXX.

—No acepto tu desafío, y si prosigues hablándome en esa guisa, atrancaré mis puertas para estorbarte la entrada.

—¿No ves esa ventana, Storm?—Y á mí que se me dá? Nada temo. Soy un criado del buen duque de Norfolk.

EL FESTIVO DIARIO DE EDMONTON
antigua comedia que unos atribuyen á Shakespeare y otros á Drailon.

Julia Mannering á Matilde Marchmont.

He estado mala, querida Matilde, y dejo la cama para hacerte participe de las escenas estrañas y aterradoras que acaban de tener lugar aquí. Ah! cuanto debemos guardarnos de discurrir con liviandad á cerca de lo futuro. Concluí mi última carta con algunas observaciones harto impertinentes sobre tí y sobre tu gusto á todo lo que es romántico y estraordinario; lejos estaba yo de sospechar que pocos dias despues habria de tocarme el turno de hacerte la relacion de un acontecimiento de esta clase. Ay de mí! son cosas tan distintas, amiga querida, el presenciar una escena de terror y leer la descripcion de ella, como lo seria el verse una suspendida sobre el borde de un precipicio, sin tener mas que un endeble arbustillo donde agarrarse y de admirar ese mismo precipicio pintado en un paisaje por Salvator. Pero hablemos desde luego sobre lo que debo contarte.

«Has de saber que la situacion de este pais es muy favorable para el comercio de contrabando, el cual ejerce una partida de hombres osados procedentes de la Isla de Man. Estos defraudadores son formidables tanto por su número como por su audacia, y en diversas épocas han sido el espanto de estas cercanías, cuando se ha querido poner obstáculos á su tragin. Los magistrados, ora por timidez, ora por un motivo mas vituperable todavía, se

hacen los ciegos respecto á este desórden, mientras la impunidad sirve para hacer mas emprendedores á los delincuentes. Pudiera creerse que mi padre, como extranjero y sin hallarse revestido de autoridad alguna, poco ó nada tendria que ver con gentes de semejante calaña, mas es preciso creer, como lo dice él mismo, que ha nacido bajo la influencia del planeta Marte, y que hasta en el seno de una vida retirada y tranquila preciso es vengan á buscarle la guerra y sus horrores.

«El lunes pasado, á eso de las once de la mañana, proponíanse mi padre y Hazlewood ir á dar un paseo por las orillas de un pequeño lago, distante de aquí algunas tres millas para cazar patos silvestres. Lucy y yo estábamos arreglando nuestro plan de estudios para todo el día, cuando oímos las pisadas de muchos caballos que se acercaban á la casa por la calle de árboles; hallábase la tierra endurecida de resultas de una fuerte helada, y las herraduras de los cuadrúpedos resonaban mas audiblemente. A poco rato vimos tres hombres á caballo, armados de escopetas; cada uno de ellos llevaba del diestro ademas otro caballo bien cargado de fardería. Sin seguir el camino que describe varias vueltas, tomaron á campo atravesa la línea mas corta á fin de ganar cuanto antes la puerta de nuestra casa. Tenian el aspecto de la inquietud y del desórden; corrian á galope tendido, volviendo con frecuencia la cara atrás, como personas que temian las persiguiesen. Acorrieron á la puerta mi padre y Hazlewood, preguntáronles á quién ó qué cosa buscaban, y cuál objeto les traia á la quinta. Respondieron que eran empleados del resguardo que acababan de aprehender á unas tres millas de aquí, aquellas acémilas cargadas de géneros de contrabando; pero que habiendo ido los defraudadores en busca de refuerzo, intentaban darles caza jurando que ellos rescatarian sus mercancías, dando muerte á los guardias que habian osado aprehenderlas; en fin, sabiendo estos que mi padre habia servido en el ejército de S. M. no vacilaban en buscar un refugio en Woodbourne, persuadidos de que no rehusaria su proteccion á unos dependientes del rey, ame-

nazados de asesinato por haber cumplido con su obligacion.

«Mi padre, que en su entusiasmo de lealtad militar, acogeria con el mayor respeto á un perro que se le presentara á nombre del rey, dió órdenes al punto para que entrasen en la casa los tercios decomisados, recibió en ella á los tres ginetes, é hizo que todos sus criados se armasen á fin de hacer defensa en caso necesario. Segundóle Hazlewood con bastante actividad. El animal salvaje, que lleva por nombre Sampson, salió de su huronera y apoderóse de uno de aquellos fusiles con los cuales se caza el tigre en el Indostan. Mas como era la primera vez que tocaba un arma semejante, fuésele el tiro al torpe y por poco mata á uno de los aduaneros. A tan inesperada esplosion, el Dómine (este es el sobrenombre con que se conoce al susodicho original) exclamó su palabra favorita, *pro-di-gi-a-so!* vocablo que le sirve comunmente de interjeccion cuando alguna cosa le causa una viva sorpresa. Sin embargo, no hubo fuerzas que le hicieran abandonar el fusil. Dejéronle por lo tanto en su posesion pero se tuvo gran cuidado de no darle balas ni pólvora. Al oir el tiro me alarmé sobremanera, pero bien puedes hacerte cargo que cada cual se hallaria á la sazón harto ocupado para regalarme los oidos con la relacion de esta aventura; solamente despues de concluida la escena que voy á describirte fué cuando Hazlewood nos dió los pormenores del celo y bizarría que habian distinguido al desmañoso preceptor.

«Luego que mi padre hubo puesto la casa en estado de defensa y colocado en las ventanas toda su gente armada de fusiles, mandó que nos retirásemos.... si mal no me acuerdo, á la cocina, para que estuviésemos fuera de todo peligro; pero nada pudo determinarlos á dejar la habitacion en donde se hallaba él. Aunque yo estaba asustada de muerte, poseo hasta tal punto el carácter de mi padre, que prefiero ver con mis propios ojos el peligro que nos amenaza á oir desde lejos sus efectos sin poder juzgar de su naturaleza ni de sus adelantos. Lucy, mas pálida que una estatua de mármol, no apartaba los ojos de Hazlewood, sin

dar la mas leve muestra de oír los ruegos que este la dirigia para que se retirase. Pero en verdad, á no ser que consiguieran los agresores forzar la puerta de la casa, no era muy grande el peligro á que nos esponíamos. Las ventanas estaban casi tapiadas con almohadas y colchones, y á la grave angustia del Dómine Samsom con los mas abultados volúmenes de á folio, que se habia bajado á toda prisa de los estantes de la biblioteca; en fin solo se habia dejado los huecos suficientes para poder, en caso necesario, hacer fuego á los sitiadores.

«Terminadas todas las disposiciones, nos sentamos Lucy y yo en aquel aposento, que casi estaba á oscuras; todos los hombres permanecieron silenciosos cada uno en su puesto, considerando sin duda que el peligro se acercaba; mi padre, á quien una escena semejante no parecia ocasionar la mas leve emocion, iba de uno á otro, reiteraba sus órdenes, encargando especialmente que nadie tirase hasta que él no diese la voz de fuego. Hazlewood, quien parecia sacar de sus ojos nuevos brios, le servia de edecan, llevaba con celeridad sus órdenes á las demás partes de la casa, y cuidaba de que se pusieran en ejecucion. Nuestra partida consistia en doce hombres incluso los tres empleados del resguardo.

«El silencio que reinaba durante esta penosa expectativa no tardó en sufrir interrupcion. Oimos un ruido que al principio hubiera podido tomarse por el de una catarata, pero el cual era producido por los piés de muchos hombres y caballos que acorrian á galope tendido. Me aproximé á una de nuestras troneras desde la cual podia ver la llegada del enemigo. No te puedes figurar una reunion de caras mas horribles; no obstante el rigor del frio, estaban casi todos en mangas de camisa y pantalon, y venian armados de fusiles, sables y pistolas. Yo, aunque hija de militar y acostumbrada desde la infancia á la imágen de la guerra, nunca me he asustado tanto como á la vista de aquellos facinerosos, los cuales prorumpieron en vociferaciones de rabia al conocer que les habian arrebatado su presa.

«Hicieron alto un instante, luego que pudieron advertir los

preparativos que para recibirles se habian hecho, é hicieron muestra de celebrar consejo entre sí. Por fin adelantóse uno de ellos, que tenia el rostro tiznado con pólvora, con el objeto sin duda de disfrazarse; ató un pañuelo blanco en la punta de su carabina y solicitó hablar con el coronel Mannering. Mi padre, con grande terror mio, abrió la ventana en cuya proximidad tenia su puesto, y le preguntó que queria.

—«Queremos los géneros que nos han quitado, respondió el bribon; mi teniente me ha dado órden de decir á V. que, si se nos entregan, dejaremos para otro día el ajustar nuestras cuentas con los bergantes que nos los han robado; pero que, si se niega nuestra petición, pegaremos fuego á la casa, y que no habrá misericordia para alma viviente que se encuentre en ella.

«Repitió muchas veces esta amenaza sazonzándola con los juramentos y las imprecaciones mas horribles.

—«¿Y cuál es vuestro teniente? le preguntó mi padre.

—«Aquel hombre montado en el tordillo y que lleva un pañuelo rojo liado á la cabeza.

—«Pues bien! decidle de mi parte, que si él y la canalla miserable que acaudilla no se retiran en el momento, voy hacerles fuego sin la mas leve tardanza.

«Así hablando, cerró mi padre la ventana y rompió la conferencia.

«Apenas se incorporó el truan con su gavilla, cuando todos prurumpieron en gritos, ó mas bien en alaridos semejantes á los de una horda de salvajes, é hicieron una descarga general contra la casa. Los cristales de todas las ventanas se hicieron añicos sin que se esceptuase uno siquiera, pero las precauciones que se habian adoptado impidieron que las balas penetrasen en lo interior. Sucediéronse otras dos descargas á la primera sin que se las contestase con un solo tiro. Advirtió entonces mi padre que algunos de ellos tomaban hachas y picos, con el objeto sin duda de venir á atacar la puerta de la casa.—Nadie tire, gritó el coro-

nel, excepto Hazlewood y yo. Hazlewood, asegure V. al parlamentario.—El mismo disparó contra el facineroso que estaba montado en el caballo tordo, y le hizo venir á tierra al instante. No fué Hazlewood menos diestro: su fusil volteó al parlamentario quien se habia apeado de nuevo y avanzaba con un hacha en la mano. La caída de estos dos desalentó á sus camaradas, quienes comenzaron á montar á toda prisa. Entonces se les hizo una descarga general, que les obligó á ponerse en fuga, llevando consigo á sus muertos ó heridos. No pudimos cerciorarnos si la pérdida que habian sufrido se reducía á los dos hombres contra los cuales dispararai mi padre y Hazlewood. Un instante despues de su retirada y con júbilo nuestro, vimos llegar un numeroso destacamento de soldados, los cuales hallándose de guarnicion en un lugar poco distante, se habian puesto en marcha á los primeros tiros que oyeran. Una partida de ellos escoltó á los dependientes del resguardo y su presa hasta la villa mas próxima, y los otros permanecieron dos dias en la quinta para protegerla de todo proyecto de venganza que pudiesen concebir los bandidos.

«Debo añadir que se halló en el camino real, y á corto trecho de nuestra casa, el cadáver de un hombre, que como te he dicho, tenia la cara tiznada con pólvora. Sin duda juzgarían imposible llevárselo mas lejos. Todavía estaba vivo, pero murió á la media hora. Se reconoció que era un aldeano de la vecindad, considerado generalmente como ladron y contrabandista.

«Recibimos los parabienes de las familias de los contornos, y fué opinion general que algunos ejemplares semejantes pondrian término á la audacia de aquellos malhechores.

«Elogió sobremanera mi padre la sangre fria de Hazlewood, y distribuyó propinas entre los criados. Lucy y yo, fuimos tambien declaradas beneméritas por haber sostenido el fuego con valor, sin que nuestros chillidos ni soponcios hubiesen estorbado las operaciones de nuestro general en jefe. En cuanto al Dómine, suplicóle mi padre que hiciesen un trueque de sus respectivas cajas de tabaco de polvo, y el pedagogo ensalzó á las nubes la

hermosura de su nueva tabaquera.—Pro-di-gi-ó-so, dijo, es tan pulida como si fuese hecha de verdadero oro de Ofir!—Y bien raro seria si no lo fuera porque es verídicamente de ese metal; pero me precisa hacer justicia á los bellos sentimientos de este excelente hombre, quien aunque conociese el valor real de la alhaja no la apreciara mas que si fuese de similor, como lo cree. En su concepto el gran mérito que tiene es, haber pertenecido á mi padre. Mucha faena ha tenido en arreglar de nuevo los libros de á fólío que nos habian servido de trincheras, y en reparar los daños que sufrieran durante la acción. Nos ha entregado algunas balas que aquellos macizos tomos recibieron en el combate, y las cuales las ha estraído el Dómine con el mayor esmero. Si me hallase para bromas, te haria una relacion muy cómica del asombro que manifestaba al ver con cuanta sangre fria escuchábamos el detalle que nos daba de las heridas que habian estropeado á Santo Tomás de Aquino ó al respetable San Crisóstomo; pero no me siento con el humor dispuesto para chanzas, y solo me queda hacerte sabedora de otro acontecimiento que mas de cerca me atañe. Sin embargo me encuentro tan rendida de fatiga que dejaré la tarea para mañana. Voy á hacer que lleven esta carta al instante, con el objeto de que no concibas la mas leve inquietud respecto á tu buena amiga

«Julia Mannering.»

CAPITULO XXXI.

«En qué mundo estamos?... ¿Sabeis esta preciosa historia?

SHAKESPEARE. EL REY JUAN.

Julia Mannering á Matilde Marchmont.

Querida Matilde: voy á anudar el hilo de mi narracion en el punto donde ayer te rompí.

«Durante dos ó tres dias, solo hablamos del sitio que habíamos

sostenido, y de los que pudieran venir detrás. Propusimos á papá que fuéramos á pasar una temporada en Edimburgo ó cuando menos en Dumfries, donde se encuentra excelente sociedad, no fuere que el resentimiento de aquellos malvados nos jugase alguna trastada; pero este proyecto no obtuvo su aprobacion. Nos respondió con mucha sangre fria que no tenia intencion de abandonar la defensa de la casa con perjuicio del propietario y de sus muebles; que deberíamos creer que se hallaba en estado de adoptar las medidas convenientes para la seguridad de su familia; que permaneciendo tranquilo en su hogar, estaba bien cierto de que aquellos miserables habian recibido por primera vez una leccion demasiado severa para venir á hacer una nueva intentona; pero que, si hacíamos muestra de tenerles miedo, seria precisamente el resultado atraer sobre nosotros el peligro que nos causaba recelo. Sus razones nos tranquilizaron, y la indiferencia que manifestaba por mi alarma nos devolvió ánimo suficiente para proseguir el interrumpido curso de nuestros paseos ordinarios. Advertia yo sin embargo que mi padre cuidaba de que la casa se cerrase bien todas las noches, y exigia de los criados tuviesen las armas listas, para que se sirviesen de ellas sin entorpecimiento en caso necesario.

«Pero hace tres días nos sucedió una aventura, mas alarmante para mí que la embestida de los defraudadores.

«Ya te he dicho que hay, á corta distancia de Woodbourne una laguna, á donde nuestros caballeros van algunas veces á cazar patos. Se me ocurrió á la hora del almuerzo decir que tendria sumo gusto en ver como corrian patines en aquel paraje á los aficionados que se reunen allí todos los dias desde que la superficie del agua está cubierta de una capa de yelo bastante gruesa. Habia suficiente nieve sobre la tierra; pero la helada habíala endurecido, y juzgué que Lucy y yo podríamos encaminarnos allá solas, tanto mas cuanto que el camino hácia el pequeño lago está lleno de gentes, á quienes llevaba tambien la curiosidad. Hazlewood se ofreció al instante á servirnos de escudero, y como acu-

diesen á asaltarnos nuevos terrores, le dijimos llevase consigo una escopeta. La idea de ir armado de cazador para dar un paseo por las nieves le causó mucha risa; mas de pura complacencia por nuestros temores hizo que le siguiera un criado á quien encargó la escopeta. Respecto al coronel, no es muy aficionado á la bulla, ni á las concurrencias donde solo hay que ver figuras humanas, como no se trate de alguna revista ó cosa que se le parezca: así es que no quiso ser de nuestra partida.

«Nos pusimos en marcha muy temprano. La mañana estaba hermosa pero muy fria, y conocimos la influencia que ejerce un aire puro sobre el cuerpo y el ánimo. Nuestro paseo hasta llegar á la laguna fué delicioso, y los pequeños obstáculos que topamos solo sirvieron para hacérselo mas agradable aun. Por ejemplo, una bajada algo resbaladiza, una zanja que teníamos que pasar sobre el yelo, hacian que nos fuese indispensable el auxilio de Hazlewood, y no creo que por esta razon disgustase mucho á Lucy la caminata.

«Ofrecia la laguna un espectáculo encantador: orlaba una de sus márgenes una escarpada peña de cuya cima pendian varios enormes témpanos de yelo, que brillaban á los rayos del sol. La orilla opuesta se hallaba ceñida de un bosquecillo, el cual ofrecia el caprichoso cuadro de una almáciga de pinos cubiertos de nieve. Sobre la superficie de las heladas aguas se veia una multitud de figuras en movimiento, ocupadas en correr patines: unas recorrían el yelo en línea recta con la velocidad de la golondrina; otras trazaban en él círculos graciosos; una turba de mirrones oscurecia las riberas del lago y se ocupaban en observar á los vecinos de dos parroquias, los cuales se disputaban el premio de la agilidad sobre el yelo, honra que, segun parecian, consideraban muy importante.

«Dimos vuelta á toda la laguna, en compañía de Hazlewood, quien nos llevaba de bracete. El bondadoso jóven hablaba con mucha afabilidad á los niños y á los ancianos, y parecian que le amaban de veras cuantos encontrábamos. Por último pensamos en volvernos á casa.

«Mas, ¿por qué me entretengo en la relacion de unos pormenores tan minuciosos? ¡Dios sabe que no lo hago porque me causen el mas leve interés en este momento! pero semejante al hombre que en peligro de ahogarse se agarra á las ramillas mas endebles que el árbol de la ribera proyecta sobre las aguas, procuro llegar lo mas tarde posible á la catástrofe de mi relato. Y sin embargo, precisa llegar á él si anhelo conseguir á lo menos de mi amiga aquella compasion que mi inesperada desgracia me da derecho de pretender.

«Volvíamos á la quinta por un sendero que atraviesa un bosque de abetos. Lucy habia soltado el brazo de Hazlewood, pues ella solamente le acepta en casos de absoluta necesidad; yo seguí con él de bracete. Caminaba mi amiga detrás de nosotros, y el criado venia á mayor distancia. Tal era nuestro órden de marcha, cuando repentinamente, y en uno de los recodos del camino, se presentó Brown delante de nosotros, cual si hubiera salido de las entrañas de la tierra. Su traje era muy sencillo, ó algo mas que muy sencillo, para decir la verdad. Parecia inquieto y agitado. Yo lancé un grito de sorpresa. Equivocóse Hazlewood respecto á la naturaleza de mi emocion, y mientras Brown se adelantaba en ademan de hablarle, gritóle aquél con altanería que se retirase y no alarmara la dama que tenia la honra de iracompañando. Replicóle Brown con acritud que no era él quien habia de enseñarle la manera de conducirse, respecto á aquella señora ó á otra cualquiera. Creo que Hazlewood oyó su respuesta imperfectamente, y que bulléndole dentro de la cabeza todavía las amenazas de los contrabandistas, creyó que aquel desconocido formaba parte de la gavilla, y traía alguna siniestra intencion. Quitóle el fusil de las manos al sirviente, quien se habia acercado á nosotros, y apuntando á su enemigo á quemarropa, le juró que iba á hacerle fuego en caso de no retirarse. Mis gritos solo sirvieron para acelerar la catástrofe, pues Hazlewood los atribuia á terror y me era imposible articular una sola sílaba. Brown, viéndose amenazado asió la escopeta por el cañon y

luchó un instante con su adversario á fin de desarmarle. De repente la bala con que iba cargado traspasó el hombro de Hazlewood, quien vino á tierra en el instante. No ví mas; todo desapareció de mis ojos y perdí el conocimiento. Informóme despues Lucy, que el desventurado autor de aquella catástrofe permaneció algunos momentos contemplando la escena con ojos que se parecian á los de un idiota, hasta que como á los gritos de ella hubiese acudido gente tomó otro sendero y se perdió en el bosque—desde entónces no se ha vuelto á saber de él. El criado no se metió en detenerle, y la pintura que hizo de él á los que acudieron les inclinó á dar pruebas de humanidad socorriendo al herido, mas bien que de valor persiguiendo á un hombre que les representaban armado de piés á cabeza y dotado de unas fuerzas á toda prueba.

«Hazlewood fué conducido á Woodbourne, de donde estábamos mas cerca que de la casa de su padre. Está muy malo, pero se asegura que su herida no es mortal. Respecto á Brown, las resultas de este acontecimiento son incalculables. Ya era objeto del encono de mi padre; ahora, mírale espuesto al rigor de las leyes y la ira del viejo Hazlewood, quien amenaza revolver cielo y tierra para descubrir al que le ha herido al hijo. ¿Cómo podrá sustraerse á las activas pesquisas que ponga en accion la venganza de un padre? ¿Y si le descubren, conseguirá escaparse de la severidad de las leyes, segun las cuales, como aseguran, tiene pena de la vida? ¿De qué arbitrio me valdré para advertirle del peligro en que se halla? La pena que causa á Lucy la herida de su amante, y que no la es posible disimular, es para mí un nuevo manantial de amarguras. Cuanto me rodea parece conspirar contra mí con el objeto de reprocharme una indiscrecion que ha causado todas estas desdichas.

«He estado gravemente enfermo durante dos dias, y solo me ha aliviado el saber que Hazlewood iba mejor, sin que pudiese descubrirse quien le hubiese herido, atribuyéndose generalmente el hecho á uno de los contrabandistas. Las investigaciones se dirigen como es natural contra ellos, y por lo tanto, le será mas

fácil á Brown escaparse de sus perseguidores. Me halaga la idea de que á estas horas se halla bastante lejos de aquí. Pero muchas partidas de á pié y de á caballo corren los contornos de esta quinta, y no oigo decir que han preso á un hombre sin que al momento me atormenten nuevos recelos.

«Sin embargo me consuela mucho el proceder y la generosidad de Hazlewood, quien se sostiene en decir que, prescindiendo de cuales fuesen las intenciones de la persona que le ha herido luego que se acercó á nosotros, la escopeta se disparó por casualidad y sin que tal fuese la idea de su adversario. El criado, por su parte, dice que la escopeta fué arrojada de manos de Hazlewood y dirigida contra él, al paso que Lucy corrobora esta declaracion. No sospecho que traten de agravar la culpa de aquel, que se empeñan en representar como reo, pero esta es una prueba de la incertidumbre de los juicios humanos! ¡Cuán fácilmente puede engañarnos hasta la misma evidencia de nuestros sentidos! porque es bien cierto, que solo el acaso, fué quien disparó el arma! Quizás el mejor partido que yo pudiera tomar era hacer á Hazlewood confidente de mi secreto.... pero es tan jóven! y esperimento una repugnancia invencible en participarle mi calaverada. Una vez tambien se me ocurrió declarar todo á Lucy, y por vía de exordio, comencé preguntándole si se acordaba de las facciones del hombre que habíamos, encontrado tan desgraciadamente. Hízome ella entonces una pintura tan horrorosa de su fisonomía, que me quitó las fuerzas de confesar á mi amiga lo mucho que aquel desconocido me interesaba. Preciso es que la preocupacion haya cegado completamente á miss Bertram, pues hay pocos hombres mejor parecidos que el pobre Brown. Hacia algun tiempo que yo no le veía y aunque su traje estuviese algo desaliñado, y su aparicion en la escena que se siguió no podian presentárnosle con todo su mérito, parecióme que tenia mayor nobleza y mas número de gracias que nunca. ¿Me será dado volver á verle? ¿y quién puede contestar á esta pregunta?

«Escríbeme sin regañarme, querida Matilde! ¡mas de que sirve hacerte tal ruego! Sin embargo, lo repito, escíbeme cuanto antes, pero no me regañes por Dios! No tengo el espíritu en disposición de saborear los consejos, ni de soportar las reconvenciones. Tampoco me encuentro de vena para replicar con chiste. Experimento los temores de un niño, el cual queriendo poner en movimiento una máquina, no puede mirar, sin asustarse, el aparato de ruedas, palancas y cilindros que pone en juego su débil mano.

«No debó olvidarme de decirte que mi padre me mimaba hasta lo sumo, y atribuye únicamente al susto que llevé la indisposición que sufro.

«Espero que Brown habrá hallado arbitrios para evadirse á Inglaterra, á Irlanda ó á la Isla de Man. Le interesa permanecer oculto hasta que Hazlewood esté completamente curado de su herida. Si le descubrieran en este momento, las resultas podrían serle terribles. Por buena fortuna las comunicaciones entre la Escocia y los países vecinos no son muy fáciles, por lo que supongo que no irán á buscarle en tierras estrañas. Procuro fortalecer mi espíritu con todos los razonamientos que pueden alejarle el temor de semejante desgracia. ¡Válgame el cielo! ¡en qué corto espacio han estallado sobre mí tantos males y pesares! ¡Y estos bien verdaderos por cierto han venido en pos de aquella vida tan uniforme de la cual me hallaba yo dispuesta á quejarme anteriormente. Pero no es mi ánimo fatigarte mas tiempo con mis lamentaciones.

«Adios, querida Matilde, continúa amando siempre á tu sincera amiga

«*Julia Mannering*»

CAPITULO XXXII.

«No es con los ojos como podemos ver claramente las cosas de este mundo; miralas con tus oídos. Observa cual ese juez atormenta á ese bobo ladrón con sus preguntas—Escucha atentamente—Trueca aho sus papeles.—Y en un abrir y cerrar de ojos, dime, ¿cual de los dos es el juez? ¿cual el ladrón?»

SHAKESPEARE. EL REY LEAR.

Entre los que mas faena se daban por descubrir el desconocido que hiriera al jóven hidalgo, estaba Gilbert Glosin *Esquire*, antiguo procurador del lugar de... ahora laird de Ellangowan y uno de los jueces de paz en aquel condado. Asistíale muchos motivos para desplegar grande actividad en esta averiguacion; pero ya suponemos que nuestro lector, quien á estas horas estará algo enterado del carácter de este sugeto, no podrá atribuirle al celo ni al amor desinteresado de la justicia.

Lo cierto era que aquel respetable personaje no se hallaba tan feliz como se habia lisonjeado serlo, despues de conseguir, merced á sus artimañas, hacerse propietario de las haciendas de su bienhechor. Cuando repasaba en su memoria la posicion que habia ocupado antes, no se felicitaba siempre á sí mismo por el éxito de sus trapisondas. Conocia que se hallaba escluido de la sociedad de las nobles familias que habitaban en las cercanías, al nivel de las cuales habia creído encumbrarse. No le admitian en sus reuniones particulares; y en las juntas públicas le daban de lado, mirándole con frialdad y menosprecio. Era en virtud de principios y preocupacion que así se le trataba. Los hidalgos del país le despreciaban á causa de la oscuridad de su nacimiento, y le detestaban en razon á los medios infames que habian puesto en su poder aquel caudal. Todavía peor visto se hallaba de las clases ordinarias. Lejos de darle, cuando le dirigian la palabra,

el nombre de su hacienda de Ellangowan, ni aun le llamaban Mister Glossin—en todas ocasiones se le decia Glossin á secas. Su vanidad tenia sin embargo en tan alto precio el título que él creia debiera pertenecerle, que una vez se le vió dar medio duro á un mendigo, el cual pidiéndole limosna, le habia llamado por tres veces señor de Ellangowan. Esta falta general de atencion se le hacia tanto mas sensible, cuanto veia á Mr. Mac-Morlan, aunque mucho menos rico que él, perfectamente recibido en todas partes, querido y respetado de los pobres y de los ricos, labraba los cimientos de una fortuna mediana pero sólida, con la aprobacion y el aprecio de cuantos le conocian.

No obstante el despecho que le causaba lo que le placia llamar prevenciones y preocupaciones por parte de sus compatriotas, era Glossin demasiado prudente para quejarse de ellas en público. Conocia que la fecha de su elevacion era demasiado reciente para que pudiese perdonársele, así como los medios que le habian servido de escalera para encumbrarse eran demasiado aborrecibles para que se olvidaran tan fácilmente. Dotado de toda la mañosidad de un hombre que todo lo debe á su fortuna y al estudio de las flaquezas humanas, andaba en acecho de alguna ocasion que pudiera hacerle útil á los mismos que le despreciaban. Los hidalgos campestres tienen á veces sus rencillas con referencia á sus haciendas, y el auxilio de un hombre instruido en el conocimiento de las leyes pudiera hacerse necesario para alguno de ellos. Confiado sobremanera en sus propias habilidades; en fin no dudaba que á fuerza de paciencia y astucia conseguiria hacerse mas importante, mas respetado en los contornos, y, como dice Burns, ser la cuerda principal del instrumento (1).

La acometida de los contrabandistas á la casa del coronel Mannering, y á la que siguió de cerca la herida del jóven Hazlewood, pareció á Glossin una ocasion muy favorable para probar al condado entero cuanta utilidad podria redundarle en poseer

(1) THE TENGUE OF THE TRUMP, *la lengua de la trompa*; llámase así la cuerda principal de la harpa judaica, por ser la mas sonora.

un magistrado versadísimo en las prácticas forenses, y el cual sabría desalojar á los defraudadores de sus guaridas mas ocultas. Esto era para él mas fácil que á nadie, porque en otros tiempos habia estado en relaciones estrechas con los jefes de aquellos bergantes. Habia tomado parte en algunas de sus empresas, y ayudádoles con sus consejos y otros servicios, pero hacia mucho tiempo que discontinuara su amistad con ellos. Constábale que la vida de los grandes hombres de esta clase se ve sujeta á muchas vicisitudes, y que mas de una razon les obliga á mudar con frecuencia el lugar de operaciones, en donde hacen resplandecer sus talentos: no tenia pues por qué sospechar que sus investigaciones pudiesen comprometer á alguno de sus antiguos amigos, quien tal vez tendria en su poder medios de venganza. La parte que en tiempos anteriores habia tomado en aquel tráfico, no debia, segun él, impedirle que hiciese servir á sus intereses particulares la esperiencia que habia adquirido. El alcanzar la estima y proteccion del coronel Mannering no era grano de anís para él, y el adquirir las buenas gracias del viejo Hazlewod, que ocupaba la primera fila entre los magnates del condado, le era aun mas importante todavía. En fin, si lograba descubrir, aprehender y entregar como reo al culpable, seria suya la satisfaccion de mortificar á Mr. Mac-Morlan y herir de muerte su nombradía; pues en cualidad de sustituto del Sheriff de aquel condado era él quien debia naturalmente ocuparse de aquellas investigaciones. ¡Qué triunfo para Glossin si conseguia verificar, en virtud de puro celo, lo que por obligacion no le seria posible á Mac-Morlan ejecutar!

Impelido de razones tan poderosas, puso en movimiento todos los dependientes subalternos de la justicia, é hizo jugar todos los resortes posibles á fin de descubrir y aprehender algun individuo de la partida de contrabandistas que habian atacado á Woodbourne, y con especialidad al malhechor que hiriera á Carlos Hazlewood. Prometió grandes recompensas, indicó los medios mas á propósito, para lograr el fin, empleó su influencia

con las personas á quienes conocia por favorecedoras del contrabando, ya insinuándoles que era mejor sacrificar á uno ó dos de aquellos miserables que esponerse á que recayeran sobre ellas mismas los indicios de complicidad; pero durante algun tiempo todos sus esfuerzos fueron inútiles. El pueblo bajo temia y favorecia demasiado á los contrabandistas para prestarse á hacerles traicion.

Por fin el digno magistrado consiguió informarse de que un individuo, cuyas señas correspondian exactamente con las del hombre que habia herido á Hazlewood, pernoctara la víspera del encuentro en las *armas de Gordon*, en Kippletringan. Sin perder un momento presentóse Glossin en aquel lugarejo con el objeto de examinar á su antigua conocida Mistress Mac-Candlish.

Bien puede acordarse el lector de que el tal Glossin no estaba muy conceptuado en los papeles de la honrada posadera. En consecuencia ella no se dió mucha prisa por acudir á la sala donde él la aguardaba; por fin entrando en ella hizole Mistress la reverencia mas fria que pudo, y tramóse la conversacion en la manera siguiente:

—Hace una hermosa mañanita de invierno, señora Mac-Candlish.

—Sí señor, muy hermosa.

—Señora Mac-Candlish, quisiera saber si los jueces de paz comerán aquí en la fonda de V. despues de haber celebrado sus sesiones el lunes que viene.

—Así lo creo, señor, ó á lo menos tal me imagino; es costumbre que tienen.

Y con esto se dispuso la huéspedá á salirse del cuarto.

—Quédese V. un instante, señora Mac-Candlish; buena amiga, V. tiene mas prisa que yo. Juzgué que un club que se reuniese para comer aquí una vez cada semana no seria cosa que vendria á V. muy mal.

—Sin duda, señor, siempre que fuesen sugetos de conducta *intachable* y de cierta *categoría*.

—Por supuesto! V. querrá decir hacendados; gentes de migajon. Se me ha ocurrido hacer una propuesta en nuestras reuniones.

Una tosecita seca fué la única respuesta que dió Mistress Mac-Candlish á esta proposicion. Aquella tos no indicaba precisamente que el proyecto en sí mismo desagradase á la buena huéspedea, sino que ella dudaba mucho que pudiese tener buen éxito bajo los auspicios de semejante proponedor. En una palabra no era una tos negativa sino una tos de incredulidad. Glossin lo notó muy bien, pero se habia propuesto no agraviarse.

—¿Pasa mucha gente por este camino señora Mac-Candlish? ¿V. tendrá mucha faena? ya lo creo.

—No falta, pero me están echando de menos en el mostrador.

—No, no, que es eso, regatea V. un ratito de conversacion con su antiguo parroquiano. Dígame V. si se acuerda de un jóven muy alto y robusto que se aposentó aquí la semana pasada.

—A la verdad no puedo decirselo á V.; pues nunca me meto en enterarme en si los huéspedes que paran acá son largos ó cortos, con tal que hagan ser bien larga la cuenta de lo gastado.

—Por supuesto, y si ella no es bastante larga, V. la estirará sin duda. ¿No es verdad, señora Mac-Candlish? jem! ja! ja! ja! Pero el jóven de quien hablo á V. llevaba un vestido pardo con botones de metal, tenia el pelo castaño y sin polvos, los ojos azules y la nariz larga; viajaba á pié sin equipaje ni criado. Bien puede V. acordarse ahora de haber recibido en su casa á un viajero de semejante descripcion.

—En verdad, señor, nunca abrumo mi memoria con la lista de esos detalles. En mi casa tengo que hacer cosas que mas cuenta me traen que el ponerme á examinar los cabellos, los ojos, ni las narices de los que vienen en ella á hospedarse.

—Está muy bien, señora Mac-Candlish; pero ahora debo decir á V. que tal hombre está sospechado de haber cometido un crimen; que es en mi cualidad de magistrado que tomo á V. esta

declaracion, y que voy á exigir me preste el juramento de responder con verdad.

—Pues señor, yo no tengo facultades para hacer juramento alguno; desde que mi marido pasó á mejor vida, no doy paso sin la anuencia del reverendo Mr. Mac-Grainer; bien ve V. que no puedo jurar antes de haber consultado á nuestro buen cura, especialmente cuando se trata de un pobre jóven extranjero y sin relaciones en el pais.

—Tal vez consiga yo desvanecer esos escrúpulos, y la dispensaré de ir á incomodar al ministro si le digo que el hombre de quien le hablo es el que ha herido al jóven amiguito de V. Carlos Hazlewood.

—Buen Dios! ¿quién lo hubiera creído de él? si hubiera sido por deudas, ó por alguna disputa con el *lechuzo* le hubieran cortado la lengua á Nelly Mac-Candlish primero que hacerla decir la menor palabra contra él. Pero si es de veras que haya herido á Mr. Hazlewood..... Vaya! no puedo creer semejante cosa. Ah! señor Glossin esta es una trastada de las de V. Imposible, no puedo creerlo de un jóven que tiene el aspecto tan benigno y pacífico. Buen alhaja! este es un viejo gancho de los que V. usa para hacer que se vaya del seguro el preguntado.

—Estoy viendo que V. no se fia de mí, señora Mac-Candlish: pero vea V. estas declaraciones firmadas por las personas que le vieron cometer el crimen, y juzgue por sí misma si son iguales las señas del asesino y las del viajero que se hospedó en casa de V.

Púsole entre las manos los papeles á que aludia, y ella, despues de haberlos leído con atencion, volvió á repararlos, quitándose de cuando en cuando los espejuelos para alzar al cielo los ojos ó para enjugarse una lágrima, porque el jóven Hazlewood era su favorito. Luego que hubo acabado su lectura:

—Pues que esto es así, dijo ella, abandono al perverso. ¡Cuántas veces se lleva una chasco en el mundo! En la vida he visto una figura que mas me agradáse ni un aire mas dulce ni mas sereno.

Suponíale yo un hombre á quien abatía algun pesar. Sí, mas ahora le abandono en manos de Vd.! Haberle disparado un tiro á Carlitos Hazlewood! y en presencia de las tiernas señoritas! pobre-cillas de mi alma! Pregúnteme V. ahora cuanto guste, señor Glossin.

—Segun eso conviene V. en que un individuo de esas mismas señas pernoctó en esta casa la noche anterior al crimen?

—Sí por cierto, y toda la casa estaba embobada con él; pues no había á quien no embelesase el jóven. Esto no era por el gasto que hizo, pues consistió su comida únicamente en una chuleta de carnero, un medio cuartillo de cerveza y dos ó tres copas de vino. Convidéle á tomar el té conmigo, mas no se lo cargué en su cuenta; no quiso cenar porque, segun decia, se hallaba muy cansado por haber venido á pié desde muy lejos caminando toda la noche. Ahora caigo en que su objeto seria quizás el de dar algun otro golpe.

—¿Sabe V. cómo se llama por ventura?

—Sí por cierto, pues me dijo que una mujer vieja con facha de gitana vendria de un momento á otro á preguntar por él. «Díme con quien andas y te diré quien eres.» Ah! picaron! Pues señor, luego que se fué por la mañana, pagó la cuenta como un hombre de bien, y dió su propinita á la muchacha; pues ha de saber V. que estos son los provechos de la pobre Grizzy, ó mas bien su salario, pues yo solo la doy dos pares de zapatos cada año, y una pequeña gratificación por via de aguinaldo; así es que....

Glossin juzgó conveniente interrumpir á la buena huéspedea, y llamarla al punto de la cuestion. Me acuerdo de lo que me dijo: «si la tal anciana viene á preguntar por Mr. Brown, le dirá V. que ha ido á ver la diversion de los patines en la laguna de Crééran, pero que volverá á comer aquí.» Mas no cumplió su palabra, aun cuando yo le esperase tan de veras que con mis propias manos guisé una gallina en sobre-usa para sorprenderle. Cuidado Mr. Glossin que esto no lo hago yo todos los dias, ni para toda clase de gentes. Pero yo estaba muy lejos de pensar en la fechoría

que iba á cometer! Descerrajarle un escopetazo á Carlitos Hazlewood, á ese cordero inocente!

Glossin, con la sagacidad de un juez de sumario, habia dejado á la buena mujer exhalar toda su indignacion; en seguida le preguntó si el desconocido habia dejado en su casa algun equipaje ó papeles.

—Sí por cierto, me entregó un paquete, un paquetito muy pequeño, y me dió dinero para que le mandase hacer media docena de camisas con vuelos de lienzo. Ya está trabajando en ellas Peg Pasley. Bien podrán servirle para donde V. sabe, Mr. Glossin.

Pidió el juez de paz á su colocutora le enseñase el paquete.

La cara de la posadera se puso muy formal. Ella no queria, dijo, impedir que la justicia cumpliese con su deber; pero cuando se la confiaba alguna cosa debia creerse á sí misma responsable de ella. Añadió que mandaria llamar al síndico Bearcliff, y entonces si Mr. Glossin juzgaba del caso hacer un inventario de lo que el paquete contenia, le daria un recibo en presencia de aquella autoridad municipal. O bien, y lo que la acomodaria mejor, pudiera sellarse el paquete y pasar á depósito en manos del síndico Bearcliff, pues que ella no queria mas que lo justo.

Como nada pudiese vencer la rigidez y desconfianza de Mistress Mac-Candlish, suplicó Glossin enviase en busca del síndico, rogándole tuviese la bondad de venir á hablar con él respecto al facineroso que habia asesinado á Mr. Carlos Hazlewood. Llegó al instante aquel *padre del pueblo* con la peluca atravesada de resultas de la precipitacion con la cual, á fin de obedecer las órdenes del señor juez de paz, la habia sustituido al gorro blanco que cubria su cabeza cuando despachaba á los marchantes en su droguería. Entónces Mistress Mac-Candlish sacó el paquete que Brown le confiara, y se encontró en él la bolsa de Meg. Al descubrir las preciosas prendas que contenia dióse el parabien á sí misma interiormente la señora Mac-Candlish por las precauciones que habia tomado antes de poner aquel tesoro en manos de Glossin; al paso que este con una apariencia de candidez desinteresada fué

quien primero propuso inventariarlo todo, y hacer depositario al síndico Bearcliff quien habria de guardarlo hasta que se le citase para verificar la entrega al competente tribunal. Por su parte, añadió Glossin, no tenia mucho empeño en hacerse personalmente responsable de unas alhajas que parecian tener un valor muy subido, y las cuales sin duda se habian logrado por medio de vias ilegítimas.

Examinó entonces el papel que envolvía la bolsa. Era el medio pliego de una carta, pero solo contenia el sobre-escrito concebido en estas únicas palabras. «A. N. Brown esquiere.» La posadera ahora manifestaba tanto ahinco en el descubrimiento del culpable cuanto recelo habia dejado ver al principio de que recayese sobre él la mas leve sospecha, porque la vista de las monedas de oro revueltas con las tumbagas que contenia el bolsón, confirmaba en su fantasía cuanto dijera Glossin. Informóle pues que su postillon y su mozo de cuadra habian visto ambos al desconocido en la laguna Creéran el día que el jóven Hazlewood habia recibido el escopetazo. Hízose comparecer á Jack Jabos, antiguo amigo de nuestros lectores. Al momento declaró este haber visto la mañana precitada en el pequeño lago de Creéran á una persona estraña quien la noche anterior se habia hospedado en las *Armas de Gordon*, y tuvo conversacion con él.

—¿Y qué vuelta tomó el coloquio de VV.? preguntóle Glossin.

—¿Cómo que vuelta? nosotros no dimos vuelta ninguna, nos paseamos derecho por la nieve.

—¿Pero de qué hablaron VV.?

—¿De qué? me hizo preguntas como las hubiera hecho cualquier otro estraño.

—¿Y qué preguntas?

—Quiso saber como se llamaban los que corrian patines, y el nombre de las señoras que les estaban mirando.

—¡Ola! el nombre de las señoras! ¿Y qué te dijo acerca de ellas?

—Me preguntó quienes eran. Cabalmente señalaba á las señoras Julia Mannering y Lucy Bertram; bien conoce V. á esta úl-

tima, señor Glossin. Paseábanse las dos por el yelo acompañadas de Mr. Cárlos Hazlewood.

—¿Y qué le dijiste acerca de esas damas?

—Que era una de ellas Miss Lucy Bertram de Ellangowan, la cual parecía en otros tiempos deber heredar en la comarca unos bienes muy cuantiosos; que la otra se llamaba Miss Julia Manne-ring é iba á casarse con el jóven lord Hazlewood quien la conducía de bracete. Solo hablamos de lo que se dice en todo el país á la redonda.

—¿Y él qué te contestó?

—¿Qué? no desclavaba los ojos de las señoritas. Preguntóme si yo estaba bien cierto de que Miss Manne-ring iba á casarse con Mr. Hazlewood; y yo le respondí que estaba cierto y seguro de ello. Y bien puedo decirlo porque mi prima Juanilla Clavers (quien tambien es parienta de V., señor Glossin..... ¡friolera el tiempo que V. conoce á la tal Juanilla!) me ha dicho mil veces que nada hay mas probable, y ella debe saberlo pues que sirve de criada á la ama de llaves de la quinta de Wodbourne.

—Y el desconocido ¿qué dijo á eso?

—¿Qué dijo á eso el desconocido? ¡maldita la cosa! mirábalas pasearse por el yelo, y tenia cara de querer comérselas con los ojos; pero cosióse los labios, aunque á la sazón estuviesen en la laguna los mas hábiles patinadores que se hayan visto hasta el dia. En fin se fué, tomó su camino por el lado de los bosques de Wodbourne y no he vuelto á verle mas.

—Vaya un corazon de fiera que es preciso tener, dijo Mistress Mac-Candlish, para intentar el asesinato de un pobre jóven precisamente á la vista de la novia comprometida con él.

—¡Oh! señora Mac-Candlish, dijo Glossin, la historia de los tribunales encierra muchos ejemplares como ese. Quiso vengarse; y cuanto mas cruel es la venganza tanto mas dulce la saborea el paladar del hombre desalmado.

—¡Dios nos libre y nos proteja! dijo el síndico. Somos unas miserables criaturas cuando EL nos abandona á nuestros propios es-

fuerzos. ¿Habia olvidado pues ese hombre que está escrito: Es á MI á quien pertenece la venganza, y YO soy quien la ejerceré.

—Pero, señores, dijo Jak, cuyo lerdo aunque justo sentido comun, y rectitud natural, daban muchas veces en el clavo mientras los demás machacaban la herradura—páreceme que VV. se equivocan. Nadie me hará creer que á un hombre se le ocurra ir á quitarle la escopeta á otro para servirse de ella en su daño. Dios me perdone! Fui durante algun tiempo sota de un guarda-bosques, y aunque yo no tenga mucha romana, ni sirva para otra cosa que empernar una silla con las gambas metidas en un par de buenas botas, el hombre mas fornido de toda la Escocia no habria logrado arrancarme de los puños mi escopeta: pues antes le habria embaulado en las tripas hasta los tacos. ¡Disparate! no puede haber un hombre racional que pueda creer semejante cosa. Apostaria mis botines mas majos, y cuidado caballeros que tengo unos acabaditos de comprar en la feria de Kirkudbright á que ha sido todo un accidente, una casualidad. Pero si ya V. no me necesita voy á dar su almuerzo á mis caballos.

Nadie objetó contra su partida, y el postillon se fué.

El mozo de cuadra que subió en seguida dió una declaracion igual. Le preguntaron lo mismo que á Mistress Mac-Candlish, si Brown llevaba armas consigo. Respondieron que solo le habian visto un cuchillo de monte ceñido al costado.

—Pero al cabo de todo, dijo el síndico á Glossin, agarrándole por un boton de la casaca; porque á fuerza de masticar un asunto tan complicado se le habia ido de la memoria la nueva dignidad de aquel juez—todo esto me parece muy equivocado. ¿Será posible que un hombre sin otra herramienta que un cuchillo de monte se meta en acometer á otro que esté armado de su fusil?

Comenzó Glossin por rescatar su boton de las garras del interpelante, y como su objeto era quedar bien con todos, en vez de responder á esta observacion, preguntó al síndico qué precio tenia el azúcar y el té, y habló de hacer su provision de estos artículos para el año. Encargó á la señora Mac-Candlish prepara-

se una comida para él y otros tres amigos, que querian comer juntos el sábado de la semana siguiente, y en fin regaló medio duro á Jack Jabos, quien habia acudido á tenerle el estribo mientras montaba á caballo para marcharse.

Luego que se ausentó—con qué! dijo el síndico á mistress Mac-Candlish, así que bebió en el mostrador un vaso de cerveza que la posádera le hubo ofrecido—no es tan negro el diablo como lo pintan. ¿No da gusto ver á Glossin afanarse tanto por los negocios del condado?

—¿Quién lo duda? verdad es, respondió la huésped, y extraño mucho que los hombres honrados del país toleren que un sugeto de su calaña se entremeta en faenas de que ellos deberian cuidarse. Pero, vecino y amigo, mientras corra el dinero acuñado, nadie se meterá en averiguar en cual casa de moneda se hizo.

—Y yo creo, dijo Jack, quien atravesaba la cocina en aquel instante, que al cabo y al fin jamás dejará de ser Glossin una *mota* (1) falsa. Pero sea como fuere, este es á lo menos un excelente medio duro.

CAPITULO XXXIII.

«Este es un hombre que considera la muerte como un sueño profundo; no tiene pesadumbre de lo pasado, ni inquietud por lo presente, ni temor de lo venidero, y en virtud de su propia desesperacion cree que todas las cosas mueren con su cuerpo.»

SHAKESPEARE. MEASURE FOR MEASURE, ESTO ES, DONDE LAS DAN LAS TOMAN.

Glossin habia redactado la minuta circunstanciada de estas diversas declaraciones. Ellas prestaban poca luz al asunto, al pa-

(1) En escocés *chard*; lo que así como su equivalente en castellano, es un término que usa el vulgo para significar una pieza falsa de cobre.

so que no podian servirle de mucha utilidad para sus pesquisas; pero el lector mejor informado se encuentra ahora instruido por este interrogatorio de todos los pasos de Brown desde el momento que le dejamos en el camino de Kippletringan hasta el momento en que, devorado de los celes, se presentó tan menguadamente delante de Julia Mannering, viéndose comprometido en una quimera que produjo tan funestos resultados.

Regresó Glossin á Ellangowan reflexionando sobre lo que acababa de colegir. Convencíase mas y mas de que si llegaban á tener buen éxito sus investigaciones seria este un medio seguro de alcanzar las buenas gracias del coronel y las del laird de Hazlewood, lo que era muy apetecible para él. Alhagábale anticipadamente la idea del placer que esperimientaria pudiendo dar una prueba semejante de su sagacidad y destreza. Enteróse pues con sumo júbilo, al entrar de vuelta á su casa, que Mac-Guffog, terror de los ladrones, con ayuda de otros dos ó tres alguaciles habia preso á un hombre, y que estaba en la cocina aguardando el regreso del juez de paz.

Apeóse ligero del caballo, y entró sin demora en su aposento.— Anda corriendo á dar aviso á mi pasante para que venga, dijo Glossin á un criado; le encontrarás en el cuartito verde, pues está copiando la lista de mi servidumbre. Arregla todas las cosas en mi gabinete, arrima á mi mesa de despacho un sillón de cuero, prepara un taburete para Mr. Scrow.

—Scrow, dijo él á su amanuense, luego que este llegó, alcance V. la obra de Sir Jorge Mackenzie sobre los crímenes, ábrala V. en la seccion que empieza *vis pública et privata*, y ponga V. un registro en el capítulo que habla de aquellos que llevan armas prohibidas. Ahora ayúdeme á quitarme el leviton, cuélguelo en la percha de la antesala, y haga que suban al preso. Tengo esperanzas de que sea él; agúardese V. un instante, primero envíe V. arriba á Mac-Guffog.

—Ola! señor Mac-Guffog ¿dónde ha tropezado V. con esa buen alhaja?

Era Mac-Guffog, un socarron fornido, con un pescuezo muy parecido al morrillo de un toro, tenia la cara granugienta, y era visco del ojo izquierdo. Despues de algunas contorsiones para saludar al juez comenzó el guapo su historia en una jerigonza acompañada de gestos y de guiños que indicaban exigir una perfecta inteligencia entre el narrador y quien le escuchaba.

—Ha de saber useñoría, dijo el bellaco, que me fuí callandito al paraje que useñoría me indicó; es decir al ventorrillo situado á orillas de la mar, y el cual tiene por dueña á aquella hembra que useñoría conoce muy bien. Ola! djome ella, qué te hace falta? vienes en busca de algunos géneros para la quinta? Cabalmente, le respondí yo; bien te consta que el caballero Bertram de Ellan-gowan en otros tiempos y con sus propias manos....

—Basta! basta! suprime los pormenores y vamos al grano.

—Sea así pues. Tomé asiento, y pedí una muestra de aguardiente haciendo añagaza de querer comprar unos cuantos barriles, para hacer tiempo hasta que llegase el pájaro.

—Qué pájaro?

—Ese, dijo Mac-Guffog, volviendo el dedo pulgar de la mano izquierda en direccion de la cocina, donde el preso se hallaba custodiado.—Tenia puesta una capa de mucho vuelo, y conocí que no estaba desprovisto de herramientas; comencé á hablarle de modo que le hiciese creer que yo era de la isla de Man, teniendo siempre cuidado de mantenerme colocado entre la tabernera y él por recelo de que ella no lo desengañase. Nos pusimos á beber juntos. Apostéle á que no se beberia medio cuartillo de ginebra holandesa sin tomar aliento. Aceptó él la apuesta, y tragóselo sin pestañear. Però en aquel instante entraron Juanillo Meneo y Diego Espolique, á quienes yo aguardaba. Caímos sobre él por sorpresa, le atamos bien, pusimosle sus grillos y esposas, y le tornamos mas manso que un cordero. Despues que llegó acá ha dormido la mona, y ahora está mas fresco que una lechuga y dispuesto á responder á cuantas preguntas useñoría tuviere á bien hacerle.

Esta relacion, acompañada de muecas y ademanes, fué acogida con los elogios que ya esperaba el historiador.

—¿Y no tenía armas consigo? preguntó el juez.

—Sí por cierto, un sable y dos pistolas, como esas gentes acostumbran.

—¿Y le encontraste algunos papeles?

—Sí señor, y aquí están. Hablando así puso el esbirro sobre la mesa una cartera muy sucia.

—Baje V. pues, Mac-Guffog. Haga V. que suba el preso y no se aleje V. mucho de aquí.

El alguacil dejó el aposento, é instantes despues se dejó oír en la escalera el ruido de los grillos, y luego se presentó al juez de paz un hombre cuidadosamente alherrojado con cadenas, esposas y grillos.

Era aquel un hombre muy robusto y muscular. Tenia la cara cobreña, y aunque las arrugas de su frente y sus cabellos que empezaban á encanecer anunciassen una edad algo madura, aunque su talla no fuese muy aventajada, toda su configuracion daba indicios de tal vigor que pocos hombres se atreverian á luchar brazo á brazo con él. Sus facciones duras y salvajes estaban algun tanto enrojecidas, y sus ojos se resentian aun del esceso de bebida que habia facilitado que se le capturase. Pero el corto sueño que Mac-Guffog le permitiera disfrutar, y sobre todo la sensacion del peligro en que se hallaba, le habian devuelto el libre ejercicio de todas sus facultades. El digno juez y el presunto criminal, sugeto no menos estimable, se miraron uno á otro durante algunos momentos sin proferir una sílaba. Reconoció Glosin el hombre que tenia delante, y se sintió algo perplejo para proceder á su interrogatorio. Por último, rompió el silencio:

—Sois vos capitán! ha mucho tiempo que no se os ve en estas costas.

—Mucho tiempo sin duda, porque el demonio me lleve si no es la primera vez que vengo á ellas.

—Acá no cueula esa, señor capitán!

—Pues es preciso que cuele, por vida de Baco! señor juez.

—¿Y cuál es el nombre que teneis la condescendencia de daros en este instante, hasta que yo os caree con ciertos sugetos que le refrescarán la memoria, y le dirán quién es, ó á lo menos quién ha sido?

—¿Que quién soy yo? rayos y centellas! soy Juan Janson de Cuxhaven; ¿y quién quereis que yo sea?

Tomó Glossin de una alhacena dos pistolines de faltriquera, los cargó con grande aparato; mandó á su escribiente que se retirase, y que aguardara en la antesala con el alguacil.

Hízole el hombre de pluma observaciones acerca del peligro de quedarse á solas con un hombre semejante; el cual diremos de paso, estaba tan cargado de hierro que no podia mover miembro alguno de su cuerpo, pero Glossin le repitió la órden de retirarse con alguna impaciencia.

Luego que Scrow se hubo retirado, dió el juez algunos paseos por el aposento. Entonces colocando el sillón facha á facha del preso, cual si intentara examinarle mejor, puso sus pistolas delante de él sobre su bufete y díjole con voz firme:—Vos sois Dick Hatteraick de Flesinga. Os atreveréis á negarlo?

El preso volvió los ojos hácia la puerta cual si temiese que alguien le escuchara. Levantóse Glossin, abrió una de las hojas, de manera que el preso desde el banquillo en que estaba sentado pudiera convencerse de que no habia ningun escucha en accheo. Habiéndola cerrado en seguida, volvió á ocupar su puesto y le dijo otra vez:

—Vos sois Dick Hatteraick, en otros tiempos capitán del Yungfrau. Os acordais bien?

—Demonio! si sabias quien yo era ¿á qué venia preguntármelo?

—Lo hice porque me sorprendió veros en el último paraje en donde deberiais hallaros toda vez que apreciéis vuestra seguridad.

—Truenos y relámpagos! el hombre que se atreve á hablarme así está reñido con la suya propia.

—Qué! capitan, sin armas y cargado de hierros habiais de este modo todavía! Creedme, no os conviene mucho. Trabajo os costará salir del paso antes de haber dado cuenta de un pequeño accidente que sucedió algunos años ha en la punta de Warroch.

Púsosele á Dirk Hatteraick la cara mas negra que una noche de truenos.

—En cuanto á mí, continuó Glossin, duéleme verme obligado á hacer un acto de severidad con un antiguo conocido; pero así lo exige mi deber, y voy á enviaros hoy mismo á Edimburgo en una buena silla de posta con su tiro de cuatro caballos.

—Sangre de Júpiter! no lo hariais por cierto si yo tuviera con que daros, como antiguamente, una media resma de billetes de banco, endosados contra los señores Van-Beest y Van-Bruggen.

—Eso es tan viejo, capitan, que ya no me acuerdo de la recompensa que obtuve de mi trabajo.

—De vuestro trabajo! Decid mas bien de vuestro sigilo.

—Entonces andaba yo á negocios; pero ya ha mucho tiempo que me he retirado.

—Sí, pero se me ocurre que podiais volver á traficar y seguir otro poquito las antiguas mañas. Y ved ahí, que una legion de diablos me dé garrote si no tenia intencion de veros para hablaros de un asunto que os interesa mas que á nadie.

—¿Del chiquillo? dijo Glossin muy azorado.

—Ya! mein her! (palabras holandesas que significan: *sí, mi señor.*)

—Qué! ¿vive todavía?

—Y está bueno y sano como vos y yo.

—Válgame Dios! ¿no está á lo menos en Indias?

—No, por vida del infierno; se encuentra en estas mismas costas.

—Pero, Hatteraick.... esto.... toda vez que sea verdad, lo que no creo, va á arruinarnos á los dos. No es posible que se le haya borrado de la memoria el golpe de que fué testigo, su regreso

puede tambien tener para mí las consecuencias mas funestas. Os lo repito, ese va á arruinarnos á los dos.

—Os aseguro que os arruinará á vos solo porque yo lo estoy ya; y si me ahorcan se acabó lo que se me daba.

—Válgame el diablo! ¿y qué habeis venido á buscar en esta costa, como un imbécil?

—La casa de comercio comenzaba á bambolear, y yo no tenia dinero. Juzgué que aquel asuntillo estaba olvidado tiempo há.

—Vamos á ver; no me atrevo á ponerlos en libertad: pero ¿no podeis escaparos en el camino? Es muy fácil: escribid cuatro letras á Brown, vuestro teniente, y yo haré que os conduzcan por el camino de la playa.

—Imposible! Brown ha muerto, le mataron, le enterraron; se lo llevaron dos mil demonios.

—Murió? lo mataron? ¿En Voodbourne tal vez?

—Ya! mein her!

Paróse un instante Glossin. Las infinitas zozobras, la multitud de temores que le corroian empapábanle de sudor la frente, mientras el desalmado contrabandista que tenia delante mascaba su tabaco con imperturbable indiferencia.—Estoy perdido, dijo entre sí el usurpador, completamente perdido, toda vez que reaparezca el heredero, y además ¿cuáles serán las consecuencias de las relaciones que he tenido con esta canalla?—Escuchadme, Hatteraick, no me es posible daros la libertad, pero en mi mano está proporcionaros los medios adecuados para que os fugueis vos mismo. Mi corazon aboga siempre por mis antiguos amigos. Haré que os encierren esta noche en una sala del castillo viejo, y cuidaré de que den á vuestros guardas racion doble de grog. Mac-Guffog caerá en la misma red que él os tendiera. Las ventanas y rejas de aquel cuarto están desquiciadas, de allí á tierra no hay mas que un salto de algunos doce piés. La caída es en blanco porque la tierra se halla cubierta de nieve.

—Pero ¿y estos chismes? dijo Hatteraick, aludiendo á los hierros que le abrumaban.

—Tomad, contestóle Glossin, sacando de un armario una lima sorda que le entregó; aquí teneis un buen amigo que trabajará por vos. Bien conoceis la escalera que vá desde las ruinas á la orilla del agua.

Agitó Hatteraick sus cadenas transportado de gozo, cual si ya se sintiese libre, y procuró tender la mano hácia su protector. Púsose Glossin el dedo en los labios para recomendarle la discrecion, y continuó dándole instrucciones.

—Al hallaros en libertad acudireis á Dernelougle.

—Truenos de Dios! esa mina está ya explotada.

—Qué diablos! pues bien, tomareis mi lanchilla que está en la playa y os servireis de ella. Pero aguardadme en la punta de Warroch.

—En la punta de Warroch! replicó Hatteraick con aire consternado; y en qué paraje ha de ser? ¿en la caverna sin duda? Preferiria que fuese en otra parte. Aquellos sitios me horripilan. Las gentes aseguran que él suele aparecerse por allí como alma en pena. Pero, rayos y centellas! no le tuve miedo mientras vivió ¿y he de tenerle despues de muerto? Trágueme el infierno si hay alguien que me diga que Dirk Hatteraick le tuvo miedo en su vida á un perro ó á un demonio. Está bien, os aguardaré allí.

—Sí, dijo Glossin, y llamó á sus dependientes.

—Mac-Guffog, nada puedo sacarle al capitan Janson, ó como guste llamarse este hombre. Ya es muy tarde para enviarle á la cárcel del condado. ¿No habria en el castillo viejo una sala donde pudiéramos encerrarle?

—Sí, señor, mi tío el condestable tuvo allí preso á un hombre por espacio de tres dias, en tiempo del viejo Ellangowan. Pero deberá haber allí mucha basura desde que aconteció aquel lance, que fué juzgado en las sesiones por los años de 1715.

—Todo eso lo sé, pero no es para que permanezca allí mucho tiempo; es tan solo por una noche. Al lado de la sala hay un cuartito, donde podreis encender lumbre para vosotros, y yo me cuidaré de enviaros alguna cosilla que os quite la humedad y el

mal humor ¿me entiendes? Encierra bien al preso; pero enciéndele también lumbre porque lo requiere la estación. Tal vez mañana pueda justificarse.

Abastecido de estas instrucciones, amén de una amplia provisión de aguardientes y de licores fuertes, se dirigió al viejo castillo, donde habían de estar de guardia toda la noche; mientras el juez se lisonjeaba con que no habrían de pasarla en vigilia ni en oración.

Bien puede creerse que tampoco Glossin dormiría aquella noche con mucha tranquilidad. Hallábase en la situación más crítica que puede darse; todos los actos perversos de su vida y la consiguiente vergüenza parecían aglomerarse sobre su cabeza y estar en disposición de anonadarle súbitamente. Sin embargo, metióse en la cama; pero muchos fueron los vuelcos que su cabeza sobre la almohada dió antes que el malvado consiguiera quedarse dormido. Por último embargóle los sentidos el sueño; mas fué para ofrecerle á la fantasía la imagen de su antiguo bienhechor, cual la vió por última vez cuando la mano de la muerte cubría de palidez su rostro. Luego tornaba á verle revestido de lozanía y del vigor de la juventud y acercándosele para arrojarle de la morada de sus nobles abuelos.

En seguida soñó que después de haber errado largo tiempo por un desierto, se dirigió á un ventorrillo del cual parecían salir gritos de algazara y de borrachera; que habiendo entrado en él se le presentó Frank Kennedy, cubierto de heridas y de sangre, cual se le halló tendido en la punta de Warroch, pero teniendo en la mano un tazon de ponche que ardía.

Por último soñó que se hallaba en una cárcel, donde se encontró con Dirk Hatteraich quien confesaba sus pecados á un sacerdote. «Después de haber cometido el crimen, decía el contrabandista, nos retiramos á una caverna que era conocida de un solo hombre en el país, y discutimos acerca de lo que haríamos con el chiquillo. Íbamos á entregárselo á una gitana, cuando oímos los gritos de nuestros perseguidores, los cuales estaban precisa-

mente encima de nuestras cabezas. En aquel instante se introdujo un hombre en la caverna; era el que la conocía. Pero compramos su sigilo, dándole la mitad de los géneros habíamos podido salvar. Hizo que nos llevásemos el niño á Holanda y á la noche siguiente nos embarcamos en una lancha que vino á recogerlos. Este hombre se llamaba....»

—No, no fui yo! lo niego! gritó Glossin, y al procurar esforzarse con el fin de dar mayor energía á su negativa, se dispertó.

Su conciencia era quien le habia presentado esta especie de fantasmagoría mental. La verdad es que como conociese mejor que nadie la guarida de los defraudadores, Glossin habia ido en derecha á la caverna, mientras se les buscaba por otros parages. Ignoraba aun la muerte de Kennedy, á quien suponía hallarse prisionero de los contrabandistas; tambien es preciso confesar que era su intencion influir para que no le hiciesen daño. Pero los encontró transidos del terror mas profundo; aplacada ya la rabia que les habia impelido á cometer el homicidio, el remordimiento y el espanto estaban apoderados de sus corazones, excepto del de Dirk Hatteraich. En aquella época se hallaba en suma pobreza Glossin, y abrumado de deudas; gozaba la confianza de Mr. Bertram, y conociendo su inesperienza y docilidad, conocia lo fácil que le era enriquecerse á su costa, y hasta hacerse dueño de todas sus heredades, con tal que pudiera quitar de enmedio al hijo del desventurado laird, dejando á un padre pródigo la facultad de poder disipar unos bienes de que sería poseedor absoluto en virtud de sustitucion. Decidido tanto por el interés cuanto por sus proyectos para lo futuro, aceptó lo que le ofrecieron los contrabandistas, es decir, la mitad de las mercancías que habían salvado del destruido lugre, y cuyo valor le pagaron en letras sobre la casa Van-Beest y Van-Bruggen, bajo la condicion de que les guardaria lealmente el secreto; además se convinieron en llevarse el niño, quien, díjoles Glossin, era ya demasiado despierto para que no pudiese dar indicios acerca de la muerte que habia atestiguado. El único paliativo que el agente

de negocios pudo ofrecer á su conciencia, fué lo irresistible de la tentacion que le hacia entrever de consuno todas las ventajas de una operacion en la cual hallaba el término de su indigencia. Por otra parte queria persuadirse que el cuidado de su propia seguridad le habia impelido á obrar de este modo. ¿No se hallaba hasta cierto punto en poder de aquellos malhechores? Si hubiera rehusado sus ofertas, el auxilio á que pudiera apelar, aun cuando estaba poco distante en aquel momento, no habria podido llegar á tiempo tal vez para rescatarle de las manos de aquellos bribones, para quienes la vida de un hombre era un grano de anís.

Agitado de los presentimientos que nacen de una mala conciencia, saltó de su lecho Glossin. Era media noche. Asomóse á los vidrios de una ventana que caia hácia el castillo viejo. Todos los parajes que ya hemos descrito estaban cubiertos de nieve, y la blancura de la tierra, brillante aunque triste, formaba contraste con la mar, á la que parecia teñir de una sombra lívida y negra. Hasta un paisaje cubierto de nieve puede prestarnos algunas delicias, pero el frio, la noche, la soledad, le dan siempre un aspecto salvaje y de desolacion. Los objetos que eran mas familiares á la vista, parecen haber desaparecido completamente, ó ya no ofrecen la misma forma; es aquel un nuevo mundo que á nuestros ojos se presenta.

Esta reflexion sin embargo no era por cierto la que agitaba á la sazón el espíritu de aquel hombre despreciable. Tenia clavados los ojos en las ruinas sombrías y majestuosas del castillo viejo. Al través de dos ventanas, cortadas en el espeso muro de una maciza torre, veia brillar otras tantas luces, perteneciente la una á la sala en donde estaba encerrado Hatteraick, y la otra al aposento que sus guardas ocupaban.—«¿Se habrá escapado? ¿conseguiré hacerlo? ¿Esos hombres, incapaces de llevar á efecto una severa vigilancia, cumplirán hoy con su deber para completar mi ruina? Si aun está ahí, es preciso que yo le envíe á la cárcel luego que amanezca; Mac-Morlan ú otro cualquiera le formará

el sumario; descubrirán quién es y le condenarán; mientras para vengarse de mí dirá.... sí, dirá cuanto tiene que decir.

En tanto que estos pensamientos se sucedían con rapidez en la imaginación de Glossin, una de las luces desapareció; parecía que un cuerpo opaco puesto en la ventana interceptaba la claridad. ¡Qué momentos de ansia!

—Sin duda que ya, desembarazado de sus hierros está forcejando por arrancar la reja de la ventana: no le costará mucho trabajo; el muro está medio podrido. Cielos! ha caído por la parte de afuera, he oído las barras sonar en los pedruzcos de abajo. Los guardas van á despertarse. Llévese el diablo al torpe del holandés. Volvió á parecer la luz. Ahora le cojen y encadenan de nuevo. No; se habrá sin duda retirado un momento por precaución, con motivo de la caída de los barrotes; pero ya no se ve la luz. Se salvó!

Un ruido sordo y parecido al de un cuerpo que cae en la nieve desde cierta altura anunció en aquel instante que la evasión de Hatteraick había tenido buen éxito. A poco rato vió Glossin un bulto que se escurría por las ruinas y ganaba la orilla de la mar. Nuevo motivo de zozobra. ¿Se hallará en estado de navegar el esquife? Será preciso que yo acuda al socorro del miserable. Pero no; ya salió á la mar el esquife. Allá va con vela desplegada. Ya toma el largo y está en rumbo: sóplale en popa el viento. Ah! que no fuera este bastante recio para sepultarle en los abismos de la mar!

Después de este voto tan cordial, continuó Glossin siguiendo con la vista la barca hasta que esta se halló casi á la altura de la punta de Warroch. Entonces, no obstante la claridad de la luna, fué imposible distinguirla de los oleajes que surcaba. Satisfecho de haberse escapado de un peligro que tanto temía, volvióse en busca de su almohada con el espíritu algo mas tranquilo.

CAPITULO XXXIV.

¿Por qué me niegas, di, tu favor amistoso
Para poder salir de este antro tenebroso?

SHAKESPEARE. TITO ANDRÓNICO.

Al día siguiente por la mañana grandes fueron la alarma y la confusión entre los alguaciles encargados de la custodia del preso, cuando vieron que se les había escapado. Mac-Guffog se presentó á Glossin, con la cabeza trastornada tanto con la bebida como con el temor. Recibió una severa reprimenda por haber descuidado su obligacion. Solo dejó el juez su cólera para adoptar, en apariencia, las medidas necesarias á fin de capturar el fugitivo. Mandó á su gente, la cual no anhelaba otra cosa que alejarse de su presencia, comenzar sin pérdida de tiempo las pesquisas mas exactas; dispersó á los perseguidores en todas las direcciones á escepcion de la verdadera, recomendándoles sobre todo visitaran á Derncleugk que servia de guarida nocturna á los vagamundos de toda especie.

Habiéndose así desembarazado de ellos, dióse prisa á dirigirse por veredas estraviadas al bosque de Varroch con el fin de tener una entrevista con Hatteraick. Deseaba saber de él, mas despacio de lo que había podido hacerlo en la conferencia del día anterior, todas las circunstancias referentes al regreso del heredero de Ellangowan á su país natal.

Imitando pues las maniobras de un zorro, que pretende dar el cambio á los perros que le persiguen, procuró Glossin llegar al paraje de la cita dejando tras de sí los vestigios mas leves posibles de la direccion de su marcha.—Ojalá Dios que cayese una nevada! pensaba él al mirar atrás, y que ella pudiera cubrir las huellas de mis pasos. Si alguno de los que ardan en busca del

capitan llegase á descubrirlas, seguiria la pista á fuer de podenco, y concluiria con sorprendernos. Bueno será bajarme á la playa, y desde allí escurrirme por medio de las peñas.—Descendí pues no sin trabajo á la orilla del mar, tomé el camino entre los peñascos y la marea creciente, ya lanzando una inquieta mirada hácia la cima de los montes, desde donde pudieran descubrir la ruta que seguia, ya hácia el lado de la mar, desde donde algun navegante pudiera apercibirlo.

El sobrosalto que experimentaba se apaciguó un instante luego que llegó al sitio donde hallaron el cadáver del infortunado Kennedy. Era notable y tal vez continuará siéndolo para siempre de resultas del fragmento de peña que acompañara ó siguiera la caída de aquel infeliz desde lo alto del promontorio.

Varias conchas marinas se habían amontonado allí, y hallábase cubierto el paraje de algas y otras yerbas que escupia la mar; pero todavía era muy diverso tanto por su forma como por su naturaleza de los otros peñascos que le rodeaban.... Bien puede creerse que jamás habria elegido Glossin aquel sitio como objeto de sus paseos. Hallándose allí por la vez primera desde que tuvo lugar aquel lance terrible, el espectáculo que entonces presenciase se presentó á su espíritu con todos sus horrores. Acordóse de como, á semejanza de un criminal, se habia escurrido de la caverna, y mezclado con precaucion á la asombrada turba que rodeaba el cadáver, y temblando de miedo no fuera que alguno le preguntase de dónde venia; por fin de cómo habia evitado volver los ojos hácia el cuerpo de aquella desgraciada víctima. Los penetrantes gritos de su bienhechor—hijo mío! hijo de mi vida! todavía resonaban en sus oidos.—Gran Dios! decia Glossin entre sí, ¿vale por ventura mi ganancia los remordimientos que en este instante me despedazan? ¿puede contrapesar todos los temores é inquietudes de los cuales no he dejado de ser presa desde aquella época? Oh! ¿por qué no me encuentro en el lugar que ese infeliz ocupa? ¿por qué no está él en la posicion en que yo me hallo, lleno de vida y salud? Pero todos estos sentimientos vienen

ya demasiado tarde. Me precisa seguir adelante en la vereda que me he trazado.

Sofocando pues sus remordimientos, se dirigió á la caverna que estaba contigua á aquel paraje, y en donde se habian ocultado los asesinos cuando la muerte de Kennedy á fin de escuchar las diversas conjeturas que formaban los que habian hallado el cadáver de su víctima. Pero nada podia darse mas escondido que la boca de aquel antro, cuya abertura era poco mayor que la de la madriguera de una zorra. Estaba sita al pié de una peña. Otra roca que se adelantaba dentro de la mar, servia de atalaya á los que en la caverna se guarecian, al paso que su mole estorbaba que advirtiesen los demás la existencia de aquel escondrijo. El espacio que separaba las dos peñas era sumamente estrecho, siendo imposible descubrir la boca de la cueva á no barrer primero las piedras y la arena que se habia tenido cuidado de amontonar allí, y parecian haber sido arrojadas por la marea. Con el objeto de ocultarla mejor, tenian los contrabandistas, luego que entraban en ella, la precaucion de atestar la abertura de piedras y yerbas marinas, las cuales parecian haber sido tambien arrinconadas allí por la accion del oleaje. Hatteraick no se habia descuidado en tomar esta cautelosa medida.

Glossin, aunque hombre intrépido, sintió que el corazon le palpitaba, temblándole además las rodillas, cuando se preparaba á entrar dentro de aquella guarida del crimen con la mira de tener una conferencia con un miserable á quien consideraba justamente como á uno de los bribones mas desalmados de cuantos la tierra abortó nunca.—Ningun interés le alucina para que procure hacerme una mala partida—pensó Glossin, y esta reflexion fué suficiente para calmarle. Sin embargo, examinó sus pistolas, y habiéndolas hallado listas, desembarazó la abertura y penetró en la caverna andando á gatas. La entrada era tan baja y estrecha, que era imposible para un hombre introducirse en el centro á menos que no se arrastrase por la tierra; pero, á los pocos pasos, se elevaba la bóveda á una altura bastante considera-

ble, y el suelo, que procedía siempre haciendo cuesta arriba, estaba cubierto de una arena muy seca. Antes que Glossin se hubiese puesto otra vez en pié derecho, oyó retumbar toda la caverna con la ronca voz de Dirk Hatteraick, y el cual sin embargo no le daba toda su fuerza.

—¿Sois vos, rayos y centellas?

—¿Estais á oscuras?

—¿Y á dónde, *sacre*, habia yo de ir á buscar luz?

—Aquí traigo con que procurárnosla.

« Al mismo tiempo sacó Glossin de la faltriquera unos avio de candela, y encendió una vela de cera que habia traído consigo.

—Pero tambien es preciso que encendamos lumbre. Llénvenme dos mil demonios si no estoy helado hasta los huesos

—Verdad que hace aquí mucho frio, dijo Glossin, mientras recogia unas duelas y otros pedazos de madera que habian permanecido en la caverna desde la última vez que la visitara.

—¿Qué si hace frio? por vida de Satanás, este es un pozo denieve! Aquí se yelan hasta las ratas. Yo debo la vida á haberme pasado sin descansar arriba y abajo, en esta condenada bóveda, acordándome de las orgías que hemos celebrado en este paraje.

La llama comenzaba á resplandecer. Arrimó á ella Hatteraick su bronceado rostro y allegó á la lumbre sus manos callosas y entumidas, con un ahinco parecido al de un hombre hambriento que se arroja sobre un pedazo de pan. Aquella luz prestaba á sus facciones un aspecto todavía mas sombrío y mas feroz. El humo le hubiera sofocado sin duda, pero el escesivo frio que le martirizaba parecia hacerle sobrellevarlo con placer. Despues de haber circulado alrededor de su cabeza, aglomerábase en el techo de la bóveda, escapándose de allí probablemente á través de las rajass y grietas, que tambien servian para renovar el aire en aquella catacumba durante las horas de la marea creciente.

—Tambien os he traído con qué desayunaros, dijo Glossin, presentándole unas lonjas de carne fiambre, pan y un frasco de aguardiente.

Agarró Hatteraick con vivas ansias la vasija, aplicóscela á los labios y despues de haber tragado buena parte de su contenido, dijo:

—Esto sí que es bueno! capaz de resucitar á un difunto! En seguida se puso á cantar un trozo de una anacreóntica holandesa.

Cerveza, vino y aguardiente,
Componen hoy todo mi afán,
Y cuando llevo el vaso al diente,
Entonó siempre este refrán:
Truena si quieres, oh cielo rotundo!
Pues mientras cantamos
Y el jarro empinamos,
Somos los pillos mas netos del mundo (1).

—¡Bravo! ¡Bravo! mi campechano capitán, exclamó Glossin, y no queriendo ser menos berreó también su cancioncilla:

Vengan, vengan, paso á paso
Ríos de rom, ginebra y vino,
Y cuando quiera el destino
Romped, gayos, vuestro vaso.

Unidos cual tres granos de mazorca,
Tres de los elementos repartamos,
Tóqueme á mí el fiocr que saboreemos
A ese la tierra, y para ti... la horca.

—Así corre el verso si no se me ha ido de la memoria, añadió Glossin. ¿Habeis entrado en calor ya? Hablemos de nuestros asuntos.

—¿De mis asuntos? decid mas bien de los *vuestros*, rayos y centellas! mis asuntos concluyeron tan luego como me hallé zafado de la jaula.

—Cachaza, cachaza, buen amigo. Voy á probaros que nuestros intereses son unos mismos.

Tosió Hatteraick, y despues de una corta pausa, continuó

Glossin:

—¿Cómo permitisteis que se os escapara nuestro mozucló?

—¡Maldicion! ¿era yo acaso el encargado de él? Mi teniente Brown lo confió á la tutela de un primo suyo residente en Midd-

(1) En el testo está en lengua holandesa esta estrofilta. El traductor se ha tomado la libertad de traducirlo ó á lo menos de imitarlo.

leburgo, y el cual era socio de la casa Van-Beest y Van-Bruggen. No sé que cuentos de viejas le hizo que se tragase el enredo; creo que dijeron que le habian apresado en una escaramuza con esa canalla de alouzones, y le instó para que le tomase á su servicio en calidad de volante. ¿Yo dejarle escapar? El socarronzuelo hubiera visitado el fondo de la mar, sin que se me hubiera dado una higa!

—¡Bueno! ¿y siguió haciendo de volante en la casa?

—No, no. El viejo Van-Beest le tomó afición; le dió su propio nombre, púsole en un colegio, y luego le envió á Indias. Aun creo que tenia intencion de remitirle á estas tierras; pero Brown le insinuó que si el moznelo volvía á Escocia, sufriria grave perjuicio nuestro comercio.

—¿Y sabéis si á estas horas sé halla enterado de su cuna?

—¿Y cómo diablos queréis que yo sepa eso? Lo que no hay que dudar es que por mucho tiempo conservó alguna memoria de ella. Pues cuando tenia diez años ¿no persuadió á otro bastarduelo inglés como él que entre los dos robasen la chalupa del lugre con el objeto de regresar á su país natal? Ya estaban bien lejos cuando conseguí atraparles. Mucho temia que me hicieran zozobrar la chalupa.

—¡Ojalá se le hubiese puesto por montera en medio de los mares!

—¿Qué decís? Me dió tal cólera que, ¡vive el infierno! le sacudí tal puñetazo, que le arrojé al agua por encima de las bordas; pero, ¿qué? el pequeño condenado nadaba como un pato silvestre. Le dejé bracear el trecho de una milla para que aprendiese á vivir. Por fin, viendo que se iba á fondo, le recogí á bordo del lugre. ¡Per vida de la tollina de San Nicolás (1)! Mucho os dará que sentir ahora que ha vuelto á sacar la cabeza sobre el agua.

(1) Nicolás, ó mas bien su diminutivo Nick, es el sobrenombre que dan los ladrones en Inglaterra al diablo. Se dice que el santo se apoderó un día del demonio y le dió una severa paliza, dejándole su propio nombre por befa y memoria de la azaña. De aquí proviene sin duda el vocablo compuesto Nihk-name, apodo, el cual hace alusion á la circunstancia que referimos.

Cuando era del tamaño de un baston, ya tenia el bribonzuelo la vivacidad de un relámpago y la impetuosidad del trueno.

—¿Y cómo ha vuelto de las Indias?

—¿Y cómo demonios he de saberlo yo? ¡mil rayos que me partan! La casa donde él trabajaba en Indias hizo naufragio; por eso nos obligó en Middleburgo á hacer agua tambien de un modo espantoso. Por ese motivo he vuelto á estas costas con el objeto de renovar mis relaciones con algunos conocidos antiguos, pues creía que mis viejas aventuras estarían olvidadas completamente. Hice algunos buenos negocios en mis dos primeros viajes; pero mucho me temo que ese calavera de Brown no nos haya echado á pique al dejar que le matase el coronel.

—¿Y cómo fué que no le acompañabais?

—¿Cómo fué? por vida de Barrabás! á nadie tengo miedo; pero como la expedicion se dirigia muy tierra adentro, recelé que nos diesen caza.

—Eso es verdad. Pero, volviendo á nuestro jóven....

—Sí, sí, rayos y centellas! ese es *vuestro* negocio.

—¿Cómo sabéis que está en este país?

—¿Cómo? Gabriel le vió en las montañas.

—¡Gabriel!!! ¿y quién es ese Gabriel?

—Un gitano. Habrá ahora algunos diez y ocho años que el viejo Ellangowan le hizo embarcar á bordo de la balandra de guerra llamada *Shark* (Tiburón) que mandaba aquel condenado capitán Pritchard. Fué él quien me avisó que la maldita balandra iba á darme caza, y que era á Kennedy á quien debíamos pastelada semejante. El gitano hizo el viaje de Indias en el mismo buque que vuestro jóven; y, por vida de Belzebú! no se le desmintió cuando volvió á verle pocos días há! Pero se ocultó de él cuanto pudo, porque siendo desertor y habiendo servido contra la Inglaterra, andaria la cosa mal para él, toda vez que llegaran á reconocerle. Díome pues aviso que el jóven se hallaba en estos parajes; aunque á mí me importa menos su vista que la de la punta de un cable viejo.

—Con que, hablando como amigos. Hatteraick, ¿ es cierto que se encuentra realmente en el país?

—Que sí, que sí. Maldición! ¿ quién pensais que soy yo?

—Un bribonazo osadísimo y sediento de sangre humana, pensó Glossin; pero, variando la conversacion:— ¿Quién de los vuestros fué el que hirió á Carlos Hazlewood?

—¡ Rayos y centellas! ¿ nos tenéis por locos rematados? Ninguno de los nuestros fué; ¿ qué provecho nos resultaria de semejante disparate? Basta con la majadería de Brown para hacer el terreno demasiado resbaladizo, sin necesidad de otro golpe.

—Pues me dijeron que habia sido Brown quien acometiera á Hazlewood.

—No, por vida de un ejército entero de demonios! os he dicho que Brown estaba ya seis piés debajo de tierra, en Derncleugh, el dia antes de ese acontecimiento. Se os figura que iria á resucitar para ir en busca de esa nueva gresca?

Un rayo de luz comenzó á iluminar las ideas confusas que asediaban el ánimo de Glossin.

—No me dijisteis que el jóven llevaba el nombre de Brown?

—Sí; llámase Van Beest Brown; el viejo Van Beest Brown de nuestra casa Van Beest y Van Bruggen le dió su propio nombre; estoy muy cierto.

—Entonces, dijo Glossin, estregándose las manos, él fué quien cometió el crimen.

—¡ Y bien! ¿ qué tenemos nosotros que ver con eso?

Reflexionó Glossin un instante, y su espíritu fértil en expedientes le inspiró al instante un nuevo ardid. Acercóse al contrabandista con aire triunfante:—Bien sabeis, querido capitán, le dijo, que nuestro principal negocio es quitar de enmedio á ese jóven.

—Tá, tá! respondió Hatteraick.

—No es que yo desee que le sobrevenga mal ninguno, toda vez que..... toda vez que..... eso no nos fuese necesario. Pero en el estado en que se hallan las cosas, está á pique de caer en las

redes de la justicia, primero porque lleva el mismo nombre que el teniente que se halló en el asunto de Woodbourne, y en segundo lugar porque hizo fuego al jóven Hazlewood, con intención de herirle ó de matarle.

—Eso está muy bueno: pero yo quisiera saber ¿qué sacaríaís de todo eso? Soltarán la presa tan luego como pueda izar su verdadero pabellon.

—Todo esto es muy cierto, querido Dirk, la observacion es justísima, amigo Hatteraick, pero hay motivos para tenerle preso hasta tanto que vengan sus pruebas, ya de la Inglaterra, ya de algun otro país. Conozco las leyes, capitan, y tomaré á mi cargo, como Gilbert Glossin de Ellangowan Esquire, como juez de paz del condado, negar todas las solicitudes de fianza que al tribunal pueda ofrecer, aunque fuesen las mas respetables de la Escocia entera, hasta que no se le haya tomado la segunda declaracion. Y ahora ¿sabeis á qué prision voy á hacer que le conduzcan?

—¡Eh! con mil rayos, ¿qué se me importa?

—Sí, buen amigo, mucho que se os importa. Habeis de saber que las mercancías decomisadas, que se depositaron en Woodbourne, están actualmente en los almacenes de la aduana de Portanferry, aquel lugarejo sito á orillas de la mar. Haré que encarcelen al jóven.

—Ya, luego que le hayais cogido.

—Sí, luego que le aprehenda, lo que no tardará en acontecer. Haré que encarcelen al jóven, como os iba diciendo, en la prision de la aldea, cuyas paredes son de medianía con las de la aduana.

—Eh! mil carretadas de bombas! bien sé todo eso.

—Cuidaré de alejar de allí á los soldados que dan la guardia; desembarcareis por la noche con la tripulacion de vuestro lugre, rescatareis vuestros géneros apresados, y os llevareis el jóven con vosotros á Flesinga. ¿No va bien así?

—O sino á las Américas.

—Si tal, buen amigo.

—O si no..... á Jericó.

—Bien, á donde gustéis.

—O si no..... le daremos una zambullida.

—Oh! querido capitan, yo no exijo tanto.

—Pero quereis echar la carga sobre mis costillas. Rayos y centellas! no es de hoy que os conozco. Ahora bien, ¿y qué utilidad resultará de todo eso para mí que me llamo Dirk Hatteraick?

—¿Qué utilidad, decís? ¿no teneis en ello tanto interés como yo? ¿Luego, no acabo de ponerlos en libertad?

—¿Vosen libertad á mí? por vida del diablo! Yo mismo fuí quien me puse en franquicia. Luego, *eso es un asunto tan viejo que ya no me acuerdo de él*, como me deciais ayer mismo: ja! ja! ja!

—Vamos, vamos, dejémonos de bromas. No me niego á haceros un lindo regalo; pero este negocio os interesa tanto como á mí.

—Tanto como á vos! ¿y quién es el poseedor de todos los bienes del cuitadillo? ¿ha tocado alguna vez Dirk Hatteraick un chelin de sus rentas?

—Dale, dale! os digo que este negocio nos es comun.

—Entonces acoto la mitad de los provechos.

—Qué! ¿la mitad de los bienes raíces? ¿quereis venir á vivir conmigo en Ellangowan, y beneficiar la mitad de las herencias?

—No, por vida del calendario! pero bien podeis darme la mitad de su valor, esto es, la mitad de lo que rentan. Vivir con vos *nequaquam*; compraré una casa de recreo en Middleburgo; tendré un jardin de flores, no menos lindo que el de un burgo-maestre.

—Por supuesto! con su leon de palo á la puerta, y su granadero con la pipa en la boca pintado en la tapia del jardin. Pero, escuchadme, Hatteraick. ¿De qué os servirían todas las casas de recreo, todos los tulipanes y todos los vergeles de la Holanda entera, si os llegasen á ahorcar en Escocia?

Púsose hosca en extremo la cara del capitan.

—Rayos y centellas! ahorcar!

—Sí, ahorcar, amigo querido! El diablo en persona no podría

salvar del patíbulo á Dirk Hatteraick, si permanece el jóven Ellangowan en este país. Y toda vez que el bizarro capitán de contrabandistas se empeñare en continuar su tráfico por estas costas, nada tendria de particular, especialmente cuando se habla tanto de una próxima pacificación entre las dos naciones, que sus altas potencias (1), con el fin de complacer á su nueva aliada, permitiese la *extradición* (2) de un hombre acusado de asesinato, y del robo de un niño, aun cuando el reo se hallase ya muy á sus anchas en Holanda, sin intencion de salir de ella en toda la vida.

—Mil cargamentos de truenos y de maldiciones! ¿Sabeis que puede haber algo de verdad en lo que decís?

—No es que yo rehuya de portarme como debo, añadió Glessin, quien conoció que había clavado su anzuelo diestramente y poniendo en manos de Hatteraick un billete de banco de bastante valor.

—Nada mas que esto? dijo el contrabandista. Os dí la mitad del cargamento de mi lugre para que no os fuerais de la lengua respecto á nuestra expedición de Warroch y además os hicimos la olla gorda llevándonos el chiquillo!

—Pero, honrado amigo, se os olvida que..... tambien os pongo en pista de rescatar las mercancías que os han decomisado.

—Sí; á riesgo de que nos crujan la nuca; para eso no nos haceis maldita la falta.

—Mucho lo dudo, capitán mio, porque sin mis desvelos, os seria fácil encontraros con un numeroso destacamento de soldados, dispuestos á defender la Aduana. Vamos, vamos, seré tan generoso como me sea posible, mas es preciso que seais algun tanto concienzudo.

—Qué el demonio me dé garrote si no me empacha eso mas que nada. Sois un ladrón y un asesino; pues queréis que yo robe y

(1) Título de los Estados de Holanda.

(2) Término diplomático que espresa la facultad de aprehender á un reo en los dominios de una potencia amiga.

mate para provecho vuestro; y ahora, mil millones de truenos y relámpagos, venís á hablarme de conciencia ni de chirivías! Buscad pues un medio mas honrado de deshaceros de ese infeliz.

—No, *mein herr*; pues confiándolo á vuestro cargo....

—A mi cargo! sangre de Júpiter! ¿echarme á mí el cargo y la carga, eh? confiadlo á una buena carga de pólvora y plomo. Vamos, si ha de ser así, pero bien podeis haceros cargo de lo que haré de él.

—Oh! amigo querido, espero que no empleareis los últimos medios de rigor.

—Rigor! rayos y centellas! quisiera que os hubieran regalado los sueños que tuve anoche en aquella maldita cueva de lobos. Me eché en un monton de heno á fin de pegar los ojos un rato. Pues bien; apenas me quedé dormido cuando se me apareció ese condenado bribon con las costillas hundidas y dando las boqueadas como lo hacia mientras yo le alijaba desde lo alto de la peña. Habriais jurado que le veiais ahí mismo, donde estais sentado retorciendo sus miembros como una rana aplastada y dando berridos!

—¿Y á qué viene todo eso, buen amigo? Esa es una sarta completa de disparates. Si os habeis tornado gallina mojada, los dos hemos perdido la partida.

—Gallina mojada! rayos y centellas! he vivido demasiado ya para que me cause susto un muerto, un vivo ó un demonio.

—Vaya otro trago, pues os vais poniendo helado otra vez.... Ahora bien, decidme, teneis muchos hombres todavía de vuestra antigua tripulacion?

—Ni siquiera uno! todos han muerto ahogados, ahorcados ó no me acuerdo como; pero lo cierto es que á todos se los ha llevado el diablo. Brown fué el último: ahora solo queda Gabriel. Este, mediante una corta cantidad de dinero, se avendria á dejar el país. Pero nada hay que temer de él, pues su propio interés le obliga á no charlar; luego, su tia la vieja Meg, sabia el modo de enmudecerle si fuese preciso.

—¿Y quién es esa Meg?

—Meg Merrilies, la añosa bruja, la gitana, la hija de Satanás.

—¿Y vive todavía?

—Sí.

—¿Y está en este país?

—Sí, en este país. Ella estuvo en Derncleugh la otra noche, cuando dos de mis hombres y yo instalamos á Brown en un sitio donde tiene que quedarse, váyale mal ó bien, hasta el día del juicio.

—Esa mujer es de recelar, capitán amigo. ¿Creeis que se irá de la lengua?

—Ella? jamás. Juró por el salmón (1) que si no hacíamos daño al niño, no hablaría nunca del salto del aforador. Pues bien, en el calor de la sarracina le hice un corte en el brazo con mi sable, y sin embargo, á pesar de haber sido detenida por la justicia, encarcelada, y arrojada del país, no se ha boqueado, en maldita la sílaba. Meg es tan segura como el acero.

—Ni decís mas que la verdad. Sin embargo, con tal que pudiésemos llevarla á Hamburgo... á Zelandia... ó... á otra parte cualquiera... bien sabeis que escaparíamos mejor. Levantóse Hatteraick, púsose de puntillas, y mirando á Glossin de arriba abajo.

—No veo, le dijo, que tengais patas de cabra, y no obstante preciso es que seais el diablo en persona. Pero sabed que Meg Merrilies es mas amiga de Satanás que fo habeis sido vos en toda la vida. No se me olvidará jamás el temporal que corrí cuando salí á la mar despues de haber hecho á la gitana aquella herida en el brazo. No, no, voto á bríos, no quiero habérmelas con ella. ¡Frueños de Júpiter! es una verdadera bruja, una amiga íntima del demonio, su propia parienta, os lo aseguro. Por lo demás, y siempre que no pueda hacer perjuicio al tráfico, me avengo á desembarazaros del jóven, cuando gusteis avisarme de que ya le teneis en algun almacen de decomisos.

Por fin los dos dignísimos asociados quedaron conformes so-

(1) Juramento inviolable de las tribus errantes de Escocia.

bre todas sus medidas, y fijaron los medios de correspondencia. El lagre de Hatteraick no corria riesgo alguno quedándose á la inmediacion de las costas, porque en aquellos parajes no habia buques de la marina real.

CAPITULO XXXV.

«Sois una clase de gentes que no servirian á Dios aunque el diablo se lo mandase. Por haber venido á prestaros servicio, nos tratais como si fuésemos unos bribones.

SHAKESPEARE. OTELO.

Al regresar Glossin á su casa, abrió un gran número de cartas que habian llegado durante su ausencia. Entre ellas leyó una que le llamó particularmente la atencion. Firmábala Mr. Protocol, procurador en Edimburgo. Esta se dirigia á Glossin como al agente de negocios del difunto Mr. Bertram de Ellangowan, y representante suyo para darle noticia del fallecimiento repentino de mistress Margarita Bertram de Singlesido, y le suplicaba comunicase el acontecimiento á sus clientes con el objeto de que nombrasen algun representante, si lo juzgaban conveniente, para las operaciones relativas á la herencia de la difunta señora.

Glossin comprendió al instante que el autor de aquella carta no estaba enterado del rompimiento que habia tenido lugar entre él y su patrono. No ignoraba que Lucy Bertram tenia algun derecho al caudal de su tia; mas pudiera apostarse mil contra uno que algun capricho de la vieja solterona hubiese trastornado las disposiciones testamentarias que en otro tiempo hiciera en su favor. Despues de haber buscado en su imaginacion fertilísima algun medio de sacar de este suceso alguna ventaja para sí mismo, no pudo encontrar ninguno que provechoso le fuese. Determinó pues hacerle servir para el proyecto que habia formado de restablecer ó mas bien de crearse una reputacion. Mas de una vez habia conocido que le faltaba ese inapreciable tesoro, y

recelaba que ahora le hacia mas falta que nunca. Es preciso, dijo entre sí, colocarme á toda costa en un terreno sólido de veras, á fin de que si saliese mal el proyecto del capitan contrabandista, escite cuando menos alguna preocupacion en favor mio. Tambien es preciso hacer á Glossin la justicia de decir, que aunque era perverso, veia con placer á la señorita Bertram conseguir algun resarcimiento de todos los daños que él habia causado á su familia, sin que le costase el mas ligero desembolso. Resolvió pues pasar á Woodbourne la mañana siguiente.

No fué sin vacilar un poco que se decidió á dar este paso. Sentia tanta repugnancia de presentarse al coronel Mannering, cuanta experimenta el crimen y la infamia de mostrarse á los ojos de la honradez y de la probidad. Pero confiaba sobremedera en sus propias habilidades. No carecia de talento, y sus conocimientos no se limitaban á los que constituian su profesion. Habia residido en Inglaterra bastante tiempo en diversas ocasiones para cepillarse la corteza de una rusticidad campesina, y de la pedantería correspondiente á su carrera. Lleno de astucia, hábil en persuadir, poseedor de una desfachatez imperturbable, lo cubria todo con unos modales muy sencillos y francos. Confiado pues en sí mismo, llegó á Woodbourne hácia las diez de la mañana y pidió licencia para hablar á la señorita Bertram.

No dijo su nombre hasta que estuvo á la puerta de la sala, donde estaban tomando el desayuno. Allí un criado, á petición suya, pasó recado de que Mr. Glossin solicitaba ponerse á los piés de Miss Lucy. Esta, á quien se presentó al momento el recuerdo de la escena que pusiera un término inesperado y súbito á la vida de su padre, se puso mas pálida que la muerte y estuvo á pique de perder el sentido. Apresuróse Julia á socorrerla y salióse de la sala en su compañía. Solo quedaron en el aposento el coronel Mannering, Carlos Hazlewood, quien tenia el brazo suspendido del cuello con un pañuelo, el Dómine Sampson, cuya cara acaballada y hundidos ojos tomaron una espresion horrible luego que el honrado preceptor hubo reconocido á Glossin.

El bribonazo, aunque algo aturdido al notar el efecto que produjera su llegada, no se desconcertó. Dirigióse al coronel y le dijo: que esperaba que su venida no hubiese incomodado á las señoras. Mannering le recibió con frialdad y altanería, y contestóle que ignoraba á cual motivo debería atribuir la honra de una visita por parte de Mr. Glossin.

—¡Jem! jem! me he tomado la libertad, señor coronel, de venir á casa de V. con el objeto de hablar á Miss Bertram acerca de un asunto que la interesa.

—Si V. pudiera comunicarlo á Mr. Mac-Morlan, sugeto que posee toda la confianza de esa señorita, creo que sería mucho mas agradable para ella.

—V. me perdonará, señor coronel, y sabe muy bien como hombre de mundo que hay ciertos casos en los cuales es mas prudente tratar con el interesado propio sobre ciertas materias.

—Siendo así, Mr. Glossin, puede tomarse la incomodidad de explicar en una carta el negocio que pretende comunicar á la señorita, quien no dudo la acogerá con toda la atencion correspondiente.

—Muy cierto; pero hay casos en que una conferencia de viva voz.... Advierto y veo que el señor coronel Mannering se ha dejado preocupar tambien de ciertas prevenciones contra mí y las cuales le hacen considerar mi visita como impertinente. Mas yo apelo á su escelente juicio. ¿Es justo que se nieguen á escucharme, sin saber el motivo que me conduce aquí, sin saber cuales pueden ser las consecuencias para la señorita á quien dispensa su proteccion?

—Por cierto, señor mio, que estoy muy distante de querer conducirme así. Voy á preguntar el beneplácito de Miss Bertram sobre este asunto, y si Mr. Glossin puede esperar un instante, volveré para informarle de la voluntad de la señorita.

Hablando de esta suerte se salió de la sala el coronel.

Quedóse Glossin en pié junto á la mesa de almuerzo, pues el coronel no le habia hecho la mas leve invitacion para que se

sentase, y en verdad él mismo había también permanecido erecto durante su corto coloquio. Luego que hubo salido Mannering, tomó asiento Glossin con un aire mitad de embarazo, mitad de desvergüenza. El silencio de los dos sujetos que le hacían compañía le pareció despreciativo é insultante, y resolvió obligarles á romperlo.

—Hace una mañana muy hermosa, señor Sampson. Solo respondió el Dómine con una especie de exclamacion inarticulada, mitad parecida á un sí afirmativo, y mitad á un murmullo de indignacion.

—Nunca va V. á ver á sus antiguos amigos de Ellangowan, Mister Sampson. Todavía se cuentan entre ellos muchos de los renteros del tiempo de V. Respeto demasiado la memoria de la familia que poseia aquella heredad antes que yo para despedir á los viejos arrendatarios: aunque sea con pretexto de mejoras. Luego eso no me sale de adentro, no me gusta. Mr. Sampson, la sagrada Escritura nos dice, Dios condena á los que oprimen al pobre y cercenan los linderos de su campo.

—Y también á los que devoran la sustancia del huérfano, añadió el Dómine, *anatema! anatema!*

Profiriendo estas palabras, se levantó, púsose debajo del brazo un libro de á fólio que estaba leyendo, hizo un cuarto de conversion á la derecha, y salióse de la habitacion con paso de granadero prusiano.

Mr. Glossin no se desconcertó ó á lo menos hizo un esfuerzo para no aparentarlo; y volviéndose á Carlos Hazlewood, quien fingia estar repasando un periódico, le dijo.

—¿Hay algo de nuevo, caballero?

Miróle Hazlewood al soslayo y le presentó el papel sin responderle, cual lo hubiera hecho en un café respecto á la persona mas estraña, y levantándose se disponia á dejar la vivienda.

—Perdone V., Mr. Hazlewood, mas no puedo menos de manifestarle mi júbilo al verle restablecido tan pronto de su horrible accidente.

Una inclinacion de cabeza, la mas ligera y fria que darse puede, fué lo único que obtuvo; sin embargo sintióse alentado para continuar:

—Puedo asegurar á V. que pocas personas han tomado en el caso tanto interés como yo, no solo por el beneficio del país en general, sino especialmente con motivo del respeto particularísimo que profeso á la familia de V., la cual ocupa en estas cercanías un puesto tan alto. Mr. Featherhead se va poniendo viejo; no puede seguir mucho tiempo ocupando un asiento en la Cámara de los comunes, y V. haria bien en tomar sus medidas con alguna anticipacion. Hablo á V. como un amigo, Mr. Hazlewood, como un hombre que conoce el terreno; y si puedo servirle de alguna utilidad...

—Perdone V., señor mio; pero no tengo mira alguna para cuya consecucion pueda valerme el auxilio de V.

—Oh! muy bien! Quizás no vaya V. muy descaminado. Todavía hay tiempo de sobra, y me gusta ver á un jóven tan juicioso y prudente. Pero estaba hablando de la herida de V. Creo que ya he dado con el rastro del malhechor que atacó á V. Sí, ya he dado con la pista, y si no le hago castigar como merece...

—Perdone V. otra vez, señor mio, pero su celo va mas lejos de lo que yo deseara. Tengo todas las razones pesibles para creer que mi herida fué efecto de un accidente. Ciertamente no fué premeditada. Si V. conociere á alguien que sea culpable de ingratitud y de alevosía, entonces me verá V. tomar una parte muy activa en su resentimiento.

—Otra andanada tenemos, pensó Glossin; será preciso embestirle por otro lado.—Nadie pensará con mayor nobleza, caballero. Sí, por mi parte yo tendria menos compasion de un hombre ingrato que de una gallineta. Y á propósito de gallinetas (Glossin habia aprendido del viejo Ellangowan, su antiguo patrono, este modo de variar el asunto de la conversacion) le veo á V. muy á menudo con la escopeta, y espero que tardará muy poco en volver á sus cacerías. He notado que se limita V. á las tierras

de Hazlewood en su diversion, y mucho gusto me daria V. si la continuase en la hacienda de Ellangowan. Creo que allí abundan mas las gallinetas, aunque no deja de haberlas en ambas heredades.

Este ofrecimiento le valió solamente otra inclinacion de cabeza muy fria y reservada. Quería Glossin renovar la conversacion, cuando le sacó de apuro la llegada del coronel Mannering.

—Temo, señor, dijo este á Glossin, haber hecho á V. aguardar demasiado tiempo. Empeñéme en conseguir que Miss Bertram consintiera en recibir á V., pues en mi sentir debería doblegarse su repugnancia á la necesidad de informarse de ese asunto que V. le trae; creó sin embargo que ciertas circunstancias recientes y las cuales no pueden olvidarse con facilidad, hacen para ella tan penosa la idea de tener una entrevista con Mr. Glossin, que sería una crueldad en insistir sobre ello. Me ha encargado reciba las órdenes de V. y sus proposiciones; ó en fin saber lo que V. tenga que comunicarla.

—Jem! jem! mucho lo siento, caballero, duéleme infinito, señor coronel, que Miss Bertram suponga remotamente... que ciertas prevenciones... en una palabra, que crea que alguna culpa mía....

—No hay acusacion alguna, señor mio, y así toda justificacion se halla fuera del caso. ¿Tiene V. dificultad de comunicarme, en calidad de tutor eventual de Miss Bertram, el negocio que pretende participarla?

—Ni la mas leve, señor coronel; la señorita no podia haber escogido un amigo mas respetable, un hombre con el cual yo tuviese mayor placer en explicarme.

—Tenga V. la bondad de venir al grano, si gusta.

—Caballero, es que... pero qué necesidad tiene Mr. Hazlewood de salirse de la sala? Es tal el afecto que profeso á Miss Bertram que quisiera que el mundo entero oyese lo que tengo que decir.

—Señor Glossin, mi amigo Mr. Hazlewood no tiene curiosidad de oír cosas que no le interesan. Ahora que estamos solos, per-

mítame V. le ruegue sea claro y preciso en lo que vaya á participarme. Soy soldado, y no entiendo de preliminares ni de formas.

Así hablando, tomó asiento el coronel y aguardó la respuesta de Glossin, quien le dijo:

—Tenga V. la dondad de leer esta carta. Leyóla Mannering, anotó en su cartera las señas del domicilio de Mr. Protocol, y devolvió el pliego á Glossin, diciéndole: Este asunto me parece que no exige una discusion muy larga. Yo cuidaré de velar por los intereses de la señorita Bertram.

—Pero, señor coronel, aquí se trata de otra cosa, y la cual tan solo yo puedo explicar á V. Esta señora, Margarita Bertram cuando vivia en Ellangowan con mi antiguo amigo Mr. Bertram hizo un testamento instituyendo á miss Lucy única heredera suya. Estoy cierto de ello, porque el Dómine (este es el nombre que mi amigo daba al respetable Mr. Sampson) lo firmó conmigo en calidad de testigo. Ella en la época que me refiero tenia plenas facultades para testar; pues ya era propietaria de la hacienda de Singleside, aunque su hermana mayor tuviese el goze vitalicio del usufruto. Esta fué, señor, una disposicion bien estraña que hizo el viejo Singleside con el objeto sin duda de enconar una contra otra á sus dos hijas cual si fuesen dos gatas rabiosas.

—Muy bien, señor, pero vamos al hecho. V. dice que aquella señora tenia derecho de instituir heredera suya á miss Bertram y que así lo hizo.

—Sí, señor coronel. Me jacto de estar algo versado en materias jurídicas; he hecho un largo estudio de nuestras leyes, y, aunque me he retirado de los tribunales para disfrutar de algun descanso, no he olvidado del todo una ciencia cuya posesion es preferible á la de todas las alquerías y tierras de labor en el universo; la jurisprudencia, ese arte que como dice uno de nuestros poetas.

.....cuando está bien entendido.

Hace al hombre encontrar el *bien* perdido.

—No, no: todavía sé crugir mi látigo y me queda cierto tejema-
neje para servir á mis amigos.

Esplayábase de este modo Glossin sobre su propio mérito con la esperanza de hacer una impresion favorable en el ánimo del coronel, quien se moria de ganas de arrojarle por el balcón, ó á lo menos por la puerta afuera. No obstante reflexionó Mannering que aquel arresto pudiera traer consecuencias muy favorables para la señorita Bertram, y así se armó de un poco de paciencia, escuchando lo mas tranquilamente que pudo los elogios que Glossin prodigaba á sus propios conocimientos. Luego que este hubo cesado de hablar, le preguntó el coronel si sabia dónde estaba el testamento.

—Sé... es decir... pienso... y aun creo que podré hallarlo. Pero suele acontecer en semejantes casos que el depositario tenga que hacer alguna reclamacion, y entonces...

—Poco importa eso, dijo el coronel tomando su cartera.

—Querido señor, V. me interrumpe demasiado pronto. Quería decirle que ciertos depositarios pudieran reclamar las costas del testamento, una indemnizacion para sí mismos, etc., etc. Pero respecto á mí, deseo convencer á miss Bertram y á sus amigos, que me porto hácia ella con la mayor honradez. Aquí está el testamento, señor; yo hubiera tenido sumo placer en ponerlo personalmente en manos de esa señorita, y darle el parabien del porvenir mas dichoso que se desarrolla ante ella. Pero ya que son tan insuperables las prevenções contra mí, solo me queda, señor coronel, suplicar á V. la transmita mis votos sinceros por su felicidad y la asegure que me hallo dispuesto á sostener judicialmente la legitimidad del testamento, siempre que se requiera mi testimonio. Tengo la honra, señor coronel, de desear á V. felices dias.

Este discurso de despedida estuvo muy bien imaginado, y pronuncióse con un tono que imitaba tan á lo vivo el de la integridad sospechada injustamente, que el coronel Mannering comenzó á vacilar en la mala opinion que habia concebido de Glos-

sin. Le acompañó hasta la puerta, y aunque siempre reservado y frío, se despidió de él con mayor urbanidad de la que había usado durante su visita.

Alejóse Glossin de la casa, tan satisfecho de la impresión que sus últimas palabras produjeran, como mortificado de la acogida poco alagüeña con la cual se le había recibido.—El coronel Mannering, decía para sí el ex-agente, hubiera debido manifestarse mas urbano. Todos no se presentan en casa estraña para regalar una renta de cuatrocientas libras esterlinas á una pobre diabla de mozuela que no tiene un chelin con que santiguarse: cuatrocientas, digo, porque Singleside producirá por ahí por ahí; á lo menos Reilageganbeg, Gillifidgat y otras tierras bien las valen. Muchos en mi pellejo hubieran tratado de sacarle raja á este negocio, aunque á decir verdad, no veo que la hubieran conseguido.

Apenas se hubo ausentado Glossin cuando el coronel envió uno de sus lacayos á casa de Mr. Mac-Morian para suplicarle pasara á la quinta lo mas pronto posible. Luego que llegó, enseñóle Mannering el testamento, y le preguntó qué era lo que pensaba. Leyólo Mr. Mac-Morian con los ojos chispeando de júbilo y restregándose las manos, exclamó:

—Esto es inatacable! está perfectamente hecho! Oh! nadie trabaja mejor que Glossin, y cuando se enreda en una faena mala es porque le tiene cuenta el hacerlo. Pero, añadió él, variando de semblante. La loca de la vieja habrá podido muy bien anular estas disposiciones.

—¿Y cómo lo averiguaremos?

—Encargando á alguien para que represente á miss Bertram en su inventario.

—¿Puede V. ir?

—Ay! no; me precisa asistir á un juicio de jurados en nuestro tribunal.

—Entonces yo mismo iré. Llevaré conmigo á Sampson; éi fué uno de los testigos del testamento, y su presencia puede

sernos necesaria. Pero necesitaré de alguien que me dirija.

—Daré á V. cartas para el antiguo Sheriff de este condado. Reside en Edimburgo y disfruta de una reputacion tan buena como bien merecida.

—Lo que mas me gusta en V., señor Mac-Morlan, es que siempre se va al toro en derechura. Escríbame V. esas cartas al instante. ¿Diremos á miss Lucy que puede esperar verse poseedora de tan bonito caudal?

—Eso es indispensable.... precisa que ella os dé poder de escribano para representarla, y yo voy á prepararlo. Además que resopondo de su prudencia; porque ella solo considerará esta esperanza como una probabilidad incierta.

El juicio que se formara Mac-Morlan no era erróneo. Miss Bertram, al aprender esta noticia dió á conocer una moderacion la cual probaba que no veia realidad en la apariencia de buena fortuna que se ofrecia á sus ojos. Unicamente en la reunion de la noche hizo algunas preguntas á Mac-Morlan respecto á las rentas que podia producir la hacienda de Hazlewood. Dejemos al lector el cuidado de averiguar si era su objeto saber si una heredera con cuatrocientas libras de renta seria un partido conveniente para el jóven laird.

CAPITULO XXXVI.

«Echame un vaso de buen vino para dar fuego á mis ojos; es preciso que me enfade; necesito hablar como el rey Cambises.

SHAKESPEARE. ENRIQUE IV. PARTE PRIMERA.

Mannering, habiendo tomado al Dómine para compañero de viaje, no perdió tiempo en llegar á Edimburgo. Ocupó con él una silla de posta, porque, conociendo sus distracciones habituales, no quiso perderle de vista, y mucho menos hacerle viajar á caballo, no fuera que algun mozo de cuadra un poco travieso le hi-

ciese montar de modo que llevase la cara mirando á la cola de la cabalgadura. Con el auxilio de Burnes su ayuda de cámara, quien seguia el carruaje á todo galope, consiguió alojar á Mr. Sampson en uno de los mesones de la capital de Escocia, porque las fondas eran todavía desconocidas. Y verdaderamente la vigilancia de Burnes solo tuvo en dos ocasiones que ejercerse sobre él en camino: en Moffat, mientras el coronel se desayunaba, armó el pedagogo una discusion con el maestro de escuela de aquel lugar, respecto á un vocablo en la oda séptima del libro segundo de Horacio, sobre cuyo metro estaban discordes. Siguióse otra disertacion acerca de la palabra *malobathro* (1) que trae la misma oda. Por fin ya hacia un cuarto de hora que estaba el coronel dentro de su carruaje, sin saber que se habia hecho de Sampson, quien, en su disputa acompañara á su casa al maestro de escuela, donde por buena fortuna dió con él Burnes despues de mil averiguaciones. Otro dia habiendo atisbado un monumento fúnebre en un lado del camino, manifestó deseo de ir á visitarlo. Avínose el coronel á detenerse unos minutos. Pero luego que el Dómine hubo satisfecho su curiosidad, en vez de volverse á la silla de posta, continuó marchando en direccion opuesta, y ya habia andado cerca de una milla cuando le detuvo Burnes. Se habia olvidado de su viaje y de su patrono tan completamente como si se hallara en la gran China. Luego que la prudencia de Burnes le hubo devuelto la memoria—Pro-di-gi-ó-so, exclamó, ¡no pensaba en semejante cosa! y se volvió al carruaje. Sorprendió á Burnes la paciencia manifestada por su amo en aquellas dos ocasiones. Contábale por esperiencia cuan insoportables eran para el coronel la cachaza y la negligencia; pero el Dómine gozaba de un privilegio esclusivo. Nada podia darse mas diverso que sus caractéres, y sin embargo la naturaleza parecia haberlos hecho el uno para el otro. Cualquier libro que Manne-

(1) *Malobathro*, en la hoda de Horacio que cita el testo es un arbusto odorífero y oriundo de la India que crece en los pantanos: esprimiase de sus hojas cierto jugo, el cual servia para perfumar los cabellos á los romanos ricos.

ring necesitaba, encontrábalo Sampson sin la mas leve demóra. Si tenia que sacar una cuenta ó revisarla, hallaba á Sampson siempre dispuesto á hacerlo. Si queria citar algun pasaje de los autores antiguos, servíale Sampson de diccionario ambulante y facilísimo de hojear. Y á pesar de eso aquella máquina de resorte ni resentia orgullo cuando se la necesitaba ni humillacion cuando no hacian caso de ella. Para un hombre altanero, frio y reservado cual era Mannering, aquella especie de catálogo viviente ó autómata dotado de vida, ofrecia todas las ventajas de un criado doméstico mudo.

Así que llegaron á Edimburgo aposentáronse en el meson del *Rey Jorge*, contiguo á Bristo-port (me gusta describir las cosas exactamente). Pidió el coronel un hombre para que le condujese á casa de Mr. Pleydell, el abogado para quien le diera cartas Mr. Mac-Morlan; encomendó á Burnes el cuidado del Dómine, encargándole no le perdiese de vista, y partió con su guia.

La guerra contra la América tocaba ya á su fin. La necesidad de tener unas habitaciones mas espaciosas, mas ventiladas, y mejor distribuidas no habia entrado de moda en la metrópoli escocesa. Por la parte del mediodía se comenzaba á construir *casas dentro de casas* como se las denomina enfáticamente, y los primeros domicilios de la ciudad nueva por la parte del norte, hoy tan estensa, solo tenian echados los cimientos. Pero todas las personas distinguidas, y notablemente cuantos pertenecian á la curia, residian aun en los pisos bajos ó sea calabozos de la ciudad vieja. Dos ó tres de los abogados mas célebres continuaban recibiendo á sus clientes en la taberna, en conformidad á la antigua usanza, y aunque sus jóvenes cofrades no dejaban de zaherir esta añeja costumbre, sin embargo la habitud de mezclar el vino ó la cerveza con los negocios de la mayor seriedad era conservada por sus decanos, sea que la creyesen plausible, sea que estuviese demasiado arraigada entre ellos para destruir-la de golpe.

Entre los tales partidarios de esta estraña antigualla, y los

cuales tenían á gloria conservar los usos del buen tiempo de marras, contábase á Pablo Pleydell, hombre por lo demás muy apreciable, muy lleno de conocimientos, y excelente abogado.

Siguiendo los pasos de su guía, encontróse Mannering, después de haber recorrido algunas calles muy estrechas y lóbregas, en High-Street (*Calle Alta*) la cual resonaba con la gritaría de los vendedores de ostiones y con el ruido de las campanillas de los pasteleros; pues, como le hizo observar su conductor, las ocho acababan de dar en el reloj de la iglesia de Tron. Hacia largo tiempo que el coronel no se hallaba en las calles de una capital populosa. Los gritos de los artesanos, la barahunda de las tabernas, la variedad de las luces, y eterno movimiento de los diversos grupos de figuras humanas, ofrecen especialmente por la noche, un espectáculo, que, aunque compuesto de los elementos mas vulgares, cuando se les considera separadamente, produce por su union un efecto tan singular como imponente en la imaginacion. La extraordinaria altura de las casas se hacia notable á resultas de las luces que con irregularidad iluminaban las ventanas de todos los pisos, y las mas elevadas de las cuales parecian confundirse con las estrellas del firmamento (1). Este *golpe de vista*, que en parte existe aun, era producido por las casas de la Calle Mayor, y cuya línea solo queda interrumpida en el punto donde el puente del Norte forma una plaza tan bella como uniforme; y cuya latitud y longitud corresponden á la elevacion descomunal de los edificios que la encuadran.

No le sobraba tiempo á Mannering para mirar y admirar todas estas cosas. Precedíale su conductor con pasos ligeros, y de repente le hizo tomar una callejuela muy angosta. Allí, habiendo subido con precaucion por una escalera oscura en la cual uno de los sentidos de Mannering no fué agradablemente halagado, se encontraron á una altura que al coronel pareció inmensa, y oyeron llamar á una puerta dos pisos mas arriba, siguiéndose al instante un cuarteto ejecutado por un perro que ladraba, un ga-

(1) En Edimburgo se ven todavía muchas casas que cuentan hasta catorce pisos.

to que se defendia, una mujer que chillaba, y la bronca voz de un hombre gritando con todos sus pulmones:—Mostaza, acá! quieta! quieta! déjalo! déjalo!

—¡Válgame Dios! dijo la mujer, si la perra hubiera lastimado á nuestro gato no me lo perdonara jamás Mr. Pleydell.

—No tenga V. miedo, buena tia. Poco daño le ha hecho. ¿ Con qué no está en casa el señor ?

—No, nunca está los sábados.

—Ni el domingo tampoco, es de suponer. No sé que hacerme.

En aquel instante llegaba Mannering y vió á una especie de labrador envuelto en una casaca de mezclilla con grandes botones de metal; cobijábale un sombrero de hule, y tenia debajo del brazo un enorme látigo. Estaba hablando con una mujer en chancas, la cual con una mano asia la puerta en ademan de cerrarla, y agarraba con la otra el asa de una caldereta llena de agua y jabon; circunstancia que en Edimburgo da á entender que se está en la noche del sábado.

—¿ No está en su casa Mr. Pleydell, buena señora ? dijo Mannering.

—Está como si estuviera en la suya pero no en la propia. Nunca lo está el sábado por la noche.

—Pero, hija mia, soy forastero y vengo de un pais muy distante. Me precisa verle : ¿ tuviera V. la bondad de decirme dónde le encontraria á estas horas ?

—¡ Toma ! dijo el guia al coronel. Apuesto á que está en la taberna de Clerhugh. Esta mujer pudiera haberlo dicho ; pero habrá creído que no era él sino su casa lo que venia V. buscando.

—Está muy bien ; lléveme V. á esa taberna. Supongo que no tendrá dificultad en recibirme porque tengo que hablarle sobre un asunto de la mayor importancia.

—Nada puedo decir á V. de eso, interpuso la criada, porque no gusta que se le incomode ni hable de negocio ninguno el sábado por la noche. Sin embargo es muy cortés para los forasteros.

—Yo tambien iré á la taberna, dijo nuestro amigo Dinmont ;

soy igualmente forastero, y tengo que hablarle de un negocio.

—¡ Ah ! si recibe al caballero tambien habrá de recibir al gazznápíro. Pero, en nombre del cielo , no vayan VV. á decirle que soy yo quien les envia allá.

—No soy mas que un gazznápíro, contestó Dinmont, algun tanto picado, pero no vengo á gastar en valde la saliva.

Así diciendo bajó la escalera, seguido de Mannering, del conductor de este, y de una perra de la familia de los Mostazas.

El coronel no pudo menos de admirar el aire determinado y suelto con que el desconocido labrador se abria calle por medio de la turba, y hacia á un lado cuanto encontraba de frente con el solo movimiento de su marcha.

—No irá muy lejos en esa guisa, dijo el guía á Mannering ; preveo que no ha de llegar al cabo de la calle sin que alguien le ajuste cuentas.

Sin embargo, no tuvo efecto la prediccion. Al ver la estatura colosal de Dandie Diamont y las fuerzas que anunciaba, cada cual le creia construido de un metal demasiado duro para atreverse á rozarse con él y preferia molestar su propio cuerpo para ceder calle á la robusta humanidad del labrador. Aprovechándose de la ventaja, seguiale paso á paso el coronel, hasta que deteniéndose el campesino, se volvió al guía y le dijo :

—Creo que este pasadizo estará ya cerrado. ¿ No es así, camarada ?

—¡ Oh ! sí señor; cerrado deberá estar á la hora esta.

Siguió un poco mas arriba Dinmont, echó por una callejuela muy sombría, subió una oscurísima escalera, y entróse en un cuarto que tenia abierta la puerta. Mientras silbaba con el objeto de que acudiese el mozo, cual si este hubiera sido uno de sus perros, Mannering, mirando al rededor de sí no podía apenas concebir que un hombre ejerciendo una profesion tan honrosa , y que le habian descrito como muy instruido y bien educado, escogiese un paraje semejante por convertirlo en teatro de sus di-

versiones: La pieza que ocupaban tenia una ventana á un patinillo, donde entraba un poco de claridad durante el dia, y de donde se exalaban á todas horas y especialmente por la noche, una mezcla de olores que no emanaban ciertamente de una perfumería. Frente por frente y al otro lado de la vivienda habia una segunda ventana que daba á la cocina, la cual carecia de toda comunicacion con el aire exterior, sin recibir, ni aun durante el dia, otra luz que la que le llegaba por carambola de la primera ventana ya mencionada. En aquel instante una gran lumbr encendida en la cocina hacia visible la parte interior de ella. Era aquel una especie de Pandemonio donde varios hombres y mujeres se hallaban ocupadas en abrir ostiones, en amasar pasta de empanadas, en asar ó cocer trozos de carne. El ama de la casa llevaba los zapatos en chancleta; sus cabellos, semejantes á los de Megera, se escapaban de la parte interior de un bonete redondo que la tapaba las orejas; en este equipaje corria de uno á otro, regañaba, daba órdenes, las recibia, mandando y obedeciendo á la vez, y parecida á una bruja que reinaba en aquellas tenebrosas regiones.

Estrepitosas y repetidas carcajadas, haciendo resonar todos los rincones del edificio, probaban que los trabajos de la huésped no eran infructuosos, y que un público dotado de verdadera generosidad le tribufaba el debido galardón. No fué sin alguna dificultad que uno de los mozos consintiera en introducir al coronel y á Dinmont en el aposento donde el abogado Pleydell celebraba su orgía semanal. El espectáculo que ella ofrecia y sobre todo el aspecto del célebre letrado, que representaba el principal papel, dejaron sorprendidos á sus dos clientes.

—Era Mr. Pleydell un hombre en extremo vivo; tenia los ojos malignos y penetrantes, sus miradas y maneras tenian en sí cierta cosa que daba á entender, al primer golpe de vista, su profesion, pero esta era una forma exterior, de la cual podia despojarse cuándo bien le pluguiera así como de su peluca de tres coletas y de su casacon negro lo hacia todos los sábados por la no-

che, cuando rodeado de sus bulliciosos cofrades se disponía á tomar lo que llamaba sus *actitudes* (1).

En aquel instante se le veía sentado á la mesa donde habia permanecido desde las cuatro de la tarde. Bajo la direccion de un venerable amigo de la botella que habia participado de placeres semejantes con tres generaciones cuando menos, divertíase la jovial reunion con el juego de los *high jinks* (2) olvidado tiempo há. Este se jugaba de diversos modos, por lo general al vuelco de los dados; y aquel á quien señalaba la suerte estaba obligado á hacer cierto papel, sosteniendo durante el tiempo convenido el carácter designado, ó bien á repetir un cierto número de versos *fescenios* (3); si se salía del carácter que hubiese elegido, ó si su memoria le era infiel, condenábanlo á beber cierto número de VASOS.

El culpable podia redimir su castigo, satisfaciendo una multa que se aplicaba al pago de la cuenta de aquella noche. Así pasaban el tiempo nuestros borrasqueros cuando el coronel Manne-ring se presentó en la habitacion.

El abogado Pleydell representaba á la sazón el papel de un monarca. La silla que le servía de trono estaba puesta sobre la mesa; llevaba la paluca de medio lado, y la cabeza ceñida de una corona hecha de tapones de botellas. Brillábanle los ojos sobremanera, lo que podia atribuirse ya á la jovialidad ya á los vapores del vino. Sus cortesanos recitaban al rededor de él varios versos ridiculos como los siguientes:

¿Dónde Oronte estás? plañid su suerte;
Si nadar atrevido
El hubiera sabido
No le pillá la garra de la muerte.

(1) Su genial vivo y franco sería tal vez el mejor equivalente de esta palabra.

(2) *High jinks*: grandes vueltas. Este juego de los bebedores era muy usado antiguamente en la Gran Bretaña. Era de diversas clases. El *Whigmaleerie* consistía en clavar en la mesa una aguja, de la cual salían tantos hilos de colores, cuantos eran los comensales: cada uno de estos escogía el suyo. Sobre la aguja se ponía un índice giratorio. Dábase movimiento y cuando se paraba, aquel á cuyo hilo señalase, tenía que beber un vaso de vino.

(3) *Versos libres*; cantados por los Romanos, en sus festividades.

¡Tales eran en otros tiempos, ó Témis, las diversiones de tus hijos los de Escocia!

Dinmont fué quien primero se introdujo en la vivienda. Quedóse un instante con la boca de par en par y luego exclamó.—El es, él es! ¿quién diablo hubiera podido conocerle?

Luego que el mozo hubo anunciado á Mister Dinmont y al coronel Mannering, diciendo que estos sujetos solicitaban hablar con Mr. Pleydell, volvió este la cara, y apareció al principio un poco desconcertado viendo al coronel; pero era de la opinion de Falstaff.—*Afuera, matévolo, deja que el drama se concluya!*—Juzgó pues con razon que lo mas prudente era no aparentar el mas leve embarazo.

—*¿Dónde mis guardias son?* exclamó aquel segundo Justiniano; *¿qué no estais viendo?...*

Llegar á un noble paladin extraño
De luengas tierras á la corte nuestra
En Holy-Rood?.....

¿Ni tampoco advertís la presencia de nuestro intrépido Andrés Dinmont, nombrado para custodiar los rebaños de nuestra corona en la selva de Jedwood, donde, merced á nuestros cuidados por la administracion de la justicia pastan tan apaciblemente como si se hallasen en nuestros parques de Fife? ¿Dónde están mis heraldos, mis reyes de armas, mis chambelanes? Admitanse á nuestro banquete esos dos extranjeros, recibanse cual lo exige su alto rango y en conformidad con el espíritu de la solemne fiesta que celebramos. Mañana prestaremos oído á sus pretensiones.

—Vuestra Majestad me permitirá le advierta, dijo uno de los comensales, que mañana es domingo.

—¿Qué es domingo, dijiste? En este caso, y á fin de no escandalizar á la Iglesia, diferiremos la audiencia hasta el lunes.

Mannering, quien al principio se habia quedado cerca de la puerta, vacilando si debería avanzar ó retirarse, determinó adoptar por un instante el espíritu de la escena, aunque en su inte-

rior tomó tierra á Mr. Mac-Morlan por haberle recomendado por consejero un hombre cuyo carácter parecia tan bufon. Adelantóse pues hácia él, despues de haberle hecho tres reverencias profundísimas, y pidió permiso para depositar sus credenciales á los piés de S. M. escocesa, á fin de que pudiera entregarse á su lectura cuando tuviese lugar. La gravedad con la que se prestó el coronel á la broma de aquel instante y la humilde cortesía con la cual rehusó primero y admitió en seguida el asiento que le ofreció el maestro de ceremonias, le valieron los aplausos tres veces reiterados de toda la festiva reunion.

—Lléveme el diablo si no están todos locos! dijo Dinmont, sentándose con menos ceremonia á una punta de la mesa; ó cuando menos han adelantado el carnaval, y están de máscaras estos señores.

Ofrecieron un grande vaso de vino de Burdeos al coronel, quien se lo bebió á la salud del príncipe reinante.—Vos sois sin duda, le dijo el monarca, aquel célebre Milesio Mannering que tanta gloria os habeis adquirido en las guerras contra la Francia? Debeis estar en estado de decidir sobre la cuestion de si los vecinos de la Gascuña pierden algo de su buena calidad y nectáreo-sabor luego que se les transporta á nuestros climas septentrionales?

Lisoajeó á Mannering esta alusion hecha á uno de sus mas illustres antepasados; contestó que solo tenia un parentesco muy lejano con aquel caballero paladin, y añadió que en su opinion el vino era excelente.

—Es demasiado frio para mi estómago, dijo Dinmont, poniendo su vaso sobre la mesa despues de haberlo apurado.

—Corregiremos ese defecto, contestó el rey Pablo, primero de ese nombre; no hemos olvidado que el aire húmedo de nuestro valle de Liddel exige unas bebidas mas ardorosas. Senescal, haced que sirvan á nuestro leal agricultor un vaso de aguardiente. Esto le convendrá mejor.

—Ahora, dijo Mannering, ya que tan inoportunamente hemos venido á incomodar á V. M. en uno de sus ratos de solaz y de re-

focilidad, ¿será de su regio beneplácito conceder audiencia á un extranjero, que ha venido á la capital con el objeto de evacuar un negociq importantísimo?

Abrió el monarca la carta de Mac-Morlan y corriéndola rápidamente con la vista, exclamó con el tono de voz que le era natural—Lucy Bertram de Ellangowan! pobrecilla! criatura apreciable!

—La multa! la multa! gritaron una docena de voces. V. M. ha faltado al papel que representa.

—Ni en un ápice, respondió el monarca; júzgueme sino este cortés caballero. Le está prohibido á un rey enamorarse de una muchacha que no sea igual á él? ¿El rey Cofétua (1) y la jóven pordiosera no nos ofrecen una causa análoga, y la cual establece un precedente en favor mio?

—Esa última frase huele al estilo forense; otra multa por lo mismo! vociferó toda aquella aristocracia bullanguera.

—Nuestros prodecesores, dijo el monarca, alzando la voz con el fin de acallar los gritos desordenados de sus súbditos ¿no han tenido sus Juanas Logies, sus Beatrices Carnichaels, sus Olifantas, sus Sandilaws y sus Weirs? ¿No tendremos derecho de nombrar á una dama, cuyos obsequios consideramos una gloria? Ya que no es así, húndase el Estado, perezca la soberanía; y nos, cual segundo Carlos V, abdicaremos nuestro poderío, buscando en la oscuridad de un simple particular aquellos placeres que nos niega el resplandor del trono.

Así hablando, depositó sobre la mesa su corona de corchos, descendió de su trono ó mas bien se levantó de él, pidió luz, agua y cofaina; mandó á un mozo le preparase el té en otra habitación, se lavó cara y manos, ajustóse la peluca al espejo, todo con

(1) La historia de este rey y de la mendiga es el tema de un antiguo romance. Shakespeare aludó á él en una de sus tragedias.

When king Cophetua lov'd the beggarmaid.
Cuando el rey Cofétua amaba la doncella pordiosera.

Segun la tradicion se la llevó á la corte, se casó con ella, vivió feliz, y murió glorado de sus vasallos.

mayor agilidad de la que pudiera esperarse de un hombre que parecia algo entrado en años; y en menos de dos minutos se presentó á Mannering, con gran sorpresa de este, como un hombre enteramente diverso del que acababa de ver celebrando aquellas bacanales tan pueriles.

—Hay personas, caballero Mannering, delante de las cuales debemos guardarnos de hacer locuras porque tienen, segun dice el poeta, demasiada sobra de malicia ó demasiada falta de talento.

—El mejor modo de probarle mi aprecio al señor coronel era el hacerle ver que no me avergüenzo de manifestarme á sus ojos tal como Dios me ha criado; y á la verdad, ereo que esta noche ha visto V. de eso mas de lo regular. Pero, ¿qué quiere conmigo este zanguango?

Dinmont, quien habia seguido á Mannering, comenzó por rasarse la pierna con la una mano y la cabeza con la otra: luego dijo:—Soy Dandie Dinmont de Charles Hope. Fué en mi favor que ganó su merced aquel gran pleito.

—¿Qué pleito, cabeza destornillada? á tí te se figura que tengo en la memoria todos los locos que vienen á atormentarme?

—Vaya! ¿no se acuerda su merced de aquel gran pleito sobre el derecho de apacentar las bestias en la dehesa de Langtae-Head?

—Vamos, no hablemos mas de eso. Dame tus apuntes y pasa á verme el lunes á las diez.

—Si yo no tengo apuntes.

—Qué! ni siquiera una minuta para explicar el negocio?

—No señor; como su merced me ha dicho que preferia que nosotros los hombres del campo se lo explicásemos todo de viva voz.

—Maldita sea mi lengua si ha proferido cosa semejante. Mis oídos han de pagar la multa. Está muy bien; dime tu asunto en dos palabras, ya vez que está aguardando este señor.

—Oh! si ese señor quiere desde luego explicar el suyo antes, para mí es igual.

—Y no concibes que tu asunto es por cierto muy indiferente para él, pero que tal vez no tenga muchas ganas de regalarte las orejas de mulo con la relacion de su negocio.

—Pues bien, señor, sea como V.V. ambos lo dispongan. Verá su merced lo que me trae por acá. Jack de Dawston Cleugh y yo siempre estamos de riña acerca de los linderos de nuestras haciendas. Charlies Hope está separado de Dawston Chugh por el arroyo que nace en Toutboprigg. Jack pretende por lo contrario que la línea de demarcacion la forma el camino viejo que va de Knot ó Gate á Keeldar-Ward. Ahora, eso constituye una grandísima diferencia.

—¿Y cuál es esa diferencia? ¿cuántas cabezas de ganado podrán pacer en el terreno que os falta?

—Pocas, el terreno es malísimo, y muy desabrigado. Siempre podría criarse en él un carnero, ó un par de ellos en los años favorables.

—¿Y por una tierra de pastos que puede valer cinco chelines anuales, quieres echar al diablo un centenar de libras cuando no sea el doble?

—Oh, señor! no es por el valor de la cosa, sino por la justicia de ella.

—La justicia es como la caridad, amigo mio, bien ordenada debe empezar por uno mismo. ¿Crees ser justo hácia tu mujer é hijos, arrojando el dinero á padrino pelón? No pienses mas en eso.

Dinmont no se movía, y continuaba dándole vueltas al sombrero con la mano.

—Tampoco es eso, señor, tampoco es eso, dijo el campesino. No quiero que Jack haga burla de mí, se jacta de tener mas de veinte testigos á su favor. Está muy bien! yo presentaré muchos mas, y de la gente mas antigua de Charlies Hope, los cuales jurarán que nuestros linderos son como yo lo digo, y no querrán que perdamos parte alguna de nuestra hacienda.

—Qué diablo! ese es un lance de honor! Pero, ¿y por qué razon los propietarios del terreno no deciden al punto?

—Los lairdes son vecinos, respondió Dandie, rascándose otra vez la cabeza, luego ni Jack ni yo hemos conseguido hacer que tomasen cartas en la partida. Pero ¿no le parece á V. que me sería lícito retener la renta.

—Vamos! eso es un disparate! Maldito, nunca serás hombre! ¿sabes de qué modo se arregla este asunto? Tomad cada uno un buen garrote....

—Bah! ya hemos recurrido á ese arbitrio tres veces; dos en el lindero que litigamos, y otra en la feria de Lockberye; pero siempre ha quedado el juego hecho tablas.

—Pues bien; tomad un par de buenas lanzas, y váyanse los dos al diablo como lo hicieron vuestros antepasados antes de vosotros.

—Pero en fin, señor, ¿es contrario á las leyes este pleito? Eso es lo que quiero preguntar á su merced.

Escúchame con atención, mala cabeza; quiero convencerte de lo necio y ridículo que es enredarse en un litigio por una cosa de tan corta suposición.

—Con qué, según eso, no quiere su merced hacerse cargo de mi asunto?

—Yo, no por cierto; vuélvete á tu casa, échate entre pecho y espalda un buen púpito de cerveza, y arregladlo entre vosotros del mejor modo posible.

—Dandy parecía solamente satisfecho á medias, y no se movía de su sitio.

—¿Tienes alguna otra cosa que decirme, camarada?

—Únicamente una palabra respecto á la herencia de esa mistress Margarita Bertram de Singleside.

—Bah! ¿y en qué puede interesarte este asunto? preguntó el abogado algún tanto sorprendido.

—No es porque yo tenga parentesco alguno con mis Bertram; esas son gentes de otra casta que la mía. Pero Juana Liltup, que era ama de llaves del viejo Singleside, y madre de las dos damas que están ya en el otro mundo, (cuidado que la última bajó á la

tierra bastante madura) Juana Liltup, digo, nació en Liddel Water y era nada menos que prima segunda de la media hermana de mi madre. Ella vivía con Singleside á no dudarlo pues era su ama de gobierno; circunstancia que no dejaba de dar pesadumbre á cuantos la tocaban algo en carne y sangre; pero el viejo reconoció á sus hijas, y satisfizo las leyes de la Iglesia; así quería yo saber si por las civiles tenemos algun derecho á esa herencia.

—Ni el mas mínimo.

—Está muy bien; por eso no hemos de ser mas ricos ni mas pobres. ¿Pero quién quita que ella se haya acordado de nosotros al hacer testamento, toda vez que se le haya ocurrido hacer uno. En fin, señor, cate su merced aquí todo lo que tenia que decirle; ahora que pase su merced muy buenas noches y....

Metióse la mano en el bolsillo de los calzones cortos.

—Nada de eso, amigo mio, no tomo honorarios el sábado á la noche, especialmente cuando no se me entregan apuntes. Adios, Dandy.

Hizo su reverencia el labrador y se despidió de toda la concurrencia.

CAPITULO XXXVII.

No hay arte ni verdad en esos juegos,
Que el alma no conmueven ni la vista;
Todo es oscuro allí, enojoso, ignoble;
Solo se oye ruido y ve bajeza.
Y pues pasión ninguna toma parte
El frio mas mortal yeta mi espíritu.

CRABBE. EL REGISTRO DE LA PARROQUIA.

Vuestra Majestad, dijo Mannering sonriéndose, ha señalado su abdicacion con un acto de benevolencia. Bien creo que este honrado hombre no volverá á meterse en litigios.

—Se equivoca V. de medio á medio. La única diferencia es que

yo pierdo un cliente y los derechos que el pleito me hubiera valido. No descansaré mientras no dé con alguien que le estimule á cometer la locura que he procurado quitarle de la cabeza. No, mi objeto ha sido manifestar á V. otra de mis flaquezas. Los sábados por la noche siempre hablo la pura verdad.

—También me inclinó á creer, díjole Mannering siguiendo el tono de broma, que eso acontecerá á V. en algunos otros días de la semana.

—Sí, señor, sí.... en cuanto lo permite mi profesion. Soy, como dice Hamlet, *pasablemente decorado*, cuando mis clientes y sus procuradores no me hacen escupir en los estrados del tribunal sus dobles mentiras. Pero, *oportet vivere* (precisa vivir) y por cierto es una cosa harto triste. Ahora pasemos al negocio de V. Alérgrome infinito que mi antiguo amigo Mac-Morlan le haya recomendado á mí. Es un hombre muy activo, honrado é inteligente. Fué largo tiempo sustituto mio, cuando yo ejercia el cargo de Sheriff en el condado donde reside; y todavía conserva el mismo destino. Bien sabe lo mucho que aprecio á esa desgraciada familia de Ellangowan. Respecto á la pobre Lucy, ella solo tenia doce años de edad cuando la ví la última vez. Era una criaturita muy sensible, y cuidaba ya esmeradamente á su padre, cuya cabeza estaba trastornada completamente. Pero el interés con que la miro tiene una fecha mas remota. Fué yo, Mr. Mannering, á quien acudieron, en calidad de Sheriff del condado, el mismo día de su nacimiento, para constatar una muerte que acababa de cometerse en las cercanías de Ellangowan; y la cual por una estrañísima complicacion de sucesos, causó la muerte ó la desaparicion del hermano de la niña, el cual contaria entonces algunos cinco años. No, coronel, jamás se me olvidará el espectáculo desgarrador que ofrecia en aquel instante la quinta de Ellangowan: un padre que habia perdido el seso, una madre que acababa de espirar en los dolores del parto, un hijo desaparecido de repente, y una niña que venia á este mundo de ansiedades y miserias, llorando á gritos sin que hubiese lugar á nadie de acudir

á su socorro! No ha de creerse que nosotros los hombres de la curia tengamos en el corazon mayor cantidad de hierro y bronce, que VV. los militares llevan en el suyo de acero y plomo. Estamos acostumbrados á las desgracias y á los crímenes que ofrece con demasiada frecuencia el cuadro de la sociedad, así como VV. á los males, que son los resultados inevitables de la guerra. Tal vez produzca la costumbre cierto grado de indiferencia en ambos casos. Pero llévase el diablo al soldado cuyo corazon es del mismo metal que su espada; y cargue tambien con el abogado que lo tiene tan duró como su cabeza. Pero vamos á nuestro fin; estoy perdiendo la noche del sábadó. ¿Tiene V. la bondad de confiarme esos papeles referentes á la pretension de miss Lucy? Aguarde V. un instante. Mañana se dignará V. participar de una mala comida de solteron en casa de un abogado viejo. Insisto en que V. acepte el convite. Como á las tres en punto; pero sírvase V. pasar á aquella su casa media horita antes. El lúnes tiene lugar el entierro de mistress Margarita. Como esta es la causa de una pobre huérfana, no pondrá reparo el domingo en prestarnos una de sus horas para que hablemos de ella. Sin embargo, toda vez que haya variado su disposicion testamentaria, mucho me temo que nada podamos hacer, á menos que la fecha no date dentro de los sesenta dias. Entonces, si la señorita Bertram pudiese probar que tiene la cualidad de heredera en ley.... Pero mis vasallos están impacientes de un interregno tan dilatado. No insto á V., señor coronel, para que siga en reunion con nosotros, pues seria abusar de su complacencia. Para eso seria preciso que se hubiese puesto á la mesa con nosotros desde el principio de la jarana y pasado insensiblemente de la seriedad á la broma y de la broma á....á....á la extravagancia. Páselo V. bien. Harry, reconduce al señor coronel á su alojamiento. Mister Mannering, cuidado, que aguardo á V. mañana á las dos sin falta.

Retiróse Mannering, no menos sorprendido de las locuras del abogado, que del talento que dejara ver al mismo tiempo razo-

nando acerca de las materias relativas á su profesion, así como tambien del tono de sensibilidad con que habia hablado de las desgracias de la pobre huérfana.

A la mañana siguiente, el coronel y el mas taciturno de los viajeros que se hospedaban en el meson, es decir, el Dómine Sampson, estaban concluyendo su desayuno, preparado y servido por Burnes, y el pedagogo se habia escaldado por dos veces la boca al tomar su té, cuando un criado anunció la llegada de Mister Pleydell.

Una elegante peluca cuidadosamente empolvada por un esmerado peluquero, una casaca negra bien cepillada, unos modales reservados pero que solo manifestaban una honrada decencia sin mezcla de premura ni embarazo, todo anunciaba en él un sér muy distinto del que viera Mannering el dia anterior. Unos ojos muy vivos y llenos de fuego eran lo que únicamente pudiera retratar *al hombre del sábado por la noche*.

—Vengo, dijo el letrado con el tono mas cortés, á hacer valer contra V. mi régia autoridad, tanto en lo espiritual como en lo temporal. ¿V. me acompañará á la asamblea de los presbiterianos ó á la iglesia episcopal? *Tros Tyrinusve*. V. sabe que los abogados profesamos todas las religiones conocidas, quiero decir, todas las formas de ellas. O mas bien, ¿quiere V. que le ayude á pasar una mañana en alguna otra manera? V. disimulará mi impertinencia; tal vez no esté muy en moda ya, pero nació en tiempos cuando un Escocés hubiera creído que infringia las leyes de la hospitalidad si hubiese dejado solo un momento á cualquier extraño, escepto durante las horas del sueño. Por lo demás, aguardo que V. me diga con franqueza que le estoy incomodando.

—De ningun modo, querido amigo, me alegraré infinito de tener á V. por piloto. Complaceríame oír predicar un sermón á alguno de esos oradores cuyos talentos honran sobremanera á la Escocia. Blair, Robertson ó Erskine. Solo una cosa me apura, prosiguió el coronel llamando aparte al abogado; tengo en mi

compañía un digno amigo que padece grandísimas distracciones. Ha manifestado el deseo de ir á una de vuestras iglesias de las mas oscuras y distantes de aquí, y Burnes, quien por lo comun le sirve de guía, no puede acompañarle hoy.

Mr. Pleydell echó una rápida ojeada al Dómine Sampson.

—Por cierto, dijo en seguida, que es una curiosidad bien acreedora á que se la guarde con esmero, y yo proporcionaré á V. un custodio adecuado. Muchacho! llégate corriendo á casa de la tia Finlayson en Cowgate, y díla que me envíe sin demora á Milleseo Mac-fin, pues necesito hablar con él.

No tardó en llegar Miles Mac-fin. Bien puede V., dijo Mr. Pleydell á Mannering, confiar su amigo al cuidado de este hombre, quien le guiará ó seguirá á donde quiera se le antojare ir; al mercado, á los tribunales, á las iglesias ó... ó á otra cualquiera parte, devolviéndolo á V. sano y salvo á la hora que designe. Así ya no necesita V. á Mr. Burnes.

Quedó todo arreglado de esta manera, y el coronel encargó á Miles Mac-fin vigilase al Dómine todo el tiempo que permaneciese en Edimburgo.

—Ahora, coronel, si V. tiene deseos de oír predicar al historiador de Escocia, del continente Europeo y de América, nos dirigiremos á la iglesia de los Frailes-Grisos (1).

Se llevaron chasco porque Robertson no predicaba aquel dia.

—Paciencia! dijo el abogado, pero no nos quedaremos sin sarcamiento.

Subió al púlpito el colega del doctor Robertson (el célebre Enrique Erskine) cuyo esterior no preocupaba en favor suyo. Su tez descolorida formaba un extraño contraste con su peluca sin polvos; su talle encorvado, un aire de hallarse muy estrecho dentro de la cátedra, las manos puestas una á cada lado sobre el brocal del púlpito cual si fuesen dos puntales destinados á sostener su cuerpo, mas bien que acompañar con sus ademanes el discurso que iba á proferir; nada de hábito talar, ni siquiera un sobre-

(1) Grey-Friars; antiguo templo de los Franciscanos.

pelliz. Tan solo una collareta clerical medio desajustada, y un accionar que apenas parecia voluntario fué lo que especialmente llamó la atencion del coronel y produjo sus primeras observaciones.

—Este predicador parece un poco burdo, dijo Mannering á su amigo en voz baja.

—No tenga V. cuidado; es hijo de un excelente abogado escocés; ya irá V. conociendo la casta, yo se lo aseguro.

No se engañaba Mr. Pleydell; el discurso estuvo repleto de esplicaciones nuevas y notables sobre las santas escrituras. Desenvolviéronse en él los principios calvinistas de la Iglesia de Escocia, y á pesar de eso formaba su base un excelente sistema de moral práctica que no cubre al pecador con el manto de una fé puramente especulativa, mas no le deja estraviarse en las revueltas del cisma ó de la incredulidad. Su estilo y sus metáforas tenían un giro anticuado que servia para dar mayor fuerza y emocion á su discurso. No leyó su sermón. Una cuartilla de papel que contenia el apunte de las principales divisiones de su tema, fué el único auxilio que tuvo su memoria. Su pronunciacion, que á la salida parecia borrosa, fué haciéndose gradualmente distinta y animada. En fin, aun cuando su sermón no pudiera citarse como una obra maestra de la elocuencia del púlpito, convino Mannering en que rara vez habia oido una predicacion mas llena de saber, ni que contuviese una metafísica mas sutil ni unos argumentos mas victoriosos.

—Tales deberian haber sido, dijo el coronel al salir de la iglesia, los antiguos predicadores intrépidos y entusiastas á los cuales debemos la Reforma.

—Y sin embargo, contestó Pleydell; este á quien estimo, tanto por amor á su padre cuanto por cariño á su propia persona, carece de la adustez y del orgullo farisáico que se moteja con algun fundamento á los primeros apóstoles del calvinismo en Escocia. Su colega y él están discordes sobre algunos puntos de disciplina; pero nunca han faltado á las atenciones que mútua-

mente se adeudan, ni han permitido que la acrimonia turbase unos sentimientos que para uno y otro eran asuntos de conciencia.

—Y V., señor Pleydell, ¿qué opina acerca de esos puntos sobre los cuales no están acordes?

—A fé mia, coronel, que juzgo que un hombre puede irse al cielo sin necesidad de romperse la cabeza sobre esas quisquillas. Luego, y sea dicho entre nosotros, soy un miembro de la Iglesia episcopal y afligida de Escocia, la cual solo es la sombra de una sombra, y eso es quizás por buena dicha; pero me agrada rezar donde mis padres rezaron, sin formar por eso peor concepto de los que obran en sentido contrario.

Despues de esta observacion separáronse los dos amigos hasta la hora de comer.

Segun la espantosa entrada de la casa del abogado escocés, Mannering habia concebido una idea harto mezquina del convite que le esperaba. Luego que vió la casa á la luz del dia parecióle mas horrible aun que á la noche anterior. Los edificios de ambas aceras astaban tan próximos, que hubiera sido fácil desde las ventanas darse las manos los que vivian en frente. La calle, en muchos parajes, estaba cortada por galerias de madera, las cuales conducian del primer piso de una casa á la que tenia fronteriza. El zaguan del abogado era angosto y bajo de techo, en fin la escalera se veía tan desaseada que causaba hastío. Pero la biblioteca en donde introdujo al coronel un viejo criado, lejos de corresponder á aquellas tristes apariencias, ofrecia un notable contraste. Era una sala grande y hermosa, donde admiró desde luego los retratos de dos célebres obispos escoceses, pintados por Jamieson, quien fué el Vandyck de la Caledonia. Todo alrededor de las paredes corrián unos elegantes armazones, sobre cuyas tablas estaban dispuestos infinitos libros entre los cuales sobresalian las ediciones mas bellas de los mejores autores.

—Ahí encontrará V., dijo Pleydell, las herramientas de mi oficio. El abogado que ni conoce la historia ni la literatura, solo

es, á mi modo de ver, un chapucero miserable; si sabe la una y la otra se le puede dar el título de maestro.

Encantó á Mannering la vista que desde allí se disfrutaba, dominando las ventanas todo el terreno que se estiende entre Edimburgo y la mar, el estrecho de Forth y sus islas, la bahía terminada por el pico de Berwick y las variadas costas de Fife hacia el norte, las cuales se diseñan en un horizonte azul oscuro (1).

Luego que Mr. Pleydell hubo gozado algun tiempo de la sorpresa de su huésped, le llamó la atencion sobre el asunto de la señorita Bertram.—Yo tenia alguna esperanza, le dijo, de hallar medios para darle un derecho incontrovertible á esa hacienda de Singleside; pero mis investigaciones han sido vanas, y la vieja tenia facultades para disponer libremente de su caudal. Cuanto tenemos que esperar es que el diablo no la haya imbuido la tentacion de variar su testamento, el cual nos es muy favorable siempre que no haya otro de fecha posterior. Será preciso que V. asista mañana al funeral de la vieja solterona, y al efecto recibirá V. una invitacion. He avisado al sugeto que se ha hecho cargo de sus negocios que V. se hallaba aquí con el objeto de representar á Miss Bertram. Luego acompañaré á V. á casa de la difunta para que veamos lo que tenga lugar cuando enseñemos este testamento. Mistress Margarita tenia consigo una muchacha, huérfana tambien y parienta suya aunque lejana. Espero que le habrá dejado algo para que despues de muerta la indemnice algun tanto de lo que la hizo sufrir mientras vivió.

Otros tres convidados llegaron á la hora de comer, los cuales fueron presentados á Mannering. Estos eran unos sugetos amabilísimos, dotados de talento natural y no del todo desposeidos de instruccion. Pasóse pues el dia agradablemente, y el coronel estuvo hasta las ocho de la noche acariciando la botella de su obsequiante, la cual como puede suponerse, era de marca mayor.

De regreso á su posada, se encontró con una invitacion para

(1) Tal era poco mas ó menos la propia casa de Walter Scott en Charles Street. Muchos rasgos del carácter de Pleydell pertenecen á nuestro autor escocés

que asistiera al funeral de Mistress Margarita Bertram, cuyo cadáver habria de ser transportado á la una del dia siguiente al cementerio de los Frailes Grises.

A la hora indicada se dirigió Mannering á una casita en el arabal al sud de la ciudad. Le fué fácil dar con ella pues harto la señalaban las dos tristes figuras que se veian inmóviles á la puerta mortuoria, cubiertas de capotes negros y largos, con las mangas envueltas en gasas blancas, y los sombreros liados en toallones del mismo género. Tenian en las manos unos grandes bastones que tambien llevaban las insignias del luto. Otros dos mudos, cuyas lúgubres formas parecian agobiadas con el peso de una desdicha inaudita, le introdujeron en el comedor de la difunta donde se hallaba reunido el duelo.

Se ha conservado en Escocia el uso abolido ya en Inglaterra de convidar al entierro á todos los parientes del finado. Esta costumbre produce á veces algunos efectos muy sorprendentes y singulares; pero tambien muchas veces solo dan lugar á algunas muecas de mera forma, cuando la persona que se halla de cuerpo presente inspira tan corta pesadumbre como poco fué el amor que en vida se la tuviera. El ceremonial de la iglesia anglicana para las inhumaciones, que forma una de las partes mas bellas é imponentes de su rito, tendria aquí á lo menos la ventaja de fijar la atencion de los asistentes, obligándoles á unirse con el corazon y el espíritu á las preees que se pronuncian en tan solemne ocasion. Pero, segun el rito escocés, si no existe un verdadero dolor, nada puede suplirlo, nada toca el corazon, ni exalta la fantasia; un todo de formalidad soperifera, y hasta diré una máscara de hipocresía es lo único que en él se encuentra (1). Mistress Margarita era uno de aquellos seres que no dejan tras sí amigo alguno que sienta su pérdida; carecia de todo pariente próximo á quien la naturaleza hubiera podido arrancar una lágrima; así es que entre los dolientes reunidos para la conduccion de sus restos mortales solo se advertian señales exteriores de sentimiento.

(1) Véase al fin de la obra la nota que corresponde á esta página.

Mannering en medio de aquella asamblea de primos desde el tercer hasta el sexto grado procuró poner su fisonomía en perfecto temple con cuantas caras le rodeaban, y hacer muestra de que habia sentido á Mistress Margarita Singleside cual si esta hubiera sido su hermana ó madre. Despues de haber guardado largo tiempo un silencio muy adusto y profundo, comenzaron los concurrentes á hablar unos con otros, pero en voz baja, como acostumbran hacer los que asisten á un moribundo.

—Nuestra pobre amiga, dijo un hombre muy grave, sin atreverse apenas á abrir la boca de miedo sin duda de desarreglar el *puchero* serio melancólico que procurara hiciesen sus facciones —nuestra pobre amiga vivió á lo menos en la afluencia de los bienes de este mundo.

—No hay duda, contestó su colateral con los ojos medio cerrados y sin variar de actitud—la pobre Mistress Margarita cuidaba mucho de todo lo que poseia.

—¿Hay algo de nuevo hoy, señor coronel? dijo á Mannering uno de los sugetos que habian comido con él la tarde anterior, con un tono mas solemne que si hubiera tenido que anunciarle el fallecimiento de toda su generacion.

—Nada he sabido de particular, respondió Mannering procurando poner su voz en perfecta concordancia con el tono que reinaba en el aposento.

—Me aseguran, continuó hablando con énfasis el que primero habia roto el silencio, y con aire de hallarse perfectamente informado—Me aseguran que existe un testamento.

—¿Y cuánto le tocará á la pobrecilla Jenny Gibson?

—Cien libras y un viejo reloj de repeticion.

—Bien poco es eso: la cuitada no ha pasado siempre muy buenos ratos al lado de la difunta. Pero mal calcula quien para calzarse cuenta con los zapatos de un muerto.

—Mucho temo, dijo el politiquero que estaba junto á Mannering, que todavía no hayamos ajustado cuentas con nuestro antiguo amigo Tip-poo-Saib. Creo que aun dará mucha guita que

mascar á la compañía de las Indias. Se dice, y puede V. tenerlo por cosa segura, que las acciones de aquella corporacion no tienen subida alguna.

—Ya irán subiendo con el tiempo.

—Mistress Margarita, dijo otra persona mezclándose en la conversacion, poseía algunas acciones en los fondos; estoy cierto de ello, pues he cobrado los intereses en nombre suyo. Deseable sería para los herederos y legatarios que el señor coronel les diera su opinion acerca del mejor medio de convertirlos en dinero contante y sobre la época mejor de verificar este negociado. Respecto á mí, pienso que... pero aquí viene Mister Morteloque para avisarnos que es hora de ponernos en marcha.

Mister Morteloque, empresario de funerales, llegaba efectivamente con una cara tan afilada y mustia cual convenia al papel que representaba. Distribuyó entre aquellos que debian llevar las boflas del paño funerario unas tarjetitas para indicarles el puesto que cada uno habia de ocupar. Como esta funcion pertenece á los parientes mas cercanos de la persona difunta, el empresario, aunque muy esperto en el arreglo de estas ceremonias lúgubres, no pudo contentar á todos los presentes: ser pariente inmediato de mistress Bertram, era serlo de la hacienda de Singleside, por lo cual cada uno de los dolientes estaba celoso de parentesco semejante. Oyéronse pues algunas refunfufiaduras. Nuestro amigo Dinmont fué uno de los desairados. Era incapaz de disimular su resentimiento, ó de espresarlo en un tono que no formara un contraste perfecto con el que se emplea comunmente en una ocasion tan formal.

—Pensé, dijo él muy de recio, que á lo [menos me hubiera V. encargado de llevar una de las patas de la muerta; ó por mejor decir me atrevo á llevarla toda entera por mí solo.

Veinte miradas adustas y otros tantos entrecejos fruncidos se volvieron al momento hácia el lábriego, quien habiendo ya desahogado su mal humor bajó con los otros dolientes, sin hacer el mas leve caso de las murmuraciones de aquellos á quienes su observacion habia escandalizado.

Púsose en marcha la pompa fúnebre. Los dos espectros negros abrían la procesion con sus bastones adornados de crespon blanco y viejo en honra de la virginidad que por tan luengos años conservara la difunta. Seis caballos trasijados, emblemas vivientes de la muerte, con gualdrapas negras y las cabezas adornadas de penachos blancos tiraban del carro fúnebre, al cual decoraban los blasones de la familia Bertram, y se dirigian á paso lento hácia el lugar de la inhumacion, precedidos de James Duff, especie de idiota, quien engalanado de vuelos de manga y gola de papel blanco no marraba un entierro. Cerraba la marcha una hilera de seis coches enlutados y llenos de aquellas personas que habian recibido invitacion formal para asistir al duelo. Allí algunos, dando suelta á su lengua, se pusieron á discutir lo que podia valer la herencia, y sobre los sugetos en quienes sería mas probable que recayese esta. Los principales pretendientes guardaban un cauto silencio, recelosos de dejar traslucir esperanzas que el desenlace pudiera desmentir. Respecto al agente de negocios de la difunta, era este el único que estaba en el secreto, pero conservaba un aire de misteriosa importancia, cual si quisiera prolongar el interés de la espera ó incertidumbre.

Llegaron por fin á la puerta del cementerio, y desde allí la comitiva, engruesada con una docena de mujeres vagamundas y de una veintena de chicos que la seguian chillando, se encaminó al lugar destinado á recibir los despojos mortales de la familia Singleside. Era aquel un recinto cuadrado, y que estaba por una parte puesto bajo la custodia de un ángel veterano de piedra, al que se le habian caido las narices; pero el cual tenia el mérito de haber hecho centinela perpetua durante un siglo entero. Al otro lado un querubin, camarada del angelote, y al cual solamente le habia quedado el tronco del cuerpo, estaba tendido muy á sus anchas entre las ortigas, los cardos y otras yerbas que crecian en abundancia al rededor de aquel elegante mausóleo. Una inscripcion medio cascada y cubierta en gran parte de musgo, informaba al lector que en el año de 1630, el capitán

Andrés Bertram, primer propietario de aquella familia y descendiente de la antigua y honorable casa de Ellangowan, había mandado erigir aquel monumento para sí y sus herederos. Un número infinito de relojes de arena, de calaveras y de huesos cruzados decoraban el trozo de poesía sepulcral que vamos á leer, y que servía de epitafio al fundador de aquel mausóleo.

Si á algun hombre reunir jamás fué dado
 Heróico brazo con sapiente seso,
 En grado sumo consiguiólo aqueso
 Quien só esta losa yave sepultado.

Fué en aquel paraje y en una sepultura de tierra grasienta y negruzca compuesta de las cenizas de sus antepasados, donde se depositó el cuerpo de mistress Margarita Bertram de Singleside. Con la premura de soldados que vuelven de un entierro militar, los parientes mas próximos de la difunta, á quienes interesaba tener conocimiento de las últimas disposiciones que ella pudiera haber hecho, instaron á los cocheros para que cuanto antes les recondujesen á la casa mortuoria con toda la presteza de que sus caballos fuesen capaces, á fin de poner término á sus inquietudes respecto á un asunto tan interesante.

CAPITULO XXXVIII.

..... Mentecato:
 Dota al morir un hospital ó un gato:
 POPE.

Refiere Luciano que mientras una cuadrilla de micos bien adiestrados por un hábil empresario representaba una comedia, en medio de los aplausos de los espectadores, los histriones, olvidando el decoro debido á los personajes que remedaban, volvieron á porfía al carácter natural que la providencia les diera,

porque un socarrón arrojó sobre las tablas un puñado de nueces maduras.

Del mismo modo la crisis inmediata hacia nacer en los corazones de los pretendientes unos sentimientos muy distintos de aquellos cuya máscara habian procurado asumir bajo la direccion del señor Morteloke. Aquellos ojos que hácia el cielo tan devotamente se elevaran, y luego hácia la tierra con tanta humildad sucumbian, estaban entonces ocupados en examinar los cofres, las cómodas, los cajones, y todos los rincones de la vieja solterona. Esta requisa no dejaba de interesarles aun cuando todavía no apareciese ningun testamento.

Aquí encontraron un vale de cien libras, firmado por el cura de la capilla de los juramentados, con una nota por la cual constaba que los intereses se habian satisfecho hasta el dia de San Martin precedente. Este documento estaba liado con esmero en un romance viejo, imitando la vieja cancion que empieza así:

Al otro lado de la mar que brama
Cárloste aguarda y es Cárlos quien te llama, etc.

(Esta cancion se hizo en honra de la calle de Cárlos en Edimburgo).

Acullá vieron una curiosa correspondencia de amoríos entre la difunta y un tal Mister Mac-Kean, teniente de un regimiento de infantería irlandesa. Entre aquellas cartas se encontró un apunte que esplicó á primera vista á los parientes por cual motivo unas relaciones que nada de bueno les presagiaban se habian roto repentinamente. Era un recibo de doscientas libras, firmado por el oficial susdicho, sin que hubiese noticia de que los intereses del préstamo se hubieran satisfecho jamás.

En otra gajeta se hallaron bonos y obligaciones de pago suscritas por firmas mucho mas valederas (en estilo mercantil) que las del digno eclesiástico y del galante militar. Tambien se huroneó un monton de monedas de diversos años, y una gran cantidad de alhajas de oro y de plata, como son marcos de espejuelos, aretes viejos, tabaqueras rotas etc. etc.

A pesar de eso no aparecía testamento alguno, y ya el coronel Mannering comenzaba á esperar que aquel que le habia entregado Glossin seria válido en todas sus partes, y contendría las últimas disposiciones tomadas por la señora difunta á fin de arreglar sus negocios. Pero su amigo Pleydell, quien acababa de llegar, le aconsejó que no viese tan próspero el porvenir.—Conozco demasiado al que lleva el timon en este asunto, y veo en su modo de conducir que se halla mejor informado que nadie.

Mientras continua la requisa, echemos una ojeada sobre las personas de la reunion que parecen interesarse mas en el negocio.

Es inútil hablar de Dinmont, quien, con su grueso látigo debajo del brazo, asoma la cabeza por encima del hombro del agente de la difunta.

Este viejecillo, cubierto de un vestido de luto bastante aseado, se llama Mister Mac-Casquill. Le arruinó un legado que le designaron de dos acciones en el banco de Ayr. El ventajoso producto de aquellas dos acciones la tentaron á vender unas tierrecillas que poseia con el objeto de invertir el producto de la venta en los mismos fondos; pero aquel establecimiento hizo bancarrota dos meses despues. Sus esperanzas ahora consisten en su parienta difunta, apoyadas en la atencion que habia tenido de sentarse todos los domingos en el mismo banco que su consanguínea, aunque el parentesco que habia entre él y ella no lo alcanzara un galgo, y de ir á hacer tercio con Mistress Margarita al whist (1) los sábados por la noche; pero teniendo siempre gran cuidado de no ganarla el dinero.

Aquella otra persona, cuyo aspecto es tan ordinario, y que lleva los cabellos torcidos metidos en una bolsa de cuero mas torda todavía, es un cigarrero pariente de Mistress Bertram. Tenia almacenado un acopio de tabaco extranjero, cuando estalló la guerra con la América, y al momento triplicó para todos el precio de su mercancía, pero todas las semanas disfrutaba Mistress Mar-

(1) Juego de naipes algo parecido á nuestra malilla.

gatira del privilegio de ver que le llenaban la tabaquera de carey con el mejor *rapé* en la tienda de Mister Quid, porque la criada que iba á hacer la compra tenia cuidado de darle muchas espressiones de parte de su prima Mistress Bertram.

Y ese jóven, que ni aun ha tenido la atencion de no presentarse con botas, bien hubiera podido, como el mas, estirado, insinuarse en las buenas gracias de la vieja, que fijaba gustosa sus miradas en cualquier muchacho bien parecido. Pero marró su buena fortuna por descuidarse en acudir á casa de la solterona cuando esta le convidaba á tomar el té, ó porque iba á visitarla algunas veces despues de haber asistido á una comida de fonda, en la cual se le habia subido á predicar el vino. Por último, tuvo la torpeza de pisar por dos veces el rabo de su gata favorita y de enfadar en una ocasion á su loro.

La persona mas interesante de la reunion, en el sentir del coronel, era la pobre chica que por tantos años habia sido la humilde compañera de la difunta y el continuo blanco de su mal humor. En obsequio á las formas, habíala llevado allí la favorita camarrera de Mistress Bertram, y oculta en un rincon cuanto podia, estaba escandalizada en cierto modo de ver á unas personas estrañas registrar con ojos profanos, y manosear atrevidas unos objetos, que desde la niñez estaba acostumbrada á mirar con cierta especie de veneracion. Todos los competidores, á escepcion del honrado Dandie Dinmont, la miraban con vista atravesada, considerándola como á la persona que, segun toda verosimilitud, habia de disminuir el migajon de la herencia. Y sin embargo ella era la única que parecia sentir sinceramente á la finada doncellota. Mistress Bertram habia sido su protectora, y aunque tan solo el egoismo hubiese estimulado á esta á recojerla en su casa, su tiranía y sus caprichos quedaban olvidados en aquel instante, y un copioso aguacero de lágrimas bañaba las mejillas de aquella jóven, ya sin amigos y sin recursos.

—Mucha *agua salada* hay por acá, señor Mac-Carquill, dijo el tabaquero; y eso nos presagia maldito el bien. Solo se llora de

esta suerte cuando se sabe por qué razon. Un guiño de Mr. Mac-Casquill le dió á entender que era de su modo de pensar, aunque no quiso, en presencia del coronel, dar muestra de querer conversacion alguna con un hombre de aquella clase.

—Raro seria despues de todo, si no se hallase testamento alguno; dijo al agente de negocios el labrador Dinmont, quien ya empezaba á perder la paciencia.

—Suplico á V. cachaza, señor mio. Mistress Bertram era una mujer muy prudente y mirada, sí señor, muy mirada, prudente y previosa... y sabia elegir sus verdaderos amigos. Habrá depositado sus voluntades últimas, su testamento, ó por mejor decir sus disposiciones en caso de muerte, en las manos de algun amigo de confianza.

—Apostaría la vida, dijo Pleydell en voz baja á Mannering, á que tiene el testamento guardado en la faltriquera.—En seguida, dirigiéndose al agente de negocios: caballero, le dijo, ya es tiempo de acabar. Aquí tiene V. un testamento, legalizado años ha con todas las formalidades requeridas, y en virtud del cual la testadora deja su hacienda de Singleside á Miss Lucy Bertram. (Aquí la consternacion apareció pintada en el semblante de todos los concurrentes). Creo, señor Protocol, que V. podrá informarnos si existen disposiciones posteriores.

—¿Quiere V. tener la bondad de permitirme, señor Pleydell?— Y así hablando tomó el testamento y se puso á examinarlo.

—Esto lo toma con mucha frialdad, dijo el abogado en voz baja al coronel; lo toma con mucha frialdad. Imposible es que no tenga otro testamento en el bolsillo.

—¡Que le enseñe pues y se vaya á todos los demonios! contestó el militar, cuya paciencia estaba ya reducida á un hilo. ¿Qué está esperando?

—¿Qué se yo? respondió el abogado. ¿Me dirá V. porque un gato no mata á un raton al instante que lo coje? El deseo de atormentar al prójimo, de ejercer su propio poderío... Con que, señor Protocol, ¿qué dice V. del testamento?

—Está muy bien hecho, en todo orden, y revestido de todas las formas legales.

—¡Ya! pero está revocado sin duda por otro de fecha posterior, y el cual obra en poder de V.

—Algo de eso hay, señor Pleydell, no puedo negarlo. Y habiendo hablado así, sacó de la faltriquera un lío de papeles atado con cintas, y sellado en varios lugares con el escudo de armas de la difunta. Procedió á abrirlo. El testamento que V. manifiesta, Mister Pleydell, está fechado en 1.º de junio, año de 17... y este lo está en 2.º... no... veo que es del 21 de abril del presente año... luego le es posterior mas de diez años.

—¡Malos diablos se la hayan llevado! dijo Pleydell á Manne-ring. Esa fué precisamente la época en que se hicieron casi públicas aquí las desgracias del viejo Ellangowan. Pero veamos esas disposiciones.

Mister Protocol, habiendo exigido silencio, comenzó la lectura del testamento en voz alta, lenta é inteligible. El grupo que le rodeaba hacia entrever en todos sus ojos las alternativas del temor y de la esperanza, procurando descubrir las intenciones de la testadora en los términos técnicos en que estaban solapadas, y formaba un cuadro que hubiera podido servir de estudio al pincel de Hogarth.

Nadie esperaba las disposiciones de aquel testamento. Concedía la completa y plena propiedad de la hacienda de Singleside y de todas sus dependencias (al llegar á esto la voz del lector se apagó insensiblemente, y solo se elevó mas arriba del tono *piano*) á Pedro Protocol, procurador en Edimburgo;» porque tengo, decía la testadora, una entera confianza en su integridad y sus talentos.» —Tales son las palabras de que quiso valerse mi digna amiga.

«Pero con el encargo de fidei-comiso (aquí la voz del lector remontó á su primera llave, y las caras de los oyentes que se habían puesto tan afiladas que escitaron la envidia de Mr. Mort-loke, volvieron á acercarse á la forma ovalada;) pero con el encargo de fidei-comiso, y á fin de que haga el uso y empleo

de estas facultades segun lo mencionado en la secuela.»

La parte principal del escrito estaba ocupada con las fórmulas de ese uso y empleo.

Comenzaba la testadora, estableciendo en un preámbulo bastante largo, que descendía de la antigua familia de Ellangowan, pues que su respetable bisabuelo Andrés Bertram, de feliz memoria, era hijo menor de Allan Bertram, baron décimo quinto de Ellangowan. «Decía en seguida que Ellangowan, existente á la sazón, habia sido robado á sus padres en la infancia; *pero que ella estaba segura de que vivia aun; que se hallaba en un pais extranjero, y que la divina providencia le repondria en la posesion de los bienes de sus antepasados*, que en consecuencia, llegado que fuese este caso, estaria obligado Mister Protocol, como se habia comprometido á hacerlo en virtud de la aceptacion que admitido habia, y de la cual se hacia mencion en el testamento, á hacer al espresado Enrique Bertram, luego de su regreso al pais, la reunion y entrega de la hacienda de Singleside, y de todos los demás bienes de la testadora, escepto una gratificacion adecuada para indemnizarle de sus esmeros.»

«Mientras el susodicho Enrique Bertram permaneciese en tierras estrañas, así como tambien en el caso de no reaparecer jamás en Escocia, todas sus rentas, deduccion hecha siempre de una indemnizacion razonable para Mister Protocol, deberian partirse en cuatro porciones, destinadas á otros tantos establecimientos de beneficencia que señalaba la testatriz. Concedia además á su fideicomiso los poderes mas ámplios para que obrase cual pudiera hacerlo el propietario mismo; y en caso de que aquel muriese antes que ella, indicábase otra persona para desempeñar las funciones mismas »

Lo restante del testamento solo contenia dos mandas de cien libras cada una, la una á favor de Rebeca, camarera favorita de Mistress Bertram, y la otra á provecho de Jenney Gibson, la cual habia recojido en su casa por caridad, decia la testadora, y con el objeto de que aprendiese algun oficio honrado.

Una disposicion testamentaria hecha á favor de manos muertas (1), se denomina en Escocia una *mortificación*. En una ciudad muy populosa de este reino (*creo que el autor alude á Aberdeen*) hay un empleado que tiene á su cargo velar sobre la ejecucion de esta clase de mandas, y que tiene por título: *maestro de mortificaciones*. Puede creerse que esta denominacion tenga su origen en el efecto que semejantes disposiciones producen en el ánimo de los herederos presuntos de los que las han hecho. Una mortificación bien real y bien sentida fué el resultado que produjo en todos los concurrentes la lectura del testamento que estaban muy lejos de aguardarse.

Nadie se hallaba dispuesto á romper el silencio, aun cuando se hubiese concluido la lectura. Mr. Pleydell fué quien habló primero, y pidió que le dejaran ver el codicilo. Cerciorado de que estaban cumplidas en él todas las formas legales, lo devolvió sin hacer observacion alguna, y dijo al oido de Mannering.—Creo que Protocol es tan honrado como otro hombre cualquiera; pero se le antojó á la vieja maldita que, si no le hacia un bribon completo, le facilitase el mérito de resistirse á la tentacion de serlo.

—Me pienso, dijo Mr. Mac-Casquil, el cual mientras disimulaba la mitad de su despecho, no pudo menos de manifestar la otra mitad de él; creo que este testamento es muy extraordinario. Supuesto que Mister Protocol se encuentra siendo único fideicomiso, con unos poderes tan estensos, deberá haber sido consultado por la testadora antes que esta tomase disposiciones tan extrañas. Quisiera pues que nos dijese este señor los motivos que hayan inducido á Mistress Bertram á creer que existia el muchacho, quien todo el mundo sabe fué asesinado hace tantos años!

—Verdaderamente, señor mio, no puedo esplicar á V. las razones mejor que ella misma lo hace. La difunta fué una señora llena de virtudes y de piedad; y para creer que el susodicho he-

(1) Llámense así las iglesias, conventos, colegios, etc. que no tienen facultad de enagenar sus bienes.

redero vivía, la asistirian motivos que no podemos penetrar.

—Si, dijo el cigarron, buenos motivos serian esos, bien los conozco yo; ali está la señora Rebeca, quien me ha dicho mas de veinte veces en mi tienda, que me era fácil saber de qué modo arreglaria su ama el testamento, porque una vieja gitana la habia metido en la cabeza, cuando estuvo en Gilsland, que el jóven.... ¿no le llama Enrique Bertram?... volveria á Escocia alguna vez.... No lo negará V., mistress Rebeca, aunque me atreva á decirle que se le olvidó hablar á su señora en favor mio, como V. me lo prometia en cada ocasion que yo le regalaba medio peso. ¿No es verdad lo que digo, buena alhaja?

—No sé lo que V. me dice, respondió la camarera con acritud, mirándole de hito en hito como hace una mujer que no quiere verse forzada á tener mas memoria de la que quiere manifestar.

—Bien dicho, Rebeca, bien dicho! se conoce que V. está contenta de su manda.

El currutaquillo, porque no era un dandy de primera clase, estaba jugueteando con un latiguillo que tenia en la mano, y golpéabase con él las botas, muy parecido á un chiquillo que acaba de quedarse sin cenar. No hacia que sus quejas prorumpiesen en grito tendido, sino que se contentaba con refunfuñar.

—Esta es una mala partida, *God-damn!* Despues que por ella pasé una tarde de perros! *God-damn!* separándome de King y de Vill-Hack, el picador del duque, para ir á tomar el té con la grandisima.... fastidiosa. Cuanto mejor hubiera yo hecho.... *God-damn!* en liarme con ellos, y tomar parte en las carreras de caballos como lo hacen tantos otros.... Mire V. ¡no dejarme siquiera un centenar de libras!

Será de mi cuenta pagar todos los gastos, dijo Protocol, quien no queria aumentar el odio que las disposiciones de la testadora parecian arrojar sobre él. Ahora, señores, creo que nada tenemos que hacer aquí... y que... Mañana depositaré el testamento en el tribunal, para que el que guste pueda enterarse de él y sacar un extracto si le conviniese. Al mismo tiempo comenzó á cer-

rar los armarios y cajones con mayor prontitud que otros habian manifestado al abrirlos.—Mistress Rebeca, tenga V. la bondad de tener todo esto en órden hasta que se alquile la casa; ya esta mañana se me ha presentado un inquilino..... quien me hizo proposiciones para en caso de ser yo el administrador.

Nuestro amigo Dinmont, quien no se hallaba mas contento que los demás de ver trastornadas sus esperanzas, se habia repantigado en la poltrona de la difunta, la cual, si viviese, no se hubiera escandalizado poco al ver aquel coloso masculino respaldado en ella y con las piernas estiradas cuan largas eran, liando y desliando el cordelillo de su látigo al rededor de la mano. Las primeras palabras que pronunció luego que hubo digerido su chasco, contuvieron una declaracion magnánima, y la cual no creyó él sin duda explotar tan de recio.

—Está bien! al cabo y al fin pertenecia ella á mi sangre! Maldito si siento los quesos y jamones que la he regalado!

Pero cuando Mr. Protocol hubo insinuado á los concurrentes que ya era tiempo de que se retirasen, y hablando acerca de arrendar la casita, el honrado labrador se levantó bruscamente, y dejó fria á la reunion con esta inesperada pregunta:

—¿Qué va á hacerse de esa pobre diabla, Jenny Gibson? Cuando tratábamos de la particion de la herencia, todos éramos parientes de la difunta; pues bien! hagamos un escote para proporcionar algun alivio á esa desgraciada mozueta.

Esta proposicion fué para los concurrentes un aviso mas eficaz de marcha que el que les diera Mister Protocol. Mac-Casquill dijo en voz baja algunas palabras acerca de lo que cada uno debia á su propia familia, y fué quien primero tomó el camino de la puerta. El tabaquista contestó con aire algo mas descocado, que la muchacha ya tenia con qué, y por otra parte que cuidar de ella era obligacion de Mr. Protocol, pues este tenia el cargo de su manda; y despues de haber pronunciado estas cortas palabras con tono brusco y decisivo, se encaminó tambien á la puerta. El currutaco quiso decir un grosero chiste acerca del

oficio honrado que la testadora queria enseñasen á la pobre huérfana. Su ignorancia del tono corriente en la sociedad escogida le hizo buscar una aprobacion en los ojos del coronel, cuyas cejas fruncidas y mirada atronadora le llenaron del espanto mas completo dejándole apenas la fuerza suficiente para ganar la meseta de la escalera.

Protocol, quien era efectivamente un hombre bastante bueno, expresó entonces su intencion de cuidar provisionalmente de la jóven, aunque dió á entender al mismo tiempo que consideraba su propia accion como un acto de caridad.

Acercóse á él Dinmont, despues de haber sacudido su burdo leviton, como un perro de aguas sacude sus lanas al salir del rio, y le dijo:

—Lléveme el diablo, Mr. Protocol, ya que V. se apura tanto por ella, si ella no quiere venir conmigo. Mire V., Aylie y yo no nos enfadaríamos de que nuestras hijas supiesen algo mas que nosotros, y que fuesen como algunas de sus primas. Pues bien! esta jóven ha vivido tanto tiempo con la vieja tia, que deberá saber algo de buena crianza, como leer y manejar la aguja. Demos de barato que nada sepa de eso, ¿habrán de amarla menos mis hijas? Yo le proporcionaré todo lo que le haga falta; ella no tocará el capital ni los intereses de las cien libras que V. tiene en sus manos, señor Protocol, y yo les añadiré alguna cosilla, hasta que la pobreta encuentre en las cercanías un mancebo á quien le haga falta algun dinero para comprar unas ovejillas. Con que, chica, ¿qué dices tú á esto? Te tomaré un asiento en la diligencia hasta Jeddar; pero lo restante del camino será preciso que lo hagas á caballo, porque maldito el carruaje que puede colar en el valle Charlies Hope.

Jenny, habiendo aceptado esta proposicion, y manifestado su reconocimiento al bondadoso campesino:—Mucho me alegraré, añadió este, que miss Rebeca quiera acompañarnos, y pasar con nosotros un par de meses, hasta que te hayas acostumbrado á nuestro modo de vivir.

Mientras Rebeca le hacia una profunda reverencia y obligaba á la pobre Jenny á hacer otro tanto, esforzándose tambien á enjugarle los lloros, mientras el honrado Dinmont consolaba á entrambas segun su manera, algo rústica en verdad, pero tan leal como franca, recurria Pleydell frecuentemente á su caja de tabaco.—Mayor gusto, decia el abogado al coronel, tengo en ver á este incomparable labrador, que en hallarme sentado de cabeceira en el banquete mas opíparo! Vamos, preciso es que yo le sirva un plato de los de su gusto. No hay remedio. Hé! Dandie! Charlies Hope! Dinmont! escúchame.

Volvió la cara el rentero, altamente complacido de que Mr. Pleydell le dirigiera la palabra; porque despues del propietario de las tierras que tenia arrendadas, un abogado era para él uno de los hombres mas respetables del mundo.

—¿No quieres dejar el pleito acerca de la estension de tus linderos, eh?

—No..... no señor; á nadiele agrada perder su derecho, ni que se le rian en las barbas; pero en el supuesto que su merced no quiere encargarse de él, preciso será que yo busque otro abogado.

—¿Lo está V. viendo, coronel? ¿qué le habia yo dicho? Está muy bien! ya que te empeñas en hacer esa locura, voy á darte el gusto de armar el pleito con las menores costas posibles, y empeñarme para que lo ganes. Dile á Mr. Protocol que me remita tus papeles y yo le indicaré el medio de manejar este asunto. Luego tampoco veo la razon porque vosotros no habeis de tener vuestras quimeras en el tribunal de justicia, así como vuestros antepasados tuvieron sus batallas y sus incendios.

—Justísimo es eso sin duda, señor. Si no existieran leyes nos haríamos justicia por nosotros mismos, y así como la ley nos ata, esa misma nos desataría. Tambien en nuestra tierra se mira mejor á un hombre cuando ya se ha presentado delante de los jueces.

—Muy bien dicho, amigo mio. Agur y envíame tus papeles.

Vamos, coronel; nuestra presencia ya no es necesaria.

—Ah! ya veremos lo que hará Jack de Dewston Cleugh! dijo Dinmont dándose con aire de triunfo una palmada en el muslo.

CAPITULO XXXIX.

Al tribunal me voy, mis autos están hechos
Mas no importa que en este recinto?
Os oigo: reventad; corriente; ser sucinto;
Y sobre todas cosas, pagadme mis derechos.

El abogado francés.

Cree V. ganar el pleito de ese honrado hombre? dijo al salir el coronel á su amigo.

—A fé mia, quién sabe! No es siempre el mas fuerte al que la fortuna depara la victoria; pero pondré en el asunto mis cinco sentidos. La desgracia de nuestra profesion es que vemos rarísima vez el lado bueno de la naturaleza humana. Los pleiteantes vienen á nuestro despacho erizados de cólera y egoismo; las puntas de sus preocupaciones y de sus oidos están vueltas para afuera como las de los clavos que afianzan las herraduras de nuestros caballos en tiempo de hielos. Tantas veces veo entrármese por las puertas á hombres que descaria arrojar por la ventana al verles abrir la boca, y concluyo luego convenciéndome que yo me espresaria como ellos, dado caso que me encontrase en su lugar, es decir, si me hallara estimulado de cólera, y por lo tanto de la sinrazon. Estoy muy convencido que de todas las profesiones la mia es la que demuestra mas de cerca la locura y perversidad de los hombres, y la considero en cierta manera como su canal ó conducto de descarte. En una sociedad civilizada, la barra puede considerarse como la chimenea por donde se evapora el humo que llenaria la habitacion, y acabaria con cegarnos. ¿Por qué nos hemos de asombrar si el cañon se presenta algunas veces un poco ahogado de hollin? Pero cuidaré de que el negocio de ese

hombre se lleve á cabo, y con el menor gasto posible, en fin que el *pienso* no le cueste mas ni menos que lo justo.

—¿Quiere V. hacerme el gusto de venir á comer conmigo hoy? Me ha avisado el patron que tiene un excelente trozo de venado y algunas botellas de buen vino.

—Venado, eh?... pero no... es imposible. Ni aun puedo convidar á V. que venga á mi casa porque el lunes y el martes son dias de mucha ocupacion. El miércoles estoy citado para una consulta importantísima. Pero aguarde V. un instante: el frio es agudo hoy, y si pudiera conservar el venado hasta el jueves, toda vez que V. no salga de Edimburgo antes....

—¿Comeria V. conmigo entónces?

—Por supuesto que sí.

—Pues bien, V. me decide á ejecutar el proyecto que concebí de pasar toda la semana en esta ciudad. Si el venado no tirase hasta allá, tendremos alguna otra cosa buena.

—Oh! tirará perfectamente. Por ahora aquí tiene V. algunos billetes que puede si gusta llevar á las casas que señalan. Estos le servirán de cartas de introduccion, pues los he escrito para V. esta mañana. Agur, mi escribiente me está aguardando mas de una hora hace para un informe de todos los diablos.— Y Mister Pleydell desapareció con agilidad, tomando las callejuelas y los pasadizos que, para llegar á la calle Mayor, eran respecto á la ruta ordinaria lo que el estrecho de Magallanes al cabo de Hornos.

Al registrar los sobres de los billetes que Mr. Pleydell le entregara, vió Mannering con sumo gusto que estaban escritos en ellos los nombres de los sugetos mas ilustres en Escocia: David Hume Esquire; John Home; el doctor Ferguson; el doctor Black; lord Kaimes; Juan Clerk Esquire de Eddin; Adam Smith; el doctor Robertson, etc.

—Cáspita, dijo el coronel, mi amigo el abogado tiene unos conocidos muy selectos; todos estos nombres han hecho ruido en el mundo. Un hombre que vuelve de las Indias Orientales debe

procurar que su cabeza é ideas tomen un poco de órden antes de presentarse delante de ellos!

Sin embargo, no tardó en visitarlos, y mucho sentimos no poder detallar á nuestros lectores los placeres que disfrutó en una sociedad donde siempre se recibia con agasajo á aquellos estrangeros, que por sus talentos ó instruccion tenian derecho á hacerse amar. Tal vez en ningun tiempo ofreciera la Escocia una reunion semejante de ingenios mas variados.

El jueves, no dejó Mr. Pleydell de acudir al meson donde se hospedaba el coronel. La carne de venado fué muy buena, el vino escelente, de modo que el abogado, quien era tan gastrónomo como legista ilustrado, hizo honor á entrambas cosas. No sabemos, sin embargo, que la presencia del Dómine Sampson le diese menor gusto que la bien abastecida mesa, pues que la inclinacion natural de su espíritu le proporeionó los medios, fuera de toda ofensa al honrado pedagogo, de sacar de él una diversion verdadera, en la cual el coronel mismo no pudo menos de tomar parte, así como tambien otros dos amigos que habian sido convidados á comer. La simplicidad grave y cómica de las respuestas de Sampson á las insidiosas preguntas del abogado, colocaban la buena pasta de su carácter en un punto de vista cual nunca se habia ofrecido á los ojos de Mannering. Hizo que produjera infinidad de conocimientos profundos y abstractos, aunque hablando en su generalidad, carecian de utilidad verdadera. El abogado comparó la cabeza del Dómine á la espuerta de un sastre, en la cual se encuentran retazos de todos colores, mas tan revueltos entre sí, que su dueño atina rara vez con el género que le hace falta.

Pero si Sámption proporcionó al legista algun pasatiempo, el hombre de los pleitos no dejó de dar á su vez mucho ejercicio á las facultades reflexionadoras del Dómine. Cuanto mas daba suelta Pleydell á su espíritu naturalmente vivo y cáustico, cuanto mas chistoso y apurador se hacia, tanto mas le consideraba el preceptor con una sorpresa igual al que experimenta un oso con el bozal puesto por la primera vez que se le pre-

senta el mico destinado á ser su compañero de habilidades.

Ocurríasele al abogado introducir en la conversacion algun asunto grave y serio, sobre el cual preveia que el Dómine estaba dispuesto á entrar en discusion. Notábale con sumo gusto prepararse anteriormente á cargar la artillería de sus ideas para contestarle y á fin, como se dice vulgarmente, de reducir á polvo en virtud de las pesadísimas descargas de su erudicion, alguna proposicion cismática ó herética que Pleydell hubiese adelantado; mas, de repente, cuando el bueno del Dómine hacia cara al enemigo, este ya habia abandonado sus posiciones y le cargaba por el flanco ó retaguardia. Pro-di-gi-ó-so! exclamó cien veces el pedagogo, cuando al creer que marchaba á una victoria segura encontraba vacío el campo de batalla. Bien podemos suponer cuanto trabajo le costaria formar en sus mientes unas nuevas líneas de defensa; quedábase, como decia el coronel, tan cortado cual un ejército de indios, aunque formidable por su muchedumbre, que es fácil de derrotar en el momento de hacer la evolucion de cometerle por el costado. Finalmente el Dómine, aun cuando algo rendido á resultas de estas escaramuzas irremitientes, y las cuales tenian alerta todas las facultades de este espíritu, tuvo presente aquel dia como uno de los mas bellos y gloriosos de toda su vida, y habló siempre de Mr. Pleydell como de un hombre en extremo erudito y chistoso.

Poco á poco fueron despidiéndose los demás convidados, dejando juntos á nuestros tres amigos. Recayó la conversacion sobre el testamento de la difunta solterona.

—¿Quién diablos, dijo el legista, le habia metido en la cabeza á esa vieja matalona el capricho de desheredar á la pobre Lucy, só pretesto de instituir heredera una persona que murió en la infancia? Perdone V., señor Sámpton, no tuve presente lo mucho que á V. afligia esta memoria. Me acuerdo que dió V. ante mí una declaracion respecto á este acontecimiento. En toda mi vida me ha costado mas trabajo arrancar tres palabras seguidas á un testigo interrogado por mí. Bien puede V., señor coronel, jactarse

de los silenciosos bramines de sus Indias Orientales. Vaya! yo sostengo que este sapientísimo señor les daría lecciones de taciturnidad. Pero las palabras del sabio son preciosas, y no deben soltarse á trocha y moche.

—Verdad es, dijo el Dómine restregándose los ojos con un pañuelo azul, que la memoria de aquel día es bien triste para mi alma. Sentí la hora en que vine al mundo; pero EL que impone la carga nos da fuerzas para sostenerla.

Aprovechóse Mannering de esta ocasión para suplicar á Mr. Pleydell le informase de las circunstancias que habían acompañado la desaparación del niño; y el abogado, muy dispuesto á charlar siempre de cuanto perteneciese á la jurisprudencia criminal, sobre todo de aquellos sucesos en que había tenido una parte activa, hizole de ellas un detalle exacto y casi minucioso.

—Y en resúmen ¿cuál es vuestra opinion? díjole el coronel.

—Oh! que Kennedy fué asesinado. No fué aquella la última vez que se ha visto en estas costas matar los contrabandistas á un empleado del Resguardo.

—Pero, ¿qué conjeturas forma V. acerca de la suerte que pueda haber corrido el chiquillo?

—Que también le darían muerte. Ya tenía la criatura bastante inteligencia para declarar lo que hubiese visto, y aquellos miserables no escrupulizarían de recomenzar el degüello de los santos inocentes si tal lo exigiera su interés y conservación.

Arrancó el Dómine un profundo suspiro y exclamó: —E-nor-me!

—Sin embargo también aparecen unos gitanos envueltos en este asunto, y según lo que nos ha dicho, despues del entierro, aquel hombre que tiene la facha tan basta y ordinaria....

—En el hecho, la idea de Mistress Margarita, respecto á que el muchacho vive aun, parece fundada, tal decia, aquel hombre, en el informe de una gitana. Tengo envidia, coronel, á esta serie de ideas, y me avergüenzo infinito de no haber deducido de ellas esta conclusion. Es preciso ocuparnos al instante de este negocio. Muchacho! corre á casa de la tia Wood, allá en Cowgate.

Allí, hijo mio, encontrarás á Driver. Con toda seguridad le hallarás en aquella taberna con algunos de sus amigos. (Ha de saber V., coronel, que mis empleados, así como yo, son muy metódicos en sus irregularidades). Le dirás que venga á verme sin perder un instante. Si esta desercion le costase pagar alguna multa á sus camaradas de botella, dile que yo la satisfaré por él.

—¿Y en caso de que tenga que sostener algun papel como el de marras, tendrá que continuarlo aquí? preguntó sonriéndose el coronel.

—Dejemos eso, por amor de Dios. Ahora no es tiempo de embromar; porque nos precisa adquirir nuevas de la tierra egipciaca. Agarre yo el cabo de este ovillo y verá V. como todo lo desdevano; haré que la verdad salga de la boca de vuestra gitana, ó bohemiense, como dicen en Francia. Bien sé como se ha de obrar con un testigo refractario.

Mientras que Mr. Pleydell se esplayaba sobre los conocimientos de su carrera, volvió el muchacho acompañado de Mr. Driver. Tenia aun atestada la boca con la grasa de un pastel de carnero, y al ver todavía sobre su lado inferior un residuo de la espuma del two-penny, era manifiesta la prisa que se habia dado para obedecer las órdenes del señor legista.

—Driver, es preciso que me traiga V. al instante una mujer que se llama Rebeca y la cual vivia en casa de la difunta mistress Bertram. Búsquela V. por todo el mundo. Indague su paradero, y si necesita V. á Mr. Protocol, á Quid el tabaquista, ó á cualquiera otra de esas gentes, no se presente V. mismo; envíe alguna mujer conocida. Muchas habrá, no es cierto, que quieran hacer por V. este favor? Luego que V. haya dado con ella, le dirá que se vea conmigo, en casa, esta noche á las ocho en punto.

—¿Y qué apuro le diré que V. tiene? preguntó el edecan.

—Déle V. la disculpa que primero se le ocurra; ¿será cosa que haya yo de suministrar á V. embustes tambien? Pero tenga V. cuidado de que vaya temprano á casa como acabo de decir.

Sonrióse el amanuense haciendo una mueca como un mico, y se despidió.

—Este es un majadero que tiene la nariz como un perro de caza. Nadie le igualaba en desempeñar todo lo concerniente á los autos de un pleito. Es capaz de estarse escribiendo tres noches seguidas, dictándole yo, sin dar una cabezada siquiera; ó lo que viene á ser lo mismo, escribe dormido como una piedra, tan limpia y correctamente como cuando está despierto del todo, es un bribon arregladísimo y no es un pasante de «s» que mudan de taberna á cada instante, y que necesita veinte personas para dar con su guaridá. No, tiene mucho arreglo y ha establecido su cuartel general en casa de la tia Wood, allí echa raíces junto á la chimenea, sentado en la inmediacion de la ventana. Sus únicos viajes se reducen á pasar de una mesa á otra. Allí se le encuentra todas las veces que no tiene que trabajar. Sospecho que jamás se desnuda ni duerme en cama formal. La cerveza es para él su todo y le sirve de cobertores, de bebida, de vestidos, de lecho, de baño, de....

—Segun el sitio que ha elegido para establecer sus cuarteles de invierno y de verano, mucho me temeria que no estuviese siempre en buen estado de cumplir con sus obligaciones.

—Quién, él? la bebida no le estorba para maldita la cosa. Vea V.! sigue escribiendo horas enteras despues que ya no puede hablar. Acuérdome que una tarde me llamaron para un asunto que corria mucha prisa. Era una protesta á última hora. Yo habia comido perfectamente; era sábado, y no me hallaba muy dispuesto á hacerme cargo de aquella majadería. Sin embargo dejé que me llevasen á la taberna de Clerihugh', donde nos pusimos á beber hasta que me metí en el cuerpo *una gallina moñuda* (1) [medio azumbre de Burdeos]. Preparé mi papel, tinta y plumas; examiné los apuntes y documentos, pero me hacia falta Driver. Quanto pudieron hacer dos hombres comisionados para buscarle fué traerlo acuestas á donde estábamos; lo que era movimiento

(1) Véase la nota correspondiente á esta página al fin del tomo.

ó palabra, eso estaba fuera de la cuestion. Pues mire V., así que le pusimos una pluma en la mano, un pliego de papel delante y oyó el eco de mi voz, se puso á escribir. Verdad es que se necesitó que alguien se pusiese á su lado para mojarle la pluma en el tintero, porque no veía los avíos de escribir, pero en todos los días de mi vida he visto una copia mas correcta.

—Y diga V., señor abogado, ¿le pareció á V. tan correcta esa copia al día siguiente?

—Tan correcta? hermosísima. No tuve que enmendarle tres palabras (1), y la despaché por el correo en aquel mismo día. Pero V. vendrá á desayunarse conmigo mañana para oír lo que la mujer habrá de decirnos.

—La ha citado V. muy de mañana.

—No me era posible obrar de otra manera. Si yo no estuviese en el tribunal de primera instancia á las nueve en punto, creerian que me había dado algun ataque apoplético, corría el embuste y mi bolsillo se resentiria de él durante toda la temporada.

—Pues entonces, haré un esfuerzo para no faltar.

Con eso se separó la reunion por aquella tarde.

Al día siguiente acudió Mannering en casa del abogado á la hora prescrita, maldiciendo por el camino el aire húmedo que corre en Escocia las mañanas de diciembre. Mistress Rebeca se hallaba ya instalada en el rincon de la chimenea de Mr. Pleydell, sorbiendo su tazon de chocolate, y la conversacion estaba ya tramada.

—No, señora Rebeca, aseguro á V. que mi objeto no es invalidar el testamento de su ama difunta; y juro á V., bajo palabra de honor, que su manda no corre ningun riesgo; V. la ha merecido por su comportamiento en el servicio de Mistress Bertram, y yo hubiera querido que valiese el doble de la cantidad testada.

—Por supuesto, señor, que no se hace bien en divulgar lo que se ha oído. Bien ha reparado V. cuantos insultos me prodigó ese bribonazo de Quid, quien tuvo la desfachatez de repetir las san-

(1) Véase al final de este tomo, la nota correspondiente.

deces que yo habia dicho en su presencia. Pero, si me fuese permitido hablar á V. con franqueza, quien sabe lo que de ello pudiera resultar?

No tenga V. recelo, honrada Rebeca, mi carácter puede servir á V. de salvaguardia, y la edad de V., y su buena facha, la facultan para hablar tan libremente como un poeta erótico, sin correr el riesgo mas leve.

—Pues bien, señor, ya que V. me asegura que no corro ningun riesgo, aquí tiene la historia de lo que se trata. Ha de saber V. que habrá un año..... no... algo menos, segun creo, que aconsejaron á mi señora fuese á pasar una temporada en Gilsland para disipar una melancolía que de ella se habia apoderado. Empezábase á cundir la noticia de la ruina de Mr. Ellangowan, y esto la apesadumbraba infinito, porque tenia orgullo por su familia y linaje, aun cuando no estuviese muy de buenas con Mister Bertram, especialmente de dos á tres años á esta parte. Él enviaba á pedirle dineros prestados, y ella no se hallaba con ganas de acceder á su solicitud, porque sabia la imposibilidad del laird en devolvérselos, de modo que casi riñeron completamente. Le dijeron en Gilsland que estaba de venta la hacienda de Ellangowan, y desde aquel instante tomó ojeriza á mis Lucy, pues que me decia con frecuencia: Ah, Rebeca, si esa tontuela de Lucy, que no ha podido impedir que el imbécil de su padre haga tantas calaveradas, fuese siquiera varon, no podrian ahora vender aquella heredad para satisfacer las deudas del viejo loco! y me lo repetia tantas veces que me fastidiaba de oirlo. Un dia, estando paseándonos en una pradera por las márgenes de un arroyo, vió mi ama una gavilla de chicos, cuyo padre se llamaba Mac-Crosky..... Ella me dijo: ¿no es vergüenza que todo proletario tenga un hijo y heredero, y que no haya un descendiente varon en la familia de Ellangowan? Detrás de nosotros estaba una gitana, mujer algo vieja, y con una facha.... en la vida he visto otra semejante!

—¿Y quién se atreve á decir, exclamó la bruja, que no hay heredero en la familia de Ellangowan?

—Yo, respondió mi ama, y lo digo con harta pesadumbre. Tómole la mano aquella gitana.—Os conozco, díjole, aunque vos á mí no me conocéis; pero tan seguro como está en los cielos el sol, y el agua de este riachuelo se pierde en la mar, y un oído existe que á entrambas está escuchando, Enrique Bertram, á quien creen todos muerto en la punta de Warroch, no pereció allí; tenia peligros que correr hasta cumplir sus veintiun años. Esto es verdad, pero si él vive y vivo yo, oireis hablar de él este invierno; antes que la nieve se pose durante dos dias en los oteros de Singleside.—Mi ama se metia la mano en la faltriguera.—No necesito vuestro dinero, díjole la gitana; ¿creéis qué os vine á engañar? Agur, hasta que pase el dia de San Martin.—Entonces se alejó de nosotras la gitana.

—¿No era una mujer en extremo alta? preguntó el coronel.

—¿No tenia cabellos negros, ojos del mismo color y una cicatriz en la frente? añadió el abogado.

—Era la mujer mas alta que he visto en mi vida. Sus cabellos eran mas negros que el azabache, escepto algun que otro encaneciente mechon; y encima de una ceja tenia una cicatriz en que cabria la yema de un dedo. Dificil es olvidarse de su fisonomía despues de haberla visto una vez. Estoy moralmente segura de que mi ama hizo su testamento con arreglo á lo que la gitana le dijo, porque habia tomado tal empachó hácia miss Lucy, y el cual se aumentó luego que le hubo enviado veinte libras, porque decia mi señora que además de ser hembra y no varon, y haber dejado por consiguiente que la hacienda de Ellangowan pasase á manos estrañas, iba la jóven, por razon de su pobreza, á convertirse en objeto de gravámen y de bochorno para la familia de Singleside. A pesar de eso, espero que será buenísimo el testamento de mi ama. Mal golpe seria para mí si yo perdiese mi mezquina manda. Solo me daba un salario muy miserable, se lo juro á VV.

Aseguróla de nuevo el abogado que sobre la manda nada tenia que temer, y le preguntó por Jenny Gibson. Supo que esta po-

bre jóven se habia marchado con Dinmont.—Y lo mismo voy yo á hacer, añadió Rebeca, ya que ha tenido la bondad de invitarme. Esos Dinmont son gentes muy buenas, aunque á mi difunta señora no le agradaba mucho hablar de parentesco semejante. Pero la gustaban infinito los jamones que Dandie la enviaba, así como tambien los quesos, los patos, y los escarpines y guantes hechos de lana de cordero. Oh! en cuanto á estos regalos, los recibia con singular placer.

Despedida Rebeca por Mr. Pleydell, dijo este á Mannering.—Creo que conozco á esa gitana.

—Yo iba decir á V. lo mismo, díjole el coronel.

—Cómo se llama? preguntó el abogado.

—Una tal... fulana Merrilies, contestó Mannering.

—¿Y cómo diablos ha podido V. averiguar eso? dijo el hombre de leyes al hombre de armas mirándole con aire de sorpresa cómica.

Díjole Mannering que la habia visto en Ellangowan veinte años hacia, y refirió á su amigo todas las particularidades notables de aquella visita.

Escuchóle Pleydell con grande atencion.

—Yo me daba el parabien, díjole el legista, de haber hecho conocimiento con un teólogo tan profundo como Mr. Sampson, pero no me aguardaba yo encontrar en su patrono un discípulo de Albumazar ó de Messhalá. No obstante asísteme la firme persuasion de que esa gitana podria decirnos mas de lo que sabe por la ciencia de la astrología ó de la segunda vista. Cierta vez la tuve entre mis uñas, pero no pude sacar de ella maldita la cosa; ya escribiré á Mr. Mac-Morlan para que revuelva el cielo y la tierra con tal de encontrarla otra vez. Pasaré con el mayor gusto á Kippletringan para asistir á su interrogatorio. Todavía no he dejado de ser miembro del tribunal de paz en aquel condado, aunque ya no soy Sheriff. Ninguna cosa he tenido mas á pecho que el descubrir los causantes de la muerte de Kennedy y la suerte que le ha cabido al pobre muchacho. Tambien voy á escribir al Sheriff

de Roxburgshire y á un juez de paz muy activo que conozco en el Cumberland.

—Supongo que cuando V. pase á aquel país establecerá su cuartel general en Woodbourne.

—Toma si no!... Creí que V. iba á vedármelo. Pero, vamos á almorzar en un bruco, porque temo llegar tarde.

Al dia siguiente se separaron los dos amigos, y el coronel regresó á su casa sin que por el camino le aconteciese aventura alguna que merezca la pena de contarse.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

NOTAS DEL TOMO PRIMERO. (1)

Nota de la pág. 184.

Ya es bueno que expliquemos á nuestros lectores el lugar descrito en el capítulo antecedente. Hay en él, ó por mejor decir, había un ventorrillo llamado Mumps-Hall, lo que significa hospital del mendigo, cerca de *Geils land*, y el cual no había adquirido todavía la reputación de un Spa. (Fonda de primer orden). Venía á ser una taberna entre las fronteras, y en donde los labradores de ambos países hacían parada con el objeto de cchar un trago y dar pienso á sus caballerías al ir y venir de las ferias y mercados del Cumberland, especialmente aquellos que pasan á Escocia ó volvían de allá atravesando un distrito muy árido y despoblado, en donde no se hallaba camino ni sendero, y al cual se le dominaba con alguna exageración el desierto de Bencastle. En la época que se supone tuvieron lugar las aventuras descritas en esta obra, habían acontecido ejemplares de viajeros á quienes atacaran los salteadores en aquel solitario distrito, y Mumps Hall tenía la malísima fama de servir de guarida á los bandidos que cometían cosas semejantes.

Un viejo y robusto labrador escocés que pertenecía á la familia de Armstrong ó Elliot, conocido mas bien por el sobrenombre del batallador Charlie de Liddesdale, y el cual fué famoso por su bizarría en los frecuentes disturbios que acaecieron en las fronteras algunos cincuenta ó sesenta años ha, fué el héroe de la siguiente aventura, que sugirió la idea de una de las escenas de esta novela.

Charlie había estado en la feria de Hogshaw-Bank, donde vendió sus carneros ó sus bueyes, y se volvía á Liddesdale. Entonces no había bancos de depósitos en los pueblos, para tomar letras de cambio, lo que era en extremo perjudicial á la seguridad de los caminos, pues los viajeros iban por lo comun cargados de plata. Los ladrones mantenían sus espías en las ferias y sabían por sus informes cuales eran los bolsillos mejor provistos, y quienes los que iban á seguir en su regreso á casa, los caminos menos acompañados, en fin, los sujetos á que tenía mejor cuenta acómetér y era mas fácil despojar de su dinero.

Charlie sabía perfectamente todo esto; mas llevaba consigo un par de excelentes pistolas y un corazon intrépido. Hizo parada en Mumps-Hall, no obstante la malísima reputación del lugar. Se llevaron el caballo á la cuadra para darle un pienso de avena, y Charlie, que era hombre de humor jovial, se hizo el dedito con su huésped, mujer muy bribona y descarada, la cual puso en juego todos los ardidés que estaban á su alcance para conseguir de él pasase la noche en el ventorrillo. Dijo, que su marido estaba ausente, y que era muy peligroso atravesar á solas el desierto; porque le sorprendería la noche antes de alcanzar las fronteras de Escocia, las cuales tenían fama de ser mas seguras. Pero Charlie el batallador, aunque dejó que le detuviesen mas tiempo del que la prudencia debiera aconsejarle, no juzgó que Mumps-Hall era una posada demasiado segura para pernoctar en ella. Arrancándose pues de los obsequios y zalamerías de la astuta Meg, montó á caballo despues de haber examinado sus pistolas, y cerciorándose con la baqueta de que permanecían cargadas.

Viajó al trote un par de millas; mas luego que el desierto se presentó delante de él con toda su desnudez, comenzaron á ofrecerse á su idea ciertos temores. Determinó cargar de nuevo sus pistolas, receloso de que la humedad hubiese inutilizado la pólvora. Mas cual fué su sorpresa al hallar, cuando ellas sacó la carga, que no tenían bala ni cartucho, pero que ambos cañones estaban cuidadosamente llenos de estopa hasta la altura que la carga ocupara anteriormente. Como halló intactas las armas en lo demás, solo el exámen que ellas acababa de hacer hubiera podido manifestarle su inutilidad ó ineficacia hasta el momento de ir á servirse de ellas. Lanzó Charlie contra su patrona uno de los votos enérgicos que usan los del Liddesdale, volvió á cargar con esmero sus pistolas, pues tenía la certidumbre de verse atacado. No había penetrado mucho trecho en el erial, que entonces como ahora se atravesaba por senderos iguales á los que hemos descrito en el texto, cuando dos ó tres hombres disfrazados y armados de diversos modos, salieron de entre las matas. En el mismo instante Charlie, en virtud de una mirada que lanzó detrás de sí, pues como dicen los españoles caminaba con cien ojos ó con la barba sobre el hombro, descubrió que toda retaguardia era imposible, pues que otros dos hombres de aspecto vigoroso le cortaban el atrevidamente hacía sus enemigos, los cuales le gritaron que se pasase y rindiese. Apretó las espuelas Charlie y apuntó con una de sus pistolas. El diablo se leve

(1) Si bien en algunas referencias hemos puesto que estas notas irían todas al final de la obra; hemos creído mas ventajoso insertar las de cada tomo al fin del mismo.

ese canuto de cala—díjole el ladrón que estaba más próximo, y el cual Charlie aseguraba siempre haber reconocido por el ventero de Mumps-Hall—la bebida que me pueda hacer no me importa un caracol—Oíat niño mio, respondió Charlie con entereza—este canuto no está ya cargado de estopa. No le fué necesario pronunciar otra palabra. Los bribones, sorprendidos de verse delante de un hombre bien conocido por su valor, y bien armado cuando le suponían indefenso, huyeron en diversas direcciones y el labrador prosiguió su camino sin ulterior molestia.

Sin embargo en medio siglo ha variado la conducta de los posaderos de Mumps-Hall, y hoy el desierto puede transitarse con la misma seguridad que las demás partes del reino.

Nota aclaratoria del final del capítulo XXIII pág. 200.

El carácter de Dandy Dimont es parto de la imaginación y no una copia de la naturaleza. Como Walter Scott, sin embargo, había pasado una temporada en el país de Liddesdale recibiendo hospitalidad de sus honrados labradros, supuso el público que había copiado los modales de un tal Mr. Davidson, rico hacendado cuya pasión por la caza no tenía límites. Así es que luego que salió á luz la obra que traducimos, dióse comunmente al espresado el sobrenombre de Dandie Dimont. Esto lejos de picarse, decía á sus amigos que el bueno de Sir Walter no le había retratado á él sino á la jauría de perros de que era poseedor. En efecto, Mr. Davidson tuvo el capricho de criar una familia entera de podencos á los que nominaba sin distinción pimientos y mostaza. Una dama de alto rango en Inglaterra después de haber leído el *Astrólogo* envió una carta muy política á Mr. Dandie Dimont para que le enviase á su hijo un pimiento y una Mostaza. Preciamente la carta llegó á manos de Mr. Davidson, quien inmediatamente complació grátiis su deseo. La costa de los perros espresados se ha hecho tan célebre en Escocia desde entonces que es tonamente en casa un Pimiento y un Mostaza procedentes de la supuesta granja de Dandie Dimont.

Nota de la pág. 216.

Nota 1.ª—La distinción de individuos por sus sobrenombres cuando no son propietarios, es muy común todavía en las fronteras, y es realmente necesaria, si se considera el número de personas que llevan el mismo apellido. En la aldea de Luffburgh perteneciente al Roxburghshire, ha habido siempre, en cuanto alcanza la memoria de los hombres, cuatro habitantes llamados Andrew, Dandie, ó Oliver. Se distinguan estos por los sobrenombres de Dandie Eastgate (1), Dandie Westgate, Dandie Thumble y Dandie Dumble; los dos primeros porque habitaban, el uno en la acera oriental, el otro en la occidental de la calle del lugarejo; el tercero, porque tenía el dedo pulgar configurado raramente, y el cuarto por sus costumbres taciturnas.

Cuentan un lance muy chistoso de cierto mendigo, quien rechazado de puerta en puerta mientras solicitaba albergue en la aldea de Aumandale, preguntó desahogado si no había algún cristiano en la población? Aquellos á quienes se dirigía, le respondieron: Aquí no hay ningún cristiano, todos somos John-ones y Jardines.

Nota de la pág. 225.

Nota 2.ª—Los ritos misteriosos en los cuales se ocupaba Meg Merrilies pertenecen á su carácter como reina de su tribu. Todo el mundo sabe que los gitanos, en todos los países del mundo, pretenden el privilegio de predecir lo futuro. Pero acontece con frecuencia apegarse ellos mismos á las supersticiones que quieren inculcar á los demás. Dice un autor, hablando de esto mismo, y aludiendo á los gitanos de Yetholm, que son en extremo supersticiosos, que examinan con cuidado la configuración de las nubes, el vuelo de algunas aves particulares y el murmullo de los vientos, antes de poner en planta tentativa alguna. Los ha visto con frecuencia, muchos días de seguida, torcer su ruta, con sus carretillas cargadas, sus asnos y sus hijos, por haber encontrado por el camino algunas personas cuyos aspectos les parecían de mal agüero. Jamás tampoco emprenden sus peregrinaciones sin tener un presagio feliz para su regreso. También quemán las vestiduras de sus muertos, no tanto por recelo de que peguen alguna enfermedad, sino por la creencia que tienen de que usándolos abreviarían su propia existencia. Vetan con sumo cuidado un cadáver durante veinticuatro horas hasta el momento de darle sepultura, y creen que el diablo tañe las campanas de agonía de aquellos que en sus últimos instantes resisten en los terrores del remordimiento.

Estas supersticiones no son peculiares á los gitanos. En otros tiempos fueron comunes al pueblo bajo de Escocia, pero hoy solamente se les encuentra entre aquellos que están desprovistos de toda instrucción. La creencia popular de que se prolongaba la agonía de un moribundo en virtud de tener cerrada la puerta

(1) East significa, oriente; West, occidente; Thumb, dedo pulgar, y Dumb, mudo.

de su habitación, estaba muy cundida entre los antiguos Escoceses. Tampoco se abría de par en par. El abrirlas á medias era el método adoptado por las viejas matronas que conocían los misterios del lecho mortal y de las *like-walks* (agonías). De este modo al mismo tiempo que dejaban suficiente lugar para que el alma se escapase, oponían un obstáculo á la entrada de cualquier objeto espantoso, que sin esta precaución pudiera fácilmente introducirse. El umbral de una vivienda era en cierto modo un límite sagrado y objeto de las supersticiones mas groseras. En nuestros dias no la atraviesa una recién casada sin que la lleven en brazos, costumbre heredada sin duda de los antiguos Romanos.

Nota de la pág. 330.

Nota 3.^a—Vaya una confesion! cuán fácil es que se lo escape á un presbiteriano el echar de menos las ceremonias de la Iglesia católica. No estará mal que citemos en este paraje, con el fin de hacerlo mas notable, las palabras del elocuente intérprete del *Genio del Cristianismo*. «Toda religion que tienda á prescindir del dogma y á desterrar la pompa del culto, se condena á la sequedad. No puede creerse que el corazon del hombre, privado del socorro de la fantasia, sea bastante abundante por sí mismo para alimentar los manantiales de la elocuencia. El sentimiento muere al nacer, si no encuentra en torno de sí algo que pueda sostenerlo, ó imagenes que prolonguen su duracion, ni espectáculos que le fortifiquen, ni dogmas que, arrebatándole á la region de los misterios, estorban de esta manera su desencanto.

El protestantismo se jacta de haber desterrado la melancolía de la religion cristiana; pero en el culto católico, Job y sus tristezas santas, la sombra de los claustreros, los lloros del penitente resonando en torno de un altar, producirán mas hombres de genio que todas las máximas de una moral sin elocuencia, y tan desnuda como el templo en que se predica.» *Chateaubriand*.

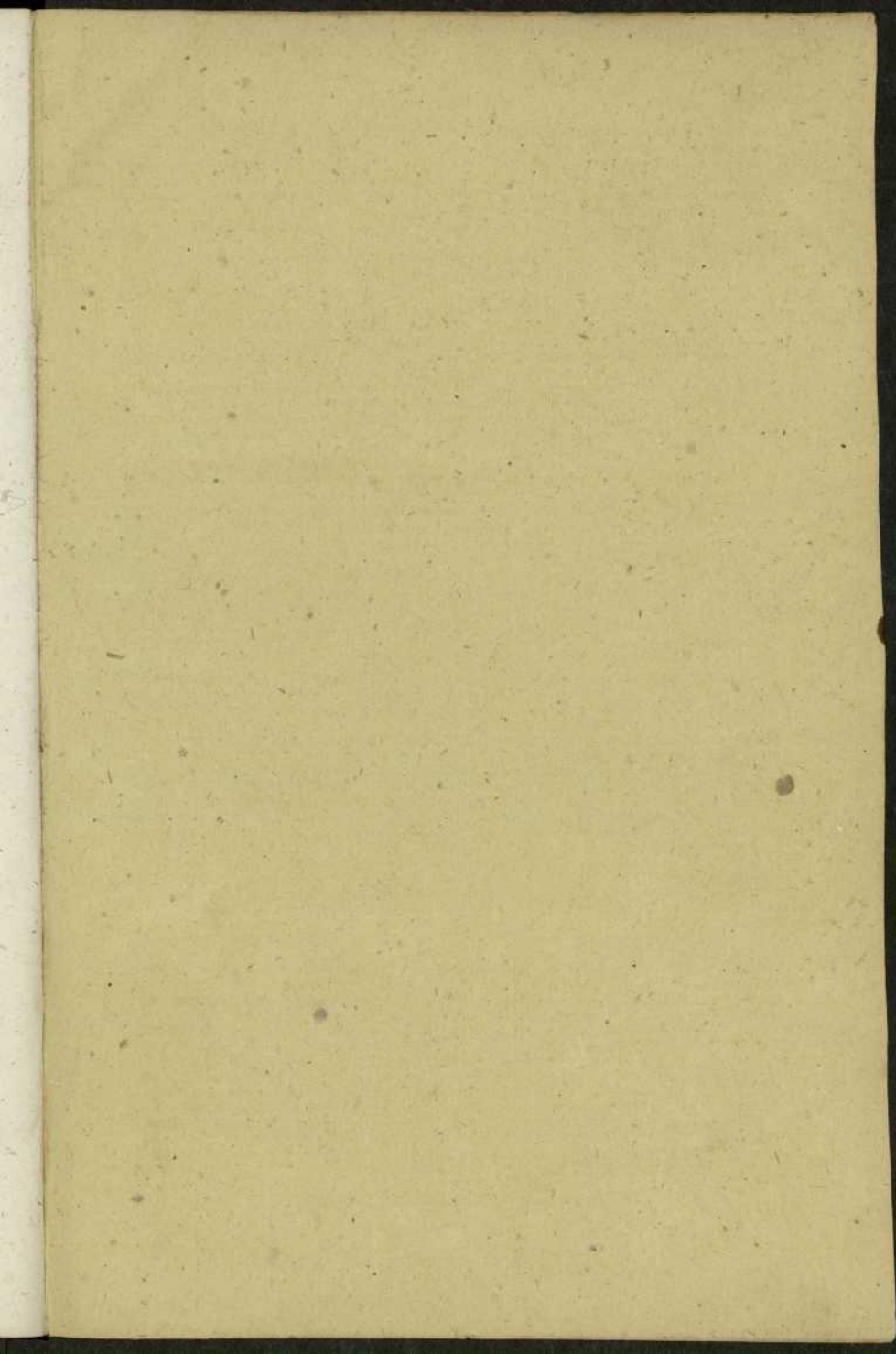
Nota de la pág. 352.

Nota 1.^a—He visto una de estas formidables copas en casa del señor Haswell, *pro-costo* (aguacil mayor) en Jedburgo. Era una medida de estaño. En ella se sacaba el vino de Burdeos del tonel, y la tapadera de la vasija tenia la figura de una *gallina monona*. Desde aquel tiempo se da este nombre á las botellas de dos cuartillos. Pero en esta época *degenerada* raras veces usan nuestros bebedores de unas copas tan respetables para solemnizar sus orgías.

Nota de la pág. 353.

Nota 5.^a—Los pormenores dados por M. Pleyell referentes á la manera en que una protesta se redacta, cuando el vino acalora los sesos, fueron contados al autor por un viejo caballero, en tiempo del presidente Dundas de Armisson (padre del jóven presidente del mismo nombre lord Melville). Se descaba mucho, mientras que este distinguido legista era consejero del rey, obtener sus servicios para redactar las causas de apelacion ó protesta, de las cuales en atencion á que las ocasiones que tales escritos exigian eran entonces estremadamente raras; debiera, segun la opinion del tiempo, cuidarse con la mayor entidad. El letrado, á quien ampleaba el apelante, seguido del que dió al autor estos pormenores, y el cual lo servía de amanuense, pasaron á casa del abogado del rey á fines de la estacion de la pesca, segun aparece. Era un sábado por la tarde. El tribunal acababa de disolverse; el abogado del rey se habia mudado de traje, puestas las botas, y su criado y caballos le aguardaban en el patio para conducirlo á Armisson. Entonces era imposible conseguir que escuchase una palabra referente á asuntos de formalidad. Sin embargo el procurador legal, so pretexto de hacerlo un par de preguntas que no le demorarian media hora, se llevó á su señoría quien no era menos gastrónomo que los demás distinguidos cofrades suyos, á una célebre taberna, en donde el sabio consejero se encontró poco á poco empeñado en una discusion sobre algunos puntos de la ley referentes á la causa. En fin, se le ocurrió que lo mismo daba encaminarse á Armisson con la fresca de la tarde. Mandó retirar sus caballos á la cuadra sin que se les quitasen las bridas, sirviéndose el banquete, dejáronse á un lado las leyes por un instante, y circuló con mucha libertad la botella. A las nueve de la noche, y despues de haber hecho á Baco un largo sacrificio durante muchas horas, mandó su señoría abogadesca que quitaran la silla á su caballo. Trajéronle papel y avios de escribir; comenzó á redactar la apelacion y estuvo trabajando hasta las cuatro de la mañana.

El procurador envió la protesta á Londres por la posta del dia siguiente; era una obra maestra en su clase, y aseguraron al autor que cuando se leyó apenas habia cinco palabras equivocadas. No creo haber ofendido la verdad, al describir el modo con el cual los abogados de Escocia, pertenecientes á la antigua manera, unian el culto de Baco al de Temis. El que dió estos pormenores fué Alejandro Keith, esq., abuelo de Sir Alejandro Keith de Ravelstone, y á la sazón pasante del escribano que tenia á su cargo los autos.



12

ESTANTE 15

Tabla 2.^a

N.º 37

85

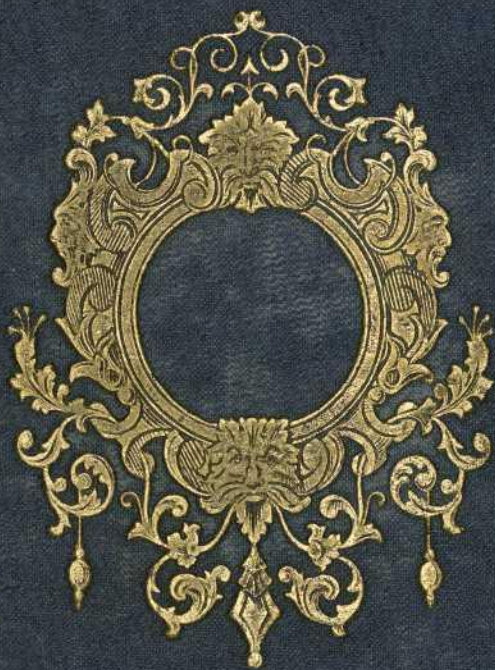
213

139

185

241

25



GUY

REPUBLIC



1966



14.235